La guerra

Cómo nos han marcado los conflictos

MARGARET MACMILLAN

creative commons

TURNER NOEMA

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS Y NO COMERCIALES

La guerra

TURNER NOEMA

La guerra

Cómo nos han marcado los conflictos

MARGARET MACMILLAN

TRADUCCIÓN DE LUCÍA MARTÍNEZ

Título:
La guerra. Cómo nos han marcado los conflictos
© Margaret MacMillan, 2021

Edición original:
War: How Conflict Shaped Us, Profile Books, Copyright
© 2020 by Margaret MacMillan

De esta edición:
© Turner Publicaciones SL, 2021
Diego de León, 30
28006 Madrid
www.turnerlibros.com

Primera edición: junio de 2021

De la traducción:
© Lucía Martínez, 2021

Diseño de la colección:
Enric Satué

Ilustración de cubierta:
Apocalyptic Landscape (detalle), Ludwig Meidner, 1913. © Ludwig Meidner-Archiv, Jüdisches Museum der Stadt Frankfurt am Main

Este libro está bajo la licencia de
Creative Commons, reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 internacional

ISBN: 978-84-18428-46-3
eISBN: 978-84-18428-94-4
DL: M-12981-2021
Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com

Para Ann y Peter

ÍNDICE

Introducción

I La humanidad, la sociedad y la guerra
II Razones para la guerra
III Recursos
IV La guerra moderna
V La forja del guerrero
VI El combate
VII Civiles
VIII Controlar lo incontrolable
IX La guerra en nuestro imaginario y en nuestra memoria

Conclusión
Agradecimientos
Bibliografía
Créditos de las imágenes

INTRODUCCIÓN

"La guerra es, y siempre ha sido, uno de los mayores misterios humanos".
SVETLANA ALEXIÉVICH, *LA GUERRA NO TIENE ROSTRO DE MUJER*

Guerra. La sola palabra provoca todo tipo de sentimientos, desde horror hasta admiración. Algunos preferimos no nombrarla, como si el mero hecho de recordarla o pensar en ella pudiera conjurarla. A otros nos fascina y somos capaces de encontrarla interesante e incluso glamurosa. Como historiadora, tengo la convicción de que si deseamos entender el pasado debemos tener en cuenta la guerra al estudiar la historia humana. Sus efectos han sido tan profundos que al prescindir de ella estaríamos pasando por alto uno de los motores más determinantes de la evolución humana y el curso de la historia, junto con la geografía, los recursos naturales, la economía, las ideas y los cambios sociales y políticos. ¿Viviríamos en un mundo diferente si los persas hubieran derrotado a las ciudades Estado griegas en el siglo V a. C., si los incas hubieran aniquilado la expedición de Pizarro en el siglo XVI o si Hitler hubiera ganado la Segunda Guerra Mundial? Sabemos que sí, aunque no podemos más que suponer hasta qué punto sería distinto.

Estas preguntas no son más que parte de los dilemas a los que nos enfrentamos. La guerra nos plantea una serie de interrogantes acerca de lo que significa ser humano y sobre la esencia misma de la sociedad humana. ¿Hace emerger la guerra la parte bestial de la naturaleza humana, o más bien su mejor parte? Como sucede con tantas cosas relacionadas con este tema, es imposible ponerse de acuerdo. ¿La guerra es una faceta imborrable de la sociedad humana, imbricada en ella como un pecado original desde los tiempos en los que empezamos a organizarnos en grupos sociales?, ¿es nuestra marca de Caín, una maldición que pesa sobre nosotros y que nos

empuja reiteradamente al conflicto?, ¿o bien esta forma de ver las cosas implica una peligrosa profecía autocumplida? ¿Son los cambios sociales los que conllevan nuevos tipos de guerra, o bien es la guerra la que transforma la sociedad?, ¿o quizá deberíamos renunciar a averiguar qué va primero, y en lugar de ello pensar en la guerra y la sociedad como aliados, condenados a una relación peligrosa pero también productiva? ¿Puede la guerra, devastadora y cruel, generar también beneficios?

Todas estas preguntas son importantes, y trataré de darles respuesta junto a otras que irán surgiendo por el camino a medida que exploremos el tema. Espero tan solo convencer al lector de una cosa. La guerra no es una aberración, algo que es mejor olvidar lo antes posible. Tampoco es simplemente la ausencia de la paz, que sería el estado normal de las cosas. Si no conseguimos entender el vínculo íntimo que existe entre la guerra y la sociedad humana –hasta el punto de que es imposible decir que una predomine sobre la otra o sea su causa– estaremos perdiendo de vista una dimensión importante de la historia del ser humano. Si aspiramos a entender nuestro mundo y cómo llegamos al momento presente de la historia, no podemos ignorar la guerra y sus efectos sobre el desarrollo del ser humano.

En los últimos decenios, las sociedades occidentales han sido afortunadas; desde el final de la Segunda Guerra Mundial no han vuelto a experimentar la guerra en primera persona. Es cierto que los países occidentales han enviado tropas a todo el mundo; a Asia, durante las guerras de Corea y Vietnam, o a Afganistán, a algunos lugares de Oriente Medio y a África, pero tan solo una ínfima minoría de occidentales se han visto directamente afectados por esos conflictos. Millones de personas en las regiones que acabo de mencionar han tenido una experiencia distinta, y no ha pasado un solo año desde 1945 sin conflictos en uno u otro lugar del mundo. Para aquellos de nosotros que disfrutamos lo que a menudo se llama la Larga Paz, resulta fácil pensar que la guerra es algo que hacen otros, quizá por

encontrarse en una fase distinta de desarrollo. “Nosotros los occidentales somos más pacíficos”, asumimos con complacencia. Escritores como el psicólogo evolucionista Steven Pinker han popularizado la visión de que las sociedades occidentales se han ido volviendo cada vez menos violentas a lo largo de los dos últimos siglos, y que también en todo el mundo se han reducido las cifras de muertos por guerras. A medida que lloramos oficialmente a los muertos de nuestro pasado una vez al año, vamos pensando cada vez más en la guerra como algo que sucede cuando la paz –el estado normal de las cosas– se rompe. Al mismo tiempo sentimos fascinación por los grandes héroes militares y sus batallas del pasado; admiramos los relatos de valentía y audaces proezas en la guerra; las estanterías de librerías y bibliotecas están abarrotadas de historias militares, y los productores de cine y televisión saben que la guerra siempre es un tema popular. El público nunca parece cansarse de Napoleón y sus campañas, Dunquerque, el Día D o las fantasías de *La guerra de las galaxias* o *El señor de los anillos*. En parte disfrutamos de ellas porque se hallan a una distancia segura; sabemos que nosotros nunca tendremos que participar en una guerra.

El resultado de todo esto es que no nos tomamos la guerra tan en serio como deberíamos. Es normal que prefiramos apartar la mirada de lo que tan a menudo es un tema sombrío y deprimente, pero no deberíamos. Las guerras han cambiado el curso de la historia en repetidas ocasiones, abriendo algunos caminos hacia el futuro y cerrando otros. Las palabras del profeta Mahoma llegaron desde los desiertos de Arabia hasta los ricos asentamientos del Levante y el norte de África gracias a una serie de guerras, con repercusiones permanentes en esa región. Imaginemos lo que sería hoy Europa si los líderes musulmanes hubieran llegado a conquistar todo el continente, como estuvieron a punto de hacer en un par de ocasiones. A principios del siglo VIII una invasión musulmana conquistó España y avanzó hacia el norte, a través de los Pirineos, llegando a lo que

hoy es Francia. Los musulmanes fueron derrotados en la batalla de Poitiers en el año 732, poniendo fin a su avance hacia el norte. De haber continuado, podemos imaginar un Estado musulmán y no católico determinando la sociedad francesa y la historia europea a lo largo de los siguientes siglos. Unos ochocientos años más tarde, el gran líder otomano Solimán el Magnífico arrasó los Balcanes y la mayor parte de Hungría; en 1529 sus tropas se encontraban a las puertas de Viena. Si hubieran conseguido tomar aquella gran ciudad, el centro de Europa podría haber pasado a formar parte de su imperio y su historia hubiera sido muy diferente. A las torres de las muchas iglesias de Viena se hubiesen sumado unos cuantos minaretes, y el joven Mozart podría haber escuchado estilos de música muy diferentes en instrumentos muy distintos. Acerquémonos más a nuestra época e imaginemos qué hubiera sucedido si en mayo de 1940 los alemanes hubieran derrotado a los británicos y a los aliados en Dunquerque y destruido el mando británico en la batalla de Inglaterra aquel mismo verano. Las islas británicas hubieran podido pasar a engrosar la lista de las posesiones nazis.

La guerra es, en esencia, violencia organizada, pero las distintas sociedades libran diferentes tipos de guerra. Los pueblos nómadas libran guerras en movimiento, atacando cuando están en situación de ventaja y huyendo a través de grandes espacios abiertos cuando no. Las sociedades agrícolas asentadas necesitan murallas y fortificaciones. La guerra obliga al cambio y a la adaptación, y a la inversa, los cambios en la sociedad repercuten en la guerra. Los antiguos griegos pensaban que los ciudadanos tenían la obligación de acudir en defensa de sus ciudades. La participación en la guerra conllevaba una ampliación de los derechos y la democracia. En el siglo XIX, la Revolución Industrial hizo posible que los Gobiernos reclutaran y mantuvieran ejércitos enormes como no se habían visto antes en el mundo, pero también generó en esos millones de hombres reclutados la expectativa de tener más voz en sus propias sociedades. Los Gobiernos

no solo se veían obligados a prestarles oído, sino también a proporcionarles toda una serie de servicios, desde educación hasta seguros de desempleo. Los Estados nación consolidados de nuestros días, con sus Gobiernos centralizados y sus burocracias organizadas, son el producto de siglos de guerras. Los recuerdos y conmemoraciones de las victorias y derrotas pasadas forman parte de la historia nacional, y las naciones necesitan estas historias si quieren cohesión. Este tipo de entidades políticas centralizadas, cuyos pueblos se ven como parte de un todo compartido, pueden hacer la guerra a una escala mayor y durante más tiempo gracias a su organización y su capacidad de usar los recursos de sus sociedades y de contar con el apoyo de sus ciudadanos. La posibilidad de librar una guerra y la evolución de la sociedad humana forman parte del mismo relato.

A lo largo de los siglos, la guerra se ha ido volviendo más mortífera y sus repercusiones mayores. Somos más, tenemos más recursos y sociedades mejor organizadas y más complejas, podemos movilizar a millones en nuestros conflictos, y nuestra capacidad de destrucción es mucho mayor. Para describir las dos grandes guerras del siglo XX tuvimos incluso que idear nuevos términos: guerra mundial y guerra total. Si bien hay hilos conductores que recorren toda la historia de la guerra y de la sociedad humana –como por ejemplo los efectos de los cambios en la sociedad o la tecnología, los intentos de limitar o controlar la guerra, o las diferencias entre soldados y civiles– voy a centrarme especialmente en el periodo que va desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días, puesto que durante el mismo la guerra no solamente ha cambiado cuantitativamente, sino también cualitativamente. También usaré muchos ejemplos de la historia de Occidente, porque en el pasado reciente esta parte del mundo ha sido pionera en muchos aspectos de la guerra, así como en intentos de mantenerla bajo control, todo sea dicho.

En la mayor parte de las universidades occidentales el estudio de la guerra se descuida en gran medida, tal vez porque tememos que el simple acto de

investigarla y pensar en ella conlleve una suerte de aprobación. Los historiadores internacionales, historiadores diplomáticos e historiadores militares se quejan del poco interés que suscitan sus campos de estudio y sus trabajos. Allá donde existen, la guerra o el estudio de la estrategia están relegados a pequeños reductos donde los llamados historiadores militares pueden dar rienda suelta a sus bajos instintos, desenterrar todos sus descubrimientos desagradables y construir sus historias poco edificantes sin molestar a nadie. Recuerdo que hace años, en el primer Departamento de Historia en el que estuve, recibimos la visita de un consultor de educación cuya misión era ayudarnos a hacer nuestros cursos más atractivos para los estudiantes. Cuando le dije que estaba planificando un curso que se titularía "La guerra y la sociedad" quedó consternado. Se apresuró a sugerir que el título "Una historia de la paz" sonaba mucho mejor.

Este es un descuido peculiar, porque vivimos en un mundo moldeado por la guerra, incluso si no siempre nos damos cuenta de ello. Los pueblos se desplazan o huyen y a veces incluso desaparecen, literalmente y de la historia, a causa de ella. Hay muchas fronteras trazadas por la guerra, y Gobiernos y Estados se han alzado y han caído a causa de la guerra. Shakespeare lo sabía bien: en sus obras la guerra a menudo es el mecanismo por el cual los reyes ascienden y caen, mientras los ciudadanos ordinarios mantienen la cabeza gacha y rezan por que la tormenta pase sin hacerles daño. Algunas de nuestras obras de arte más grandiosas se inspiraron en la guerra o en el odio a ella: la *Ilíada*, la sinfonía *Heroica* de Beethoven, el *Réquiem de guerra* de Britten, "Los desastres de la guerra" de Goya, el *Guernica* de Picasso o *Guerra y paz*, de Tolstói.

Los niños juegan a la guerra, y uno de los videojuegos más populares en EEUU en 2018 fue *Call of Duty*, ambientado en la Segunda Guerra Mundial. Las multitudes que asisten a eventos deportivos a veces los viven como si fueran batallas y el equipo contrario, el enemigo. En Italia, los ultras llegan a los partidos de fútbol en grupos organizados con una firme

jerarquía de mando. Llevan uniformes y usan nombres como Comando, Guerrilla y, para el espanto de muchos de sus compatriotas, incluso algunos robados a los grupos de partisanos de la Segunda Guerra Mundial. Más que para ver el partido, acuden para pelearse con los aficionados del otro equipo. Los Juegos Olímpicos de nuestra era debían generar un espíritu internacional de compañerismo, pero casi desde el primer minuto sirvieron más bien para reflejar la competición entre los diferentes países. Sin ser una guerra, mostraban muchos de los atributos de una: medallas, himnos nacionales y equipos de uniforme marchando al unísono siguiendo la bandera de su país. Se sabe que Hitler y Goebbels concibieron la Olimpiada de Berlín de 1936 como una parte clave de su campaña para demostrar la superioridad del pueblo alemán. Durante la Guerra Fría, los recuentos de medallas se interpretaban como la forma de mostrar la superioridad de un bloque frente al otro.

Incluso nuestro idioma y expresiones llevan la impronta de la guerra. Después de derrotar a los cartagineses en las guerras púnicas, los romanos usaban la expresión "buena fe púnica" (*Fides punica*) de manera sarcástica. Está la expresión "salir el tiro por la culata", que usamos sin darnos cuenta de que tiene que ver con las armas antiguas, que a veces no funcionaban debidamente. Si un británico quiere ser ofensivo, dirá de algo que es "francés" u "holandés", porque esas naciones fueron enemigas de Reino Unido en su momento. "Irse a la francesa" quiere decir irse de manera brusca y sin despedirse, mientras que en inglés el "coraje holandés" se refiere a la supuesta valentía que da la ginebra (y las palabras *británico* o *inglés* desempeñan el mismo papel en francés y holandés, claro). Muchas de nuestras metáforas favoritas en inglés vienen del ámbito militar; en el caso británico, de la marina especialmente. Nuestra conversación y forma de escribir está salpicada de metáforas militares: guerra a la pobreza, al cáncer, a las drogas o a la obesidad (¡Una vez vi un libro titulado *Mi guerra contra el colesterol de mi marido*!). Los obituarios hablan de los fallecidos

diciendo que “perdieron la batalla” contra su enfermedad. Hablamos con naturalidad de campañas, ya sean publicitarias o de recaudación de fondos con fines benéficos. Los directivos de empresa leen un libro chino sobre estrategia militar de hace dos mil años para encontrar la forma de ser más listos que la competencia y llevar sus empresas al éxito. Presumen de objetivos estratégicos y de tácticas innovadoras y les encanta compararse con grandes líderes militares como Napoleón. Cuando los políticos desaparecen para evitar preguntas o escándalos, los medios dicen que están en sus “búnkeres” reagrupando sus tropas o planificando una ofensiva. En diciembre de 2018, un titular de *The New York Times* rezaba: “Para Trump, cada día es una guerra, librada cada vez más en soledad”.

La guerra también está presente en gran parte de nuestra geografía. En los nombres de los lugares: Trafalgar Square en Londres, por el triunfo de Nelson en la batalla del mismo nombre; la Gare d’Austerlitz en París, por una de las mayores victorias de Napoleón; Waterloo Station en Londres, en honor a la derrota final del mismo. En Canadá hay una pequeña ciudad que una vez se llamó Berlín-Potsdam porque la habían fundado inmigrantes alemanes en el siglo XIX; cuando estalló la Primera Guerra Mundial, de repente se convirtió en Kitchener-Waterloo. Nuestras ciudades casi siempre tienen monumentos con los nombres de los caídos o a la gloria de los héroes pasados. Tenemos a Nelson de pie sobre su columna en Londres, mientras que la tumba de Grant es un lugar de encuentro muy popular en el Riverside Park en Nueva York. A lo largo del último siglo, los monumentos a la tropa se han ido haciendo más frecuentes, y también a los participantes anónimos de la guerra como enfermeras, pilotos, soldados de infantería, marinos militares y civiles, e incluso, en el caso de Reino Unido, a los animales empleados en las dos guerras mundiales. Los recordatorios de las guerras pasadas forman parte tan integral del paisaje que a menudo los pasamos por alto. Yo misma he caminado arriba y abajo por la plataforma 1 de la estación de Paddington en Londres más veces de las que puedo

recordar, sin reparar en un voluminoso monumento a los 1.524 empleados de la Great Western Railway que murieron en la Primera Guerra Mundial. También en Paddington se encuentra una impresionante estatua de bronce de un soldado pertrechado para la guerra que lee una carta de su familia. De no ser por la conmemoración del centésimo aniversario de la guerra nunca me hubiera parado a observarlo, ni me hubiera tomado el tiempo de buscar las placas que se encuentran en la estación de Victoria en honor de los innumerables soldados que embarcaron allí camino de Francia, o la dedicada al cuerpo del Soldado Desconocido que llegó en 1920.

Si nos paramos a reflexionar acerca de nuestras propias historias, a menudo podemos encontrar vestigios de la guerra en nuestros recuerdos. Yo crecí en Canadá, en tiempo de paz, pero muchos de los libros y tebeos que leía de pequeña hablaban de la guerra; desde los libros de G. A. Henty, que parecían no acabarse nunca, llenos de historias de jóvenes nobles y heroicos que tomaban parte en la mayoría de los principales conflictos anteriores a 1914, pasando por el intrépido piloto Biggles y su tripulación en la Segunda Guerra Mundial hasta los tebeos del Escuadrón Blackhawk, que partían de ese mismo conflicto pero que continuaron con toda fluidez hasta la guerra de Corea. En Brownies cantábamos canciones –versiones bastante censuradas, comprobaría después– de la Primera Guerra Mundial, estudiábamos el alfabeto semáforo y también a poner vendajes. A principios de los años cincuenta reuníamos cordel y papel de aluminio para el esfuerzo de guerra en Corea. También practicábamos cómo refugiarnos bajo nuestros pupitres en caso de que se desencadenara la guerra nuclear entre EEUU y la Unión Soviética.

Muchos de nosotros hemos escuchado relatos de otras generaciones que conocieron la guerra de primera mano. Mis dos abuelos estuvieron en la Primera Guerra Mundial, como médicos; el galés con el Ejército Indio en Galípoli y en Mesopotamia, y el canadiense en el frente occidental. Mi padre y mis cuatro tíos combatieron en la Segunda Guerra Mundial. Tan

solo nos contaron parte de lo que habían vivido. Mi padre, embarcado en un buque canadiense que escoltaba convoyes hasta el Mediterráneo a través del Atlántico, tenía sobre todo anécdotas divertidas que contar, pero una vez, una sola vez, nos contó lo cerca que habían estado de ser hundidos. Su voz se quebró y fue incapaz de seguir hablando. A él su propio padre nunca le había contado mucho acerca de las trincheras, pero como a veces sucede, sí lo hizo con una de sus nietas, mi hermana, que era demasiado joven como para entender gran cosa. Nuestro abuelo también se trajo de recuerdo una granada de mano que quedó en el gabinete de curiosidades de mi abuela junto a otros tesoros como una cabaña suiza en miniatura y un diminuto terrier escocés de madera. De niños jugábamos con la granada, haciéndola rodar por el suelo, hasta que alguien se dio cuenta de que seguía teniendo puesta la anilla de seguridad. Muchas familias tendrán seguramente historias y recuerdos como estos. Paquetes de cartas de las zonas en guerra, artefactos recogidos en los campos de batalla, viejos cascos y prismáticos, o paragüeros confeccionados con carcasas de misil.

Este tipo de suvenires no dejan de aparecer a medida que los campos de batalla de todo el mundo van prescindiendo de sus restos. En el Eurostar tuvieron que colocar carteles para recordarles a los pasajeros que vuelven de visitar los escenarios de la Primera Guerra Mundial que no está permitido embarcar con las carcasas de misil o armas que muchos recogen como recuerdo. Cada primavera, agricultores belgas y franceses de la zona que fue el frente occidental amontonan lo que llaman la cosecha de hierro. Las heladas invernales remueven la tierra, revelando alambre de espino oxidado, balas, cascos y misiles no detonados, algunos de los cuales contienen gas venenoso. Aunque los ejércitos francés y belga envían a varias unidades a recoger la munición para su eliminación segura, la guerra sigue cobrándose víctimas entre agricultores y expertos en desactivación de bombas, obreros que excavan en el lugar equivocado o algún leñador que enciende una hoguera para calentarse encima de una bomba activa. Cuando

se construye algún edificio en Londres o en Alemania todavía aparecen de vez en cuando bombas de la Segunda Guerra Mundial sin detonar. Y también emergen reliquias de guerras incluso muy anteriores. Una draga encontró un magnífico casco griego del siglo VI o V a. C. en el puerto de Haifa, en Israel. Un maestro de escuela jubilado de Leicestershire salió a dar un paseo con su detector de metales y dio con un casco romano enterrado en una colina. En Irlanda, un grupo de buceadores en un ejercicio rutinario de entrenamiento en el río Shannon localizó una espada vikinga del siglo X.

Muchas sociedades tienen museos de la guerra y días de conmemoración nacional en los que recuerdan a sus muertos. Y a veces son los propios muertos quienes realizan apariciones inesperadas para recordarnos el precio de la guerra. En la tranquila isla sueca de Gotland, un grupo de arqueólogos desenterró el cuerpo de un soldado local ataviado con su cota de malla. Lo habían matado, junto a muchos de sus compañeros, al tratar de detener la invasión danesa de 1361. Los cadáveres pueden conservarse durante siglos si quedan enterrados en el fango, o momificados, en los países más cálidos. Durante el verano de 2018 un grupo de arqueólogos que estudiaban un terreno destinado a la construcción de viviendas cerca de Ypres encontró los restos mortales de 125 soldados, principalmente alemanes, pero también aliados, que llevaban allí desde que cayeran en combate en la Primera Guerra Mundial. En 2002 se descubrieron en una fosa común a las afueras de Vilna miles de cadáveres ataviados con uniformes azules tachonados de botones con los números de sus regimientos. Habían muerto durante la retirada de Napoleón de Moscú en 1812.

Cuando nos paramos a pensar sobre la guerra, pensamos en su precio –el despilfarro de vidas humanas y de recursos–, su violencia, su impredecibilidad y el caos que deja tras de sí. Nos cuesta reconocer hasta qué punto la guerra es algo muy organizado. En 1940 Alemania trató de forzar la rendición de Reino Unido y para ello bombardeó Londres día y

noche durante casi dos meses. Muchos civiles fueron evacuados y trasladados al campo. Los que se quedaron dormían en refugios improvisados o en el metro. La BBC, que tenía su sede en el centro de Londres, envió varios de sus departamentos fuera de la ciudad. El de música se trasladó a Bedford y el de teatro y variedades fue a parar a Brístol, hasta que también Brístol empezó a ser demasiado peligroso y acabó languideciendo en el sosiego de Bangor, al norte de Gales. El personal restante a menudo no podía regresar a sus hogares por las noches, así que la BBC (a la que se llama afectuosamente "*Auntie*" ['Tita'] por una buena razón) convirtió su estudio de radio en un dormitorio común, con una enorme cortina en el centro para separar a hombres y mujeres. En octubre cayeron dos bombas sobre el edificio. Siete de sus trabajadores murieron al intentar sacar una de ellas, que no había explotado, y los bomberos consiguieron contener el incendio que siguió. El locutor de las noticias de las nueve hizo una breve pausa mientras el edificio temblaba y después continuó, cubierto de hollín y de polvo. A la mañana siguiente el edificio ya estaba rodeado de andamios y los escombros se estaban retirando. Pensemos por un momento en la organización que conlleva ese simple episodio, que no es más que uno de tantos en la historia general de la guerra. Los bombarderos alemanes y los cazas que los escoltaban eran el producto de la industria de guerra alemana, que movilizó recursos de todo tipo, desde materiales y mano de obra hasta fábricas, para construir esos aviones y hacerlos volar. Sus tripulaciones habían sido reclutadas y entrenadas. La inteligencia alemana había hecho todo cuanto estaba en sus manos por seleccionar objetivos importantes, y la respuesta británica no estaba menos organizada. La Royal Air Force detectaba los aviones invasores y hacía lo que podía para detenerlos, mientras en tierra el ejército manejaba globos de barrera y reflectores. El apagón de Londres y otras ciudades clave fue total y se controlaba con sumo cuidado. La BBC tenía un plan de contingencia, los bomberos llegaron de inmediato y los trabajos de

limpieza comenzaron al instante.

La guerra tal vez sea la más organizada de todas las actividades humanas, y a su vez ha estimulado una mayor organización de la sociedad. Incluso en tiempos de paz, mientras se prepara, mientras se localizan los fondos y recursos necesarios, la guerra exige que los Gobiernos asuman un mayor control sobre la sociedad. Esto es especialmente cierto en la época moderna porque las exigencias de la guerra han aumentado con nuestra capacidad de librarla. La guerra aumenta el poder de los Gobiernos, lo que conlleva progreso y cambio, en gran parte positivo: desaparecen los ejércitos privados, aumentan la ley y el orden, y en tiempos modernos también se incrementa la democracia junto con los beneficios sociales, las mejoras en la educación, los cambios en la situación de las mujeres o de los trabajadores, y los avances en medicina, ciencia y tecnología. A medida que ha mejorado nuestra capacidad para matar, también nos hemos vuelto menos tolerantes con la violencia. Las tasas de homicidio están a la baja en la mayor parte del planeta, aunque el siglo XX marcó un récord histórico absoluto en cuanto a cifras de muertes en conflictos. Surge otra pregunta: ¿cómo podemos matar a semejante escala y al mismo tiempo desaprobar la violencia? La mayor parte de nosotros no escogería la guerra como camino para obtener los beneficios que reporta. Seguramente haya otra manera de conseguirlos, pero ¿la hemos encontrado?

Hay muchas paradojas similares en torno a la guerra. Nos inspira miedo, pero también nos fascina. Su crueldad y su despilfarro pueden horrorizarnos, pero también somos capaces de admirar la valentía del soldado y sentir su peligrosa atracción. Algunos de nosotros incluso la admiramos como una de las más nobles actividades humanas. La guerra da a quienes participan en ella licencia para matar a otros seres humanos, pero también requiere un enorme altruismo. ¿Qué podría ser más altruista que estar dispuesto a dar tu vida por otros? Tenemos una larga tradición de contemplar la guerra como un tónico para las sociedades, algo que las

revigoriza y saca a relucir su faceta más noble. Antes de 1914, el poeta alemán Stefan George despreciaba el pacífico mundo europeo y hablaba de "los cobardes años de basura y trivialidad", mientras que Filippo Marinetti, fundador del futurismo y fascista en ciernes, proclamaba que "la guerra es la única higiene del mundo". Años más tarde, Mao Tse-Tung diría algo muy similar: "La guerra revolucionaria es una antitoxina que no solo elimina el veneno del enemigo, sino que también nos purga de nuestra propia suciedad". Pero también tenemos otra tradición igualmente antigua que contempla la guerra como un mal, algo que no produce más que miseria y una señal de que, como especie, estamos irremediablemente condenados a cumplir nuestro destino violento hasta el fin de los tiempos.

Svetlana Alexiévich tiene razón: la guerra es un misterio, un misterio aterrador. Y es por esa razón que debemos seguir intentando comprenderla.

I

LA HUMANIDAD, LA SOCIEDAD Y LA GUERRA

> "La guerra la libran los hombres; no las bestias, ni los dioses. Es una actividad particularmente humana. Tacharla de crimen contra la humanidad equivale a perder de vista al menos la mitad de lo que significa; también es el castigo de un delito".
>
> FREDERIC MANNING, *LOS FAVORES DE LA FORTUNA*

Si visitamos la bella ciudad alpina de Bolzano, podremos ver las largas colas que se forman frente al Museo de Arqueología del Tirol del Sur. La gente, muchas veces con sus hijos pequeños, espera pacientemente para poder visitar una de las principales atracciones de Bolzano: el cuerpo momificado de un hombre que vivió alrededor del 3300 a. C., Ötzi –el hombre de hielo– murió antes de que se construyeran las pirámides o Stonehenge, y el hielo preservó su cuerpo y posesiones intactos hasta que en 1991 fue encontrado por dos montañeros. Vestía una capa confeccionada con hierba trenzada y prendas de cuero, incluyendo pantalones ajustados, botas y una gorra. Sus últimas comidas, todavía en su estómago, habían consistido en carne seca, raíces, fruta y posiblemente pan. Cargaba con unas cestas y con varias herramientas, tales como un hacha con hoja de cobre, un cuchillo, flechas y partes de un arco.

Al principio se asumió que se había extraviado en una tormenta de nieve y que había muerto solo, pasando los cinco mil años siguientes en una absoluta tranquilidad. Era la historia triste de un inocente pastor o agricultor. En los siguientes decenios, no obstante, y gracias a los avances en ciencia y medicina, resultó posible examinar el cuerpo más de cerca, mediante tomografía computarizada, rayos X y pruebas bioquímicas. Resulta que Ötzi tenía una punta de flecha alojada en un hombro, y que su cuerpo estaba lleno de magulladuras y cortes. También parecía haber recibido varios golpes en la cabeza. Lo más probable es que muriera por las

heridas recibidas de su atacante o atacantes. Y también es posible que él hubiese matado a otros seres humanos, a juzgar por la sangre encontrada en su cuchillo y en una de sus puntas de flecha.

Ötzi no es ni mucho menos el único resto que indica que los primeros humanos fabricaban armas, se enfrentaban en grupos unos contra otros y hacían todo lo que buenamente podían para matarse entre ellos. Se han encontrado en todo el mundo tumbas que se remontan a los tiempos de Ötzi e incluso anteriores, desde Oriente Medio hasta las Américas y el Pacífico, llenas de esqueletos marcados por una muerte violenta. Pese a que las armas hechas de madera y pieles no suelen sobrevivir, los arqueólogos han encontrado filos de piedra, algunos todavía incrustados en esqueletos.

La violencia parece haber estado presente incluso desde antes, durante la mayor parte de la historia de la humanidad, en realidad, cuando nuestros ancestros vivían como nómadas recolectando plantas comestibles y cazando a otras criaturas para alimentarse de ellas. Mucho de lo que sabemos es, obviamente, pura especulación. Recabar e interpretar indicios es extraordinariamente difícil –y más cuanto más atrás en el tiempo; los humanos aparecimos sobre la Tierra hace unos trescientos cincuenta mil años–, aun así, vamos acumulando gradualmente más pruebas gracias a descubrimientos arqueológicos y avances científicos como la lectura del ADN antiguo. Ahora sabemos que hasta un momento muy reciente de la larga historia de la humanidad nos organizábamos en pequeños grupos desperdigados por las partes más templadas del planeta. No había gran riqueza material por la que pelearse y, presumiblemente, si uno de estos grupos se veía amenazado por otro, podía desplazarse sin más. Durante gran parte del siglo xx, los estudiosos del origen de la sociedad humana tendían a asumir que estos primeros grupos nómadas llevaban una existencia pacífica. Pero los arqueólogos han descubierto heridas que sugieren lo contrario en esqueletos de este lejano periodo. Algunos antropólogos han intentado deducir cómo era aquel mundo observando las escasas sociedades de

cazadores-recolectores que han sobrevivido hasta la Edad Moderna. Es un camino indirecto con trampas potenciales: un extraño que observa estas sociedades lo hace desde sus propios prejuicios y además el contacto introduce cambios en ellas.

Dicho esto, hay una serie de hallazgos muy sugerentes. En 1803, por ejemplo, un muchacho de trece años llamado William Buckley escapó de una colonia penal en Australia y vivió entre los aborígenes durante los siguientes treinta años. Después describiría un mundo en el que incursiones, emboscadas, rencillas ancestrales y muertes repentinas y violentas formaban parte integral del tejido de la sociedad. En el otro extremo del mundo, en el duro paisaje ártico, los primeros exploradores y antropólogos repararon en que los habitantes del lugar, inuit e inupiat entre otros, fabricaban armas y armaduras a partir de huesos y marfil, y tenían una rica tradición oral de historias de guerras pasadas. En 1964, Napoleon Chagnon, un joven estudiante estadounidense de antropología, fue a hacer un trabajo de campo entre el pueblo yanomami de la jungla brasileña. Esperaba que su estancia confirmase la visión prevalente de la época de que los cazadores-recolectores son pueblos esencialmente pacíficos. Se dio cuenta de que dentro de cada aldea los yanomamis vivían mayoritariamente en armonía y eran amables y cuidadosos entre sí, pero que la cosa cambiaba cuando se trataba de lidiar con otras aldeas. Las diferencias se resolvían con porras y lanzas, y se hacían incursiones para matar a los hombres y a los niños y secuestrar a las mujeres. En sus treinta años de observaciones, llegó a la conclusión de que una cuarta parte de los hombres yanomami morían de manera violenta.

Si bien hay acalorados debates –guerras, en realidad– entre historiadores, antropólogos y sociobiólogos, parece que las pruebas respaldan la opinión de quienes dicen que los seres humanos, hasta donde podemos saberlo, tenemos propensión a atacarnos los unos a los otros de forma organizada; en otras palabras, a hacernos la guerra. Esto nos lanza un nuevo desafío, el

de entender por qué los seres humanos están tan dispuestos a matarse entre sí. Es más que un acertijo intelectual: si no conseguimos entender por qué luchamos entre nosotros, tenemos pocas posibilidades de evitar conflictos en el futuro. Hasta el momento hay muchas teorías al respecto, pero ninguna respuesta consensuada. Tal vez la guerra sea el resultado de la avaricia o de la competencia por los recursos menguantes, alimentos, territorios, compañeros sexuales o esclavos. O tal vez estemos condicionados por los lazos biológicos y la cultura compartida para valorar a nuestro propio grupo, ya sea un clan o una nación, y temer a los demás. ¿Arremetemos instintivamente contra lo que tenemos delante cuando nos sentimos amenazados, como hacen nuestros primos los chimpancés? ¿La guerra es algo inevitable, o bien algo que hemos construido a través de ideas o cultura? Puesto que la guerra y el miedo a la guerra siguen muy presentes en el siglo XXI, las respuestas a estas preguntas son importantes.

La guerra no sería posible sin nuestra predisposición a matar, pero esta no basta por sí sola. De dos hombres que se pelean en un bar o incluso de una docena de pandilleros que se enfrentan en la calle o en un parque nunca diríamos que están en guerra. La violencia que causa daños o muerte forma parte de la guerra, pero tenemos la tendencia a contemplarla como una herramienta, no como un fin en sí mismo. El gran teórico alemán Carl von Clausewitz, en una de sus observaciones más conocidas, dijo: “La guerra es un acto de violencia destinado a obligar a nuestro oponente a satisfacer nuestra voluntad”. La guerra tiene un propósito, ya sea este ofensivo o defensivo. Una guerra se puede librar por honor, supervivencia o afán de control, pero se distingue de una pelea de bar por su escala y su nivel de organización. La guerra involucra a docenas, cientos, miles e incluso millones de personas, no se trata de una o unas cuantas personas ejerciendo la violencia unos contra otros. Es un choque entre dos sociedades organizadas que ordenan la participación de sus miembros y que han existido durante un periodo de tiempo considerable. Como decía el teórico

político inglés Hedley Bull: “La violencia no es guerra a menos que se lleve a cabo en nombre de una unidad política […]”. Y proseguía: “Asimismo, la violencia que se ejerce en nombre de una unidad política no es guerra a menos que se dirija contra otra unidad política”. Las pandillas están organizadas y sus miembros pueden decir que comparten valores y objetivos, pero no son unidades políticas y sociales estables. Por supuesto, pueden llegar a serlo y crecer y convertirse en clanes, tribus, sociedades de jefatura, baronías, reinos o naciones capaces de hacer la guerra.

Una de las muchas paradojas de la guerra es que a los humanos empezó a dárseles bien conforme iban creando sociedades más organizadas. Lo cierto es que ambas cosas han evolucionado de la mano. La guerra –violencia organizada con un propósito entre dos unidades políticas– se fue volviendo más elaborada cuando desarrollamos sociedades sedentarias establecidas y ayudó a que estas fueran más organizadas y poderosas. De eso no hace más de diez mil años, un instante en la historia humana: cuando algunos de nosotros empezamos a asentarnos y nos convertimos en agricultores, la guerra empezó a sistematizarse y a requerir formación y una clase guerrera. Además de tumbas en varios lugares del mundo, los arqueólogos han encontrado vestigios de fortificaciones, en Turquía por ejemplo, que se remontan al menos al 6000 a. C., y también de agrupaciones de viviendas que parecen haber sido deliberadamente incineradas. Con la llegada de la agricultura, los humanos se vieron más vinculados a un lugar y empezaron a poseer más cosas dignas de ser robadas y defendidas. Para defenderse necesitaban una mejor organización y más recursos, lo que a su vez condujo a que algunos grupos expandieran su territorio y a que su población aumentara, bien pacíficamente o bien conquistando el terreno de otros.

Uno de los muchos debates acerca de los orígenes y la evolución de la guerra es si los humanos se han vuelto más o menos violentos con el tiempo. Steven Pinker y otros que piensan como él, como el arqueólogo Ian Morris, se muestran más bien optimistas y creen que existe una clara

tendencia a alejarnos de la violencia. La mayoría de los países ya no celebran ejecuciones públicas, tienen leyes contra la crueldad hacia los animales y los niños, y las diversiones como el hostigamiento de osos o las peleas de perros normalmente son ilegales. Los optimistas van incluso más allá e intentan sumar las muertes debido a las guerras del pasado (tarea nada fácil de por sí) para demostrar que las tasas de homicidio entonces eran mucho más altas de lo que son ahora y que las muertes en guerras, en proporción al número de personas con vida en el momento, son menos en los siglos XX y XXI que en guerras anteriores, incluso contando con el enorme derramamiento de sangre de las dos guerras mundiales. Otros cuestionan estas cifras y apuntan a que las muertes en guerras del siglo XX podrían ser el 75% de todas las muertes por esa causa en los últimos cinco mil años. Y si lo que se busca es deprimirse acerca del futuro de la humanidad, hay estudios de las universidades de Florencia y Colorado que usan instrumentos matemáticos y afirman que la tendencia va a ser hacia un número menor de guerras pero más mortíferas. Su argumento es que cuanto más interconectadas están las sociedades, más fácil es para un conflicto extenderse a través de la red: igual que los virus informáticos o los incendios forestales. Si en el verano de 1914 un pequeño rifirrafe en los Balcanes pudo convertirse en la Gran Guerra, fue porque las potencias de Europa estaban tan interconectadas por tratados, acuerdos y planes que las tensiones proliferaron en todas las direcciones a partir del asesinato del archiduque Francisco Fernando hasta que estalló una guerra general.

Incluso si Pinker está en lo cierto –y el debate continúa– de alguna manera no resulta muy tranquilizador. Los que hemos disfrutado la larga paz que dura desde 1945 tenemos que reflexionar acerca del hecho de que una gran parte del mundo, incluidos Indochina, Afganistán, la región de los Grandes Lagos en África y gran parte de Oriente Medio ha estado y sigue estando en guerra. Un proyecto de la Universidad de Uppsala (Suecia) estima que entre 1989 y 2017 murieron más de 2 millones de personas a causa de la guerra.

Desde 1945 unos 52 millones se han visto obligados a desplazarse a causa de un conflicto.

La frecuencia de la violencia y la guerra en el pasado y su persistencia en el presente suscitan una pregunta incómoda, a saber: ¿acaso los humanos están genéticamente programados para luchar entre sí? Una vía de investigación para dar respuesta a este interrogante pasa por examinar a nuestros parientes más próximos en el reino animal: los chimpancés y bonobos. Ambas especies viven en grupos organizados, tienen formas de comunicarse entre ellos y fabrican herramientas primitivas (recientemente, en Irlanda del Norte, un par de chimpancés emprendedores fabricaron juntos con una rama una escalera para huir del zoológico de Belfast). Los chimpancés y los bonobos se parecen tanto entre sí que hasta los años veinte del pasado siglo se creyó que pertenecían a una misma especie, aunque lo cierto es que han evolucionado de manera bastante diferente en lo que se refiere a su forma de vivir juntos y relacionarse con extraños.

Jane Goodall estudió a los chimpancés en su hábitat natural en Tanzania durante más de medio siglo. Ella y su equipo llegaron a convertirse en parte del entorno, hasta el punto de que los chimpancés ignoraban su presencia, y así pudieron observar cómo se relacionaban, cuidaban de los más jóvenes, jugaban y también cómo se mataban entre sí. Los grupos, dominados por los machos y firmemente apegados a su propio territorio, entraban en conflictos organizados contra otros grupos, a menudo sin mediar provocación. Mataban a cualquier chimpancé solitario que se alejase demasiado de su propio territorio, y llevaban a cabo incursiones para eliminar a machos rivales, así como a hembras y crías. En un conflicto particularmente prolongado, un grupo exterminó al otro y acabó ocupando su territorio. En sus memorias, Goodall afirma que al principio había pensado que los chimpancés de su estudio eran “en su mayoría, bastante más agradables que los seres humanos”. Después, continúa, “de repente nos dimos cuenta de que los chimpancés podían ser brutales, que, al igual que

en nuestra naturaleza, había algo oscuro en la suya".

Antes de decidir que los seres humanos tienen una marca oscura indeleble en su naturaleza, deberíamos pensar en el contraejemplo de los bonobos, que no se pelean ni se cazan entre sí. Los bonobos parecen tan inteligentes como sus primos los chimpancés, pero han evolucionado de una forma muy distinta, tal vez porque viven en la orilla sur del río Congo, donde resulta fácil encontrar alimento, y no tienen rivales poderosos como los gorilas que hostigan a los chimpancés tanzanos. Entre los bonobos, son más bien las hembras las que forman grupos consolidados y tienen tendencia a dominar a los machos. Cuando dos bonobos desconocidos se encuentran, su primer instinto no es atacar, sino observarse tímidamente y después ir avanzando lentamente hacia el otro. Empiezan compartiendo alimentos, se asean mutuamente y se abrazan, dándose placer de todo tipo entre sí (los vídeos de bonobos jugando son muy populares en internet, aunque haya quien piense que no son lo que se dice un entretenimiento para todos los públicos). El debate acerca de si la preferencia de los bonobos por hacer el amor y no la guerra es el resultado de su entorno o de la evolución o una combinación de ambos sigue abierto.

¿A cuál de nuestros primos nos parecemos más los humanos? La respuesta parece ser que a ambos. No podemos negar la relación: los humanos compartimos el 99% de nuestro ADN con los chimpancés y los bonobos. Al contrario que estos, no obstante, hemos desarrollado el lenguaje, tecnologías complejas y la capacidad de pensamiento abstracto. Hemos construido sociedades altamente complejas con instituciones sociales y políticas, ideas, sistemas de creencias y valores. Somos capaces, al igual que los chimpancés, de reaccionar de manera violenta cuando tenemos miedo, pero al igual que los bonobos, tenemos una capacidad altamente desarrollada para la interacción amistosa, la cooperación, la confianza y el altruismo. En su libro *The Goodness Paradox* [La paradoja de la bondad], el antropólogo Richard Wrangham afirma que a lo largo del curso de la

evolución humana hemos aprendido a dominar nuestro lado agresivo, en parte domesticándonos a nosotros mismos de la misma manera en que hemos domesticado a los animales salvajes. No hay más que ver cómo acabamos transformando a los lobos en mascotas. Wrangham opina que los humanos, trabajando en conjunto, fueron librándose poco a poco de los miembros más violentos de sus grupos, matándolos. Tal vez, como sugieren otros antropólogos, la preferencia sexual también tuviera algo que ver en la medida en que las mujeres y sus padres buscaban compañeros apacibles y cooperativos. Mientras sucedía esta domesticación gradual de nuestros ancestros, los humanos también se iban construyendo instituciones sociales y políticas, incluyendo Gobiernos centrales fuertes en posesión del monopolio de la violencia, lo cual, a diferencia del caso de los chimpancés, impedía a sus subordinados agredir y matar a voluntad. Tampoco esto supuso el fin de la violencia; lo que sucedió fue más bien que las sociedades organizadas fueron capaces de usarla de manera organizada y con un propósito. La paradoja, tal y como la presenta el profesor Wrangham, es que a medida que los humanos se iban volviendo más agradables, también empezó a dárseles mejor matar, y a una escala sin precedentes.

Creo que no podemos negar la herencia de la evolución. Tenemos impulsos, sentimientos como el miedo, y necesidades y deseos de cosas como la comida y el sexo. Al igual que la mayor parte de especies, de aves a mamíferos, somos territoriales, pero también somos seres sensibles y tenemos capacidad de decisión, de escuchar a la mejor parte de nuestra naturaleza o a la peor. Hemos creado culturas que establecen lo que somos y ayudan a determinar lo que nos parece importante. Así que no solo luchamos por la supervivencia –comida, sexo, cobijo–, sino también en nombre de abstracciones como la religión o la nación, que nos parecen dignas de matar y morir por ellas. Tampoco recurrimos invariablemente a la violencia, aunque una causa nos pueda importar: somos capaces de buscar soluciones pacíficas. El ser humano ha soñado y sigue soñando con hacer

desaparecer por completo la guerra.

El jurado sigue deliberando acerca de cómo y por qué evolucionamos como lo hicimos, y en qué medida esto es importante en relación con la guerra. Otro encendido y prolongado debate es el de si la sociedad nos hace mejores o peores, más pacíficos o más belicosos. En lugar de comparar a chimpancés y bonobos, este debate gira en torno a dos pensadores europeos del siglo XVIII: Thomas Hobbes y Jean-Jacques Rousseau. Ambos se interesaron por la relación entre los seres humanos y sus sociedades, y la cuestión de si nuestra condición normal es la guerra o la paz. Los dos trataron de describir al ser humano en un estado natural antes de que hicieran su aparición las sociedades organizadas. A diferencia de nosotros, no tenían pruebas de cómo vivían los humanos en el pasado lejano, pero les parecía útil imaginar cómo podrían coexistir sin leyes ni organización para después observar sus propias sociedades.

Rousseau afirmaba que la violencia no forma parte integral del ser humano. Los seres humanos, sostenía, eran buenos por naturaleza hasta que la sociedad los corrompió; un idilio pastoril en el que los cazadores-recolectores vivían en armonía entre sí y con la naturaleza. Tenían lo suficiente para cubrir sus necesidades y no hacía falta pelear para quitarles la comida a los demás o defender la propia. Esto condujo, según Rousseau, al desarrollo de la propiedad privada y los oficios especializados, ya que algunos siguieron siendo agricultores y otros se convirtieron en artesanos, guerreros o gobernantes. Los más afortunados acumularon más propiedades de manera que la sociedad que una vez había sido igualitaria se convirtió en desigual y jerárquica. Los más fuertes explotaban a los más débiles y la sociedad acabó marcada por la avaricia, el egoísmo y la violencia. A medida que la sociedad y los Estados iban evolucionando y haciéndose más complejos, con más poder sobre sus miembros, los humanos fueron perdiendo más y más libertad. La tendencia de los diferentes Estados a pensar tan solo en su propio interés no hacía más que aumentar las

posibilidades de que acabaran en guerra entre sí. La solución de Rousseau, que elabora en *El contrato social*, no era una vuelta a este paraíso hipotético, algo que el filósofo aceptaba como imposible, pero sí la creación de una nueva relación entre individuos y sus instituciones sociales y políticas. Los seres humanos necesitan vivir y trabajar juntos, pero esto debería ser algo voluntario y suceder en un Estado que garantice su libertad y trabaje para ellos en lugar de lo contrario. Si los seres humanos pudieran comportarse como si hubieran cerrado voluntariamente un contrato entre sí, tanto los individuos como la sociedad se volverían más felices y armoniosos. Una vez logrado esto, los Estados, ya ilustrados, podrían trabajar para superar sus mutuos miedos, suspicacias y avaricia, que tan a menudo conducen a la guerra. En ocasiones Rousseau parece haber imaginado unos Estados federados de Europa en los que la guerra estaría prohibida y la paz garantizada.

Hobbes, por su parte, veía la cosa de manera bien distinta. En estado natural, los humanos vivían vidas precarias y luchaban entre sí para sobrevivir. La vida, en sus palabras, era "solitaria, miserable, malvada, brutal y breve". No había tiempo ni recursos suficientes para fabricar herramientas, cultivar, comerciar o aprender. "No se conocía la faz de la Tierra, no había medida del tiempo, ni artes, ni letras, ni sociedad, y lo que es peor, el miedo era constante, al igual que el peligro de una muerte violenta". El crecimiento de las sociedades asentadas y los grandes Estados estaba lejos de ser la causa del conflicto, más bien lo contrario. El crecimiento de una entidad política grande y poderosa –lo que Hobbes llama Leviatán– era la manera de controlar la violencia, al menos dentro de las sociedades. La sociedad internacional seguía siendo como la naturaleza; los Estados bregaban por aventajarse a los demás en un mundo anárquico. Los más fuertes maltrataban a los débiles y estos capitulaban o eran subyugados por la fuerza. A diferencia de Rousseau, no tenía expectativas en cuanto a que las sociedades y los Estados pudieran volverse ilustrados y

aprender a trabajar juntos de manera voluntaria.

Muchos de nosotros seguimos prefiriendo la versión rousseauniana del pasado, la suposición de que los humanos somos por naturaleza inocentes y pacíficos. El siglo XX fue tan terrible en tantos aspectos que no resulta sorprendente que sigamos buscando sociedades contemporáneas mejores y más amables que la nuestra. Si no se esconden en islas tropicales o selvas o desiertos, tal vez puedan crearse sobre la base de unos principios adecuados. Durante un breve periodo, entre los años veinte y treinta del siglo pasado, los intelectuales occidentales pensaban haber encontrado su jardín del edén en la Unión Soviética, hasta que finalmente las pruebas de la hambruna masiva y el asesinato organizado a manos del Estado se hicieron demasiado evidentes para ser ignoradas por la mayoría. En los años sesenta la China de Mao se convirtió en la gran esperanza, en parte porque se sabía muy poco acerca de ella. La Revolución Cultural parecía algo benévolo al principio: la vehemente juventud que deseaba transformar la sociedad en un paraíso igualitario en el que todos trabajarían de buen grado para construir un mundo nuevo. Una vez más, esta idílica imagen se ensombreció cuando supimos de la verdadera brutalidad y destrucción de aquellos años.

Empezando por el Jardín del Edén de la Biblia, la literatura y las artes se han dedicado a describir pacíficas edades doradas del pasado o utopías por venir. Los poetas griegos y romanos como Hesíodo y Séneca creían que los humanos habíamos disfrutado de una edad dorada en el pasado lejano y que la historia no dejó de empeorar en dirección a las edades de Bronce y de Hierro, cuando los seres humanos se hicieron con armas y se volvieron avarientos y belicosos. Existen historias parecidas en las tradiciones china e india. Los primeros exploradores que se encontraron con pueblos de las Américas y del Pacífico quedaban sorprendidos por lo apacibles que parecían la mayoría de ellos. Sus relatos calaron en la imaginación de un Occidente en plena y vertiginosa industrialización. En el siglo XX, los artistas occidentales como Henri Rousseau y Paul Gauguin se dedicaban a

pintar escenas oníricas de bellos africanos o isleños del Pacífico rodeados de árboles cargados de fruta al alcance de la mano. Al parecer no había ni voluntad ni necesidad de guerra.

Cuando apareció la antropología como campo serio de investigación durante los siglos XIX y XX, sus hallazgos parecieron confirmar esta imagen de felicidad. La estadounidense Margaret Mead, que hizo su trabajo de campo en Samoa en los años veinte, hablaba de un mundo libre de culpa, codicia o ira. Y también de guerra, el flagelo de otras civilizaciones. Nadie en Samoa, escribía, "sufre por sus convicciones o lucha hasta la muerte por un objetivo específico". Los jóvenes seguían a sus mayores en relaciones sexuales abiertas y amorosas, y las familias se reunían para celebrar festines de manera habitual, compartiendo su abundancia entre sí. "A veces la aldea no se va a dormir hasta bien pasada la medianoche, cuando por fin queda solamente el suave trueno del arrecife y el susurro de los amantes, mientras el pueblo descansa hasta el amanecer…". Su libro *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa* tuvo un enorme impacto, especialmente en los años sesenta, cuando parecía señalar el camino hacia un mundo sin Vietnams y lleno de amor ilimitado y libre de culpa. En años recientes, tanto su labor de investigación como sus conclusiones se han puesto en tela de juicio. Los últimos críticos de Mead señalan que no hablaba bien el idioma local, que no pasó en Samoa más que algunos meses y, quizá esto sea lo peor, que estaba dispuesta a creer de manera acrítica todo lo que los locales le contaban. (Un par de ellos dijeron después haberle mentido acerca de aquellas vidas sexuales libres de culpa y complicaciones de los adolescentes samoanos). Quienes habían visitado Samoa con anterioridad, misioneros y marineros, describían a los samoanos como gente que dedicaba bastante tiempo al combate. La paz no llegó a Samoa hasta que la trajo el imperialismo, primero estadounidense y alemán, y más tarde británico. Durante un tiempo pensamos que la civilización maya de América Central podría ser un ejemplo esperanzador de convivencia armoniosa entre

Estados. Lamentablemente, cuando fuimos capaces de descifrar la escritura maya después de la Segunda Guerra Mundial, pudimos ver que el tema principal de la literatura maya que ha sobrevivido es la guerra.

¿Qué versión de la historia humana preferimos, la de Rousseau o la de Hobbes? Las pruebas arqueológicas e históricas apuntan resueltamente hacia Hobbes y hacia la guerra como parte integral y duradera de la experiencia humana. Esto no quiere decir que no debamos aspirar a un futuro más parecido a la visión de Rousseau. Entretanto, quizá pueda servirnos de consuelo el hecho sorprendente de que en ocasiones la guerra ha traído paz y progreso a las sociedades.

Esto me lleva a una segunda paradoja de la guerra: el poder estatal creciente y la aparición de grandes Estados –lo que Hobbes llama Leviatán– a menudo son el resultado de la guerra, pero pueden a su vez generar la paz. El poder del Estado y sus instituciones se basa en la autoridad percibida de los gobernantes, venga esta de los dioses o de los votantes, y en la aquiescencia de aquellos que son gobernados. No obstante, en alguna parte de esta combinación y de manera crucial se encuentra la amenaza de la violencia que el Estado puede ejercer, tanto contra su propia gente como contra sus enemigos. La aparición de fuerzas policiales dependientes del Estado en la mayor parte del mundo occidental y en partes de Asia en el siglo XIX acabó gradualmente con el bandidaje y la violencia de baja intensidad. El poder de los señores feudales desapareció cuando los monarcas adquirieron fuerzas suficientes para destruir sus ejércitos privados y arrasar sus castillos. La aparición de un Estado fuerte iba de la mano de un monopolio cada vez mayor del uso de la fuerza y la violencia dentro de sus fronteras. Si alguien se niega a pagar sus impuestos, incendia la casa de su vecino o ignora los requerimientos para hacer el servicio militar, un Estado fuerte se encargará de meterlo en cintura y tanto su propiedad como él mismo sufrirán un castigo, que puede llegar a la ejecución. Los pueblos yugoslavos vivían juntos en paz, aunque no siempre felizmente, bajo la

mano firme de Tito porque, como dijo un croata, "cada cien años venía un policía a asegurarse de que nos queríamos mucho". Cuando Tito murió y su Partido Comunista se derrumbó, las diferentes etnias de Yugoslavia, azuzadas por demagogos sin escrúpulos, se volvieron unas contra otras. Podemos percibir el Estado como la encarnación de la opresión, pero deberíamos pararnos un momento a pensar lo que es la vida allí donde no hay un poder del Estado. Los samoanos y los habitantes de las tierras altas de Nueva Guinea han vivido esa experiencia, y los desafortunados pueblos de los Estados fallidos que son hoy Yemen, Somalia y Afganistán la viven hoy en día.

El éxito en la guerra contra los enemigos externos a menudo se ha empleado para legitimar y potenciar la autoridad del Estado cuando los gobiernos, democráticamente elegidos o dictatoriales, señalan las grandes victorias como símbolo de virtud o como logros propios. En su discurso sobre el Estado de la Unión de 2019, el presidente Donald Trump habló de la victoria estadounidense tras los desembarcos del Día D en Normandía (obviando la presencia de otras tropas aliadas), una victoria que lograron, dijo, para América y "para nosotros". "Todo lo que ha sucedido desde entonces –nuestro triunfo sobre el comunismo, nuestros pasos de gigante en la ciencia y los descubrimientos, nuestro progreso sin igual hacia la igualdad y la justicia–, todo ello es posible gracias a la sangre y las lágrimas y la valentía de los americanos que fueron antes que nosotros". Los romanos solían levantar columnas y arcos de la victoria en honor a la gloria del emperador y del Estado. Napoleón empleaba a escritores y artistas para que cantasen sus triunfos a medida que ascendía hacia el poder en Francia. Cuando se nombró a sí mismo emperador, uno de sus obsequiosos senadores le llamó "héroe incomparable que a todos ha conquistado, que ha sacado todo del caos y creado un nuevo universo para nosotros". Mientras pareció invencible, Napoleón tuvo en un puño a Francia y a gran parte de Europa. La ristra de victorias de Hitler consiguió conquistar incluso a los

conservadores alemanes que habían puesto en duda su capacidad para gobernar.

A la inversa, aquellos gobernantes que no son capaces de defender a sus propios pueblos, o que sufren derrotas en el extranjero, pierden apoyos. En la China clásica, se decía de los emperadores que no subsanaban las revueltas violentas en el país o los ataques desde fuera habían perdido el mandato del cielo y que, por lo tanto, ya no estaban capacitados para gobernar. Napoleón III, sobrino del gran Napoleón, llevó a Francia a la derrota en la guerra franco-prusiana; su régimen cayó y él tuvo que huir al exilio. Se dice que cuando Hitler invadió la Unión Soviética durante el verano de 1941, Stalin fue presa del pánico y dijo: "Lenin fundó nuestro Estado y nosotros lo hemos jodido". El presidente Lyndon Johnson decidió no presentarse a las elecciones de 1968 por el fracaso de su administración a la hora de poner fin a la guerra de Vietnam.

Desde siempre, los Estados e imperios crecen gracias a guerras de conquista, o cuando aquellas potencias más débiles capitulan frente a ellos para evitar un conflicto del que no tienen perspectivas de salir airosos. Los atenienses usaron su flota y sus ejércitos de tierra para someter a sus vecinos. Alejandro Magno lideró a sus soldados para construir un vasto imperio. Las legiones romanas marcharon dejando Roma tras de sí y conquistando cuanto encontraban a su paso. La China de hoy estuvo una vez dividida en unos ciento cincuenta pequeños Estados que gradualmente fueron consolidándose a través de un proceso doloroso y sangriento. Los chinos todavía recuerdan con horror su periodo de Reinos Combatientes, desde el siglo V a. C. hasta el III a. C., cuando los pocos estados que quedaban libraron una sucesión interminable de guerras y el pueblo se hallaba sometido y reducido a la miseria. El emperador Qin, que consiguió hacerse con el control de los diferentes Estados en el año 221 a. C., era un tirano sin escrúpulos, pero se le recuerda con gratitud como el gobernante que trajo la paz y el orden a China. Se le enterró en Xi'an junto a hileras e

hileras de soldados de terracota, un adecuado recordatorio del papel que la fuerza militar había desempeñado en la creación de su Estado. En tiempos más cercanos a los nuestros, Prusia, esa especie de rompecabezas de territorios, usó su ejército para acumular más y más tierras y en última instancia crear la Alemania moderna. El Imperio soviético de la Guerra Fría fue adquirido y conservado por el Ejército Rojo.

Las grandes potencias no son necesariamente agradables (¿por qué deberían serlo?), pero sí ofrecen un mínimo de seguridad y estabilidad a su propio pueblo. Las potencias que perduran usan la fuerza militar para sostenerse, pero su longevidad se asienta principalmente sobre un Gobierno relativamente eficaz que ayuda a ganarse la aquiescencia e incluso la lealtad del pueblo. Los romanos entendían perfectamente que habían usado la guerra para crear su paz, pero que también tenían otras herramientas que merecía la pena usar. Como dice Virgilio en la *Eneida*: "Tú, romano, recuerda tu misión: ir rigiendo los pueblos con tu mando. Estas serán tus artes: imponer leyes de paz, conceder tu favor a los humildes y abatir combatiendo a los soberbios". El poder no puede garantizar la supervivencia de los leviatanes sin un cierto apoyo por parte del pueblo. El Imperio romano duró tanto porque vino a remplazar a una serie de Estados pendencieros y porque, dentro de sus fronteras, las personas, alimentos y mercancías podían circular libremente a lo largo de sus carreteras bien construidas o a través del Mediterráneo, convenientemente despejado de piratas. Dentro del imperio, la prosperidad económica y la esperanza de vida aumentaron. Lo cierto es que eran los extranjeros quienes acudían al Imperio romano en lugar de lo contrario. Los ciudadanos romanos no estaban retenidos por la fuerza, aunque esta fuera una amenaza siempre presente. La mayor parte de los combates del ejército romano tenían lugar a lo largo de las fronteras de Roma. Los mejores leviatanes tienen leyes coherentes, impuestos razonables y garantizan la propiedad y, en algunos casos, como en el del Imperio romano, incluso toleran costumbres y

religiones distintas.

Unos ejércitos fuertes sirven para construir Estados fuertes, pero también pueden socavarlos cuando escapan a su control. En el Imperio romano sucedía que generales sin escrúpulos dirigieran sus tropas leales contra el Estado, o que fueran los propios soldados quienes vendían su lealtad al mejor postor. Cuando el emperador Pertinax fue asesinado en el año 193 tras un reinado de tres meses, se produjo una escena vergonzosa, si debemos creer al historiador Dion Casio: "Porque como si nos halláramos en un mercado o sala de subastas, tanto la ciudad como el imperio fueron subastados". Con el tiempo, los leviatanes degeneran, sus Gobiernos se vuelven cada vez más incompetentes, incapaces de lidiar con revueltas armadas internas o con sus enemigos en las fronteras. Los vándalos saquearon una Roma debilitada. Los guerreros mongoles, nacidos a caballo, barrieron todos los viejos regímenes de Persia, China, India y Rusia. La dinastía Ming fue fundada en 1368, cuando ejércitos rebeldes comandados por un campesino derrotaron a las últimas fuerzas de la dinastía mongol Yuan. Dos siglos y medio después, los manchúes se colaron por una grieta de la Gran Muralla para derrocar a su vez a los Ming.

Si son lo suficientemente poderosos, los leviatanes también pueden servir para pacificar sus vecindades. En el siglo XIX, el Imperio británico hacía las veces de policía planetario, asegurándose de que las vías navegables estaban libres de peligros y sofocando conflictos allá donde podía. Los británicos hacían esto en su propio beneficio, para proteger su comercio y su imperio, pero la *pax britannica*, como la *pax romana* antes, permitió que el comercio floreciera y también que se produjeran grandes movimientos de personas alrededor de todo el planeta. Hoy podríamos estar viviendo el fin de la hegemonía del leviatán estadounidense, y empezamos a darnos cuenta de que el mundo necesita a alguien o algo para mantener el orden. Un sustituto menos estable sería una coalición de potencias de tamaño y fuerza aproximadamente similar que trabajaran juntas para mantener la paz. Esto

sucedió en Europa durante la primera mitad del siglo XIX con el concierto europeo y, durante un breve periodo de tiempo, con las democracias de la década de 1920. No obstante, basta que una o más potencias, como Alemania antes de la Primera Guerra Mundial, o Alemania, Japón e Italia antes de la Segunda, decidan desafiar el *statu quo* para que la paz se convierta en guerra. El mundo regresa con sorprendente facilidad al estado de anarquía del que hablaba Hobbes, donde ninguna potencia confía en las demás y la única perspectiva es el conflicto reiterado, como sucede en los Estados fallidos.

Tras la caída del Imperio romano en Occidente en el siglo V, Europa regresó a un nivel de desarrollo menor: el comercio terminó porque los caminos y vías navegables eran demasiado peligrosas para los viajeros, y la educación y las artes se extinguieron. Oleadas de invasores –anglos, vándalos, hunos, godos– barrieron el continente, saqueando todo a su paso, porque no existía la fuerza capaz de detenerlos. Los caciques locales, con sus castillos y sus matones, explotaban a sus vasallos y se hacían la guerra entre sí. En el siglo XII, un cronista escribió acerca de cómo el testamento de un tal Robert de Vitot dejaba a "casi cuarenta parientes, todos orgullosos de su estatus de caballeros, continuamente en guerra unos con otros". Europa ha experimentado bastantes menos periodos de unidad que China, pero a trancas y barrancas ha ido avanzando, de unas cinco mil unidades políticas independientes (principalmente baronías y principados) en el siglo XV, a quinientas a principios del siglo XVII, doscientas en tiempos de Napoleón a principios del XIX y menos de treinta después de 1945. Esto no puso fin a las guerras, pero sí limitó el número de rivales potenciales y con ello el número de guerras posibles. El crecimiento de la unidad de Europa a través de instituciones europeas fue algo ideado de manera consciente como alternativa al sistema de Estados europeos, con todos sus peligros de conflicto, y la guerra entre sus potencias, o al menos eso esperamos, se ha convertido en algo inconcebible.

La necesidad de hacer la guerra siempre ha ido de la mano del desarrollo del Estado. El historiador Charles Tilly llega incluso a decir que "la guerra hizo al Estado, y el Estado hizo la guerra". Protegerse, ya sea de tus vecinos o de las incursiones de los nómadas, exige organización: hay que tener hombres para combatir, y aportar liderazgo, disciplina y formación para conseguir su obediencia. Los Gobiernos tienen que saber cuántos guerreros pueden conseguir, y esto les conduce a su vez a llevar contabilidad y registros. La palabra *censo* viene de la antigua Roma; en el siglo VI a. C. las autoridades empezaron a hacer listas de los ciudadanos de sexo masculino tanto para recaudar impuestos como porque se esperaba de ellos que pudiesen combatir. Si bien los primeros soldados a menudo aportaban sus propias armas y provisiones, en las campañas de mayor envergadura y duración el Gobierno tenía que avituallarles, y esto suponía más burócratas para contabilizar y encontrar los suministros, además de animales de carga y barcos para transportarlos. Para la famosa batalla de Cannas contra los cartagineses en el año 216 a. C., se estima que el ejército romano, unos ochenta mil soldados (aunque las cifras del mundo antiguo rara vez son fiables) habría consumido alrededor de cien toneladas de trigo al día. En el siglo XVIII, la Marina británica era con mucho la mayor industria de las islas británicas. Con 5.000 libras se podía construir una hilandería de algodón; un buque tan grande como el Victory del almirante Nelson costaba más de 60.000. Para construir, tripular y mantener los barcos eran necesarios astilleros, almacenes y bases, tanto en las islas británicas como en ultramar, y un número cada vez mayor de oficiales, administradores, proveedores y trabajadores. La Marina necesitaba grandes sumas de dinero, además de organización y gestión, y el Gobierno británico desarrolló las herramientas e instituciones necesarias, que resultarían muy útiles después para gestionar otros aspectos de la sociedad británica. El Tesoro se fundó en la segunda mitad del siglo XVII para mantener bajo control el gasto militar, pero con el tiempo acabaría convirtiéndose en un órgano que llevaba la cuenta del gasto

de todos los departamentos del Gobierno. En la década de 1690, cuando Reino Unido estaba en guerra con Francia y necesitaba fondos desesperadamente, el Gobierno fundó como medida de emergencia el Banco de Inglaterra, que podía obtener dinero de sus suscriptores y prestarlo al Gobierno con un tipo de interés fijo. Una vez más, al igual que el Tesoro, el Banco se convirtió en una parte clave del sistema fiscal británico. Puesto que el Gobierno podía garantizar los pagos regulares de intereses gracias a su eficacia como recaudador de impuestos, los inversores consideraban las anualidades y bonos inversiones sólidas y deseables. El resultado: más fondos disponibles para cosas como la guerra.

Tácito, el gran historiador romano, dijo que "el dinero es el nervio de la guerra". Siglos después, Samuel Pepys, famoso por sus diarios, se quejaba de que "la falta de dinero hace que todo, y especialmente las cosas de la Marina, dejen de funcionar". En la guerra del Peloponeso, Atenas consiguió reconstruir su flota en tres ocasiones, pero cuando la última fue destruida en el año 405 a. C. ya no tenía más recursos y tuvo que rendirse ante Esparta y sus aliados. Las guerras también pueden autofinanciarse, cuando el enemigo derrotado tiene recursos. Alejandro Magno acumuló una enorme riqueza que provenía de los persas. En los siglos XVI y XVII los españoles financiaban sus guerras europeas principalmente gracias al oro y la plata de los Imperios azteca e inca derrotados. La Confederación Germánica hizo pagar a Francia una cifra a tanto alzado tras la guerra franco-prusiana de 1870-1871. En el Tratado de Brest-Litovsk (1918), Alemania obligó a Rusia a entregar su oro y enviar materias primas hacia el oeste, y en el Tratado de Versalles, los aliados trataron de obtener reparaciones de guerra de Alemania.

A menudo, no obstante, los Gobiernos se ven obligados a recaudar los fondos necesarios de su propio pueblo, o a tomarlos prestados. Hasta la segunda mitad del siglo XX, la guerra constituía con diferencia el mayor gasto de los Estados más poderosos de Europa. En la guerra de los Nueve

Años, de 1688 a 1697, que enfrentó a la Francia de Luis XIV e Inglaterra, se estima que la primera invertía el 74% de sus ingresos e Inglaterra el 75%. Pese a que sus ejércitos lograron repetidas victorias, Luis se vio obligado a una paz insatisfactoria porque ya no era capaz de encontrar a nadie dispuesto a prestarle los fondos que necesitaba. Resultó que a los británicos se les daba mucho mejor cobrar impuestos, y también pedir prestado y manejar su deuda. Pese a que Francia era el país más rico de Europa, Luis XIV y sus sucesores nunca consiguieron beneficiarse de esa riqueza, lo que acabó afectando a la capacidad de Francia para la guerra. El endeudamiento público solo consiguió llevar al Estado a la bancarrota. En 1789, el nieto de Luis XIV, Luis XVI, se vio obligado a dar un paso que resultaría fatal al convocar una asamblea de representantes de las principales clases del país con la esperanza de que estos votarían a favor de los impuestos.

Es cierto que para los británicos era más fácil recaudar impuestos porque podían cobrar tasas aduaneras en sus puertos. Pero había algo más importante: tenían un Parlamento dispuesto a subir los impuestos cuando fuera necesario y, hacia el siglo XVIII, también contaban con el que probablemente fuera el sistema de recaudación de impuestos más eficiente de Europa. Aunque a regañadientes, los ciudadanos pagaban. Para cuando terminó la guerra de Independencia de EEUU en 1783, el inglés medio pagaba tres veces más impuestos anuales que su equivalente francés, aproximadamente. Es más, los impuestos los recaudaba un organismo gubernamental, no como en Francia, donde imperaba un sistema de "granjeros de impuestos", que adquirían los derechos de recaudación de impuestos sobre la premisa de que podrían quedarse los extras que recaudasen siempre y cuando le diesen al Gobierno una cantidad fija. Es cierto que, en su diccionario, Samuel Johnson describía el importante impuesto especial recaudado sobre los productos nacionales como un "impuesto odioso" recaudado por "miserables", pero resultó clave para que Reino Unido pudiese mantener su Marina a flote y a sus ejércitos en el

extranjero. A medida que el Estado británico fue volviéndose más organizado, eficiente y poderoso, pudo también reforzar su control sobre la sociedad, incluidos los levantiscos escoceses e irlandeses. Los recaudadores del impuesto especial recababan además mucha información, desde el número de fabricantes de velas al de comercios. La Oficina de Impuestos Especiales (Excise Office) otorgaba licencias a miles de fábricas de cerveza, tabernas, comerciantes de té y café, y otros muchos negocios. Sus inspectores estaban por todas partes, con "diez mil ojos", como lamentaba la gente.

Estos ingresos anuales seguros garantizaban que, si el Gobierno decidía endeudarse, los prestamistas podían estar seguros de que se les devolvería su dinero. Siguiendo el ejemplo holandés, el Gobierno británico desarrolló un sistema de crédito público a bajo coste, tomando dinero prestado de sus ciudadanos a través de la emisión de bonos a corto y largo plazo que iba liquidando de forma sistemática. También usaban otro instrumento nuevo, el fondo de amortización, que asignaba ciertos ingresos al pago de deudas concretas. Sin esa fuente estable y fiable de fondos, Reino Unido no hubiera podido permitirse la Marina que hizo de él una potencia europea y mundial en lo económico y militar a finales del siglo XVII y XVIII. Recordamos a Pepys por los maravillosos detalles humanos de sus diarios, sus descripciones de Londres, su impaciencia con su mujer y sus amigas o su ligereza de cascos en lo sentimental, pero también fue un burócrata serio y dedicado que, a lo largo de muchos años de trabajo meticuloso, transformó la Marina británica, institución ineficiente y corrupta, en una fuerza de combate formidable. Estudió ingeniería naval, comprobaba personalmente cada contrato y conocía el precio de todo lo que subía a bordo de un barco, desde el alquitrán hasta el cañón. Encontraba en ello, decía, "una gran satisfacción, y espero ahorrarle dinero al rey de esta manera". Haría mucho más que eso: al final de sus treinta años de servicio la Marina había duplicado su flota y armas, y tenía tripulaciones eficaces y honradas.

En el siglo XVIII, el crecimiento del poder estatal centralizado en Europa, con ejércitos y marinas organizadas, controladas y financiadas por el Estado, también permitió a los Gobiernos tener a su disposición los medios necesarios para doblegar a los rebeldes y contumaces, ya fueran estos magnates locales, multitudes agitadas o bandidos. La necesidad del Estado de mantener su monopolio de la fuerza dentro del país y defenderse de los enemigos externos le había proporcionado un mayor control sobre la sociedad, sus recursos y las vidas de sus pueblos. En la Edad Media, tanto el Gobierno inglés como el escocés ordenaban a sus súbditos que practicaran el tiro con arco. A los escoceses también se les dijo que dejaran de jugar al fútbol. En la Primera y Segunda Guerra Mundial, los Gobiernos de los países involucrados determinaban qué podían y no podían producir las fábricas, y también qué debía racionarse. Los trabajadores con habilidades en ciertos campos –por ejemplo, munición o minería– dejaron de ser libres de cambiar de profesión o de alistarse en las fuerzas armadas. La moda, la comida, la diversión, los viajes, todo se regulaba en aras del esfuerzo de guerra. Y la disciplina militar se hacía notar incluso en tiempos de paz. No hay más que pensar en las fábricas y sus horarios estrictos para fichar a la entrada y a la salida, los almacenes de Amazon de nuestros días, o la manera en que las instituciones públicas de enseñanza uniformaban a sus alumnos en los siglos XIX y XX y los hacían formar en filas ordenadas, algo que en algunos casos sigue vigente hoy.

Por otra parte, a fin de mejorar su capacidad militar, los Estados tuvieron que introducir cambios que han sido beneficiosos para una parte o la totalidad de la sociedad. Una legislación coherente y una administración eficiente son una parte necesaria de la movilización de recursos para la guerra en un país, pero también pueden servir para ampliar los derechos de los ciudadanos y el espacio en el que estos pueden operar. Los derechos de ciudadanía repetidamente se han vinculado con el servicio militar: en Grecia y Roma, ser ciudadano conllevaba la obligación de empuñar las

armas, algo que a su vez daba validez a los derechos del ciudadano. Pese a que en la mayor parte de las ciudades Estado la ciudadanía estaba vinculada con la propiedad, las potencias marítimas como Atenas también necesitaban remeros, lo cual significaba que los hombres libres que no poseían mucho más que su fuerza podían obtener la ciudadanía empuñando el remo. En los primeros tiempos de la República romana, cuando Roma se encontraba casi constantemente en guerra con sus vecinos itálicos, los líderes aristocráticos que monopolizaban el poder se veían obligados a recurrir a los hombres ordinarios –la plebe– para combatir. Dice la leyenda que en una ocasión los plebeyos se retiraron a un lugar fuera de Roma y eligieron a sus propios representantes, los tribunos, y pidieron una serie de derechos que les fueron otorgados, entre ellos el derecho de veto por parte de sus tribunos ante ciertas decisiones de los magistrados aristócratas y el Senado. Algunos países han otorgado la nacionalidad a extranjeros por servicios prestados en tiempos de guerra. En EEUU y hasta 2018, las solicitudes de nacionalidad de aquellos inmigrantes que servían en el Ejército se tramitaban con mayor celeridad que las del resto.

En los siglos XIX y XX, a medida que la Revolución Industrial incrementaba la capacidad de los países para hacer la guerra a gran escala, los Gobiernos, incluso los autocráticos, se vieron obligados a emprender reformas en respuesta o en preparación de la guerra a fin de mantener el apoyo de la opinión pública. Los Gobiernos fomentaron la construcción de infraestructuras ferroviarias en parte para poder transportar tropas con facilidad de un lugar a otro del país en caso de revueltas internas, o hasta la frontera en caso de guerra. Alemania consolidó una única zona horaria en lugar del galimatías horario que tenía porque el Ejército lo solicitó para facilitar el movimiento de los trenes que transportaban tropas. Para conseguir soldados y marineros en plena forma era necesaria una mejor educación y nutrición. El Gobierno y la opinión pública de Reino Unido se sintieron conmocionados al descubrir que, de cada tres hombres que se

presentaban voluntarios para la segunda guerra bóer (1899-1902), se rechazaba a uno por inútil para el servicio. Esto provocó exigencias de mejora de la salud pública e innovaciones como la alimentación escolar gratuita para los niños indigentes. Tras la desastrosa derrota de Rusia en la guerra de Crimea, el zar Alejandro II abolió la servidumbre, en parte para reformar el sistema de alistamiento. Intentó, con un éxito moderado, modernizar la burocracia y los sistemas de educación y justicia de su país. Generaciones posteriores de reformadores rusos abogaron por instituciones representativas como forma de hacer país. Como dijo el príncipe Yevgueni Trubetskói antes de la Primera Guerra Mundial: "Es imposible gobernar contra el pueblo cuando se le necesita para la defensa de Rusia".

Eso fue exactamente lo que el Gobierno ruso acabó haciendo entre 1914 y 1917: gobernar contra la voluntad de gran parte de su propio pueblo. La guerra, si debilita al Gobierno y socava su legitimidad, a menudo abre paso a cambios políticos y sociales enormes. Una victoria puede atrincherar en el poder a un régimen de la misma manera que una prolongada guerra de desgaste puede destruirlo. A veces el cambio es político, una serie de gobernantes sustituyen a otros, pero muchas veces se trata de algo más estructural. La Primera Guerra Mundial impuso serias penalidades a todas las potencias participantes, pero las más fuertes –Reino Unido, Francia y, en cierta medida, Alemania– capearon el temporal. Sufrieron cambios, pero no emergieron como sociedades fundamentalmente modificadas después de 1918 (es cierto que Alemania se convirtió en una república, pero sus instituciones, desde la burocracia hasta el Ejército, y su cultura siguieron siendo las mismas). La experiencia de Rusia, que antes de 1914 era la más frágil de las grandes potencias, fue muy diferente. El régimen zarista demostró ser incapaz de gestionar la guerra y lidiar con sus efectos en la sociedad y en 1917 su poder se había desvanecido frente a la insatisfacción popular, una oposición cada vez más organizada y la renuencia cada vez mayor de gran parte de su ejército a combatir. Lo que se estaba poniendo en

tela de juicio no era solamente la competencia del régimen, sino la naturaleza misma de la sociedad rusa. Antes de la guerra, los revolucionarios habían reclamado el fin de la autocracia y la transformación de Rusia en una cierta forma de sociedad socialista, pero había profundas divisiones entre ellos, eran pocos y vivían acosados por las autoridades. La guerra hizo aumentar el apoyo a su causa y dio peso a sus exigencias de cambio político y social radical. Incluso entonces, el régimen zarista podría haber perdurado de una cierta manera, de no haber sido por la inflexibilidad del zar y el fracaso del Gobierno provisional que le sucedió a la hora de sacar a Rusia de la guerra. Aquello brindó la oportunidad de hacerse con el poder a uno de los revolucionarios más brillantes, de línea dura y pocos escrúpulos. Y aun así, si Lenin hubiera permanecido en su exilio en Suiza, donde se encontraba cuando estalló la primera revolución, la de febrero, hoy su nombre no sería más que una nota al pie sin mayor importancia en la historia del siglo XX. El Alto Mando alemán, pensando a corto plazo como solían, lo envió de vuelta a Rusia a través de Alemania en el famoso tren sellado. Lenin y sus bolcheviques llevaron a cabo su golpe de Estado en noviembre de 1917 y establecieron un nuevo orden que cambiaría el curso de la historia de Rusia y del mundo y cuyas consecuencias nos acompañan hasta nuestros días.

Otra verdad incómoda acerca de la guerra es que trae consigo tanto la destrucción como la creación. Muchos de nuestros avances en ciencia y tecnología –el motor de reacción, los transistores, el ordenador– aparecieron porque resultaban necesarios en tiempos de guerra. La penicilina, que ha salvado tantas vidas, fue descubierta en 1928 por sir Alexander Fleming, pero los fondos para desarrollarla no estuvieron disponibles hasta la Segunda Guerra Mundial. El médico canadiense Norman Bethune fue el primero en realizar transfusiones de sangre, en un campo de batalla. La práctica del triaje, tan común hoy en los departamentos de urgencias de los hospitales, se empezó a usar en la guerra, posiblemente en las guerras

napoleónicas. Para cuando se produjo la Primera Guerra Mundial, los médicos de campaña franceses ya dividían a los heridos entre aquellos a los que ningún tratamiento podría ayudar, los que podrían vivir si recibiesen tratamiento inmediato y aquellos que podían esperar. La cirugía –de heridas traumáticas o para reconstruir rostros destrozados– avanzó enormemente durante las guerras del siglo xx, en parte porque había muchos pacientes sobre los que practicar.

En muchas sociedades las mujeres consiguieron acceder al empleo, la educación y los derechos como resultado de su participación en la guerra. Incluso antes del fin de la Primera Guerra Mundial, el Gobierno británico aprobó la Ley de Representación del Pueblo de 1918 para extender el derecho al voto a todos aquellos que no tuvieran propiedades –las clases obreras– y a las mujeres de más de treinta años, en reconocimiento de su contribución al esfuerzo de guerra. Al final de la Segunda Guerra Mundial, la llegada del Estado del bienestar se produjo por un sentir similar: durante la Guerra Fría, los líderes políticos estadounidenses, incluidos los presidentes Eisenhower y Johnson, se dieron cuenta de que tenían que otorgar ciertos derechos civiles a los afroamericanos, no necesariamente porque creyeran en la justicia de su causa, sino porque en el prolongado pulso para demostrar cuál de ambas sociedades era mejor –EEUU o la Unión Soviética–, la discriminación racial en EEUU le resultaba un arma muy práctica a la propaganda soviética.

Recientemente algunos historiadores y economistas eminentes, entre ellos Walter Scheidel y Thomas Piketty, han argumentado de manera muy convincente que las grandes guerras también pueden servir para colmar la brecha entre ricos y pobres y que la experiencia de los países que participaron en la Primera y Segunda Guerra Mundial así lo demuestra. Las grandes guerras estimulan el empleo; la mano de obra se vuelve más valiosa, así que los salarios y prestaciones aumentan, y los ricos pagan impuestos más altos de manera voluntaria (o les cuesta más evitar hacerlo).

Al final de una guerra destructiva también resulta más fácil contemplar programas de reconstrucción y prestaciones sociales y ganarse con ellos el apoyo del pueblo. Como escribió William Beveridge en el informe que asentó los cimientos del Estado del bienestar británico: "Ahora que la guerra está borrando los hitos de todo tipo, tenemos la oportunidad de usar nuestra experiencia en un ámbito claro. Un momento revolucionario en la historia del mundo es un momento para la revolución, no para andar poniendo parches".

Asimismo, hay pruebas que demuestran que la guerra también resulta igualadora desde el punto de vista social, además de económico. Se alista a los hombres, y a veces también a las mujeres y se les obliga a convivir con gente que no se parece en nada a lo que conocen. En la Primera Guerra Mundial, cuando los jóvenes oficiales británicos, educados en colegios privados en su mayoría, censuraban las cartas que sus hombres enviaban a casa, a menudo se sorprendían al comprobar que los soldados rasos expresaban el mismo amor, miedo y esperanza que ellos mismos sentían. En la Segunda Guerra Mundial, George MacDonald Fraser, que más tarde se haría famoso por sus novelas *Flashman*, acabó en la campaña de Birmania, en un regimiento compuesto mayoritariamente por cumbrios de clase trabajadora, rudos y taciturnos. Como el muchacho de clase media educado que era, los encontraba fascinantes pero extraños. Cuando su familia le envió un par de libros, una novela cómica y el *Enrique V*, esperaba –como buen "esnob intelectual", dice él mismo– que nadie se interesase por la obra de Shakespeare. Cuando su sargento, que había dejado la escuela antes de los quince años, se lo tomó prestado, Fraser asumió que no lo leería. Tres días más tarde, el sargento le devolvió el libro y Fraser se avergonzó, pero también aprendió una lección, al ver que no solo lo había leído, sino que le había conmovido realmente. "Seguro que Shakespeare estuvo en el ejército –le dijo a Fraser–, porque sabía mucho acerca de lo que significa ser soldado". Una joven mujer británica de clase media, que escogió el Servicio

Naval Femenino porque pensó que allí encontraría más gente de su tipo que entre las auxiliares femeninas de los ejércitos de tierra o aire, acabó en un curso de mecánica rodeada de mujeres escocesas de clase trabajadora. Más tarde admitiría que "la guerra hizo mucho bien a las chicas que, como yo, habían recibido una educación privada, realmente mucho bien. Me enseñó que la gente de clase trabajadora podía tener sentimientos, y que podían ser inteligentes, muy inteligentes, porque realmente algunas de aquellas chicas eran listísimas. Nunca antes habría pensado algo así".

Decir que la guerra tiene sus ventajas y que puede ayudar a construir sociedades más fuertes e incluso más justas no equivale a defenderla. Por supuesto que preferiríamos mejorar el mundo, ayudar a los débiles y desafortunados, o lograr avances científicos o tecnológicos en situación de paz. No obstante, encontrar la voluntad y los recursos para hacer grandes avances resulta más difícil en tiempos pacíficos; es demasiado fácil dejar para mañana el actuar contra la pobreza, la crisis de los opiáceos o el cambio climático. En cambio, la guerra nos obliga a concentrarnos y, nos guste o no, ha sido siempre así a lo largo de toda la historia del ser humano.

II

RAZONES PARA LA GUERRA

"Ninguna guerra es inevitable hasta que estalla".
A. J. P. TAYLOR, *THE STRUGGLE FOR MASTERY IN EUROPE, 1848-1918*

Aburridos, los dioses deciden jugar con los humanos y ponen en marcha una cadena de acontecimientos para entretenerse: un hombre roba la mujer de otro, los reyes se disputan un territorio o la sucesión al trono, un capitán británico pierde una oreja, los representantes de un emperador son defenestrados en Praga, un barco de guerra estadounidense explota en el puerto de La Habana, unos monjes se pelean en un santuario en Jerusalén, un archiduque es asesinado en Sarajevo o alguien abre fuego sobre unos soldados japoneses cerca de un puente antiquísimo en Pekín. Y sigue una guerra; los soldados mueren, los barcos se hunden, las ciudades, pequeñas y grandes, son saqueadas y los civiles sufren, siempre.

Las causas de la guerra pueden parecer absurdas o incoherentes, pero detrás de ellas suele haber disputas y tensiones mucho más profundas. A veces basta una chispa para que una pila de madera enorme arda en llamas. La guerra de Troya, o al menos así se creía en el mundo antiguo, empezó porque Zeus, rey de los dioses, decidió que en la Tierra había demasiados humanos y dio con la solución perfecta de alentarlos a luchar y matarse entre sí. Permitió que la diosa Afrodita prometiese al hijo perdido del rey de Troya que un día él, Paris, se casaría con la mujer más bella del mundo. Paris se enamoró de Helena, que ya era esposa de Menelao, rey de Esparta. Helena cumplió con su parte del plan embarcándose hacia Troya con Paris, llevándose consigo gran parte de las riquezas de Menelao. Así, decían los antiguos, empezó la guerra de Troya. Griegos de Esparta y de sus muchos aliados viajaron hasta las costas de Asia Menor, muchos en pos de su

muerte, y al final Troya fue destruida y sus supervivientes capturados. ¿Sucedió esto de verdad? Y, si no fue culpa de los dioses, ¿quién empezó todo? Hay vestigios de una guerra en torno a las ruinas de Troya, y quienes vinieron después de Homero sin duda creían que allí se había librado una guerra que duró muchos años. Sabemos que en aquel entonces el mundo era violento e inestable, y que los Estados pequeños se disputaban todo tipo de trofeos: tierras, ganado, metales preciosos, mujeres. Homero convirtió lo que probablemente fuera una guerra real entre matones codiciosos en una gran obra de arte.

Sobre las guerras dinásticas en la Edad Media y la temprana Edad Moderna en Europa tenemos más información. Los gobernantes consideraban que su tierra era algo así como una finca que les pertenecía, y no veían nada de malo en intentar expandir sus posesiones. Casi siempre era posible encontrar una razón para la guerra, cualquier insulto o vieja rencilla servían para tal fin. La red de relaciones familiares que unía a los gobernantes europeos hacía posible disputar prácticamente cualquier derecho de sucesión. En 1328 el rey de Francia murió sin dejar hijo ni heredero. La cuestión de quién tenía más derecho a sucederle, si su primo o su sobrino –que casualmente también era rey de Inglaterra– llevó a la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra. Cinco siglos más tarde, otro rey murió sin dejar descendencia, esta vez en España, y tres países (Inglaterra, las Provincias Unidas de los Países Bajos y Francia) se disputaron la sucesión, desencadenando una guerra en toda Europa y el mundo que duraría trece años, de 1701 a 1714.

Una afrenta al honor –del gobernante o de la nación– a menudo ha sido pretexto para intentar zanjar una rivalidad antigua. En 1731, el capitán Jenkins perdió una oreja a manos de unos marineros españoles que lo tomaron por un contrabandista, o al menos eso es lo que él dijo. Se quejó, en vano, al soberano británico. En 1738, el Parlamento decidió hacerle caso después de que Jenkins les mostrase la desagradable reliquia. La guerra que

estalló el año siguiente duró hasta 1748 y la verdadera razón no fue la oreja de Jenkins, sino la ambición británica de conseguir una parte del lucrativo comercio, de esclavos entre otras cosas, con las Indias Orientales y la América española. Por su parte, y muy comprensiblemente, los españoles estaban igual de determinados a proteger su monopolio.

En el pasado las guerras las podía declarar un solo líder, o las élites, pero a menudo tenían que gozar de un cierto respaldo popular. Los ciudadanos de las ciudades Estado griegas se unieron para combatir a los persas porque veían peligrar su estilo de vida. Las tribus de la península arábiga se fusionaron gracias a la religión y a los califatos omeyas tras la muerte del Profeta en el año 632 y barrieron Oriente Medio, el norte de África y parte de Europa. En 1618, la religión fue el motivo de lo que vino a llamarse la defenestración de Praga. Los protestantes, una fuerza importante en Bohemia, vieron cómo los representantes del emperador austriaco vulneraban los derechos que este les había acordado, así que los tiraron por una de las ventanas del gran castillo que aún hoy se alza sobre Praga. Pese a que sobrevivieron, el episodio desencadenó una revuelta y una serie de intentos por parte de los austriacos de sofocarla, que a su vez arrastraron a las grandes y pequeñas potencias de Europa a una pugna prolongada y compleja en la que se mezclaron guerras religiosas, sociales, nacionales y dinásticas.

La protección de los propios correligionarios puede ser un pretexto muy conveniente para la guerra. A mediados del siglo XIX las grandes potencias observaban con ojos codiciosos el declive del Imperio otomano. Reino Unido y Francia, ambos con enormes intereses en el extremo oriental del Mediterráneo, no querían que Rusia pudiese hacerse con Constantinopla y su importantísimo dominio de los estrechos que conducían al Mediterráneo. Cuando unos monjes ortodoxos y católicos se atacaron entre sí con cirios y crucifijos en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, el zar asumió la defensa de los derechos de la Iglesia ortodoxa en el Imperio otomano,

mientras que Reino Unido, protestante, y Francia, anticlerical, expresaron por su parte su determinación de proteger a los católicos y al Imperio otomano.

A finales del siglo XIX EEUU empezaba a ejercer su poder cada vez mayor fuera de sus fronteras, especialmente en su propia vecindad. Aunque fracasaron en varios intentos de invadir Canadá o de persuadir a sus habitantes de que deseaban una anexión (y enfrentarse al Imperio británico no parecía buena idea), las perspectivas parecían mejores en el sur. EEUU ya se había hecho con partes grandes de México y cada vez se mostraba más interesado en el Caribe, tanto por razones comerciales como de seguridad. Por aquel entonces ya se estaba estudiando la idea de un canal que uniese el Pacífico y el Atlántico a través del istmo de Panamá o de Nicaragua, lo que atrajo –y mucho– la atención estadounidense. El principal obstáculo, aparte de los británicos, lo constituía el moribundo Imperio español, que entre otras posesiones controlaba la isla de Cuba, muy rica y estratégicamente importante. Cuando en 1898 el acorazado estadounidense Maine estalló y se hundió con la mayor parte de su tripulación a bordo en el puerto de La Habana, esto resultó muy conveniente para los intereses expansionistas estadounidenses. Los influyentes periódicos de William Randolph Hearst culparon a los españoles (aunque es muy posible que la causa de la tragedia fuera un fallo de diseño o de operación), instando a sus lectores a “Recordar el Maine” y clamando venganza. El Congreso se sumó y empujó al presidente hacia lo que sería la guerra hispano-estadounidense, que granjeó a EEUU el dominio del Caribe y América Central y, casi por accidente, también le dio Filipinas.

En junio de 1914 el heredero al trono austriaco cometió el error singularmente estúpido de visitar Sarajevo, capital de Bosnia reclamada por los nacionalistas serbios, y precisamente en el día 28, el gran día de la nación serbia en el que se conmemora la derrota del gran príncipe Lazar por los otomanos en la batalla de Kosovo en 1389. Resultaba un objetivo

irresistible para un grupo de jóvenes nacionalistas fanáticos y sus partidarios. Uno de ellos, por pura suerte, consiguió matar al archiduque y a su mujer. Ni la familia imperial austriaca ni el Gobierno guardaron luto por sus muertes, y el funeral fue parco y apresurado. El archiduque no había gozado de popularidad en vida, y a su mujer se la consideraba una simple condesa. Muertos, no obstante, brindaron la excusa perfecta para que Austria intentase destruir Serbia, que Viena percibía como un problema en la frontera sur desde hacía demasiado tiempo. Alemania decidió apoyar a Austria con el famoso "cheque en blanco". Rusia decidió que no podía quedarse mirando cómo ambos destruían a su pequeño cliente, Serbia. Los planes del Ejército alemán pasaban por atacar Francia, aliada de Rusia, a través de Bélgica, y por su parte Reino Unido decidió salir en defensa de Francia y Bélgica. En cinco semanas, Europa pasó de uno de los periodos más pacíficos desde el Imperio romano a una guerra general.

La Segunda Guerra Mundial empezó en Asia con otro episodio casi fortuito, pero cuyas raíces eran más profundas. Los militaristas y nacionalistas japoneses querían construir un imperio en Asia para hacerse con materias primas, mercados, mano de obra barata y tierras para construir asentamientos. Japón ya se había apropiado la rica provincia china de Manchuria en 1931, tras una conveniente serie de explosiones en el ferrocarril japonés. En 1937 una patrulla de soldados japoneses hacía su ronda habitual, un derecho adquirido después de que un ejército multinacional sofocase el levantamiento de los bóxers contra las potencias extranjeras a finales del siglo XIX. Cuando se acercaron a un puente muy antiguo, el mismo que el explorador veneciano Marco Polo había cruzado para entrar en la ciudad siglos atrás, se escucharon al parecer una serie de disparos. Al día siguiente los japoneses mostraron un cadáver vestido con el uniforme japonés. Pese a que en Pekín se rumoreaba que los japoneses habían disfrazado a un mendigo chino para hacerlo pasar por uno de los suyos, el incidente del puente Marco Polo le sirvió a Japón para justificar su

invasión de la parte de China que quedaba al sur de la Gran Muralla y ocupar una gran franja de la costa hasta la frontera con Hong Kong. Esta invasión ayudó a que los estadounidenses pasasen del aislacionismo a la confrontación.

Vemos que existen muchas razones distintas para la guerra en diferentes momentos y lugares. Secuestros, romances, religión, luchas dinásticas, conquista, imperialismo, asesinatos o farsas. Aun así, hay algunos motivos que reaparecen una y otra vez: la codicia, la autodefensa y los sentimientos e ideas.

La codicia de lo ajeno, ya sea alimento para sobrevivir, mujeres para servir o procrear, minerales preciosos, comercio o tierra, siempre ha sido un acicate para la guerra. Hobbes dijo que los seres humanos luchan entre sí "para hacerse dueños de las personas, esposas, hijos y ganado de otros hombres". Los jinetes mongoles solo buscaban dedicarse al saqueo, pero acabaron destruyendo y creando imperios. Cortés y Pizarro acabaron con los Imperios inca y azteca a principios del siglo XVI porque codiciaban su oro. Los gobernantes de Prusia, Austria y Rusia se repartieron Polonia a finales del siglo XVIII porque querían acrecentar sus posesiones. Hitler dirigió su guerra hacia el este porque creía que la raza germánica necesitaba más tierras y recursos para sobrevivir. Sadam Huseín invadió Kuwait en 1990 porque quería su petróleo.

Tucídides dijo que "los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben". Pero los débiles también pueden decidir luchar para defenderse en lugar de dejarse someter. La diminuta Finlandia le plantó cara a la gigantesca Unión Soviética en la guerra de Invierno, entre 1939 y 1940. Los finlandeses tuvieron que acabar rindiéndose y cediendo parte de su territorio, pero el país conservó su independencia. Los polacos lucharon en 1939 contra la Alemania nazi y la Unión Soviética porque no hacerlo parecía peor opción. Y es difícil decir que se equivocaran si tenemos en cuenta cómo ambos enemigos trataron al país al ocuparlo. Tanto individuos

como grupos luchan por miedo –a un peligro inminente, a lo que pueda pasar en el futuro– incluso si no han sido atacados. Y también luchan para defender aquello que les es querido: posesiones, patria y familia.

Pese a que la guerra se ha contemplado normalmente como un ámbito masculino, las mujeres pueden servir de pretexto para ella. Los franceses, afirmaba el escritor y nacionalista alemán Ernst Moritz Arndt eran "malvados, lascivos, voraces y crueles" y habían deshonrado a las mujeres alemanas y ofendido a sus hombres, ofensa que estos debían vengar. En la Primera Guerra Mundial, una postal británica que llegó a hacerse bastante popular mostraba el rostro de una mujer con el siguiente texto: "LA ESTRELLA QUE BRILLA SOBRE LAS TRINCHERAS EN LA NOCHE". Los carteles de ambos bandos para promocionar el alistamiento mostraban a mujeres indefensas amenazadas por soldados de aspecto bestial. La propaganda de guerra contra el enemigo a veces se dedicaba a advertirle de que sus mujeres no eran tan fieles como deberían: durante la Segunda Guerra Mundial, los japoneses avisaban por radio a los soldados australianos de que sus mujeres se mostraban demasiado cariñosas con los estadounidenses estacionados en el país. Durante la llamada guerra de broma, de 1939 a 1940, mientras los soldados franceses permanecían en sus trincheras a la espera de un ataque alemán, los alemanes colocaron pancartas gigantescas, visibles desde el lado francés, con mensajes como: "¡SOLDADOS DE LAS PROVINCIAS DEL NORTE, LA LICENCIOSA SOLDADESCA BRITÁNICA ESTÁ ACOSTÁNDOSE CON VUESTRAS MUJERES Y VIOLANDO A VUESTRAS HIJAS!". Una unidad francesa respondió: "Nos importa un carajo, nosotros somos del sur". La maquinaria de propaganda nazi también trataba de sacar partido a los miedos raciales al describir cómo los soldados negros de los imperios o de EEUU seducían a las mujeres francesas o británicas.

Se dice que en ocasiones una guerra preventiva, contra una amenaza más temida que real, es la mejor forma de autodefensa. Cuenta Tucídides que los ciudadanos de Esparta votaron ir a la guerra "porque tenían miedo de que el

poder ateniense siguiera creciendo al ver que la mayor parte de la Hélade se hallaba bajo el control de Atenas". Los romanos se enfrentaron a Cartago, más poderosa que ellos, en la primera guerra púnica porque, como dijo Polibio, "empezaban, por eso, a estar demasiado inquietos por si, en caso de que los cartagineses se convirtieran también en dueños de Sicilia, pudieran resultar vecinos muy peligrosos y formidables". Israel atacó a sus vecinos Egipto, Siria y Jordania en 1967 porque temía, con razón, que estuviesen planeando una guerra coordinada contra ellos. En la crisis de 1914 el Alto Mando alemán expuso que solo tenían tres años antes de que una Rusia que se modernizaba a toda velocidad se convirtiera en un enemigo imposible de derrotar, algo que sin duda contribuyó a impulsar la guerra. El Ejército japonés se vio en una situación parecida en 1941 mientras veía a EEUU prepararse para la guerra. El ataque a Pearl Harbor fue una apuesta que pretendía dejar a EEUU fuera de la guerra, dejando a Japón en posesión de todo lo que había ganado y estaba por ganar. Durante la Guerra Fría ambas partes vivían con el miedo de que la otra usase primero sus armas nucleares.

Hay otro tipo de miedo que puede sumarse a los diferentes factores que llevan a una guerra. Antes de 1914 en Europa había quien se preocupaba de que tanta paz estaba ablandando a la sociedad, y se hablaba mucho de cómo un buen conflicto de vez en cuando servía para tonificar la fibra moral de un país y convertir a los jóvenes en duros patriotas. En 1938, Hitler se mostró horrorizado cuando vio que los alemanes se alegraban por los Acuerdos de Múnich, que parecían poner fin a la posibilidad de una guerra. En una reunión con editores y periodistas alemanes (todos ellos bajo el dominio nazi para entonces) dijo que se debía educar a los alemanes para que "la voz interior del propio pueblo poco a poco empiece a clamar por el uso de la fuerza".

La sospecha y el miedo al otro, desde una banda rival hasta un país, pueden hacernos percibir amenazas incluso donde no las hay, al igual que les sucede a nuestros primos los chimpancés. Durante la Guerra Fría, la

mutua desconfianza entre Occidente y el bloque soviético hacía que cada parte tendiese a interpretar las palabras y actos del otro, e incluso cualquier accidente, de la peor manera posible. Un oso confundido con un intruso enemigo al tratar de escalar la valla que rodeaba un misil estadounidense, bandadas de pájaros que aparecían en los radares estadounidenses o canadienses y que se tomaban por aviones o misiles, o el reflejo del sol entre las nubes que unos técnicos soviéticos tomaron por un ataque, en todos esos y muchos otros momentos el mundo estuvo cerca de la Tercera Guerra Mundial. En una ocasión, un técnico estadounidense puso por error una cinta de entrenamiento en un ordenador del Mando Norteamericano de Defensa Aeroespacial y, de repente, los centros de mando empezaron a recibir alertas de misiles soviéticos. Las tripulaciones de los bombarderos se dirigieron a sus aviones y los misiles estadounidenses se colocaron en estado de alerta. Por suerte, el error se descubrió a tiempo. En 1983, después de haber derribado por error el avión de pasajeros coreano KAL 007, la Unión Soviética relacionó una serie de coincidencias aisladas –maniobras de entrenamiento de la OTAN, y un aumento de las comunicaciones en código entre la primera ministra Margaret Thatcher y el presidente Ronald Reagan– para justificarse alegando que había temido un ataque nuclear.

Hoy en día, tanto en Pekín como en Washington, no faltan quienes afirman que resulta inevitable un conflicto entre China y EEUU. Evidentemente, si buscan indicios no dejarán de encontrarlos. Un proyecto de la Universidad de Harvard ha enunciado lo que llaman la "trampa de Tucídides", en honor al autor de *Historia de la guerra del Peloponeso*. A partir de su famosa frase acerca de cómo el poder creciente de Atenas y el miedo de Esparta condujeron a la guerra, se elabora una regla que, afirman, casi siempre acaba por cumplirse: cuando una potencia en alza hace sombra a una potencia establecida, hay muchas probabilidades de que estalle una guerra. Puesto que esta conclusión depende de una interpretación selectiva de

ejemplos del pasado, es y seguirá siendo algo muy rebatido por muchos expertos en el tema.

Los seres humanos también inician guerras por lo que Hobbes llamaba "nimiedades": "una palabra, una sonrisa, una opinión distinta, o cualquier otro signo de menosprecio, ya sea directamente de su persona o por reflejo en sus afines, amigos, nación, profesión o nombre". El honor y la gloria son conceptos abstractos, pero pueden ser más importantes que la propia vida. Se dice que el modelo de Alejandro Magno era el gran guerrero Aquiles, que no toleraba el insulto y que dormía con una copia de la *Ilíada* bajo la almohada. Luis XIV, el Rey Sol, arruinó a Francia y sumió a Europa en años de guerra en pos de la gloria, no de su país, sino propia. "No voy a intentar justificarme –dijo después de declarar la guerra a Holanda–. La ambición y la [búsqueda de la] gloria siempre pueden disculparse en un príncipe". Las victorias militares, la anexión territorial, la lucha por colocar a sus parientes en otros tronos europeos, incluso si las guerras subsiguientes iban en perjuicio de Francia, todo buscaba la gloria de Luis. Napoleón, que al parecer admiraba al rey menos que su gran adversario, el duque de Marlborough, también sufría de ese mismo apetito. Su modelo principal era Alejandro Magno. Invadió Egipto con la esperanza de construir un imperio en Oriente al igual que Alejandro. "Tenía muchos sueños –escribiría mucho después a un amigo–. Me veía fundando una religión, marchando hacia Asia a lomos de un elefante, un turbante en mi cabeza y en mi mano un nuevo Corán escrito por mí según mis necesidades". En su búsqueda de la gloria, Napoleón dejó Europa patas arriba y destruyó miles de vidas.

El personaje de ficción Cyrano de Bergerac, antes dispuesto a batirse a muerte que a tolerar cualquier insulto a su nariz, tiene muchos ecos en la historia. La salvaguarda del honor o la venganza de insultos y ofensas, reales o figurados, han iniciado muchas guerras. Mientras Austria trataba de decidir acerca de cómo responder al asesinato de su archiduque en 1914, sus líderes tenían muy en cuenta el honor del imperio y estaban dispuestos a

enfrentarse a la posibilidad de una guerra con Rusia. “Será una guerra sin posibilidad de éxito –le dijo el jefe del Estado Mayor austriaco a su amante–, pero tenemos que librarla, porque una monarquía tan antigua y un ejército tan glorioso no pueden caer en la ignominia”. El discurso que el ministro de Asuntos Exteriores británico, sir Edward Grey, pronunció ante la Cámara de los Comunes el 3 de agosto, anunciando que el Gobierno había decidido intervenir en las hostilidades en curso, aludía a las “obligaciones de honor” de Reino Unido. ¿En qué medida es esto diferente del proceder de las bandas callejeras de nuestros días, cuyos miembros prefieren morir antes que dejarse *vacilar*?

Cartago, y sobre todo sus gobernantes aristócratas, quedó humillada por su derrota a manos de Roma en la primera guerra púnica en el siglo III a. C. Se dice que el gran general cartaginés Amílcar tomó la mano de su hijo pequeño y le hizo jurar solemnemente que nunca sería amigo de Roma. El niño, Aníbal, creció y se convirtió en un general aún más poderoso que su padre que estuvo cerca de destruir Roma en la segunda guerra púnica. Tras la pasmosa derrota de Francia a manos de la Confederación Germánica en 1871, los franceses cubrieron las estatuas de París con paño de color negro en señal de duelo por las dos provincias perdidas en la guerra, Alsacia y Lorena. Cuando en 1914 estalló la guerra, una multitud enfervorecida arrancó el tejido. A su vez, también Alemania quedó ávida de venganza tras su derrota en 1918. Los alemanes de todo credo político consideraban el Tratado de Versalles, el “dictado”, injusto y vengativo, y mucho de lo que fue mal en Alemania en los años veinte se le atribuye a ese documento. Un periodista inglés entrevistó a dos ancianas, hermanas, que le contaron que dejaron de poder mandar su ropa a lavar una vez por semana por culpa del tratado. Hitler y los nazis llegaron al poder en gran parte porque prometieron romper esas “cadenas”. Y cierto es que las rompieron: declararon el fin del pago de las reparaciones, infringieron abiertamente las cláusulas de desarme, llevaron tropas a Renania, zona desmilitarizada, y se

anexionaron Austria.

El objetivo de Hitler siempre fue algo mucho más importante que destruir el tratado o hacer de Alemania el país más poderoso del continente. Lo que quería era dotar al pueblo alemán –la raza aria, como él la llamaba– de un territorio vastísimo adecuado a su condición de raza superior y, en última instancia, garantizarle el dominio del mundo. La ideología, ya sea idealista, mesiánica, perversa o simplemente absurda, está detrás de algunos de los principales conflictos de la historia. Los nacionalistas –un amplio abanico de ellos, desde los racistas hasta los patriotas que defienden una cultura e historia compartidas– han luchado y matado, y siguen haciéndolo hoy, en nombre de un país. "Lamento –dijo el soldado revolucionario estadounidense Nathan Hale– no tener más que una vida que dar por mi patria".

La religión, que también puede fusionarse con el nacionalismo, como sucede con la ortodoxia en Serbia y en Rusia, ofrece tanto una causa digna de morir por ella como la promesa de la vida eterna. Los cruzados no abandonaban sus hogares en toda Europa para realizar el largo y peligroso viaje a la Tierra Santa solo para hacerse con tierras y botines. Los empujaba lo que ellos llamaban su misión divina, recuperar para la cristiandad la tierra donde Cristo vivió una vez. Muchos cruzados –reyes como Ricardo I de Inglaterra, Corazón de León, y Felipe II de Francia y también grandes señores terratenientes– dejaban atrás propiedades, posición y familia, algunos de ellos para no regresar jamás. Azuzados por líderes religiosos como el papa Gregorio VII, que gustaba de recordar a los creyentes el pasaje del Libro de Jeremías "maldito el que detuviere de la sangre su espada", mataban indiscriminadamente a todo aquel que considerasen infiel. En las masacres de 1099 en Jerusalén se dice que la sangre corría por las calles, en algunos lugares llegándoles hasta las rodillas a los caballos de los cruzados. "Ninguno quedó con vida, ni mujeres ni niños fueron perdonados", dice un relato de la época.

Las guerras ideológicas, ya sean religiosas o políticas, a menudo son las más crueles porque el reino de los cielos o el paraíso terrenal justifican todo lo que se haga en su nombre, inclusive la eliminación de obstáculos humanos. Aquellos que piensan o creen de manera incorrecta merecen la muerte como si fueran parásitos causantes de una enfermedad, o simplemente son sacrificios inevitables para alcanzar un sueño que beneficiará a toda la humanidad. Como dijo Martín Lutero, cuya influencia en el pensamiento protestante fue enorme, "la mano que empuña la espada y mata con ella no es la mano del hombre, sino la de Dios". Actitudes como esta alimentaron las guerras de religión de su siglo y contribuyeron a la guerra de los Treinta Años en el siglo siguiente de la misma manera que el socialismo revolucionario, la mano de la historia en lugar de la mano de Dios, lo haría en el siglo XX. Hoy en día, por supuesto, volvemos a tener guerras de religión, y de nuevo no se pone límite a las pérdidas hasta conseguir el objetivo final. Por desgracia, incluso las guerras que supuestamente buscan acabar con la guerra adoptan este carácter ilimitado. Si el objetivo es acabar para siempre con el flagelo de la guerra, entonces se justifica cualquier atrocidad y crueldad cometida en aras de este fin, porque sin duda el sacrificio merece la pena. Mientras se preparaba la guerra de los Treinta Años, los calvinistas radicales, promotores de una forma extrema de protestantismo, llegaron a creer que la monarquía Habsburgo era la fuerza oscura que debía ser erradicada para poder salvar a los justos. En la Revolución francesa, cuando los radicales se preparaban para enfrentarse a toda Europa, lo hacían por la salvación terrenal. Como dijo un revolucionario en 1791: "Es porque quiero la paz que estoy pidiendo la guerra". Nuestro enemigo, al igual que en las guerras religiosas, se convierte en enemigo de la misma humanidad, y debe ser, más que derrotado, completamente aniquilado.

Las guerras civiles a menudo adoptan el cariz y la crueldad de una cruzada porque giran en torno a la propia naturaleza de la sociedad. Se considera

que la facción opuesta ha traicionado a la comunidad al negarse a aceptar unos valores y una visión compartidos, y de esa manera se hace permisible, e incluso necesaria, una extrema violencia y crueldad para restaurar la entidad política dañada. Cuando las personas de una misma familia se enfrentan, lo que solía ser amor o al menos tolerancia se convierte en odio, hasta el extremo del deseo de aniquilación mutuo. En una guerra civil, ambas facciones buscan legitimidad y dominio en un espacio que antes se compartía. Un enemigo externo es una amenaza clara pero comprensible, una guerra civil es algo que se alimenta del enfado y el dolor por la traición incomprensible de la otra facción. Los romanos, que fueron los primeros en usar el concepto de guerra civil, veían la mera existencia del conflicto en el seno de Roma como un grave fallo moral que ponía en tela de juicio la mismísima civilización romana.

Las guerras civiles nos inspiran un horror especial, tanto porque destruyen los vínculos que mantienen unidas las sociedades, como porque a menudo se caracterizan por una violencia desatada contra la facción rival. Es probable que la guerra de Secesión generase más bajas que todas las demás guerras estadounidenses juntas. Unos 3 millones de hombres, de una población total de 30 millones, se enfrentaron en ella, y al menos 600.000 murieron y otros 1,5 millones fueron heridos (el número equivalente de muertos respecto de la población actual de EEUU sería de unos 5 millones). Unos 150.000 civiles murieron como consecuencia de la violencia directa o del hambre y la enfermedad. El número de guerras civiles no ha hecho más que aumentar desde 1945, a medida que las guerras entre Estados se hacían más raras. Grecia, Nigeria, Sudán, Afganistán, Yemen, Siria, el Congo, Irlanda del Norte, Yugoslavia: la lista es larga y abarca gran parte del planeta. Establecer el número de muertos en estos conflictos es difícil, por no decir imposible, en parte porque a menudo los registros son deficientes. También es difícil saber qué muertes son el resultado de la guerra. ¿Hay que contar solo a los combatientes o a quienes les apoyan?, ¿o también las

muertes que resultan del hambre o de la enfermedad causadas por la guerra? Las estimaciones van de los veinticinco millones de muertes en guerras civiles desde 1945 hasta cifras mucho menores pero igualmente espantosas, y también tenemos que tener en cuenta a los millones de refugiados que huyen de la violencia.

En una guerra civil las pequeñas rencillas y enemistades de los tiempos de paz se amplifican y se vuelven letales. Durante la guerra del Peloponeso, estalló un conflicto en la ciudad Estado de Córcira, aparentemente entre partidarios y enemigos de la democracia. Lo cierto, según Tucídides, es que

> también hubo quienes murieron víctimas de enemistades particulares, y otros, a causa del dinero que se les debía, perecieron a manos de sus deudores. La muerte se presentó en todas sus formas y, como suele ocurrir en tales circunstancias, no hubo exceso que no se cometiera y se llegó más allá todavía. Los padres mataron a sus hijos, los suplicantes fueron arrancados de los templos y asesinados en sus inmediaciones, e incluso hubo algunos que fueron emparedados en el templo de Dioniso y murieron allí.

Las guerras civiles separan a familias y amigos, a menudo para siempre. Sir Ralph Hopton y sir William Waller, terratenientes del suroeste de Inglaterra en el siglo XVII, eran amigos desde la niñez. Los dos eran puritanos, se encontraban en el mismo lado en el gran cisma religioso que dividía a la sociedad inglesa, ambos eran feligreses de la misma iglesia y miembros del Parlamento. Ambos apoyaron la Gran Manifestación de 1641, que dejó constancia de la oposición del Parlamento a muchas de las políticas de Carlos I. No obstante, en última instancia Hopton pensó que debía apoyar al rey frente a sus adversarios y, cuando en Inglaterra estalló la guerra civil, los viejos amigos escogieron bandos distintos. En 1643 realistas y parlamentarios se enfrentaban en el suroeste de Inglaterra y Hopton escribió a Waller para pedirle que se reuniese con él. La respuesta de Waller fue

sentida y desconsolada:

> Sire: la experiencia que tengo de vuestra valía y la felicidad que he disfrutado gracias a vuestra amistad me afligen cuando pienso en la gran distancia que presentemente nos separa. Es cierto que mi afecto por vos es tan inmutable que la hostilidad no puede vulnerar mi amistad, pero me debo a la causa que sirvo. Dios, que es grande y conoce mi corazón, sabe con qué tristeza cumplo con mi misión, y con qué odio perfecto detesto esta guerra sin enemigo; la contemplo, no obstante, como un *opus domini* [obra de Dios] y eso basta para silenciar toda mi pasión. El dios de la paz nos enviará la paz en su debido momento. Mientras tanto, somos actores sobre el escenario y debemos desempeñar el papel que nos corresponde en esta tragedia. Hagámoslo con honor y sin resentimientos personales.

Nunca volverían a encontrarse. Después de la derrota de los realistas, Hopton se exilió en Brujas, donde moriría en 1651. La república que se estableció desilusionó a Waller, que acabó trabajando por la restauración de la monarquía. Murió en 1668. Hay muchas tragedias como la de Hopton y Waller en cada guerra civil.

Las guerras civiles son difíciles de olvidar, incluso cuando por fin llega la paz, porque a menudo los recientes enemigos se ven obligados a convivir. El perdón es difícil, y para los perdedores es duro aceptar la derrota, al igual que para los vencedores lo es mostrarse magnánimos. El Acta de Perdón y Olvido de los delitos cometidos durante la guerra civil y justo después de ella, aprobada por el Parlamento británico en 1660, es algo muy inusual, aunque hoy en día se intente conseguir la paz y la reconciliación de manera más sistemática, en lugares como Ruanda, Colombia, Irlanda del Norte y Sudáfrica. Lo sucedido en la España de Franco es más habitual: “Una larga paz incivil”, en palabras de un historiador. Regresa un cierto tipo de orden, como sucedió en España o en la Yugoslavia de Tito, pero el amargo

recuerdo de la brutalidad y las atrocidades de ambos bandos simplemente queda soterrado. El poeta romano Horacio nos advierte del "[…] fuego / que arde bajo la ceniza".[1] Las discusiones sobre el pasado todavía dividen a la España del presente, como prueba el reciente furor acerca del porvenir del monumento al general Franco en el Valle de los Caídos. En la antigua Yugoslavia, donde los recuerdos son más recientes, resulta difícil incluso hablar de lo que sucedió en los noventa. Más de un siglo y medio después, la guerra de Secesión sigue proyectando una alargada sombra en los debates acerca de la bandera confederada, las estatuas de generales confederados o la intrincada política racial y el resentimiento de los blancos del sur.

"Poner paz es más difícil que hacer la guerra", dijo una vez el famoso primer ministro francés Clemenceau, y esto vale para casi todas las guerras. Demasiadas veces se empiezan las hostilidades sin pensar en qué se pretende conseguir y qué tipo de paz se querría. Antes de 1914, el Ejército alemán contaba con un elaborado plan de ataque que le había costado muchos años, muchas manos y muchas maniobras. El Plan Schlieffen era el resultado del trabajo del mejor Estado Mayor de Europa, pero tenía fallos fatales. Partía de la premisa de que Alemania tenía que atacar a la vez a sus dos vecinos, Francia y Rusia, descartando así cualquier otra opción, y no tenía en cuenta lo que el gran Clausewitz llamaba fricción y los estadounidenses llaman ley de Murphy: todo lo que puede ir mal en una guerra y perturbar el mejor de los planes en manos del mejor de los ejércitos. Y, lo peor de todo, era el producto de una coyuntura en la que el ejército se concentraba en ganar batallas y los civiles no habían reflexionado mucho sobre lo que sucedería después.

Esta visión limitada de las cosas es algo mucho más común en la guerra de lo que se podría pensar. En 1914 los alemanes no habían decidido cuáles eran sus objetivos de guerra o lo que harían en caso de que Francia y Rusia pidieran la paz. En septiembre de 1941, a medida que Japón avanzaba hacia a la guerra con EEUU, se celebró una conferencia imperial de guerra de alto

nivel en presencia del emperador. En ella participaron civiles clave, líderes militares y estadistas ancianos. El Ejército, que por aquel entonces dominaba ya el ámbito político, presentó un documento de asombrosa vaguedad acerca de sus objetivos en la guerra inminente. "No podemos excluir la posibilidad de que la guerra termine gracias a un gran cambio en la opinión pública estadounidense […]. En cualquier caso deberíamos ser capaces de establecer una posición invencible […]. Entretanto, esperamos ser capaces de influir en el curso de los acontecimientos y poner fin a la guerra", decía. El primer ministro japonés Hideki Tojo (que después sería juzgado por crímenes de guerra), comparó poco después la decisión con un salto desde un acantilado con los ojos cerrados. "Hay momentos en los que se debe tener el coraje de hacer cosas extraordinarias". Asia, EEUU y el pueblo japonés pagaron caro ese coraje.

Son demasiadas las ocasiones en las que quienes deciden la guerra asumen que, de alguna manera, la victoria solucionará mágicamente todos sus problemas. En 1998 el Ejército estadounidense empleó mucho tiempo en planificar la derrota de Sadam Huseín, y también puso a prueba sus planes mediante juegos de guerra. El general Anthony Zinni, comandante en jefe del Mando Central de EEUU responsable de Oriente Medio, diría después: "Me sorprendió ver que teníamos un plan para derrotar al ejército de Sadam, pero carecíamos de un plan para reconstruir Irak". Zinni organizó un juego de guerra en 1999 y llegó a la conclusión de que las fuerzas invasoras se encontrarían con problemas considerables: era probable una fragmentación del país "por razones religiosas y/o étnicas", las fuerzas rivales se enfrentarían por el poder y los estadounidenses tendrían que hacer frente a una hostilidad cada vez mayor. En 2002, mientras EEUU avanzaba hacia la guerra con Irak, un último juego de guerra de enormes proporciones quiso poner a prueba la capacidad de las fuerzas estadounidenses para derrotar a una potencia anónima de Oriente Medio. El bando estadounidense tenía una clara ventaja gracias a su tecnología

electrónica avanzada, tanques, aviones y buques de guerra. No obstante, el general al mando de las fuerzas "enemigas", mucho más débiles, se dedicó a jugar con sus oponentes. Mantuvo sus radios en silencio, usando motocicletas para entregar mensajes, de modo que la vigilancia electrónica de su oponente tenía dificultades para seguir sus movimientos. Consiguió hundir (sobre el papel) dieciséis buques de guerra estadounidenses gracias a su flota de atacantes suicidas a bordo de lanchas rápidas. El Pentágono suspendió la simulación y cambió las reglas. Los buques de guerra resucitaron milagrosamente y el general "enemigo" recibió la orden de desactivar su defensa aérea y revelar la localización de unidades clave, ante lo cual decidió retirarse asqueado.

Aquella demostración de una guerra asimétrica en la que una potencia menor puede perturbar y desafiar a fuerzas mucho mayores usando medios poco convencionales no era más que una advertencia de lo que sucedería con las fuerzas de la coalición en Afganistán e Irak, vapuleadas por ataques relámpago de guerrillas que se comunicaban entre sí a través de canales seguros y usaban dispositivos explosivos improvisados, a menudo simples contenedores llenos de explosivos y piezas de metal, incluso clavos ordinarios que podían detonarse a través de tecnología barata y disponible como mandos de coches teledirigidos para niños o de puertas de garaje. La mayor parte de las bajas entre las fuerzas ocupantes en Irak y Afganistán se deben a dispositivos de este tipo. Además, las ocupaciones no tenían un objetivo claro más allá de la deposición de los talibanes o Sadam Huseín. El Ejército se vio asumiendo tareas de construcción nacional, algo para no que no estaban entrenados, sin directrices claras para hacerlo. Antes de la invasión y la ocupación de Irak en marzo de 2003 se celebró una única reunión en Washington –en febrero, demasiado tarde para resultar útil– a la que asistieron representantes de los diferentes departamentos implicados, entre ellos los de Estado, Defensa, Tesoro y la CIA para debatir qué sucedería tras la guerra. Pese a que el Departamento de Estado había pasado

un año entero preparando un extenso estudio, el Departamento de Defensa y la Casa Blanca dejaron claro que no les interesaban sus resultados y que no querían de ninguna manera implicar a quienes eran los mejores expertos en Irak de EEUU en la planificación de lo que sucedería tras la victoria.

La guerra, como pronto iba a descubrir la coalición, tiene sus propios tiempos, y a menudo resulta más fácil de iniciar que de detener. Hoy en día los Gobiernos mencionan y seguramente desean guerras limitadas o "acciones policiales", pero una vez dentro puede resultarles difícil volver a salir. Una victoria decisiva que permita al vencedor imponer su paz al vencido puede salir tremendamente cara, mientras que los acuerdos negociados, en los que ningún bando recibe realmente todo lo que quiere, no acaban de convencer ni a las élites ni a la opinión pública. Además, las metas de la guerra tienden a ampliarse a medida que aumentan los costes –en vidas y en dinero– o el deseo de venganza. Los líderes políticos sienten la tentación de prometer recompensas exageradas a su público para evitar el malestar político y social. En la Primera Guerra Mundial ninguna de las partes consiguió hacerse con una victoria rápida, así que los Gobiernos, a instancias de sus ministerios de Exteriores, políticos y *lobbies*, empezaron a redactar listas de deseos que cada vez eran más intrincadas y ambiciosas. Rusia quería quedarse con el mar Negro y los estrechos que lo comunicaban con el Mediterráneo, que pertenecían Imperio otomano, mientras que Reino Unido y Francia, por su parte, tenían la vista puesta en una serie de territorios otomanos en Oriente Medio. El Programa de Septiembre de Alemania, elaborado por la Cancillería después del primer sangriento mes de guerra, preveía un enorme imperio alemán en África que incluiría lo que entonces eran colonias británicas y francesas y la dominación económica de Alemania en todo el continente europeo, del canal de la Mancha hasta Ucrania y los Balcanes. En 1918, las metas de Alemania se habían ampliado y ahora incluían también la hegemonía política, como dejaba claro el Tratado de Brest-Litovsk con el nuevo Gobierno bolchevique.

Rusia perdió enormes franjas de territorio en el oeste: Polonia, Finlandia, los tres países bálticos y Ucrania pasaban a convertirse en protectorados de Alemania o de Austria, su aliada servil. En 2002, las tropas de la OTAN entraron en Afganistán para derrocar al Gobierno talibán, pero a medida que empezaron a empantanarse en una guerra de baja intensidad, sus objetivos empezaron a incluir un amplio abanico de temas sin duda muy encomiables, desde la construcción nacional hasta la sanidad pública, pasando por la educación de las mujeres.

Las excusas para la guerra son muchas y muy variadas, pero las verdaderas razones no han cambiado demasiado con el paso de los siglos. Quizá se use un vocabulario distinto: allí donde los países solían hablar de honor, ahora hablan de prestigio o credibilidad. No obstante, la codicia, la autodefensa y los sentimientos e ideas siguen siendo las parteras de la guerra. Y en cuanto a cuestiones básicas como la estrategia y los objetivos generales, la guerra no ha cambiado en absoluto. Por mar y por tierra, cada adversario busca minar o destruir definitivamente la capacidad de combate del otro. Las metas estratégicas pueden ser defensivas, dejando que el enemigo se agote solo, u ofensivas, llevando la guerra a las fuerzas militares del enemigo, sitiando sus ciudades y puertos, o dañando su capacidad comercial y productiva. No obstante, tanto la táctica (la manera en que las guerras se combaten para lograr objetivos estratégicos) como la logística (que garantiza al ejército los suministros necesarios) han cambiado con el tiempo en diferentes lugares del mundo, ya que las sociedades –su organización y valores– evolucionan, se transforman, y cuentan con diferentes recursos y tecnologías a su disposición.

1 “[…] *fire / smouldering under ashes*”.

III

RECURSOS

"El corazón humano es el punto de partida en todas las cuestiones bélicas".
CORONEL LOUIS DE GRANDMAISON

"Tres hombres y una ametralladora pueden detener a un batallón de héroes".
GENERAL FRANCÉS EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

En el musical *West Side Story* de Leonard Bernstein los miembros de una de las bandas enfrentadas presumen de su lealtad al grupo hasta la muerte. En el *Coriolano* de Shakespeare, la terrorífica Volumnia canta las alabanzas de su hijo que regresa de la batalla. Le dice a Virgilia, esposa de Coriolano, que hubiera estado igualmente orgullosa de él si hubiera muerto:

> Entonces su buen nombre habría sido mi hijo, y en él hubiera hallado yo mi descendencia. Óyeme, porque lo digo muy sinceramente: si tuviera yo una docena de hijos, todos iguales en mi amor, y ninguno menos querido que tu marido, mi buen Marcio, preferiría que once murieran noblemente por su patria, a que uno solo engordara voluptuosamente en la inacción.

En sociedades como esa (que han existido desde siempre y en muchos lugares distintos) los hombres jóvenes –y casi invariablemente se trata de hombres– son educados por sus mayores para valorar cualidades como la disciplina, el valor y la buena disposición para enfrentar la muerte. Las épicas que escuchan, los libros que leen, las canciones que cantan o los cuadros y las esculturas que contemplan, todos les muestran el ejemplo de los grandes guerreros. En la *Ilíada*, Sarpedón, uno de los aliados de Troya, insta a sus compañeros a ocupar sus puestos en la primera línea contra los

griegos para que nadie en el futuro pueda decir de ellos que fueron cobardes. Los jóvenes oficiales británicos enviados al frente occidental habían leído a los clásicos y esperaban, hasta que se dieron de bruces con la realidad de las trincheras, luchar como los héroes griegos y romanos.

Durante la Edad Media en Europa las canciones de los trovadores y sus pormenorizadas historias de héroes y proezas crearon una cultura de la caballería para la aristocracia feudal. Leyendas como la del rey Arturo y la búsqueda del santo grial inspiraron a generaciones de jóvenes a la lucha. Se admiraba a Lancelot y Galaad tanto por su honor y su virtud como por su capacidad de matar. Las mujeres medievales de la realeza y las clases altas tenían también su papel en el mito de la guerra caballeresca, consistente en aprobar a los reyes electos y premiarlos por su valor. La caballería servía, de manera muy conveniente, para dar un toque de *glamour* y nobleza a la sangrienta realidad de las guerras, a menudo declaradas por los motivos más egoístas y libradas con absoluto salvajismo. Los torneos, con sus elaborados rituales y cortesías, eran tanto un sustituto de la guerra como un entrenamiento para ella. Se dice que en 1241 ocho caballeros murieron en un solo torneo en Neuss del Reno. Los cronistas defendieron esta violencia. Uno de ellos dijo: "No está preparado para la batalla quien no ha visto nunca correr su propia sangre, quien no ha sentido crujir sus dientes por el golpe de un rival, o aguantado todo el peso de su adversario sobre sí". Los entrenadores de *rugby* de los internados británicos seguían diciendo cosas muy parecidas todavía en los siglos XIX y XX.

La forma que tienen las sociedades de hacer la guerra y las armas que emplean para ello se retroalimentan con sus valores, creencias e ideas, con sus instituciones y su cultura en un sentido general, y las mujeres contribuyen en la misma medida que los hombres a reforzar y transmitir dicha cultura a las siguientes generaciones. En las sociedades oligárquicas eran las clases altas quienes dominaban la guerra, mientras que en las más democráticas la obligación de combatir estaba más repartida. Los estilos de

combate varían enormemente. Al inicio de la guerra del Peloponeso, nos cuenta Tucídides, Corinto mandó emisarios a Esparta para prevenirla contra Atenas. Vosotros los espartanos sois conservadores, decían los corintios, os contenéis y esperáis a ser atacados. Los atenienses, por contraste, son innovadores y asumen riesgos. Si conquistan una victoria, continúan de inmediato, y si sufren una derrota, apenas se repliegan. Pese a todo este ímpetu, las falanges griegas preferían combatir en llano antes que en las montañas, y las batallas solían terminar después de un día, cuando uno u otro bando cedía. Los aztecas tenían "guerras de flores", regidas por una serie de normas y libradas en un lugar determinado en un día concreto. Los guerreros vestían trajes especiales y solo podían utilizar cierto tipo de armas. En las guerras europeas del siglo XVIII, los generales europeos enviaban a sus tropas al combate en filas ordenadas e intentaban encontrar fórmulas infalibles para la victoria, lo cual refleja la fe de aquella época en las matemáticas. Uno de los principales comandantes de la época, Mauricio de Sajonia, escribió que "la guerra puede hacerse sin dejar nada al azar. Y este es el punto álgido de perfección y destreza en un general". Una de las cosas que más sorprendían de Napoleón y que desorientaba a sus adversarios era que no seguía las normas: hacía avanzar a sus tropas durante la noche, por ejemplo, y las precipitaba en columnas desordenadas en el campo de batalla en lugar de en las acostumbradas filas.

Se habla de sociedades guerreras, que pueden ser un Estado, un pueblo o algo incluso más pequeño, como una banda de Nueva York. La más famosa de ellas se ha convertido en adjetivo; hablamos de alojamiento espartano, razas espartanas, vidas espartanas –todo ello asociado al valor, la frugalidad o la disciplina–. En Reino Unido, durante los siglos XIX y XX las clases altas se enorgullecían de enviar a sus hijos a escuelas con normas espartanas –una mezcla de duchas frías, camas duras, castigos corporales, comida poco apetitosa e historias de héroes del pasado– para endurecerlos. La Esparta de la Antigüedad fue una de las sociedades más militarizadas de la historia.

Mataban a los niños que nacían con alguna discapacidad y aquellos que sobrevivían eran apartados de sus familias a los siete años para recibir formación militar. Se les permitía casarse, pero su principal lealtad era siempre hacia el Estado y sus necesidades. Los hombres espartanos seguían siendo soldados hasta los sesenta años, si llegaban a vivir tanto. Para un guerrero espartano era una deshonra perder el escudo en combate, así que las madres espartanas les decían a sus hijos que sus únicas opciones eran regresar con su escudo o muertos sobre él. Es mucha la distancia y el tiempo que separa a los mercenarios suizos que combatían a las órdenes de diferentes líderes a principios de la Edad Moderna en Europa de los guerreros sioux que se abalanzaban sobre las tropas estadounidenses en el siglo XIX, pero ambos tenían en común el haber crecido habituados a soportar las peores condiciones y a no inmutarse frente a la muerte, y también a escuchar muchas historias acerca de las grandes hazañas del pasado.

En el mundo clásico, los romanos tenían una cultura de la guerra en la que se veneraba la lucha y la capacidad de hacer frente valerosamente a la muerte, algo que se convirtió en un modelo para generaciones posteriores. Como comenta Flavio Josefo, historiador judío del siglo I, los romanos "parecen haber nacido empuñando un arma…". En los albores de la República romana, los ciudadanos varones tenían que cumplir dieciséis años de servicio militar y no podían ostentar un cargo público hasta que no hubieran servido al menos diez. Incluso en la Roma imperial, cuando una gran parte de los combates los libraban mercenarios o aliados extranjeros de Roma, los símbolos y el lenguaje militar estaban muy presentes en la sociedad. La Administración pública se gestionaba de forma marcial, y los funcionarios incluso llevaban uniforme. Los romanos pudientes se hacían sepultar en sarcófagos decorados con escenas militares. Roma se detenía, en ocasiones incluso durante varios días, cada vez que un general victorioso celebraba un triunfo. Las multitudes se agolpaban para ver el espectáculo –

los soldados desfilando, el estruendo de las trompetas, los carros crujiendo bajo el peso del botín de guerra, los enemigos presos y, por su puesto, el general victorioso– y disfrutar de los banquetes gratuitos. En el Foro, varios paneles de mármol mostraban los nombres de todos aquellos que alguna vez habían merecido un triunfo, empezando por el legendario Rómulo, fundador de Roma.

A menudo se ha llamado a Prusia, el poderoso Estado germánico que creció contra toda probabilidad a partir de una serie de territorios sin ninguna relación entre sí, la Esparta del norte. Fue capaz de sobrevivir y florecer porque contaba con un ejército eficiente y una sociedad militarizada. Alguien dijo una vez que Prusia no era un Estado que tenía un ejército, sino un ejército que tenía un Estado. Y ese ejército lo mantenía la clase de los junkers, terratenientes, y su cultura militar. Se supone que los junkers eran valientes, temerosos de Dios y dispuestos a todo para servir al rey. La carrera más respetable era la de soldado; burócrata del Estado o jurista venían justo después. Los hijos, y también las hijas, de los junkers eran educados para ser duros y soportar el dolor sin quejarse. Una mujer de una de estas familias, que después de la Segunda Guerra Mundial se convertiría en una importante periodista en Alemania, recuerda haberse roto un brazo de niña y que nadie reparase en ello durante varias semanas, en parte porque a ella no se le había ocurrido mencionarlo. Uno de mis amigos de la universidad, que creció en la finca de su familia en Prusia Oriental durante la Segunda Guerra Mundial, me contó una vez que su abuela les enseñaba a él y a sus primos menores a usar el cuchillo y el tenedor con ambas manos porque, como les decía, de mayores iban a ser soldados y era posible que perdieran un brazo. Aun así, se esperaba de ellos que comieran educadamente. Las clases altas angloirlandesas, que tan bien describe Molly Keane en sus novelas, eran parecidas, al menos en su valentía y su estoicismo ante la muerte, y dieron un número desproporcionadamente alto de oficiales al Ejército británico.

En cambio, la China clásica produjo innumerables generales estupendos, libró muchas guerras y conquistó a muchos pueblos, pero nunca antepuso los valores militares a los civiles (es posible que a esto ayudara que eran los académicos y no el ejército quienes escribían la historia). La lucha no se contemplaba como algo admirable, sino más bien como el resultado de un colapso del orden y los modales. En la literatura china no hay un equivalente de la *Ilíada*, y los héroes que a los que la juventud debía imitar eran los grandes burócratas y los sabios gobernantes que mantenían la paz. Desde muy temprano los pensadores chinos como Confucio y el gran estratega Sun Tzu recalcaban que la autoridad del Estado reposa tanto sobre su virtud como sobre su capacidad de usar la fuerza. Y para Sun Tzu, el mejor general era aquel que era capaz de ganar una guerra, a través de maniobras o artimañas, sin librar una sola batalla. En la sociedad china el prestigio se conquistaba como letrado, poeta o pintor, y ya desde la dinastía Tang en adelante, el sistema de exámenes para entrar en la función pública era el mejor camino para alcanzar la fama y el prestigio. A los mejores generales a veces se les concedía el rango y vestido de los letrados, a diferencia de lo que se hacía en muchas sociedades europeas, donde se premiaba con condecoraciones militares a los civiles que reunían ciertos méritos. Por supuesto, los valores de una sociedad pueden evolucionar con el tiempo. Los soldados suecos fueron en algún momento el terror de Europa, mientras que ahora asociamos a Suecia con el Nobel de la Paz o la mediación internacional. Steven Pinker afirma que, al menos desde el siglo XVIII, gran parte de Occidente ha dejado de aceptar la violencia como algo natural o deseable.

No es ninguna sorpresa que las culturas que admiran la guerra tiendan a hablar mal de aquellos enemigos que no comparten sus valores y virtudes. Quizá desprecien en sus enemigos aquello que temen encontrar dentro de ellos. Los romanos, al igual que los británicos cuando tuvieron un imperio, eran capaces de admirar el coraje de sus adversarios, pero los consideraban

indisciplinados, incivilizados e incapaces en cuestiones bélicas, cosa que a sus ojos demostraba su inferioridad. Tanto los griegos cuando luchaban contra los persas como los romanos al enfrentarse a los cartagineses despreciaban a sus enemigos y los consideraban perezosos y demasiado aficionados a los placeres, en parte porque vivían en climas calurosos y debilitadores. Los griegos pensaban además que los persas eran serviles y demasiado emocionales. Los africanos, pensaban los romanos, no tenían mucha sangre en las venas a causa del calor, y por eso eran cobardes, siempre temerosos de ser heridos. Los cartagineses, especialmente molestos para los romanos, eran codiciosos y mentían; los hombres no eran hombres porque vestían túnicas holgadas, y las mujeres eran seductoras amorales. Los británicos desarrollaron estereotipos semejantes en la India. Los bengalíes les parecían amanerados, y por contraste admiraban a las "razas marciales", los gurkhas, patanes o kodagus, que habitaban climas más frescos y, por tanto, decían, reunían mejores cualidades militares. Para cuando estalló la Primera Guerra Mundial, los descendientes de los británicos que se habían asentado en Australia, Canadá o Nueva Zelanda eran considerados más duros y más brutales que sus primos británicos, gracias a la geografía de sus países de adopción. Cuando los "menos civilizados" y, por lo tanto, menos capacitados para la guerra empezaron a cosechar victorias, estas se menospreciaron como si se hubieran producido por error. A mediados del siglo XIX, tropas maoríes derrotaron a las británicas en una de las guerras de Nueva Zelanda, y *The Times* se apresuró a dar la siguiente explicación: "De la misma manera que un mal jugador de ajedrez temerario a veces resulta más formidable que un maestro del juego".

La manera en que los grupos de humanos piensan en la guerra y se preparan para ella también es algo en lo que influye su cultura, y también su geografía. Los Estados isleños o aquellos con litorales extensos lo saben, y han invertido siempre en fuerzas navales. En el caso de Reino Unido, su

Marina ha absorbido más recursos y cosechado mucho más prestigio a lo largo de los siglos que su ejército de tierra. Aunque los cuadros, poemas, películas e historias tiendan a inmortalizar las grandes batallas navales –Salamina, Lepanto, Trafalgar, Midway– en las que un ejército naval destruía a otro, el principal objetivo estratégico de las fuerzas navales es controlar los mares y las rutas que los surcan, y evitar que sus enemigos se sirvan de ellas. A día de hoy la comunicación terrestre es susceptible de ser interrumpida, ya sea por acciones humanas o de la naturaleza, así que podemos imaginar que en el pasado, antes de las carreteras asfaltadas y el ferrocarril, esto era así en todavía mayor medida. Desde el mismo momento en que los humanos empezaron a construir embarcaciones, el agua ha sido la manera más fiable de trasladar personas y materiales de un lugar a otro. Las fuerzas navales existen para proteger a los países, sus costas, habitantes y flotas, y para proyectar poder de cara al exterior. Una fuerza naval poderosa puede ponerle las cosas muy difíciles al enemigo, tanto por mar como por tierra; puede servir para desembarcar tropas en costas enemigas, como plataforma flotante para artillería o aviación, para abordar o hundir buques enemigos y a veces también neutrales, o bloquear puertos para impedir que entren o salgan los recursos necesarios, incluyendo tropas. "Destruimos la vida nacional en el mar –dijo el eminente teórico naval británico Julian Corbett, que formó a generaciones de oficiales antes de la Primera Guerra Mundial–, y con ello controlamos el vigor de esa vida en tierra, en la medida en que uno depende de la otra".

La gran ventaja de Atenas sobre Esparta en el siglo v a. C. era que controlaba prácticamente todos los puertos del Egeo y que su flota era fuerte y lo suficientemente grande como para impedir a los barcos enemigos surcar los mares. Los espartanos eran conscientes de esto y recurrieron a los persas para que les ayudaran a construir una fuerza naval, aunque no empezaron a tener ventaja en el mar y en la guerra hasta después de que los atenienses perdieran muchos de sus barcos y hombres en su expedición a

Sicilia entre el 415 y 413 a. C. Napoleón tenía dominado el continente europeo, pero nunca consiguió derrotar a la Marina británica. Gracias a eso, los británicos podían enviar suministros y refuerzos a sus aliados y perjudicar la economía francesa hundiendo barcos franceses y bloqueando sus puertos. En la Primera Guerra Mundial, la Marina británica consiguió someter a Alemania a un bloqueo naval que interceptaba todo aquello que los británicos consideraban necesario para el esfuerzo de guerra alemán, incluso si iba a bordo de barcos neutrales. Todavía se discute en qué medida surtió efecto este bloqueo, pero lo cierto es que algunos altos oficiales alemanes le atribuyen su derrota. "Al final nos derrotaron por el mar –dijo Erich Raeder, al mando de la fuerza naval alemana desde 1928 hasta 1943–, nos dejaron sin alimentos y sin materias primas, y poco a poco el bloqueo nos fue asfixiando".

EEUU no es una isla, pero durante gran parte de su historia sus dos costas estuvieron protegidas por dos enormes océanos y no tuvo más vecinos que Canadá y México, considerablemente más débiles. Por ello, lo más lógico era desconectarse e incluso aislarse del resto del mundo y disponer de unas fuerzas terrestres limitadas. La planificación militar alemana en el siglo XX, en cambio, dirigía toda su atención a la posibilidad de una guerra en dos frentes, contra una Francia hostil al oeste y Rusia, después la Unión Soviética, al este. También Israel, durante gran parte de su breve historia, ha vivido rodeado por sus enemigos. A medida que se aproximaba la Segunda Guerra Mundial, Reino Unido pudo invertir en bombarderos de largo alcance para dirigirlos contra las infraestructuras y ciudades alemanas desde la relativa seguridad de sus islas, mientras que los alemanes tenían que pensar en cómo dar apoyo a sus tropas de tierra contra sus enemigos. Por esa razón Alemania prefirió adquirir aviones de corto alcance, capaces de bombardear y ametrallar a las fuerzas enemigas, en lugar de hacerse con aviación de largo alcance, algo que le sirvió mucho en las primeras fases de la Segunda Guerra Mundial, durante el *Blitzkrieg* o guerra relámpago.

La experiencia de guerras pasadas puede tener tanto peso en la actitud de un Estado como la planificación. Los horrores de la guerra de los Treinta Años en el siglo XVII posiblemente influyeran en los europeos del siglo XVIII a la hora de emprender guerras más comedidas y tratar mejor a los civiles. La religión, que tanta crueldad había generado en el pasado, no contaba ya con la misma capacidad de incentivo. Además, el coste de formar soldados era mucho mayor ahora, así que los generales tenían más cuidado a la hora de poner en riesgo a sus hombres. Después de la Primera Guerra Mundial los franceses decidieron que no podían permitirse otro baño de sangre igual (proporcionalmente, Francia había perdido más hombres en edad de combatir que ningún otro Estado con excepción de Serbia), así que desarrollaron una estrategia defensiva que se expresaba en la enorme obra de ingeniería de la línea Maginot. Tanto en Francia como en Reino Unido el deseo de evitar más bajas tuvo mucho que ver con la política de apaciguamiento de los dictadores en la década de los años treinta.

Si tenemos en mente la derrota de los persas a manos de los griegos o la batalla de Cannas en las guerras púnicas, vemos que, en gran parte aunque no totalmente, la estrategia bélica occidental ha girado en torno a la búsqueda de una victoria militar decisiva que obligue al enemigo a rendirse. El de Cannas, donde Aníbal derrotó a los romanos, es un ejemplo muy popular, pero resulta fácil malinterpretar su importancia. Sí, es cierto que Aníbal ganó la batalla con una deslumbrante maniobra circular, pero Cartago perdió la guerra porque al final Roma fue capaz de aguantar más tiempo. Y el precio que pagó Cartago fue altísimo: los romanos asolaron sus ciudades y arrojaron sal en sus campos. El recuerdo de la batalla de Trafalgar, en la que el almirante Nelson destruyó las flotas francesa y española en 1805, ha planeado siempre sobre la estrategia naval británica, y la idea de que el papel de la Marina era buscar y destruir al enemigo fue clave en las influyentes doctrinas navales del almirante Alfred Mahan, teórico estadounidense. Cuando los japoneses arrastraron a EEUU a la

batalla de Midway en 1942 –que perdería Japón con un coste enorme– trataban de reproducir su gran victoria sobre los rusos en el estrecho de Tsushima en 1905.

Napoleón no dejó de buscar la batalla definitiva que afirmaría su control sobre Europa, hasta que finalmente fue derrotado en Waterloo. Incluso si Napoleón hubiese ganado en aquella ocasión, no hubiera sido capaz de mantenerse en la guerra porque los aliados habían conseguido desgastar a Francia. En 1914 el Ejército alemán creó el Plan Schlieffen para derrotar a las fuerzas francesas en una serie de batallas y rodear París en cuarenta días. Se suponía que, una vez logrado eso –y los líderes civiles alemanes tampoco pusieron pegas al plan– Francia debía capitular, pese a que no era eso lo que había sucedido en 1870, cuando los franceses siguieron peleando incluso después de la gran victoria alemana en Sedán. Uno de los pocos generales alemanes que criticaron el plan dijo: "No se le puede quitar a una gran potencia su fuerza armada como quien se lleva un gato en un saco".

En el siglo VI a. C., Sun Tzu afirmaba que era mejor conquistar derramando la menor cantidad de sangre posible: "Preservar tu ejército es lo mejor, destruir el suyo, lo segundo mejor". Las dinastías sucesivas en China consiguieron mantener a raya a los pueblos nómadas de sus fronteras gracias a una combinación de murallas y sobornos, echando mano de las armas solo como último recurso. Después de su abrumadora derrota en la primera guerra anglo-afgana en el siglo XIX, los británicos se dieron cuenta de que el enfoque chino funcionaba bien en Afganistán. La guerra también puede ganarse por desgaste, dejando al enemigo sin suministros, como frecuentemente hacen los británicos gracias a su Marina, hostigando a las fuerzas enemigas mientras se evita la batalla como hacían las tropas irregulares españolas cuando Napoleón invadió el país, o dejando al invasor sin medios de subsistencia mediante una política de tierra quemada, como hicieron los rusos en las guerras napoleónicas y de nuevo en el siglo XX ante la invasión alemana. En la Primera Guerra Mundial los estrategas militares

de ambos bandos contaban con librar unas cuantas batallas decisivas, y en su lugar se encontraron en medio de una larga pugna en la que cada parte intentaba desgastar a la otra hasta el colapso.

Pese a su fascinación por las batallas decisivas, en Occidente tenemos también una larga tradición de guerras defensivas y uso de obstáculos naturales –las montañas suizas, o los cauces fluviales en el caso de los Países Bajos–, murallas como la de Adriano o castillos y fortalezas para agotar y vencer al enemigo. El general romano Fabio Máximo fue enviado a plantar cara a Aníbal en la segunda guerra púnica, pero decidió evitar el combate y en vez de eso agotar a las fuerzas cartaginenses mediante ataques a tropas aisladas y a sus líneas de suministro. En el siglo XVIII el gran comandante Mauricio de Sajonia se hizo tan famoso por evitar el combate como por librarlo: por ejemplo, en 1741 se hizo con Praga en medio de la noche antes de que la guarnición se enterase siquiera de lo que estaba pasando. Napoleón conquistó una de sus mayores y menos costosas batallas mediante una serie de maniobras que le permitieron capturar en Ulm a todo un ejército austriaco de entre 50.000 y 60.000 soldados con unas pérdidas mínimas entre sus tropas.

Las campañas de Napoleón han sido estudiadas de la misma manera que él estudió las que lo precedieron, intentando siempre encontrar la fórmula del éxito en la guerra. La guerra es un asunto tan importante, y sus consecuencias potencialmente tan cruciales, que algunos de los más grandes pensadores de diferentes culturas se han dedicado en cuerpo y alma a intentar descubrir el secreto del éxito. Los romanos estudiaban las guerras griegas y la Europa del Renacimiento redescubrió tanto a los griegos como a los romanos, de la misma forma que en las academias militares de nuestros días se siguen estudiando las grandes batallas del pasado. El manual de Vegecio, burócrata romano del siglo V que trabajó a partir de las campañas de grandes generales romanos como Julio César y tenía muchos consejos que dar acerca de liderazgo, entrenamiento y tácticas, está hoy

prácticamente olvidado, pero en su día fue el tratado militar más leído en occidente hasta que *De la guerra*, de Clausewitz, ocupó su lugar en el siglo XIX. Maquiavelo, que estudió cuidadosamente a Vegecio y que escribió también abundantemente sobre la guerra, aprobaba que se consultaran los ejemplos del pasado: "El príncipe debe leer las historias y, al contemplar las acciones de los varones insignes, debe notar particularmente cómo se condujeron en las guerras, examinando las causas de sus victorias, a fin de conseguirlas él mismo, y las de las derrotas, a fin de no experimentarlas". Este saqueo del pasado para encontrar normas clave que determinen el éxito o el fracaso en la guerra ha generado muchos consejos útiles y también una serie de listas bastante inútiles; a finales del siglo XIX los expertos franceses emplearon una gran cantidad de tiempo y energía tratando de dirimir si las normas esenciales eran veinticuatro o cuarenta y una.

En su famoso tratado *El arte de la guerra*, Sun Tzu establecía una serie de preceptos que las generaciones posteriores han estudiado con todo cuidado, entre ellos el famoso "Conoce al enemigo y conócete a ti mismo, y podrás librar cien batallas sin miedo a la derrota" y "Ganará aquel que sepa cuando combatir y cuando no". También ofrecía una serie de consejos específicos, con listas de factores, situaciones o tipos de acciones clave en las diferentes fases de la guerra, desde la elaboración de planes hasta la elección del mejor lugar para combatir. Desde el emperador Qin hasta Mao Tse-Tung, *El arte de la guerra* ha proporcionado orientación a los líderes de China y Asia acerca de cómo vencer una guerra. El general Võ Nguyên Giáp, artífice de las victorias vietnamitas contra los franceses en los años cincuenta y contra los estadounidenses una década después, era un gran admirador suyo, al igual que los ejecutivos occidentales que se agolparon a comprar *The Complete Sun Tzu for Business Success: Use the Classic Rules of The Art of War to Win the Battle for Customers and Conquer the Competition* [La obra íntegra de Sun Tzu para el éxito en los negocios: Use las reglas clásicas de *El arte de la guerra* para ganar la batalla por los clientes y conquistar a los

competidores] o *El arte de la guerra para las mujeres*. Quizá les seduzca su afirmación de que "toda la guerra se basa en el engaño" o disfruten especialmente sus pasajes acerca de la importancia de un líder fuerte para la victoria, y seguro que no molesta que *El arte de la guerra* sea un libro poco voluminoso que consiste íntegramente en máximas lapidarias.

Incluso el líder más fuerte y hábil está obligado a trabajar con las herramientas y los recursos que se le dan, y estos dependen de su sociedad y su cultura. El cambio social y el tecnológico están tan interconectados entre sí que es imposible decir cuál es la causa de cuál, pero lo cierto es que hay sociedades en las que se estimula la invención y la innovación mientras que otras adoptan nuevas armas o técnicas de forma lenta o no las adoptan en absoluto. Las revoluciones científicas y tecnológicas a principios de la Edad Moderna en Europa ayudaron a proporcionarle a este continente, y después al resto de Occidente, una ventaja sobre gran parte del resto del mundo que solo ahora empieza a menguar. La India, China y el Imperio otomano eran tan ricos como Europa en el siglo XVI y estaban en posesión de tecnología avanzada que iba desde la imprenta hasta la pólvora, pero fueron incapaces de llevar mucho más allá lo que ya sabían. Los historiadores no se ponen de acuerdo en el porqué, pero sí coinciden en que fue su ventaja tecnológica creciente lo que permitió a Europa expandirse y conquistar gran parte del resto del mundo.

En qué medida la tecnología puede cambiar las cosas depende de cómo se utilice, o de si se utiliza o no. El primer uso que los británicos dieron a los tanques que habían desarrollado durante la Primera Guerra Mundial fue como plataformas móviles de artillería para apoyar los ataques de infantería. Tardaron bastante en darse cuenta de que era posible colocar los tanques frente a los soldados para abrir brechas en las líneas enemigas. Un griego inventó la turbina a vapor en el siglo I; resultaba un juguete entretenido, pero nunca se usó más allá de eso. ¿Para qué molestarse en construir máquinas a vapor cuando abunda la mano de obra barata o

esclava? Algunos inventos se usaron durante algún tiempo y luego se abandonaron. El fuego griego, un precursor terroríficamente temprano del napalm que se disparaba mediante un tubo y era capaz de arder sobre la superficie del agua, fue empleado por primera vez por el Imperio bizantino en el siglo VII, pero hacia el siglo XIII había desaparecido ya. Al parecer su secreto estaba tan bien guardado que acabó perdiéndose.

La tecnología bélica ha sido y sigue siendo una carrera entre nuevos dispositivos o inventos y las formas de usarlos. La armadura se empezó a usar en el mundo antiguo como respuesta a las lanzas, flechas y espadas de punta metálica. Las sociedades –especialmente los griegos y los romanos en Europa– fueron desarrollando infantería y fortificaciones en respuesta a los jinetes, pero el péndulo no dejó de oscilar entre caballería e infantería hasta el siglo XIX. Durante un periodo los carros hacían estragos; se llevaban todo por delante hasta que los ejércitos averiguaron cómo emplear arqueros y soldados de a pie contra ellos. A principios del siglo XX, la ametralladora y el rifle de repetición obligaron a los ejércitos del mundo a luchar a la defensiva hasta que nuevas tecnologías –el tanque, el aeroplano, el gas venenoso– y nuevas tácticas dieron paso de nuevo a la ofensiva. Hoy en día los Estados buscan denodadamente maneras de lidiar con peligros emergentes como la guerra informática.

Puede suceder que una generación olvide lo que la precedente aprendió a través de la experiencia para contrarrestar una tecnología nueva, y se vea obligada a reinventar contratecnología y tácticas distintas. Los jinetes armados con lanzas o arcos abrumaron a los soldados de infantería cuando aparecieron, pero gradualmente los pueblos como los griegos antiguos aprendieron a enfrentarse a ellos mediante falanges de infantería muy disciplinada que, con varias filas y lanzas sobresalientes, resultaban obstáculos letales contra los que caballos y jinetes se arrojaban en vano. Muchos siglos después, los ejércitos europeos tuvieron que aprender de nuevo a usar formaciones similares de soldados de infantería y arqueros

contra los caballeros vestidos de armadura. Los romanos eran maestros de la construcción de caminos que llegaron a construir aproximadamente noventa mil kilómetros de ellos en torno al Mediterráneo, muchos de los cuales siguen ahí hoy en día. Sus sucesores en Europa y Asia Menor siguieron usándolos incluso a medida que estos se iban deteriorando y los hierbajos crecían en sus grietas, pero durante siglos carecieron del conocimiento y la pericia para construirlos por sí mismos. Arquímedes, el gran matemático griego, ideó una supercatapulta que era capaz de arrojar rocas de ochocientos kilos contra las galeras romanas, pero no tuvo quien le imitara en los siglos que siguieron. Los romanos también construían (y derribaban) fortalezas. En la Edad Media, los europeos tuvieron que aprender de nuevo por sí mismos cómo hacer esto. Tras su desafortunada experiencia en Vietnam, el Ejército estadounidense decidió que nunca volvería a combatir en guerras de contrainsurgencia. El Ejército dejó de estudiar la guerra de guerrillas y sus contramedidas y el libro que versaba sobre el tema quedó descatalogado. Al llegar a Afganistán e Irak no les quedó más remedio que empezar de nuevo desde cero.

Hasta hace poco los cambios en la tecnología y la guerra avanzaban lentamente y por espasmos. En tierra, la armadura, las espadas, las lanzas, los arcos y las flechas siguieron siendo las armas principales hasta principios de la Edad Moderna, aunque las tácticas cambiaban de época en época y de sociedad en sociedad. Alejandro Magno vestía una armadura de la que se decía que venía de la guerra de Troya, siglos antes, y las armas empleadas por griegos y romanos les hubieran resultado familiares a los soldados de la Edad Media en Europa o de la India o China clásicas. Durante siglos, de los griegos a los venecianos, la fuerza naval dependía de galeras propulsadas por remeros.

En la historia de la guerra y de la sociedad cabe destacar tres innovaciones principales para describir los cambios más significativos que se produjeron antes del 1800: la aparición del metal, cuando los humanos abandonaron las

armas de piedra por otras fabricadas con bronce y hierro; la domesticación del caballo, que proporcionó a los guerreros mayor movilidad y velocidad, y la llegada de la pólvora, que transformó completamente la guerra por mar y por tierra (no todas las sociedades humanas han experimentado el cambio en la misma medida, ya que en otras partes del mundo, como en las Américas, no hubo caballos hasta que los europeos los llevaron consigo en el siglo XVI y que en otras, como Australia, nunca se desarrollaron las armas de metal). En cada caso, por supuesto, sucedían muchas otras cosas en los ámbitos social y tecnológico. Las armas de metal no eran más que una parte de la historia: las sociedades tenían que desarrollar soldados e infraestructuras para hacer uso de ellas. Los caballos se volvieron más imponentes cuando la rueda permitió usarlos para tirar de carros, o cuando los montaban jinetes armados. La llegada de la pólvora también vino acompañada de otras evoluciones importantes: en metalurgia, por ejemplo, para que las pistolas no estallasen cuando se disparaban, o en el diseño y navegación de barcos, para que pudieran hacer uso del recién inventado cañón.

Las primeras armas, que evolucionaron muy poco a lo largo del primer milenio de la historia humana, eran lanzas, cuchillos, y arcos y flechas con puntas de pedernal que se usaban para cazar animales y también a otros humanos. Poco a poco, los humanos empezaron a fabricar utensilios cuya única finalidad era matar a sus congéneres. Si bien algunas sociedades introdujeron mejoras en el diseño, refinándolo, o fabricando lanzas especializadas para apuñalar y otras para lanzar, los diseños originales se mantuvieron de era en era en los diferentes lugares. Eso sí, los materiales fueron cambiando gradualmente y la guerra entró en una nueva fase más letal. En algún momento, quizá ya en el segundo milenio a. C., algunas sociedades consiguieron fabricar arcos compuestos en lugar de los simples arcos de madera. Gracias a eso, los arqueros podían disparar sus flechas con mucha más fuerza y a mayor distancia. La aparición de armas de metal, que

sucedió en diferentes momentos en distintas sociedades –y en algunas no sucedió en absoluto– fue un paso todavía más significativo en términos de letalidad de la guerra. Las primeras, fabricadas en bronce, aparecieron en algún lugar de Oriente Medio en el cuarto milenio a. C. (y un poco más tarde en la India, China y Europa). El bronce, que iba escaseando, dejó pasó al hierro en el segundo milenio a. C., y con el tiempo también sería sustituido por el acero, mucho más eficaz.

El caballo fue tan importante para la guerra y la sociedad humana como la aparición del metal, y seguiría siéndolo hasta muy recientemente (es posible que la última carga de caballería se produjese en Afganistán en 2001). Los caballos hacían posibles nuevas formas de comunicación, de circulación de mercancías y personas y también de hacer la guerra, mediante carros de guerra o con jinetes armados con arcos o espadas, y de esa manera el caballo aumentó el alcance y el poder de los ejércitos y los Gobiernos. Hacia el segundo milenio a. C., los pequeños caballos domesticados capaces de tirar de carros se expandieron hacia Occidente desde Asia Central. Resultó que la nueva tecnología de carros tirados por caballos que transportaban guerreros provistos de armas de metal y arcos compuestos daba una enorme ventaja a quien los tuviera, de manera que los Estados se vieron obligados a invertir en eso o hundirse, como les sucedió a muchos. Asiria y Egipto consiguieron tener miles de carros. Los caballos, o más bien su uso eficaz, permitieron que surgieran Estados fuertes con clases guerreras profesionales, que en manos de gobernantes poderosos llevaron a la ulterior expansión de sus imperios.

Bastante repentinamente, alrededor del año 1200 a. C., los carros pasaron de moda como herramientas de guerra. Tal vez fuese, como especulan algunos historiadores, porque ahora los soldados de infantería tenían armas de acero formidables o quizá porque los jinetes de las estepas del norte y del este tenían una capacidad de maniobra mucho mayor que los carros. A lo largo de los siglos siguientes y hasta la caída de Roma en Occidente, en

la guerra, al menos en Eurasia, predominaban los soldados de infantería, apoyados por la caballería. Los griegos y los romanos conquistaron sus grandes victorias usando soldados de infantería, pero cuando Roma empezó a desintegrarse en el siglo IV, sus disciplinadas legiones fueron desapareciendo poco a poco y los jinetes, ya fueran foráneos como los hunos o locales, acumularon más poder. Una pequeña pero crucial innovación –el estribo unido a la silla, que permitía a los jinetes descansar las piernas– hizo mucho por potenciar la eficacia de los guerreros a caballo. Si probamos a montar un caballo a pelo sin estribos, como hacían los guerreros de antaño (para probar la sensación también vale un taburete alto sin reposapiés), veremos lo mucho que se nos cansan las piernas. Y también hay un límite de peso que se puede cargar, incluida la armadura. La invención del estribo hizo posible, primero en la India y China y después, hacia el siglo VII, en Europa, la aparición de esos caballeros con elaboradas armaduras que nos muestran pinturas, novelas y películas. Pero estos también desaparecerían cuando la infantería recuperase su poder.

La cultura, la tecnología y la guerra son tan interdependientes entre sí que es difícil decir cuál impulsa a cuál. La guerra impulsa el desarrollo de tecnologías, pero también adapta las que existen. En el mundo antiguo ya se usaban palancas en los lagares y almazaras; los romanos las adaptaron para lanzar rocas contra los soldados, barcos y fortificaciones enemigos. Una aleación de metales de alta calidad descubierta por los artesanos para fabricar campanas en la Edad Media serviría mucho más tarde para producir mejores pistolas. En el siglo XIX el químico y empresario Alfred Nobel inventó la dinamita para su uso en la minería, y enseguida fue adaptada para producir toda una gama de armas cada vez más eficaces. Los agricultores de EEUU usaban alambre de espino para encerrar su ganado, el mismo alambre que mejoraría muchísimo las defensas de las trincheras en la Primera Guerra Mundial. En el tanque se incorporaron ruedas de oruga, que se habían inventado para los tractores. Albert Einstein y su equipo de físicos

habían enunciado la teoría de la fisión nuclear, probando sobre el papel que esta produciría una enorme oleada de energía, pero hasta la Segunda Guerra Mundial no hubo manera de demostrar finalmente esa hipótesis. Buscando imponerse a sus enemigos, los británicos y, especialmente, los estadounidenses, encontraron los recursos necesarios para refinar el uranio necesario y construir y probar la primera bomba nuclear. Se estima que el Proyecto Manhattan costó más de veinte mil millones de dólares, poco menos de lo que EEUU gastó en armas ligeras a lo largo de toda la guerra.

El uso que se le da a la tecnología depende en parte de los valores y la organización de cada sociedad, que van cambiando con el tiempo. Hasta donde podemos saber por los exiguos registros históricos y valiéndonos de lo observado en sociedades similares, nuestros lejanos ancestros cazadores-recolectores vivían y luchaban como iguales sin mucha premeditación. La organización social y política más elaborada y sólida trajo consigo una forma de guerra más disciplinada, con equipamiento especializado, formación, una jerarquía de liderazgo y fortificaciones. Hacia el octavo milenio a. C. se construyeron las primeras murallas defensivas de las que se tiene noticia, las de Jericó. Hacia el tercer milenio a. C. los soldados de las primeras civilizaciones como Sumeria y Ur combatían con armas de punta de bronce en formaciones altamente organizadas.

La idea de un Estado fuerte que centralice la autoridad en manos de una sola o muy pocas personas y que la use para adquirir más poder, territorio y botines es algo que se remonta muy atrás en el pasado. En su momento álgido en el siglo VII a. C. el Imperio asirio se extendía desde lo que hoy es Sudán hasta Turquía y desde el Mediterráneo hasta Irán. Sus gobernantes afirmaban que su poder venía de los dioses porque tenían éxito en la guerra. Byron no fantaseaba al escribir que “bajaron los asirios como al redil el lobo”. El Estado asirio giraba y se organizaba alrededor del combate. Sus ejércitos permanentes poseían unidades especializadas, desde infantería hasta arqueros y caballería. Podían moverse con rapidez gracias a una red

de caminos y se alimentaban a partir de una serie de depósitos distribuidos a lo largo y ancho del imperio. Un ejército de burócratas se aseguraba de que las armerías del Estado producían lo necesario, que los depósitos estaban aprovisionados y que los hombres y sus bestias recibían alimentos. Se recuerda a los romanos por sus carreteras y puertos, pero estos no eran más que una pequeña parte de la impresionante logística que conseguía llevar a sus tropas y aperos allá donde se las necesitase. En el asedio de Masada en el año 73, por ejemplo, los romanos consiguieron mantener durante semanas a unos quince mil hombres en un desierto sin agua.

En estas sociedades jerárquicas la guerra era y sigue siendo la responsabilidad y prerrogativa de las clases altas, o de un solo gobernante como un Luis XIV o un Augusto César. En el *Enrique V* de Shakespeare los soldados de a pie que conversan antes de la batalla de Agincourt saben que la guerra es cosa del rey: "Sabemos suficiente –dice uno–, con saber que somos los súbditos del rey, si su causa es mala, la obediencia que le debemos nos absuelve de toda culpa". Hay otro modelo igualmente antiguo para las sociedades que optan por la guerra. En las ciudades Estado griegas, los ciudadanos votaban acerca de si querían o no ir a la guerra, y en la República romana era el Senado quien tomaba la decisión. No era lo que hoy entenderíamos por una decisión democrática, pero al menos conllevaba una cierta participación ciudadana. A su vez, se esperaba que los ciudadanos salieran en defensa de su Estado. En la Grecia clásica, a partir del siglo VI a. C., los agricultores o artesanos pudientes que pertenecían a alguna de las ciudades Estado, altamente organizadas, estaban obligados a luchar en su defensa y de hecho ansiaban hacerlo. La excepción era Tesalia, atrasada políticamente respecto del resto de Grecia: allí la política estaba dominada por una aristocracia feudal que prefería luchar a caballo en lugar de a pie. La ciudad Estado típica del resto de Grecia, la polis, era una comunidad, al menos para los hombres libres, lo cual inspiraba una lealtad apasionada. Durante al menos tres siglos los conflictos armados en Grecia

implicaron dos grupos de hombres con armaduras de bronce, pertrechados con lanzas y espadas, avanzando uno contra otro en una formación estrecha, la falange. Para lograr ese nivel de coordinación, los griegos tenían que practicar y entrenar mucho (algo que los persas despreciaban como "baile y gimnasia"), pero igual de importantes eran la disciplina y los vínculos sociales que unían entre sí a los hombres. Los soldados, llamados hoplitas, luchaban por sus compañeros tanto como por sí mismos. En sus filas el escudo de cada hombre, acoplado a su brazo izquierdo, protegía al vecino. "Los hombres llevan cascos y pectorales para protegerse a sí mismos, pero el escudo lo llevan para sus compañeros de fila", rezaba el dicho. Cuando las fuerzas rivales griegas se encontraban por fin, se enredaban en una masa palpitante. El bando que rompía filas normalmente era el que más bajas sufría, puesto que aquellos que huían eran abatidos sin piedad. Se dice que Mardonio, el general persa que lideró una serie de invasiones masivas a Grecia en el siglo v a. C., se quejó a su rey, Jerjes, de que los griegos combatían entre sí "de una manera absurda a través de la pura perversidad y estupidez". Los persas acabarían asimilando de la peor manera posible lo que la guerra a la griega podía hacerle a un enemigo. En la crucial batalla de Maratón (490 a. C.), donde los griegos se enfrentaron a un ejército persa que los doblaba en número, los hoplitas consiguieron resistir los ataques persas tratando de romper las líneas enemigas. Heródoto afirma que los persas perdieron 6.400 soldados en el campo de batalla frente a los 203 de los griegos.

Siglos después, los caballeros aprenderían una lección similar al enfrentarse a la infantería suiza que, al igual que los hoplitas, luchaban juntos y los unos por los otros como iguales. La Guardia Suiza del papa, con sus uniformes renacentistas multicolores, nos parece algo muy pintoresco, y pensamos en Suiza como en un país pacífico y bucólico, patria del buen chocolate, los bancos discretos y, como dice Harry Lime en *El tercer hombre*, el reloj de cuco. Lo cierto es que durante doscientos años y

hasta que en 1515 por fin se consiguió romper uno de sus cuadros, las formaciones suizas, erizadas de picas y que escondían arqueros munidos de letales ballestas en su centro, eran el terror de Europa y la clave de la victoria, al menos para aquel que pudiera permitírselas. "*Pas d'argent, pas de Suisse*" [Si no hay dinero no hay Suiza], se solía decir.

Cuando un Gobierno central fuerte se hunde, como sucedió en la guerra de los Treinta Años en Europa en el siglo XVII, Yugoslavia en los años noventa o Irak en nuestros días, el poder se filtra a aquellos que están por debajo y son lo suficientemente fuertes y desaprensivos para conseguir seguidores y mantenerse mediante la extorsión de recursos. El colapso del Imperio romano alrededor del siglo IV a. C. dejó a Europa en una situación en la que el poder revertía cada vez más en gerifaltes locales cuya riqueza y estatus dependía de las tierras y de su capacidad de defenderlas frente a vecinos o invasores con la ayuda de secuaces armados. Muchos de estos ejércitos privados empezaron a usar cada vez más los caballos en el combate, y empleaban armaduras tanto para el guerrero como para el corcel. El coste de equipar a un caballero y los problemas de logística tras el colapso de gran parte del sistema romano de caminos no permitían a los ejércitos crecer demasiado. Se estima que para equipar y mantener a un caballero era necesaria una finca productiva de entre 120 y 160 hectáreas. Con el tiempo la armadura, tanto del jumento como del jinete, se fue volviendo cada vez más recargada y pesada, hasta el punto de que ambos perdieron movilidad y quedaron a merced de las nuevas armas y tácticas de la infantería. Cuando un caballero era derribado de su montura quedaba en tierra como una tortuga boca arriba, pugnando por moverse. Algunos historiadores han comparado a los caballeros medievales con los gigantescos acorazados del último siglo o los portaviones de nuestros días: ambos absorben muchos recursos y pueden destruirse mediante tecnología mucho menos costosa.

Para mantener la lealtad de sus tropas y sufragar gastos, los gobernantes europeos, nobles o reyes, les premiaban con tierras, que suponían un buen

acicate para seguir luchando. En el siglo VII, Carlomagno consiguió fundar un gran reino y una dinastía gracias a una serie de victorias encadenadas. Intentó sistematizar el servicio militar y centralizar el poder en la Corona. A cambio de las tierras que habían obtenido, esperaba de sus señores más ricos que acudiesen con armas y séquito a su llamada. A los pequeños terratenientes se les permitía que reunieran entre varios los recursos para enviar a uno a combatir. Su imperio apenas consiguió sobrevivir a una generación y se desintegró en pedazos, mientras el poder político y militar seguía en manos de la aristocracia terrateniente, que a su vez vería el fin de sus días como clase cuando empezase a despuntar el poder de la infantería.

El surgimiento de ciudades Estado fuertes, dominadas por comerciantes, a partir del siglo XII y el crecimiento del poder real centralizado, evoluciones ambas que dependían en parte de la fuerza militar, suponía un desafío político a los caballeros. Algo igual de importante fue la aparición de una infantería más disciplinada, como la de los mercenarios suizos, que los puso en jaque desde el punto de vista militar. Los suizos, decía el emperador Carlos V, eran "un pueblo campesino mal adaptado, duro y ruin en el que no se puede encontrar ninguna virtud, ni sangre noble ni moderación". Además de todo esto, durante dos siglos fueron también letales. Para ver qué aspecto tenían sus armas basta con ir a la Torre de Londres y, mientras se admira a los Yeomen de la Guardia en sus gloriosos uniformes escarlata y oro, echar un vistazo a sus elegantes alabardas, que parecen una mezcla curiosa de lanza, hacha y gancho. En el campo de batalla la punta de la alabarda se utilizaba para herir a los caballeros y sus monturas, el hacha podía servir para hendir cráneos y los ganchos para descabalgar a los jinetes y liquidarlos más fácilmente en el suelo.

Incluso antes de que aparecieran la pólvora y las armas de fuego en Europa, una serie de armas y tácticas nuevas y mejoradas empezaban ya a neutralizar las ventajas de la armadura en jinetes y caballos. Muchas culturas antiguas –China e India, la Grecia antigua y posiblemente Roma–

habían desarrollado ballestas que podían tensarse de antemano y que eran fáciles de apuntar y de disparar (su desventaja era que llevaba tiempo recargarlas, lo cual dejaba vulnerable al ejército que hubiese disparado primero). Hacia el siglo XII los europeos habían redescubierto la ballesta, que siguieron mejorando durante los siguientes doscientos años. Los italianos, que también se ofrecían como mercenarios, se hicieron famosos por su puntería.

Pese a que el tiempo de los guerreros a caballo llegaba a su fin, estos siguieron resultando espectaculares en según qué circunstancias. En el siglo XIII Gengis Kan unió a las tribus mongolas en un Estado muy centralizado que durante un tiempo resultó una fuerza militar imparable, capaz de barrer los regímenes de China y Persia. Los guerreros mongoles tenían una enorme movilidad y, cuando los ejércitos de imperios más asentados los ponían en jaque, se retiraban a las vastas estepas de Asia Central. Uno de los secretos de su éxito podría haber sido otra tecnología tan simple como el estribo. Los guerreros mongoles vestían camisas de seda bajo la ropa, de manera que, si una flecha los alcanzaba, la seda se enrollaba alrededor de la punta. No solo resultaba más fácil sacarla, sino que también disminuía notablemente el riesgo de infecciones, que hasta la Edad Moderna acabaron con más soldados que los propios combates. Bajo el gobierno de los sucesores de Gengis Kan las huestes mongolas arrasaron Asia Central y Rusia en dirección a las orillas del mar Negro, llevándose por delante todo lo que encontraban y dejando una estela de muerte y ruina. No había quien pudiera hacerles frente y en 1241 ya estaban entrando en Hungría, Polonia y lo que hoy son Rumanía y Austria. Parecía que gran parte de esa Europa débil y dividida se convertiría en parte de su imperio –imaginemos por un momento lo diferente que hubiera sido su historia–, pero en 1242 los mongoles se detuvieron repentinamente y se batieron en retirada. Quizá se debiera a que les había llegado el mensaje, a través de miles de kilómetros, de que el gran kan había muerto, aunque recientemente algunos

historiadores han especulado que tal vez el mal clima había dejado empantanado el terreno y arruinado el forraje para sus caballos.

En el otro extremo de Europa, en la campiña de Gales, se perfeccionaba otra arma formidable contra hombres y caballos. Los reyes ingleses empezaron a darse cuenta de las posibilidades del arco largo galés durante las guerras del siglo XII, cuando los arqueros galeses, con arcos de seis pies, más altos que ellos, disparaban flechas que podían traspasar varias capas de cota de malla, sillas de madera y carne humana. En 1346, durante la guerra de los Cien Años que enfrentó a franceses e ingleses, Eduardo III se llevó consigo a Francia a sus arqueros galeses. El ejército inglés que se presentó en Crécy era considerablemente más débil que el francés. Los franceses tenían tres veces más soldados montados, la suya era la mejor caballería de Europa, 6.000 ballesteros genoveses y 20.000 soldados de infantería contra solo 5.000. Con los ingleses había 11.000 arqueros con arcos largos. Los genoveses fueron los primeros en abrir fuego, pero no consiguieron infligir grandes daños al ejército inglés. Mientras los genoveses trataban de recargar sus ballestas, los caballeros franceses, ávidos de gloria, empezaron a pisotearlos desde atrás, mientras los arqueros ingleses abrían fuego. Como dijo un testigo: "Toda flecha dio en hombre o en caballo, perforando cabezas, brazos y piernas de los jinetes y volviendo locos a los caballos". Los caballeros franceses cargaron una y otra vez, mientras los arqueros galeses recargaban y disparaban incesantemente. Al anochecer el suelo estaba cubierto de cadáveres y de caballos y hombres moribundos. Los franceses perdieron más de 1.500 caballeros y 10.000 que "no eran de sangre noble". Las pérdidas inglesas se redujeron a 2 caballeros, 40 "de los otros" y "unas cuantas docenas" de galeses. También aquí empezaba a desvanecerse el dominio indiscutido de los caballeros en el campo de batalla.

Para empeorar aún más su situación aparecieron las primeras armas de fuego de infantería y el cañón de asedio, capaz de abrir agujeros en las altas

y esbeltas murallas de las fortalezas feudales. A medida que los gobernantes poderosos formaban sus propios ejércitos equipados con estas nuevas armas, los ejércitos y dominios privados de los caballeros fueron desapareciendo, dando paso a un Estado central absolutista. Una vez que los Gobiernos se hicieron con el monopolio de la fuerza y las instituciones, les fue fácil extraer más recursos de la sociedad, ya fueran hombres o los medios para armarlos y mantenerlos. En una especie de carrera armamentística temprana, el crecimiento de las fuerzas armadas de tu vecino suponía que a menos que le siguieras el ritmo te arriesgabas a ser conquistado. Los ejércitos crecerían de manera drástica, multiplicando por diez sus efectivos entre 1500 y 1700 y esto reflejaba el aumento de los poderes del Gobierno y de su control sobre la sociedad en la misma medida que lo estimulaba.

En los tres siglos que siguieron a Crécy, Europa sufrió tal transformación en las esferas bélica y social, y también en la relación entre ambas, que los historiadores hablan de una "revolución militar". La pólvora, desarrollada originalmente en China por alquimistas que buscaban el secreto de la vida eterna, tuvo un papel esencial en ello, tanto como el metal o el caballo lo habían tenido en transformaciones anteriores del mundo de la guerra. Los avances de la ciencia europea ayudaron a mejorar la eficacia y fiabilidad de la pólvora y las armas que hacían uso de ella. Los fuertes medievales caían como castillos de arena ante los nuevos cañones hasta que en algún momento los europeos aprendieron a construir fuertes con murallas bajas y robustas para contener a las fuerzas atacantes. Las mejoras en la metalurgia y el diseño trajeron consigo armas de fuego mejores y más ligeras: el pesado arcabuz dio paso al mosquete, bastante más liviano.

Al principio los mosquetes eran tan peligrosos para el soldado que los utilizaba y cualquiera que estuviera cerca de él como para el enemigo; el soldado llevaba consigo un trozo de mecha para prender la pequeña carga de pólvora y no era infrecuente que acabara haciendo estallar toda la que

llevaba encima por accidente. Los primeros mosquetes además eran muy poco fiables, y no se podían disparar más de una vez por minuto porque había que cargarlos pacientemente después de cada uso. No se sabe muy bien quién tuvo la idea de adaptar al mosquete los pedernales que se usaban para encender fuegos y que soltaban chispas al golpearlos contra el acero, pero hacia la segunda mitad del siglo XVII la mayoría de los ejércitos europeos se habían pasado ya al nuevo mosquete mejorado. En uno de esos sencillos descubrimientos que lo cambian todo, un armero sueco se dio cuenta en el siglo XVII de que se podía reducir el largo de los cañones a la mitad sin que mermase su eficacia, así que la artillería hizo su debut también en los campos de batalla, en forma de cañones más pequeños y ligeros montados sobre carros tirados por caballos.

En Europa los cambios en la guerra iban mucho más lejos. A los soldados y oficiales les llevó decenios aceptar la nueva tecnología y aprender a usarla (y a sus Gobiernos también les costó estar dispuestos a pagar por ella) y, sin una serie de cambios en diversas actitudes y en la organización, la revolución de la pólvora en el conflicto armado podría no haber sucedido o haber tenido consecuencias mucho menores. Al principio, los ejércitos no querían usar el nuevo cañón más ligero, en parte porque las primeras versiones del mismo tenían una desafortunada tendencia a explotar, pero también porque no servían para los asedios que, hasta finales del siglo XVIII, se consideraban el uso idóneo para la artillería. La llegada de los mosquetes trajo consigo la dificultad de encontrar soldados capaces de mantenerse firmes hasta que el enemigo estuviera a tiro. Si se disparaba demasiado pronto (antes de poder verles "el blanco de los ojos", como se decía), el disparo –que en el mejor de los casos podía alcanzar un objetivo a unos cuarenta y cinco metros de distancia– no resultaba eficaz. Mientras el bando que había disparado precipitadamente se apresuraba a recargar (se necesitaban unos cincuenta movimientos para cargar y disparar), los soldados, que tenían que estar de pie durante todo el proceso, resultaban un

blanco fácil para los disparos o un ataque de caballería por parte del enemigo.

Los holandeses, que tanto produjeron en su edad dorada del siglo XVII, desde Rembrandts hasta microscopios, también fueron grandes innovadores bélicos. Mauricio de Nassau, que se convirtió en su jefe de Estado en 1585, liberó las provincias del norte de Holanda del dominio español, en gran parte gracias a que fue capaz de habilitar una fuerza de combate extremadamente eficaz. Organizaba sus fuerzas sobre el campo de batalla en filas que podían llegar hasta diez y fue pionero de un tipo de movimiento en el que, después de disparar, la primera hilera de soldados se retiraba tras la segunda, que disparaba y se retiraba a su vez. Esto permitía disparar mucho más, siempre y cuando las tropas fueran capaces de mantenerse firmes cuando se les ordenaba y moverse al unísono. Sin disciplina, en ocasiones una salvaje, y ejercicios continuos para que los movimientos y el acatar las órdenes se convirtiesen en algo natural incluso en plena batalla, los soldados no hubieran podido usar las nuevas armas de manera eficaz. Los ejércitos de estilo anticuado, en los que un gobernante contrataba mercenarios o conseguía que sus magnates locales reuniesen fuerzas que se dispersaban al final de la campaña, no eran el material adecuado para el nuevo adiestramiento y las tácticas actuales. Esto motivaba a los Gobiernos a tener sus propios ejércitos y, obviamente, con el tiempo esto fue dándoles más poder.

Luis XIV era un apasionado de los ejercicios bélicos, que le parecían claves para poder vencer batallas, y tenía un interés personal en la formación y las maniobras militares. En su tiempo libre a menudo se le podía ver dirigiendo él mismo los ejercicios de los soldados. “Sigo ejercitando con atención a las tropas que están cerca de mi persona para que, siguiendo mi ejemplo, los otros jefes militares aprendan a tener el mismo cuidado con las que están bajo su mando”, decía. Según estimó un experto de la época, para formar a un buen regimiento de infantería eran

necesarios cinco o seis años. El gran líder militar sueco Gustavus Adolphus, que continuó la labor de Mauricio de Nassau, introdujo lo que se conocería como disciplina sueca: horas de rezo obligatorias, ejecuciones para las infracciones graves como el saqueo, o *decimatio* para aquellos regimientos que salieran huyendo en medio del combate. Gracias a la llegada de la imprenta, los manuales de ejercicios ilustrados permitieron divulgar las nuevas prácticas en toda Europa. Y en otro ejemplo más de cómo la guerra afecta al mundo civil, también los movimientos de baile se empezaron a divulgar mediante manuales ilustrados, tornándose más sobrios y estilizados. Los historiadores militares afirman que la letalidad de los ejércitos europeos en sus guerras contra los pueblos de Asia o África tenía que ver tanto con su organización severa y eficaz como con sus armas. Además, gracias a sus nuevos veleros, los europeos contaban con los medios necesarios para poder conquistar el mundo entero.

La guerra naval también sufrió transformaciones drásticas a medida que la energía eólica sustituía a los remeros. En 1571, la batalla de Lepanto –que enfrentó a una coalición de Estados cristianos, la Liga Santa, con el Imperio otomano– fue la última gran batalla naval en la que se usaron galeras. Los primeros veleros eran primitivos y difíciles de maniobrar, pero una nueva tecnología, el timón de codaste, facilitó considerablemente su manejo. La brújula, que llegó de China en algún momento del siglo XIII, y mucho después el sextante y el cronómetro marino, que permitían a los navegantes saber exactamente dónde se encontraban y hacia dónde se dirigían, no solamente hicieron más fácil y fiable la navegación, sino que gracias a ello aumentaron el alcance de las naves europeas. Una adaptación sacada de los barcos mercantes, el portalón hermético, que podía cerrarse para navegar y que al abrirlo servía para la carga y descarga, hizo posible situar los cañones más abajo en el casco (el peligro de colocar los cañones muy por encima de la línea de flotación siempre había sido que los barcos podían volcar al dispararlos, cosa que sucedía en ocasiones). El resultado fue que en vez de

maniobrar tan cerca del enemigo como fuera posible en las contiendas, ahora las batallas se conducían a distancia gracias a los cañones.

Las líneas básicas de gran parte de lo que hoy consideramos la práctica y la organización militar normal se establecieron en Europa entre los siglos XVI y XVIII, ya fuera la división de las fuerzas de tierra en caballería, infantería y artillería o el establecimiento de escuelas especiales para los oficiales, tanto militares como navales. Los ejércitos se fueron profesionalizando. Los soldados vivían en barracones y llevaban uniformes y, puesto que era la Corona quien les pagaba, tanto soldados como marineros se consideraban empleados del monarca o del Estado, no propiedad de sus oficiales, como sucedía en el pasado. En el mar los corsarios –bandidos autorizados por los Gobiernos– desaparecieron a medida que las marinas estatales ocupaban su lugar, mientras que los mercenarios fueron perdiendo relevancia, aunque nunca hayan desaparecido por completo. A cambio, los Gobiernos asumieron una mayor responsabilidad en relación con sus ejércitos, alimentándolos y alojándolos y, algo vital, pagándoles un salario con regularidad. En 1676 el Gobierno francés terminó de construir un hospital, Les Invalides, para sus soldados, y en 1690 los británicos siguieron su ejemplo con el Royal Hospital en Chelsea.

El siglo XVIII fue testigo de varias guerras en Europa, pero estas fueron bastante menos violentas y desatadas que las guerras del anterior, donde la combinación tóxica de religión y revolución social había generado verdaderas carnicerías en el campo de batalla, además de terribles atrocidades contra civiles inocentes. En la era de la Ilustración, a medida que la superstición y la religión parecían ceder terreno ante la ciencia y la razón, los europeos vivieron un breve periodo en el que se podía esperar que la humanidad, o al menos la parte europea de ella, estuviese volviéndose más pacífica y aprendiendo a controlar sus pasiones. Se pensaba que la guerra cada vez era menos cruel; Emer de Vattel, uno de los

teóricos más influyentes del primer derecho internacional, observó que "los países de Europa casi siempre hacen la guerra con mesura y generosidad". La guerra estaba civilizándose, o eso se quería creer, se libraba entre profesionales y dentro del respeto de unas reglas. A diferencia de lo que estaba por llegar o con lo sucedido durante las guerras de religión, las guerras del siglo XVIII eran guerras de "gabinete", entabladas por razones claras y bien delimitadas, relativamente fáciles de detener y a las que se ponía fin ordenadamente con un acuerdo o tratado.

El tipo de tecnologías que se adoptan y el momento de su adopción depende también de una serie de cosas: la necesidad que exista de esa tecnología, la transmisión de conocimiento y la apertura al cambio de una determinada sociedad. Los chinos desarrollaron muy pronto la pólvora y las armas de fuego, antes que Europa, y hasta el siglo XV llevaron la delantera en este campo. Después quedarían a la zaga, probablemente porque se dedicaron principalmente a luchar en sus fronteras del norte, donde las armas de fuego no resultaban de mucha ayuda contra los jinetes, ya que se cargaban con lentitud y, en el caso del cañón, eran difíciles de mover. Los pueblos normalmente adoptan nuevas tecnologías cuando ven en ellas una ventaja. Gengis Kan dependía de sus guerreros a caballo, pero también aprendió a usar la pólvora y las armas de asedio a medida que empezó a atacar ciudades. En la Restauración Meiji, que empezó en 1868, los japoneses usaron y mejoraron tecnologías occidentales para transformar su país en una potencia industrial y militar moderna. Cuando los españoles llevaron el caballo a las Américas en el siglo XVI, los pueblos indígenas los adoptaron con un entusiasmo tal que hoy en día imaginamos a los pueblos de las Grandes Llanuras como los pies negros, los sioux o los comanches cazando y luchando a caballo y usando también otro dispositivo nuevo, el revólver.

Las sociedades, o algunos de sus miembros, pueden mostrar resistencia a las nuevas tecnologías por aversión, inercia, nostalgia u objeciones éticas.

Los pilotos aéreos que hoy se lamentan de que ya no se les necesita en la cabina tienen su antepasado en el líder espartano que vio una roca disparada por una catapulta y exclamó: "¡Por Hércules, el valor del hombre llega a su fin!". Los ejércitos europeos se aferraron a la caballería mucho después de que quedara claro que los jinetes no podían maniobrar en el campo de batalla moderno frente al devastador fuego de largo alcance. Para los oficiales de las clases terratenientes, que habían crecido a caballo, estos tenían un *glamour* que ni el tanque ni el carro blindado podrían tener nunca. Al principio, cuando se empezaron a normalizar en los ejércitos, también las ametralladoras eran muy impopulares entre los oficiales. Según el primer comandante de la escuela de ametralladoras británica en Francia, la respuesta habitual de los comandantes británicos a esta arma al principio de la Primera Guerra Mundial era: "¡Llevad esas malditas cosas a un flanco y escondedlas!". Cuando se botaron los primeros barcos acorazados de la Marina británica en la primera mitad del siglo XIX, muchos oficiales navales se mostraron escépticos en cuanto a su utilidad. En 1828, en los albores del motor de vapor, un memorándum del Almirantazgo decía: "Sus señorías creen que es su deber imperioso disuadir por todos los medios a su alcance del uso de barcos de vapor, ya que consideran que la introducción del vapor está concebida para asestar un golpe fatal a la supremacía naval del imperio". Durante decenios, la vela siguió teniendo sus defensores frente al motor de vapor.

La ballesta, decía el papa Inocencio II, era "odiosa para Dios e impropia de cristianos". Más tarde, la Iglesia decidió que admitir su uso contra los infieles, que de todas maneras estaban condenados. Las primeras y aparatosas armas de fuego de infantería, el arcabuz o el mosquete, se consideraban invenciones demoniacas, probablemente obra de los infieles. Quienes inventan nuevas armas en ocasiones se han sentido culpables o avergonzados por sus creaciones. Se cree que es posible que el gran estudioso Roger Bacon descubriese a mediados del siglo XIII el secreto, ya

conocido por los chinos y los árabes, de la fabricación de la pólvora, pero si así fue, se lo llevó a la tumba. Leonardo da Vinci dijo que no revelaría por completo su diseño para un submarino "por la naturaleza maligna de los hombres, que cometerían asesinatos en el mar destruyendo las partes bajas de los barcos y hundiéndolos con las tripulaciones que se encontraran a bordo".

Las clases gobernantes de Japón, que en un primer momento acogieron con interés las armas de fuego cuando algunos viajeros portugueses les llevaron ejemplos muy tempranos en 1543, se pusieron en contra de ellas en el siglo siguiente. Antes de eso, Japón no solamente había aprendido a fabricar armas de fuego, sino que había conseguido mejorar la tecnología, pero por alguna razón, a mitad del siglo XVII los japoneses decidieron no seguir desarrollándolas. ¿Podría ser este un ejemplo esperanzador, todavía hoy relevante, de un pueblo que renuncia voluntariamente a armas nuevas y más letales? Por desgracia, no parece ser el caso. Desde la perspectiva de la poderosa clase guerrera, los samuráis, que habían perfeccionado formas de lucha muy elaboradas con espadas de acero de alta calidad, las armas de fuego tornaban su pericia inservible, así que no tenían muchos incentivos para adoptarlas. Algo igual de importante, no obstante, es el hecho de que el Gobierno hubiese conseguido poner orden tras un periodo de guerra civil, y las pistolas simplemente no eran lo que se necesitaba para mantener la paz. Desgraciadamente para Japón, esto supuso que no tuviera muchas posibilidades de defenderse cuando el comodoro estadounidense William Perry rompió por la fuerza su aislamiento en 1853 exigiendo al país que se abriera al comercio con su país.

El uso que Occidente hacía de su ventaja temporal en tecnología, ya fueran armas de fuego, armaduras y acero u otras, le permitió conquistar gran parte del resto del mundo antes de que los pueblos sometidos pudieran aprender a defenderse. En el caso de las Américas, también ayudaron las nuevas enfermedades que los europeos llevaron consigo. Cortés y Pizarro

derrotaron a grandes imperios en México y Perú, con millones de súbditos y enormes ejércitos, con un puñado de hombres. Apenas tenían ninguna posibilidad de conseguirlo, pero los españoles contaban con la ventaja de los gérmenes que traían consigo, que se propagaban hacia el interior y les abrían paso aniquilando a la población local, que carecía de inmunidad frente a enfermedades como la viruela o las paperas. Además, los españoles luchaban a caballo contra la infantería local, llevaban armaduras de acero y usaban armas de acero y de fuego contra hombres pertrechados con bronce y madera y armaduras de algodón acolchado. En su libro *Armas, gérmenes y acero*, Jared Diamond ha reunido relatos de testigos de lo que les sucedió a los incas cuando Pizarro, conocido como el gobernador, y sus 168 españoles sorprendieron al emperador y a sus miles de seguidores.

> El gobernador hizo una señal a Candía, que abrió fuego. Al mismo tiempo tocaron las trompetas y salió la gente de a pie y a caballo de los aposentos hacia la masa de indios desarmados que abarrotaban la plaza, diciendo los caballeros grandes voces 'Santiago, Santiago'. Habíamos puesto cascabeles en los caballos para asustar a los indios. El estruendo de las armas, las trompetas y los cascabeles en los caballos dejó a los indios sumidos en el pánico y la confusión. Los españoles cayeron sobre ellos y los hicieron pedazos. Los indios estaban tan llenos de miedo que se amontonaron unos sobre otros, ahogándose unos a otros. Como no tenían armas, se les atacó sin poner en peligro a un solo cristiano. Los de caballo salieron por encima dellos hiriendo y matando, y siguieron el alcance. La gente de pie se dio tanta buena priesa en los que en la plaza quedaron, que en breve tiempo fueron los más dellos metidos a espada.

La victoria española no se debió solo a sus caballos y armas, sino también a que capturaron al emperador, violando las reglas sagradas de la sociedad inca, y dejando sin líder y a la deriva a los súbditos de lo que hasta entonces había sido un orden jerárquico rígido.

Parte de la tragedia de China en la primera guerra del Opio de 1839-1842 se debió a una brecha tecnológica y organizativa similar. Los chinos enviaron juncos, un tipo de embarcación de vela, equipados con cañones que habían usado durante siglos con éxito, contra los barcos de vela y armas británicos, mucho más avanzados, y uno de los primeros vapores armados, el Nemesis, que llevaba muy bien su nombre. Esto no fue más que el principio de una transformación que apuntalaría una nueva forma de guerra más envolvente y terrible. La Revolución Industrial del siglo XIX, con sus profundos cambios económicos, tecnológicos y científicos, permitió producir más y mejores armas a las sociedades occidentales y aquellas como la japonesa que, tras derrocar el Antiguo Régimen en la Restauración Meiji de 1868, estaban preparadas para seguir su ejemplo, llevando así la guerra a un nivel superior.

El ritmo del cambio y la letalidad cada vez mayor de las armas no han dejado de acelerarse desde entonces. No hay más que pensar en los endebles aeroplanos de un solo motor que volaban en 1914, al principio de la Primera Guerra Mundial, y compararlos con los de 1918, más rápidos y poderosos, capaces de cargar con ametralladoras y lanzar pesadas bombas sobre el enemigo. Para el final de la Segunda Guerra Mundial los aviones eran capaces de volar más alto, más rápido, más lejos y de cargar mucho más peso, y el motor de reacción empezaba a sustituir a las hélices. Cuando las bombas estadounidenses cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945, quedó inaugurada una nueva y terrorífica era: la nuclear. Hoy en día las nuevas armas, desde los cazas hasta los portaviones, quedan obsoletas en lo que se tarda en ponerlas en uso. Los arsenales mundiales son inmensos: se estima que hay más de mil millones de armas cortas en el mundo y, en el otro extremo, armas nucleares capaces de destruir varias veces a la humanidad. Además, un verdadero desarme es algo que está cada vez más lejos. Aun así, muchos de nosotros, incluidos nuestros líderes, seguimos hablando de la guerra como de una herramienta razonable y

manejable.

IV

LA GUERRA MODERNA

"Este día empieza una nueva era de la historia y podrán, señores, afirmar que han tenido el honor de asistir a su nacimiento".

GOETHE

En 1792, tercer año de la Revolución francesa, Francia estaba en guerra con Austria y Prusia, dos de las principales potencias conservadoras de Europa. Las perspectivas de los franceses no parecían muy prometedoras: muchos de los oficiales del antiguo ejército habían huido al extranjero y las pocas fuerzas armadas que les quedaban se encontraban en un estado tan caótico como el de la política francesa. Es cierto que los revolucionarios cubrían esas bajas, pero les faltaba experiencia, formación y disciplina, a diferencia de los ejércitos tradicionales a los que se enfrentaban. A finales de ese verano, el ejército prusiano entró en Francia por el noroeste y capturó varios de sus baluartes frente a una resistencia anecdótica. Mientras los prusianos se encaminaban hacia París, los revolucionarios empezaron a enfrentarse entre sí: en medio del pánico, el Gobierno y quienes lo apoyaban en las calles empezaron a buscar traidores. La guillotina, inventada para humanizar las ejecuciones, empezó a ser usada como instrumento de opresión. Por otro lado, en un movimiento algo más sensato, el Gobierno también empezó a buscar voluntarios para defender Francia y su revolución.

El 20 de septiembre, cerca del pueblo de Valmy, al oeste de Verdún, los franceses, mal pertrechados y organizados, se encontraron cara a cara con el enemigo. Los prusianos seguían siendo temibles, pero habían perdido varios miles de hombres por la disentería. Durante la noche, una lluvia fría había caído sobre los campos, que se encontraban empapados y llenos de fango, como volverían a estarlo de nuevo en la Primera Guerra Mundial. Al llegar

el día ambos bandos empezaron a intercambiar fuego de artillería de manera intensa y sostenida. Los prusianos hicieron un par de incursiones contra las líneas francesas, que no cedieron terreno. Con la caída de la noche los prusianos decidieron retirarse, cosa que hicieron de manera ordenada. Habían sufrido unas 180 en una tropa de 34.000 soldados, frente a las 300 de los franceses, que eran 32.000. No se trataba ni de una victoria gloriosa ni de una derrota.

Entonces, ¿por qué razón Goethe, que estaba con los prusianos, dijo que "este día empieza una nueva era de la historia y podrán, señores, afirmar que han tenido el honor de asistir a su nacimiento"? En parte, Valmy fue tan importante porque los franceses estaban empezando a descubrir, por pura necesidad, nuevas tácticas que alarmaban e inquietaban a sus enemigos. Los soldados franceses no se comportaban como los de otros ejércitos: cantaban canciones revolucionarias en medio de la batalla, corrían riesgos innecesarios y no se daban por derrotados aunque lo estuvieran (en una batalla al año siguiente entre las fuerzas revolucionarias francesas y los de la coalición cada vez mayor contra Francia, un observador se lamentó por la forma de combatir de los franceses: "Cincuenta mil bestias salvajes, echando espuma por la boca como caníbales, que se abalanzan [contra ti] a toda velocidad"). El peso de Valmy reside en su simbolismo: la derrota del ejército profesional del siglo XVIII a manos de un nuevo ejército de ciudadanos, cuyos miembros no estaban motivados por el miedo a sus oficiales, sino por un apasionado amor por la causa.

El nacionalismo –la identificación de la gente con algo llamado nación– hacía su entrada en la historia. A lo largo del siglo XIX otros dos cambios importantes se sumarían a este primero, y con ellos la guerra se volvería más violenta, letal y destructiva. Durante el siglo que siguió a las guerras napoleónicas, la Revolución Industrial, que trajo consigo enormes cambios en los medios de producción, en la ciencia y la tecnología y en el potencial económico de las sociedades, transformaría primero Europa y después gran

parte del resto del mundo. Por otra parte, también estaban los cambios sociales, políticos e intelectuales, como la urbanización o las nuevas ideas acerca de la naturaleza humana. El nacionalismo se alimentaba de ideas, de las obras de intelectuales, novelistas, etnógrafos e historiadores, pero sus efectos permeaban la sociedad en toda Europa, y después en el resto del mundo gracias a la alfabetización de las masas, los libros de bajo coste y las comunicaciones rápidas. Las clases media y trabajadora crecieron y con el tiempo fueron adquiriendo poder, mientras que las antiguas élites terratenientes veían cómo las fuentes de su riqueza e influencia se desvanecían. La ampliación del sufragio y el avance hacia el Gobierno constitucional llevaron a que las masas establecieran una relación diferente con las políticas de asuntos exteriores y militares de sus países. La paz y la guerra solían ser asunto de unos pocos, mientras que ahora eran muchos los que se interesaban por el tema. El nacionalismo aportaba la pasión por la guerra; la Revolución Industrial, las herramientas, y los cambios en la sociedad, los hombres para el ejército, además del apoyo de los civiles en el esfuerzo de guerra.

La guerra moderna resultaría más larga, más cara y mucho más exigente con la sociedad. En la Primera Guerra Mundial cerca de 70 millones de hombres fueron movilizados en las fuerzas armadas de los dos bandos, el 40% de la población de sexo masculino de Francia y Alemania. Pensemos en lo que esto suponía para sus sociedades; prácticamente todo el mundo conocía a alguien que hubiese ido a la guerra o lamentó la pérdida de alguien que no regresó. La vida cotidiana cambió de muchas maneras, en lo importante y en lo trivial, a medida que los bienes de consumo desaparecían de las tiendas y los alimentos y el combustible empezaban a escasear. Los impuestos subieron y las fábricas trabajaban incesantemente para producir las toneladas de alimentos, millones de barcos, kilómetros de tejido, montañas de proyectiles o los litros de combustible necesarios. Según el historiador de Stanford Walter Scheidel, en la Segunda Guerra Mundial “los

principales contendientes fabricaron 286.000 tanques, 557.000 aviones de combate, 11.000 buques militares y más de 40 millones de rifles entre otras muchas armas". Se tuvo que acuñar un nuevo término, guerra total, para hablar de las dos enormes guerras mundiales del siglo XX.

En 1812, cuando Napoleón invadió Rusia, lo hizo a la cabeza de un ejército de unos 600.000 hombres. En 1870, cuando la Confederación Germánica fue a la guerra contra Francia, sus fuerzas doblaban esa cifra. En 1914 Alemania movilizó a más de 3 millones de hombres contra sus enemigos, y en 1944 Stalin lanzó 6,5 millones de hombres contra las potencias del eje en el frente oriental. La guerra moderna era una guerra industrial, con una producción en masa de ejércitos, barcos y aviación. Durante las dos guerras mundiales, las fuerzas terrestres todavía usaban caballos y mulas para el transporte, pero fueron el tren, el barco de vapor y el motor de combustión los que permitieron su enorme escala y alcance. Y si bien algunas armas –como las bayonetas y los cuchillos– hacían pensar en épocas muy anteriores, las armas de fuego mejoradas, o los aviones, submarinos, vehículos blindados y armas nucleares eran completamente nuevos y representaban una nueva era de la guerra, al igual que la aparición de las armas de metal, los caballos o la pólvora en su día.

Como en otras épocas, los avances tecnológicos y tácticos estimulaban a su vez la búsqueda de aquello que pudiera contrarrestarlos. El alcance del arma de infantería estándar se multiplicó por diez en el siglo XIX, además de que con ellas era posible disparar con mayor frecuencia y rapidez. En 1800 la artillería de campo era eficaz en un radio de hasta 2,5 kilómetros, mientras que en la Primera Guerra Mundial su radio de acción era al menos ocho veces mayor. Los alemanes construyeron un cañón masivo capaz de lanzar misiles sobre París desde más de 100 kilómetros de distancia. En respuesta, los diferentes ejércitos desarrollaron fortificaciones mejores, campos de batalla rodeados de alambre de espino y trincheras cada vez más sofisticadas. El cortaalambres y la pala se volvieron instrumentos básicos en

el equipamiento de la infantería. Cuando las tropas del general Sherman marchaban a través de Georgia para obligarla a capitular en la guerra de Secesión, tuvieron que deshacerse de sus bayonetas, pero conservaron las palas. También los uniformes cambiaron. En las batallas del siglo XVIII y principios del XIX, la pólvora negra que usaban las armas creaba una espesa niebla sobre el campo de batalla y los uniformes de colores vivos resultaban muy útiles para distinguir a aliados de enemigos. A finales del siglo XIX, la mayor parte de ejércitos usaban ya una pólvora que no producía humo, así que las guerreras rojas, azules o verdes, los botones vistosos y las trenzas doradas de los galones resultaban muy útiles como diana para los nuevos rifles mejorados. Además, el sistema de carga trasera permitía a los soldados cargar y recargar tumbados, lo cual los hacía mucho más difíciles de ubicar. Los ingleses aprendieron esta lección por las malas cuando pasearon sus casacas rojas por el polvoriento altiplano sudafricano en la guerra bóer de 1899-1902. Los agricultores afrikáners, que en general tenían muy buena puntería, los esperaban tumbados sobre la tierra vestidos con su ropa de trabajo de colores polvorientos y los iban abatiendo uno a uno. Después de la batalla de Colenso en 1899, durante la "semana negra" en la que los británicos sufrieron tres graves derrotas, uno de sus generales se lamentaba de que no vio "un solo bóer hasta que no terminó la batalla, y las víctimas fueron nuestros hombres". Las autoridades británicas terminaron por vestir de caqui a sus tropas. En 1914 la infantería francesa partió hacia el frente con sus vistosos pantalones rojos. "*Le pantalon rouge, c'est la France!*", gritaba el ministro de Guerra, coreado por gran parte del ejército, mientras la lista de bajas de su ejército no dejaba de aumentar.

Durante gran parte del siglo XIX y el principio del XX la tecnología hizo que la defensa adquiriera prioridad a medida que la potencia de fuego mejorada ampliaba el tamaño de la zona letal por la cual debían avanzar los soldados atacantes. Imaginemos la situación en la Primera Guerra Mundial: los soldados tenían que trepar fuera de las trincheras, cargados con una pesada

mochila, y tratar de avanzar a través de lo que a menudo era barro viscoso cruzando el terreno lleno de cráteres de misil y marañas de alambre de espino, sabiendo que durante todo ese tiempo el enemigo podía abatirlos desde un kilómetro o más de distancia. La guerra de Secesión de 1861-1865, la guerra franco-prusiana de 1870-1871, la guerra ruso-turca de 1877-1878, la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, las guerras balcánicas de 1912 y 1913…, en todas ellas podía observarse la dirección que estaban tomando las cosas: en ellas se demostró que los soldados de una posición bien defendida eran capaces de resistir a fuerzas mucho mayores que las suyas e infligirles una enorme cantidad de bajas. Al principio de la guerra franco-prusiana, 48.000 alemanes consiguieron defender una línea de unos 35 kilómetros de largo frente a 131.000 atacantes franceses. En 1877, durante la guerra ruso-turca, en la batalla de Plevna, los rusos tenían tres veces más soldados que los turcos y aun así no fueron capaces de derrotarlos (al final ganaron los rusos porque los turcos se quedaron sin suministros, un indicio de la importancia que la logística iba cobrando). Si hacía falta alguna demostración más, la Primera Guerra Mundial nos dio pruebas suficientes al precio de millones de vidas humanas.

No obstante, en uno de esos giros que siempre han determinado las cosas de la guerra, hacia el final de la Primera Guerra Mundial la importancia de la defensa iba disminuyendo, a medida que los bandos opuestos empezaban a encontrar nuevas maneras de quebrarla: gas venenoso, lanzallamas, morteros, tanques y aviación. Para cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, la prioridad volvía a estar en la ofensiva. La guerra relámpago o *Blitzkrieg* alemana, que combinaba bombarderos en picado y cazas con tropas de tierra equipadas con tanques, vehículos blindados y humildes motocicletas, era capaz de barrer, rodear o sobrevolar cualquier posición defensiva. Los otros ejércitos aprendieron la lección rápidamente, aunque sus nuevas armas y métodos se encontraban rápidamente con contramedidas, como las baterías antiaéreas y antitanque o las minas de

tierra o marinas. La guerra también se trasladó a nuevos espacios, como el aéreo y el submarino. La diferencia respecto del pasado residía en la velocidad a la que se producían estos cambios.

También aumentó el alcance de la guerra, ahora que toda la energía de la sociedad se destinaba a la guerra misma. Si antes los líderes civiles y militares asumían que los suministros con los que se contaba al principio de las hostilidades bastarían hasta el fin de la guerra, las guerras modernas, como Molochs, exigían ser alimentadas continuamente, con vidas humanas pero también con recursos. En 1914, durante la primera fase de los combates de la Primera Guerra Mundial, los ejércitos de ambos bandos se dieron cuenta, con sorpresa y consternación, de que estaban agotando las reservas que deberían haber durado hasta el fin del conflicto. Los franceses gastaron la mitad de sus reservas de munición en menos de un mes, mientras que la artillería alemana disparó en seis semanas todos los proyectiles con los que contaba al principio de la guerra.

Para poder seguir luchando, se hacía necesario que los Estados beligerantes consiguieran poner sus economías al servicio de la guerra. Como resultado, los límites entre objetivos de guerra legítimos e ilegítimos quedaron difuminados hasta el punto de desaparecer del todo. Bombardear infraestructuras como ferrocarriles, depósitos de combustible, fábricas de munición y pantanos era, al fin y al cabo, una manera de deteriorar la capacidad enemiga en el campo de batalla. Gradualmente también empezaron a serlo los intentos de minar los ánimos de los civiles arrasando sus casas, iglesias, hospitales y escuelas e incluso matándolos de forma indiscriminada. El mundo afinó sus habilidades en este sentido durante el siglo XX, pero esto ya sucedía en el siglo XIX. En la guerra franco-prusiana, las fuerzas alemanas bombardearon deliberadamente áreas civiles de París para obligar a Francia a rendirse. El príncipe heredero prusiano escribió en su diario: “La cuestión es castigar a ese sector de la población cuya maldad fue la causa de la guerra”. En la Primera Guerra Mundial se acuñaría un

nuevo término: la retaguardia. Les gustase o no, los civiles formaban también parte del combate.

Una de las grandes tragedias de la guerra moderna era que la propia fuerza de las sociedades –su organización, industria, ciencia o recursos– hacía de ellas máquinas de matar sumamente eficaces. Los Estados podían soportar batallas mucho más largas, de meses o años en lugar de días, y matar a muchísimos más enemigos. Es de sobra conocida la dificultad de conseguir cifras precisas acerca de las bajas –muertos, heridos, desaparecidos o prisioneros– y, como advierten autores como Steven Pinker, siempre deberíamos tener en cuenta la proporción entre estas cifras y la población total de la época. Por ejemplo, si los mongoles hubieran hecho lo que hicieron en el siglo XX en lugar de en el siglo XIII, no estaríamos hablando de 40 millones de muertos, sino de 278 millones. Aun así, y por mucho que intentemos entender el coste humano de la guerra, las cifras de bajas –y también su aumento vertiginoso– en el periodo que va desde las guerras napoleónicas, a principios del siglo XIX, hasta 1945, el final de la Segunda Guerra Mundial, son espeluznantes. En la mayor batalla de las guerras napoleónicas, que se produjo en Leipzig en 1813, mucho antes de los grandes avances armamentísticos, lucharon 500.000 soldados en total, de los cuales 150.000 causaron baja. La batalla de Leipzig duró algo más de cuatro días. En 1916, la batalla del Somme duró cuatro meses y medio, y las bajas ascendieron a más de un millón. La guerra ruso-japonesa de 1904-1905 fue una advertencia de lo que estaba por venir: murieron entre 130.000 y 170.000 combatientes de ambos bandos. En la Primera Guerra Mundial se calcula que cayeron alrededor de 9 millones, mientras que la cifra de la Segunda Guerra mundial es al menos el doble. Las bajas civiles aumentaron todavía más gracias a que los oponentes tenían una mayor capacidad de alcanzar a los ciudadanos de su enemigo con sus armas de destrucción. En la Segunda Guerra Mundial podrían haber muerto hasta 50 millones de civiles a resultas de los asesinatos en masa, los bombardeos y

también por la hambruna y enfermedades causadas por la guerra. Una sola bomba atómica en Hiroshima mató en un instante a entre 60.000 y 80.000 personas, y muchos miles más murieron después como resultado de la radioactividad. No sorprende que alguien inventara el término *hemoclismo* (‘baño de sangre’) para referirse al siglo pasado. También es cierto que la carrera entre tecnología y contramedidas en ese mismo periodo generó respuestas como una mejor defensa civil y mejor asistencia médica. En las guerras anteriores al siglo XIX se perdían soldados en el campo de batalla, pero eran muchos más morían los que morían de enfermedades o por sus heridas. Ahora en cambio, los militares heridos sobrevivían y a menudo podían incluso regresar al combate.

Durante las guerras napoleónicas, el vizconde de Chateaubriand se lamentaba de que la guerra había adquirido una dimensión gigantesca que lo abarcaba todo. La guerra al estilo antiguo y civilizado, decía, “deja a la gente en su lugar mientras un pequeño número de soldados cumple con su deber”. Este nuevo tipo de guerra trajo consigo la movilización masiva de los pueblos por las fuerzas emergentes del nacionalismo. Pese a que a menudo se atribuye a la Revolución francesa la idea de que los Estados son formaciones orgánicas que existen desde hace mucho y que pueden solicitar la lealtad de sus miembros, sus raíces se pueden encontrar en el trabajo de filósofos como Rousseau, con su contrato social y el derecho de las personas a asociarse libremente entre sí, y en acontecimientos políticos como la guerra de Independencia de EEUU en 1775. “Todo ciudadano debería ser soldado por deber, ninguno debería serlo por oficio”, escribió Rousseau. La Declaración de Independencia estadounidense afirmaba que los hombres están dotados de “derechos inalienables” y que “para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres los Gobiernos, que derivan sus poderes legítimos del consentimiento de los gobernados”. Si los Gobiernos no cumplen ni colman los deseos y necesidades de los gobernados, estos últimos tienen derecho a deponerlos. En otras palabras, se

empezaba a ver a las personas como ciudadanos con voz en sus propios Estados en lugar de súbditos de un gobernante. En realidad, esto implicaba que los ciudadanos, en general hombres, tenían a su vez el deber de acudir en defensa de su país. Esto se haría explícito a lo largo de la Revolución francesa unos años después.

En 1792, mientras los enemigos conservadores de Francia se unían en su contra, la nueva Asamblea Legislativa hizo un llamamiento para que los hombres franceses defendieran su país. Al año siguiente, el Gobierno decretó la *levée en masse*, una movilización en masa sin precedentes en el siglo anterior que también incluía a las mujeres:

> Desde este momento y hasta que los enemigos hayan sido expulsados del territorio de la República, todos los franceses están en requisición permanente al servicio de los ejércitos. Los jóvenes irán al combate, los hombres casados forjarán armas y transportarán provisiones; las mujeres fabricarán carpas, ropa y servirán en los hospitales; los niños harán tiras con las sábanas viejas (para que sirvan de vendas), se llevará a los viejos a las plazas públicas para que aviven el valor de los guerreros y prediquen el odio a los reyes y la unidad de la República.

Las guerras que empezaron entonces y acabarían confluyendo en las guerras napoleónicas giraban en torno a la defensa de la nación francesa y su revolución, pero se convirtieron en mucho más que eso. Los franceses se expandieron por toda Europa con un fervor misionero, considerando que era su misión sagrada derrocar regímenes injustos y autoritarios y liberar al resto de europeos. Estos objetivos no solo justificaban la guerra, al menos a ojos de los franceses, sino que además les daban plena libertad en cuanto a cómo librarla, cosa que escogían hacer sin límites. Puesto que los enemigos de Francia se interponían en el camino hacia un mundo mejor, había que atacarlos "no como a enemigos ordinarios, sino como a asesinos y rebeldes bandoleros", dijo Robespierre. La matanza indiscriminada de hombres,

mujeres y niños en la Vendée en 1793, cuando la República sofocó una rebelión católica y monárquica, fue un buen ejemplo de lo que aquello significaba.

El fervor de los ejércitos revolucionarios los hacía crueles, pero también les otorgaba una victoria tras otra, y cuando tuvieron al mando un verdadero genio militar como Napoleón, Francia se mostró invencible, al menos durante un tiempo. Los soldados franceses tal vez no marchasen en perfecta formación como sus enemigos, pero no había que obligarlos a entrar en la batalla. Se podía confiar en que sus hostigadores correrían hacia las líneas enemigas por delante del resto del ejército. Los ejércitos franceses sorprendieron una y otra vez a sus enemigos llegando mucho antes de lo que se les esperaba, ya que eran capaces de marchar de noche. Los ejércitos tradicionales ponían guardias en sus campamentos para evitar la deserción de sus soldados. El conde Jacques de Guibert escribió muy visionariamente en 1772:

> Imaginemos que se alzase en Europa un pueblo vigoroso en su genio, recursos y gobierno; un pueblo que a sus virtudes austeras y ejército nacional sumase una política establecida de engrandecimiento; uno que no perdiese de vista su propósito, que supiese hacer la guerra con un coste bajo y subsistir a partir de sus victorias, y que no se redujese a quedarse de brazos cruzados frente a la necesidad económica. Ese pueblo subyugaría a sus vecinos y derrocaría sus enclenques constituciones como el viento del norte hace con las cañas tiernas.

Al final, los franceses fueron derrotados, en parte porque suscitaron en otros las mismas emociones que los habían llevado a prevalecer. Los españoles, los prusianos y los rusos que vivieron las invasiones francesas no se mostraron agradecidos de que los franceses les ofrecieran la libertad a punta de espada, y los franceses tuvieron que acabar haciendo frente a diferentes nacionalismos incipientes y guerras de resistencia nacional.

En el siglo que siguió al final de las guerras napoleónicas, nacionalismos nuevos y antiguos consolidaron pueblos que nunca habían pensado en sí mismos como miembros de una "nación", y que compartían características como cultura, idioma, historia, religión, costumbres y, en ese extremo donde florecieron las teorías raciales, biología. La educación y la mejora en las comunicaciones ayudaron a extender los usos de un idioma nacional. Si bien en el siglo XVIII la mayoría de los que vivían dentro de las fronteras de Francia hablaban idiomas como el bretón o el occitano o dialectos locales, hacia finales del siglo XIX la mayoría hablaban francés. Las diferentes historias nacionales –que eran las que se enseñaban en todas las escuelas europeas– crearon relatos y mitos nacionales, con sus correspondientes momentos de gloria o humillación. Los nacionalismos también usaban el lenguaje y la iconografía religiosos: la nación polaca o la serbia volverían a alzarse como Cristo lo había hecho tras su crucifixión y los sacrificios del presente traerían el reino de los cielos a la tierra en el futuro. A cambio, la religión organizada –la jerarquía católica polaca, o la Iglesia ortodoxa serbia, por ejemplo– apoyaba con entusiasmo a la nación. En la Primera Guerra Mundial, todos los bandos y todas las religiones involucradas, desde los cristianos hasta los musulmanes, pedían a sus dioses que les ayudaran. "Matar alemanes –fue el mensaje del obispo de Londres en 1914–. Matarlos no por matar, sino para salvar el mundo, matar a los buenos como a los malos, a los jóvenes como a los viejos…".

Las más de las veces, la guerra se contemplaba como una parte integral y necesaria del nacimiento de una nación, algo casi santificador, y el ejército tenía un papel particularmente sagrado como defensor y salvador nacional. Como dijo un miembro del Parlamento de Frankfurt en 1848, un año marcado por los alzamientos nacionalistas en toda Europa, "la mera existencia no da derecho a una nación a la independencia política: eso solo puede dárselo la fuerza para afirmarse como Estado ante otros". El historiador alemán Heinrich von Treitschke, cuyas conferencias y escritos

gozaban de una enorme popularidad antes de la Primera Guerra Mundial, afirmaba que la guerra no solo crea el Estado, sino también la nación, al fundir al pueblo en uno ante una causa común (incluso si el pueblo prefiriera no ser fundido como trozos de chatarra). Los Gobiernos autoritarios a menudo han usado la guerra para unir a su pueblo ante un enemigo externo. También les ha servido de excusa para aplastar a los disidentes y a aquellos que consideraba revolucionarios peligrosos. Los conservadores, incluido el propio káiser Guillermo II, habían soñado antes de 1914 con disolver el Reichstag, donde el Partido Socialista no dejaba de ganar escaños ante la alarma de muchos, y deshacerse por las buenas de la constitución. En 1914, mientras Alemania iba a la guerra, el canciller tuvo que intervenir para impedirles a Guillermo y a sus seguidores que proscribieran a los socialistas. Fue una sabia decisión: los diputados socialistas –el partido con más votos– votaron a favor de los créditos de guerra, y Alemania entró unida en la guerra mientras las clases trabajadoras se apresuraban a apoyar el esfuerzo de guerra.

Para muchos nacionalistas la guerra es la partera de la nación, y le aporta vitalidad. Mussolini declaró que la guerra "lleva toda energía humana a la cúspide de su tensión e imprime nobleza en los pueblos que tienen el valor de hacerle frente". Se decía, de hecho, que un pueblo que no estuviera dispuesto a pelear por su existencia probablemente no merecería sobrevivir. "¿Acaso no es la guerra –preguntaba un artículo en un eminente periódico militar antes de la Primera Guerra Mundial– el gran plan de la naturaleza por el cual los Estados degenerados, débiles o dañinos son eliminados de la acción concertada de los países civilizados y asimilados a aquellos que son fuertes, vitales y de influencias benéficas?". A menudo en el siglo XIX –y hoy sigue sucediendo– la derrota bélica se describía usando términos de castración o emasculación. La premisa de que los ciudadanos tenían obligaciones para con el Estado y la nación que los revolucionarios franceses hicieron con su *levée en masse* llegó a su terrible apogeo en 1945

en Alemania, cuando el Alto Mando nazi se negó a tomar cualquier medida para salvar vidas alemanas. Cuando el Comité Internacional de la Cruz Roja sugirió la creación de zonas seguras en Berlín en las que los civiles pudieran quedar a salvo de la batalla que se avecinaba, el jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea alemana rehusó la oferta con altanería, como si esta no hubiera sido más que un vil intento de poner a prueba la voluntad de resistir del pueblo alemán. "Ese acuerdo sería el primer paso hacia el ablandarse". El resultado fue que murieron cientos de miles de alemanes más, militares y civiles. En su búnker, Hitler murió encolerizado porque el pueblo alemán le había fallado. El Estado ya no pertenecía al ciudadano, sino todo lo contrario.

El nacionalismo sirvió para inspirar guerras y también, como en la Vendée, llevó a una demonización del enemigo, militar o civil, al que se contemplaba como una amenaza a la existencia misma de una causa justa y como un obstáculo hacia la consagración de la nación. Cuando el general Sherman sembró una estela de destrucción en su marcha hacia el mar en 1864, dijo: "No combatimos contra ejércitos enemigos, sino contra un pueblo hostil, y tenemos que hacer que viejos y jóvenes, ricos y pobres, sientan la dura mano de la guerra de la misma manera que sus ejércitos organizados". En la guerra franco-prusiana, todo civil francés que se alzara en armas contra el invasor perdía cualquier derecho ante los alemanes. Es más, podía llegar a castigarse a comunidades enteras. Como ordenó el jefe del Estado Mayor General, el general Von Moltke, a menudo conocido como "el Viejo" para distinguirlo de su sobrino, mucho menos eficaz: "La forma más eficaz de lidiar con esta situación es destruir el lugar de los hechos o, allá donde la participación sea más general, todo el pueblo". La resistencia francesa perseveró durante el invierno de 1870-1871. Un oficial alemán se mostraba horrorizado por el odio mutuo entre franceses y alemanes y sus efectos en sus propias tropas. "Ataques atroces se vengan mediante atrocidades que recuerdan a la guerra de los Treinta Años". En el

cuartel general de Von Moltke, el general estadounidense Philip Sheridan, que había reducido a cenizas el valle de Shenandoah durante la guerra de Secesión, aconsejó que, una vez que el ejército enemigo hubiese sido aniquilado, resultaba necesario infligir tanto dolor en los civiles que estos acabaran suplicando a su Gobierno que firmara la paz: "No hay que dejarles más que los ojos para llorar por la guerra".

A menudo, los propios civiles podían mostrarse más vehementes que el ejército. La mujer del gran canciller prusiano Otto von Bismarck, por lo demás una tranquila ama de casa alemana, decía que había que "disparar y apuñalar" a los franceses hasta la muerte, "incluso a sus bebés". Años más tarde, en uno de sus últimos discursos en público, Von Moltke lanzaría una advertencia acerca del tipo de guerra que él mismo había ayudado a desatar. La era de las guerras de "gabinete" había terminado: "Lo que tenemos ahora es la guerra entre los pueblos, y cualquier Gobierno en posesión de un mínimo de prudencia se lo pensará dos veces antes de iniciar una guerra de esta naturaleza, con todas sus consecuencias incalculables". Las grandes potencias iban a tener dificultades a la hora de terminar las guerras de este tipo o admitir su derrota: "Caballeros, quizá sea una guerra de siete años, o tal vez una de treinta, ¡y pobre del que haga arder Europa, del que arrime la mecha al primer barril de pólvora!".

En ese polvorín que era Europa, el nacionalismo aportaba toda la motivación, y la Revolución Industrial ponía los medios. Las poblaciones crecían gracias a las mejores condiciones de vida, lo cual suponía que había muchos más soldados potenciales, y las nuevas fábricas podían producir millones de lo que fuera necesario, ya fueran botas o bayonetas. En el pasado, la producción de armas había sido limitada porque las fabricaban a mano artesanos especializados. Con la introducción de partes normalizadas producidas a máquina e intercambiables y de las cadenas de montaje, las armas de fuego empezaron a estar disponibles a gran escala, de la misma forma que los pianos baratos que decoraban los salones de las clases medias

crecientes. Holger Herwig, historiador militar, calculó que a los artesanos de una de las mayores manufacturas de armas prusianas de la primera mitad del siglo XIX les hubiera llevado treinta años producir suficientes armas para los 320.000 hombres que tenía el Ejército prusiano en aquel momento, mientras que en 1860 una sola manufactura de armas francesa podía producir un millón de armas en tan solo cuatro años.

En 1860, en los tranquilos espacios abiertos de Wimbledon Common, la reina Victoria tiró de un cordel para disparar el nuevo rifle Whitworth e inaugurar la Asociación Nacional del Rifle. Consiguió acertar de lleno en una diana situada a 350 metros de distancia. Los cañones de ánima rayada consiguieron aumentar la precisión de las armas de fuego, tanto en armas cortas como en la artillería, y una metalurgia más avanzada permitía cargarlos con explosivos mucho más potentes, capaces de enviar los proyectiles a distancias mucho mayores y con más fuerza. A medida que los cartuchos y balas fueron sustituyendo la combinación de proyectiles separados, pólvora y relleno que llevaba siglos en uso, los rifles y la artillería de campo pasaron a poder cargarse mucho más rápido y dispararse con mayor frecuencia, y además los soldados necesitaban mucha menos formación para hacerlo. Hacia finales de la década de 1860 el Ejército francés ya estaba equipado con el Chassepot, capaz de apuntar a hasta un kilómetro y medio de distancia y disparar 6 tiros por minuto, aunque se cargase con balas individuales. Los cargadores, precargados con balas, todavía consiguieron aumentar más la tasa de disparos. En la guerra de Secesión un soldado razonablemente eficiente equipado con un rifle y varios cargadores podía disparar 16 tiros por minuto. Hacia finales del siglo XIX apareció la ametralladora, capaz de disparar 500 balas por minuto. Se dice que después de la prolongada batalla de Verdún en la Gran Guerra, un general francés comentó que “tres hombres y una ametralladora podían detener a un batallón de héroes”. Hoy el famoso rifle Kalashnikov puede disparar 600 balas por minuto a una distancia de más de ochocientos

metros.

Otro de los grandes cambios en la guerra durante el siglo XIX fue que, en vez de ir a pie, los ejércitos empezaron a contar con transporte mecanizado (todavía tenían que caminar si llegaban en trenes y no había camiones a mano). Antes de la Revolución Industrial, los ejércitos eran como langostas: una vez habían devorado todo lo que tenían cerca, se veían obligados a avanzar. El tamaño de los ejércitos de Napoleón, al igual que los de Alejandro Magno o Federico el Grande, se vio siempre limitado por los suministros, desde alimentos hasta municiones, que eran capaces de acarrear o procurarse. Napoleón perdió la mayor parte de su enorme ejército en Rusia porque sus soldados morían de hambre o de frío. Ahora, con trenes o vapores, los ejércitos podían transportarse a grandes distancias más rápidamente y mantenerse sobre el terreno mucho más tiempo mientras siguiesen llegando nuevos suministros.

La guerra por mar experimentó muchos cambios. Pese a que la Marina británica mantuvo las velas en sus primeros buques a vapor, por si acaso, el vapor y las nuevas turbinas hicieron los barcos más fiables, fáciles de maniobrar y rápidos. El carbón y las estaciones de carboneo en todo el mundo, y después el petróleo, se convertirían en activos y objetivos estratégicos. La nueva tecnología permitía a los buques llevar blindaje, que en los primeros tiempos se instalaba sobre la madera, y armas de fuego mucho más pesadas. La invención de la torreta ametralladora, capaz de girar 360º, consiguió que los barcos ya no tuvieran que disparar lateralmente (dejando todo su flanco expuesto al fuego enemigo) y en vez de eso pudieran hacerlo a proa y popa. Pese a que algunos oficiales navales estaban convencidos de que era imposible que un barco fabricado íntegramente de metal flotase, a finales del siglo XIX todas las marinas del mundo estaban construyendo barcos de acero. En 1906, ante una multitud de cincuenta mil personas reunidas ante el muelle de Portsmouth, Eduardo VII de Inglaterra botó el HMS Dreadnought, el mayor barco de guerra que

nunca hubiese surcado los mares. El corresponsal de *The Daily Mail* escribió: “La gran masa metálica se deslizó en el mar tan suavemente y sin ruido, y a una velocidad tan constante que recordaba a una grácil ave descendiendo a su elemento natural”. El Dreadnought era más pesado y rápido que nada que tuviera ninguna otra marina, incluida la alemana; de hecho, lo habían diseñado para eso (la integración de la economía europea era tal que curiosamente estaba fabricado con el mejor acero de la empresa alemana Krupp). Llevaba 5.000 toneladas de blindaje y 10 cañones de 30,5 centímetros (la medida se refiere a la boca del cañón, con lo cual sus proyectiles eran realmente muy grandes), además de baterías de armas más pequeñas. Dejó inmediatamente obsoletos los barcos de guerra de las otras marinas y las otras potencias no tuvieron más remedio que seguirles el juego a los británicos y construir sus propias versiones. El alcance cada vez mayor de la artillería naval, que estaba en unos 20 kilómetros en la Primera Guerra Mundial y llegó casi a alcanzar los 30 en la Segunda Guerra Mundial, permitía a las fuerzas navales enfrentarse entre sí sin apenas verse. Como no podía ser de otra manera, también hubo una carrera para encontrar contramedidas, desde destructores rápidos y lanchas torpedo diseñadas para ahuyentar a los buques más pesados y lentos hasta minas marinas. La guerra en el mar, al igual que en tierra, había alcanzado dimensiones inéditas. Con los submarinos, la guerra naval se producía principalmente bajo la superficie del mar y afectaba tanto a la marina mercante como a las naves enemigas. A finales de la Primera Guerra Mundial los teóricos veían en la aviación la clave para encontrar y hundir barcos enemigos, y los primeros portaviones se construyeron en los años veinte.

Los cambios que trajo la Revolución Industrial no sucedieron de la noche a la mañana, y hubo muchas catástrofes por el camino, a medida que el ejército y sus sociedades aprendían a usar y organizar los nuevos recursos de los que disponían. En 1859 Napoleón III, el sobrino del gran estadista, envió tropas en tren a Italia para luchar contra Austria. Los hombres

llegaron, sí, pero sin mantas, alimentos ni munición. Más tarde admitió que aquello era "lo contrario de lo que deberíamos haber hecho". Rusia experimentó las mismas dificultades en su guerra contra Japón en 1904-1905, cuando su falta de planificación sumió en el caos la ruta del Transiberiano y los cruciales suministros quedaron abandonados junto a las vías del ferrocarril.

No obstante, en el verano de 1914 Alemania fue capaz de transportar con muy pocos problemas hasta el frente occidental, situado en Bélgica y en el norte de Francia, 2 millones de hombres, 1.189.000 caballos y todo el equipo que estos necesitaban. Para ello necesitaron 20.000 trenes: durante las primeras dos semanas de agosto, cada diez minutos pasaba sobre el puente Hohenzollern de Colonia un tren alemán con sus 54 vagones en dirección hacia la frontera francesa a través del Rin. El Gobierno prusiano (después de 1871 el Gobierno alemán) siguió las indicaciones del Ejército a la hora de construir sus redes de ferrocarril para que las tropas y los suministros pudieran ser transportados con rapidez hasta las fronteras. Los alemanes también fueron de los primeros en darse cuenta de que los nuevos ferrocarriles solo podían resultar útiles si se organizaban debidamente. Alemania fue pionera en el uso de un Estado general, el cerebro necesario para transportar de un lado a otro a los nuevos ejércitos de proporciones monstruosas. Un chiste del siglo XIX decía que en Europa había cinco cosas perfectas: la curia de la Iglesia católica, el Parlamento británico, el *ballet* ruso, la ópera francesa y el Estado General alemán. Compuesto por oficiales brillantes y ambiciosos, pasó de ser un pequeño experimento en la época en que Prusia trataba apresuradamente de lidiar con Napoleón a convertirse en un órgano altamente profesional y cohesionado con 800 empleados en 1905. En su sección de ferrocarriles trabajaban 80 personas. El general Groener, su jefe en 1914, sentía tanta pasión por las líneas y enlaces ferroviarios que se decía que pasó su luna de miel planificando horarios de trenes con su esposa. La función del Estado General era reunir información

acerca del enemigo y, sobre todo, elaborar planes para conseguir victorias. Sus oficiales se dedicaban al estudio de cualquier cosa, desde fuertes, para entender sus puntos fuertes y débiles, hasta circos estadounidenses, para aprender cómo mover a muchas personas, animales y equipo a través de grandes distancias. Los planes que diseñaban se ponían a prueba, se modificaban según fuera necesario y se volvían a poner a prueba, año tras año.

La guerra moderna obligaba a las sociedades a organizarse mejor y movilizar mejor sus recursos, so pena de ser derrotadas. Tal vez el factor clave que acabó con el régimen zarista en 1917 fuera su incapacidad de avituallar a las tropas en el frente y alimentar a las ciudades rusas. Samuel Pepys fue, en el siglo XVII, el heraldo de aquellas burocracias crecientes de la Edad Moderna; incluso en tiempos de paz, los Gobiernos iban extendiendo poco a poco su control sobre la sociedad, siempre con la guerra en mente.

Las burocracias crecientes reunían estadísticas y llevaban registros mejores porque los Gobiernos tenían que saber cómo encontrar el dinero, los recursos y los hombres que requerían, y también necesitaban los medios para hacerse con ellos. Los censos, que la mayor parte de Estados fueron adoptando en el siglo XIX, ofrecían todo tipo de información demográfica útil, como el número de hombres en edad de servicio. Hoy en día la ciudadanía y los documentos que dan fe de ella nos parecen una obviedad, pero en el siglo XIX los Gobiernos a menudo tenían una idea más bien remota de cuántos de sus ciudadanos tenían la obligación de luchar por el país. En consecuencia, se crearon nuevas leyes y regulaciones para definir con quién se podía contar en tiempos de guerra y con quién no. A partir de 1842 los hombres prusianos en edad de servicio necesitaban un permiso para poder emigrar. En los pueblos franceses, donde la conscripción se consideraba un robo injusto de mano de obra valiosa, los nombres de los hombres jóvenes a menudo se “olvidaban” en las respuestas oficiales al

censo. Así que se hacía necesario enviar a un oficial para hacer un recuento. Si los conscriptos no comparecían, algo que también sucedía, alguien tenía que encargarse de buscar a los hombres que faltaban. Y gran parte del impulso para mejorar la salud pública, dietas, condiciones de vida y educación se derivaba de la necesidad de que los reclutas fuesen aptos y estuviesen sanos.

Yo estudié en Reino Unido en los años sesenta, y nunca conseguí entender por qué todos los *pubs* cerraban por la tarde. Las autoridades habían impuesto esos horarios en 1915 para asegurarse de que los operarios de las fábricas no bebían demasiado o dejaban de ir a trabajar, y los británicos vivieron con ellos hasta finales de los ochenta, cuando por fin se cambiaron las leyes sobre las licencias. La guerra moderna aumentaba el grado de control del Gobierno sobre la sociedad; se requisaban fábricas, las materias primas se enviaban allá donde resultaran más necesarias y en las industrias clave como la minería la mano de obra especializada no podía cambiar de trabajo ni alistarse sin permiso. Los científicos son muy importantes en la guerra desde hace mucho –no hay más que pensar en el trabajo de Arquímedes o de Leonardo da Vinci–, pero además los Gobiernos han ido encaminando los esfuerzos de la ciencia para aprovecharlos en el ámbito bélico, mediante la institución de centros de investigación especiales, subvenciones a la industria o las becas de investigación que se ofrecen a las universidades. Uno de los muchos errores de Hitler fue subestimar el valor de la ciencia, un ámbito en el que en otro tiempo Alemania había sido líder mundial. El régimen nazi descuidó la investigación básica y permitió alistarse a algunos de sus mejores científicos, de modo que su pericia quedaba desperdiciada y a menudo dejaban sus vidas en el campo de batalla. Los nazis también obligaron a marcharse a los científicos judíos –Albert Einstein entre ellos–, así que los exiliados ofrecieron sus talentos a sus adversarios. Sin el trabajo de los científicos refugiados es poco probable que los aliados hubiesen conseguido desarrollar tan rápido la bomba

atómica. O, posibilidad escalofriante, de no ser por las políticas raciales alemanas, esta hubiera podido acabar en manos de Hitler. El proyecto para desarrollar la bomba (Proyecto Manhattan) ha sido el mayor ejemplo de ciencia dirigida a fines bélicos hasta la fecha, pero más allá de él la guerra estimuló también la investigación en torno a una amplia gama de nuevas armas y tecnologías. Los británicos y estadounidenses reunieron a cientos de científicos en proyectos que iban desde el desarrollo del radar hasta los misiles. Por primera vez se usó lo que después se conocería como investigación operativa para calcular la eficacia, costes y beneficios de diferentes dispositivos o estrategias.

A primera vista, que el Ministerio de Alimentación británico inventase un dispositivo para secar huevos por atomización podía parecer trivial al lado de ciertas de las nuevas y potentísimas armas. Y los audaces logros de un ingeniero británico que volaba pozos de petróleo rumanos en la Primera Guerra Mundial, dejando sin combustible a las Potencias Centrales, no es más que un pie de página interesante en la historia de esa guerra. No obstante, ambos hechos apuntan a otra parte importante de la guerra moderna: conseguir recursos para el sustento de la población o del esfuerzo de guerra propio, así como privar de ellos al enemigo a través del sabotaje, ataques directos o bloqueos. “La primera condición esencial para que un ejército pueda soportar el esfuerzo de la batalla –decía el general alemán Erwin Rommel– es una provisión adecuada de armas, petróleo y munición. Lo cierto es que la batalla la libra y la decide la intendencia antes de que se empiece a disparar”. Napoleón intentó detener el comercio entre las islas británicas y el continente para obligar a los británicos a abandonar las hostilidades; los británicos respondieron con su estrategia favorita, un bloqueo naval. Volverían a usarla contra Alemania en la Primera Guerra Mundial: la economía alemana perdió paulatinamente capacidad para apoyar el esfuerzo de guerra por carecer de productos vitales como alimentos o fosfatos naturales, esenciales para fabricar fertilizantes.

Alemania respondió, como volvería a hacerlo en la Segunda Guerra Mundial, mediante ataques submarinos contra los buques británicos y contra los buques neutrales que usasen puertos británicos. Pese a que los alemanes consiguieron compensar parcialmente sus carencias al saquear la Bélgica ocupada y después, en 1918, mediante la paz con Rusia que les dio acceso al trigo y los minerales de Ucrania, nunca pudieron igualarse a las potencias aliadas en cuanto a recursos. Antes de que estallara la guerra en el Pacífico en 1941, los estadounidenses embargaron las exportaciones de metal y petróleo a Japón, que dependía en gran medida de ellas. Pese a que los japoneses optaron por la guerra y durante un tiempo consiguieron barrer a todo el que se les resistía, a largo plazo también ellos se quedaron sin recursos mientras bombarderos, destructores y submarinos estadounidenses hundían la flota japonesa a un ritmo que hacía imposible remplazar los barcos perdidos.

Los alimentos han sido siempre un frente crítico en la pugna por los recursos. Los ejércitos sitiadores cuentan con la ayuda del hambre para obligar a las guarniciones a rendirse. Los ejércitos, como decía Napoleón, marchan sobre sus estómagos, y negarles el alimento es una táctica bélica desde hace mucho. De la misma manera que el general romano Fabio Máximo debilitó a los ejércitos de Aníbal cortando sus líneas de suministro, los rusos se han enfrentado a sus invasores, de Napoleón a Hitler, mediante políticas de tierra quemada que los llevaban a destruir sus propios cultivos y ganado para que el enemigo no pudiera hacerse con ellos. A medida que la guerra fue haciéndose más integral, alimentar a la retaguardia se volvió crucial para mantener el esfuerzo de guerra. A finales de la Primera Guerra Mundial muchos alemanes, especialmente las clases más pobres en las ciudades, morían de hambre y las amas de casa desesperadas marchaban haciendo sonar sus cacerolas y sartenes vacías. Para el Alto Mando alemán, esto formaba parte de lo que llamaron “la puñalada por la espalda” que impidió a las tropas alemanas seguir luchando. La escasez de alimentos se

debía en parte al bloqueo británico, pero también era consecuencia de la planificación ineficiente del Gobierno alemán y de un racionamiento ineficaz. Por su parte, Reino Unido consiguió aumentar su producción alimentaria y garantizar una distribución más justa en ambas guerras mundiales. Durante la Segunda Guerra Mundial, los británicos duplicaron su superficie de tierra arable cultivando pastos y parques. Se concentraron en cultivos como el trigo y las patatas, en detrimento de la ganadería, lo que les permitió aumentar la proporción de productos locales en la dieta británica. Los estrictos controles gubernamentales procuraban que el escaso transporte disponible se usase para alimentos muy calóricos como la carne o el queso, en lugar de azúcar, frutos secos o fruta fresca. Cuando mi padre, que estaba en la Marina canadiense, atracó en Reino Unido por primera vez y se dispuso a conocer a sus suegros británicos, se presentó con un enorme racimo de bananas que había adquirido al pasar por el canal de Panamá. Los otros pasajeros del tren contemplaban maravillados aquel espectáculo y le pidieron que les dejara olisquear la fruta. Aun así, y si bien es cierto que la mayoría de británicos no vieron ni un plátano ni una naranja mientras duró la guerra y que solo tenían acceso a cantidades irrisorias de azúcar o mantequilla y comían platos bastante extraños, sus dietas bastaban para mantenerlos alimentados y sanos.

La guerra, especialmente una guerra prolongada a gran escala, es muy exigente y terriblemente, a menudo incluso ruinosamente, costosa. Lo cierto es que cuando estalló la Primera Guerra Mundial, la mayor parte del mundo, incluyendo a los propios países beligerantes europeos, partía de la premisa de que no podría durar mucho porque el dinero y los recursos se agotarían pronto. En vez de eso, los Estados aprendieron rápidamente a gestionar y expropiar la riqueza de las sociedades a una escala mucho mayor de lo que hubieran creído posible. Walter Scheidel estima que en la Primera Guerra Mundial la porción del PIB que correspondía al Estado en las potencias beligerantes como Francia, Alemania o Reino Unido aumentó

entre cuatro y ocho veces. A mediados de la Segunda Guerra Mundial Alemania empleaba el equivalente del 73% de su PNB para la guerra. Al llegar la paz, los Gobiernos no renunciaron a todo el poder que habían amasado, ni olvidaron lo aprendido acerca de cómo extraer recursos de la sociedad. Los impuestos no volvieron nunca a los niveles de antes de la guerra. De hecho, cuando Rusia se convirtió en la Unión Soviética después de 1917, Lenin y Stalin, su sucesor, organizaron y dirigieron una economía de "comando", asignando recursos y dirigiendo la mano de obra como si el país estuviese en guerra.

La industria, la tecnología y una mejor organización de la sociedad hicieron posible la movilización de recursos incluso en tiempos de paz, de modo que los países europeos se vieron obligados a aumentar constantemente el tamaño de sus fuerzas armadas, so pena de quedar a la zaga de sus vecinos. Hacia finales del siglo XIX todas las grandes potencias –a excepción de Reino Unido, que dependía de los mares y de su Marina Real, la más poderosa del mundo, para protegerlo– habían instaurado la conscripción en tiempos de paz. A los hombres jóvenes en edad de servicio se les obligaba a cumplir un servicio militar durante un periodo determinado y después permanecer en las reservas del país durante algunos años más. De este modo, los países tenían grandes ejércitos que todavía podían ampliarse en caso de crisis convocando a estas reservas. No obstante, los conservadores veían un peligro potencial en la conscripción: al dar formación militar a hombres de las clases bajas podían estar poniendo armas en manos de revolucionarios. Además, se asumía generalmente que los hombres de las ciudades por fuerza tenían que ser más débiles y tener menos aguante ante las privaciones y la disciplina que los robustos campesinos de las zonas rurales. Otro problema era que un ejército de mayor tamaño necesitaba más oficiales, así que hubo que ir a buscarlos fuera de los círculos de la alta burguesía terrateniente y de la aristocracia, que llevaban siglos dominando la clase de los oficiales. No se podía esperar,

o al menos así lo pensaban los oficiales tradicionalistas, que los hombres de clase media, acostumbrados a vidas burguesas y cómodas, quizá con tendencias artísticas o intelectuales, y a buen seguro no endurecidos por los deportes de campo, compartiesen sus valores o su predisposición a servir a su rey y su patria y morir a su servicio. Lo cierto es que muchos de sus temores resultaron ser infundados. Las autoridades francesas preveían que alrededor del 20% de sus reservistas no se presentarían cuando se les llamase de nuevo al servicio, pero en 1914 menos del 1% dejó de acudir a cumplir con su deber. Lejos de contagiar sus valores al cuerpo de oficiales, los hombres de clase media más bien tendieron a adoptar los valores aristocráticos de aquellos, además de que el servicio militar volvía a los soldados ordinarios más patriotas que otra cosa. Antes de la Primera Guerra Mundial, un general alemán instó a sus oficiales a asegurarse de que sus hombres se convertían en súbditos leales. Las ideas socialistas, dijo, eran una enfermedad que se curaba con una buena dosis de adiestramiento militar. Probablemente no le hubiera gustado saber que el revolucionario León Trotski, creador del Ejército Rojo bolchevique, estaba de acuerdo con él en lo que se refiere al valor de la formación militar. El ejército, decía, "es la escuela en la que el Partido puede instilar la dureza moral, el sacrificio de uno mismo y la disciplina".

El cambio nunca es fácil en las organizaciones jerárquicas, y a lo largo de los años el ejército ha mostrado sus reservas ante innovaciones como la conscripción. El Ejército británico se aferró a la práctica de permitir a los hombres jóvenes comprar puestos de mando hasta mucho después de que la mayor parte de los ejércitos continentales la hubieran abandonado por ineficiente. Era una forma muy cómoda de recaudar fondos para el Gobierno y al Ejército le garantizaba que entraban en él los hombres "adecuados" (por su parte, la Marina Real británica, como es comprensible, nunca acabó de verle la gracia a poner petimetres ricos y sin formación al mando de barcos carísimos). La práctica terminaría aboliéndose en 1871,

cuando ciertos desastres ocasionados por algunos oficiales incompetentes, entre ellos la fútil y sangrienta carga de la Brigada Ligera durante la guerra de Crimea, causaron demasiada indignación pública como para seguir ignorándolos. Las nuevas armas también eran recibidas entre un clima similar de sospecha. De la misma manera que los caballeros vestidos de armadura habían intentado ignorar que la ballesta, el arco largo y las armas de fuego los habían dejado obsoletos, gran parte de las clases de oficiales en el siglo XIX en un principio les restaron importancia a las nuevas armas y tácticas y se negaron a contemplar medidas para contrarrestarlas. El mariscal de campo sir Garnet Wolseley, un angloirlandés de armas tomar que estuvo presente en conflictos por todo el imperio y fue comandante en jefe de las tropas británicas desde 1895 hasta 1901, se oponía a las trincheras bajo el pretexto de que las tropas se mostrarían más reacias a atacar porque para salir de ellas primero tenían que trepar. En 1903, un joven coronel Ferdinand Foch, por aquel entonces instructor en la Escuela Militar de Francia, presentó pruebas matemáticas de que dos batallones atacantes frente a uno defensor podían disparar el doble de balas y que, por lo tanto, lo único necesario para vencer era duplicar el número de defensores en el ataque. Como comandante supremo aliado en la Primera Guerra Mundial, también se le oyó despreciar a la aviación: "*Tout ça c'est du sport!*" [¡Eso no es más que deporte!].

Antes de esa guerra (y en algunos casos mucho después) muchos en el ejército siguieron pensando que la caballería era un componente crucial en el combate. "Se tiene que aceptar como principio –decía un manual de caballería británico de 1907– que el rifle, aunque eficaz, no puede sustituir el efecto que produce la velocidad del caballo, el magnetismo de la carga, ni el terror del frío acero". Un inspector general de caballería británico afirmaba en la década de 1890 que la pólvora que no produce humo daba ventaja a la caballería en la carga, en contra de lo que los pesimistas pensaban. Su teoría era que, aunque la nueva pólvora no ayudaba localizar a

los soldados enemigos, ahora que sus armas ya no emitían aquellas reveladoras bocanadas de humo de antaño, lo cierto es que gracias a ella los campos de batalla quedaban libres de las nieblas que antes los cubrían, y en ese contexto la visión de los hombres a caballo en plena carga tenía por fuerza que desmoralizar al oponente. Los oficiales de caballería, que provenían principalmente de las clases altas terratenientes, también despreciaban a quienes consideraban meros técnicos. En los ejércitos austriacos la caballería miraba por encima del hombro a la artillería y los llamaba "judíos de la pólvora", e incluso los propios artilleros consideraban más importante la equitación que la pericia técnica. Tendrían que morir muchos hombres y muchos caballos antes de que la caballería abandonase los corceles a favor de los nuevos y denostados tanques y vehículos blindados.

No ayudaba tampoco que en muchos círculos militares el antiintelectualismo fuera algo de lo que enorgullecerse. La academia militar del Ejército británico se estableció a mediados del siglo XIX, en medio de las objeciones de los altos mandos. En sus primeros años solo formaba a unos pocos oficiales cada año. Cuando un oficial de un regimiento británico muy a la moda pensó en presentar su candidatura, uno de sus compañeros le dijo: "Bien, te daré un consejo, y es que no le digas nada de eso a tus hermanos oficiales, o vas a conseguir que te tomen bastante manía". Horace Smith-Dorrien, que llegaría a ser uno de los generales británicos más eficaces de la Primera Guerra Mundial, recordaba su tiempo en la academia como algo bastante placentero: "Disfruté cada minuto de los dos años que pasé allí. No creo que nos enseñaran tanto como habrían podido, pero se hacía mucho deporte y no había demasiado trabajo". Nunca llegó a saber dónde estaba la biblioteca, pero aun así logró aprobar su examen final.

Pese a todas sus fanfarronadas, en Europa el ejército era consciente de que la guerra y el mundo que les rodeaba estaban cambiando, por mucho que no le gustase. Pudieron ver el poder que empezaba a acumular la defensa

gracias a los observadores que enviaron a una serie de conflictos importantes tanto en Europa como en el resto del mundo. Aunque se mostraban reacios ante las nuevas tecnologías, sí estaban más abiertos a las ideas que venían de la psicología, ciencia en vías de desarrollo en aquella época, en parte como solución a las dificultades que planteaban ciertas herramientas y en parte porque les llegaban nuevos tipos de reclutas que tenían una cierta educación y a los que había que manejar de manera diferente que a los campesinos analfabetos. La cuestión de cómo motivar a los soldados es algo que se remonta tan atrás como la propia guerra, por supuesto, pero ha sido en los últimos dos siglos cuando su estudio se ha vuelto más sistemático. El ejército incorporó psicólogos para que les ayudasen a encontrar los mejores reclutas, ponerlos a prueba en los entrenamientos y en combate y tratar de entender cómo se comporta el ser humano bajo presión. Por desgracia, antes de la Primera Guerra Mundial la psicología y la motivación se contemplaban demasiado a menudo como antídoto a un aumento de la potencia de fuego en el campo de batalla. Como dijo el coronel Louis de Grandmaison, uno de los teóricos militares franceses más eminentes del periodo, en su clásico acerca de la formación de infantería: “Se nos dice con razón que los factores psicológicos son de enorme importancia en el combate. Pero eso no es todo: en rigor, no existen otros factores, ya que todos los demás –armas, maniobrabilidad– influyen de forma indirecta tan solo en la medida en que provocan reacciones morales…, el corazón humano es el punto de partida en todas las cuestiones de la guerra”. Se enseñaba a los soldados a usar sus bayonetas en combate porque era algo que les daría aplomo frente al enemigo, pero frente a las ametralladoras y el gas venenoso en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial, la determinación y el valor por sí solos no bastaban.

Por mucho que hubiera preferido seguir siendo una casta aislada, el nuevo ejército también se vio obligado a tener en cuenta los cambios sociales y políticos en la sociedad. La guerra o sus preparativos cada vez exigían más

de las sociedades y les imponían más cambios, pero este tipo de proceso no puede ser unidireccional. Las personas no son masas inertes a la espera de una mano poderosa que las moldee; tienen ideas y valores, y estas también han determinado la evolución del ejército y su relación con la sociedad. En los siglos XIX y XX, como hemos visto, el nacionalismo alimentó las guerras y obligó a los ciudadanos a salir en defensa de sus países, pero, al mismo tiempo, estos ciudadanos empezaron a interesarse más en las políticas y decisiones de sus Gobiernos y a afirmar su derecho a influir en ellas o a cambiarlas.

La expansión progresiva del sufragio, primero para los hombres –Alemania tuvo sufragio masculino universal desde que se convirtiera en un país en 1871– y, después de la Primera Guerra Mundial, para la mayoría de las mujeres, fomentó que los votantes quisieran estar al tanto de lo que hacían sus Gobiernos. La educación pública gratuita, la alfabetización y la aparición de periódicos baratos con una enorme circulación hicieron que el público tuviera mucho mayor acceso a las noticias, incluso más allá de las fronteras del país. Y con la llegada del telégrafo, que para 1914 había conseguido interconectar el mundo en la misma medida que internet lo hace hoy, la opinión pública podía seguir en tiempo real los acontecimientos como guerras y crisis internacionales. En la guerra de Crimea, entre 1853 y 1856, hizo su aparición un nuevo tipo de periodista: el corresponsal de guerra. Los despachos de William Howard Russell para *The Times* conseguían cautivar y horrorizar al público británico. Por primera vez, los británicos se daban cuenta de lo incompetente que podía llegar a ser su ejército y de lo mal que se trataba a sus soldados. El clamor público subsiguiente consiguió cambios muy necesarios en el ejército y allanó el camino para la labor de Florence Nightingale y sus colegas en la mejora de los hospitales militares y de la salud de los soldados en general.

Los periódicos y sus editores se daban cuenta de que la guerra resultaba beneficiosa para las ventas. Durante la guerra franco-prusiana, por ejemplo,

la circulación del diario londinense *The Daily News* se triplicó. Entre finales del siglo XIX y principios del XX, un ambicioso Winston Churchill de veinticuatro años alcanzó la fama e hizo fortuna escribiendo acerca de la segunda guerra bóer. Los corresponsales y fotógrafos de guerra –Ernest Hemingway, Edward R. Murrow, Robert Capa, Michael Herr, Marie Colvin– se convirtieron en héroes modernos. Presenciar los horrores de la guerra es algo que puede tener efectos importantes en nosotros, y la televisión, el cine y ahora las redes sociales han aumentado enormemente nuestras posibilidades de hacerlo. El Gobierno de EEUU perdió la batalla por la opinión pública durante la guerra de Vietnam porque los noticiarios y la prensa convencieron a gran parte del público de que aquella era una guerra injusta y vergonzosa. Después de la guerra, un eminente teórico militar estadounidense, el coronel Harry Summers, visitó Hanói. En una conversación con un coronel norvietnamita, observó: "Usted sabe que nunca nos vencieron en el campo de batalla". Tras un instante, el norvietnamita respondió: "Es posible, sí, pero también es irrelevante". Las democracias, donde los líderes siempre tienen en cuenta las siguientes elecciones, lo pasan especialmente mal a la hora de sostener guerras impopulares, como descubrieron los franceses en su guerra en Indochina, pero incluso un Estado autoritario como la Unión Soviética pagó un alto precio político por su desafortunada e impopular guerra en Afganistán en los ochenta.

La opinión pública también puede funcionar a la inversa, forzando a sus Gobiernos a situaciones y guerras que estos no desean. Las ligas militares y navales, las asociaciones de veteranos y la industria de la defensa han demostrado una gran habilidad a la hora de conseguir que sea el público quien reclame un mayor gasto militar. En un discurso al final de su mandato 1961, el presidente Eisenhower, que como general sabía de lo que hablaba, advirtió: "Tenemos que evitar que el complejo industrial militar obtenga una influencia injustificada en los consejos de Gobierno, la busque o no".

Fue a causa de la opinión pública que Reino Unido y Alemania se acabaron enfrentando en la década de 1890 por el archipiélago de Samoa, ya que por su parte diplomáticos y líderes políticos estaban dispuestos a llegar a un acuerdo. “Porque incluso pese a que la mayoría de nuestros políticos de taberna no supieran si Samoa es un pescado, un ave o una reina extranjera –se lamentaba un diplomático alemán–, eso no les impedía gritar que, fuera lo que fuera, era alemana y tenía que continuar siéndolo para siempre”. En 1884, el general Charles Gordon fue enviado por el Gobierno británico a Jartum para rescatar a las fuerzas egipcias, atrapadas allí por una revuelta de los sudaneses locales liderados por el Mahdi contra el pésimo Gobierno de Egipto. El primer ministro, William Gladstone, se había mostrado renuente a intervenir, pero su Gobierno estaba bajo presión de la opinión pública, que había decidido que el peculiar Gordon, aunque estaba medio loco, era un héroe. Gordon tenía órdenes estrictas de marcharse apenas hubiese cumplido su misión, pero desobedeció y decidió quedarse, en un intento vano de derrotar a los sudaneses. El resultado fue que él y su minúscula tropa quedaron sitiados en Jartum. Gordon, con su piedad ostentosa, su aparente simplicidad, su convicción de que Dios lo había enviado para salvar Sudán, ya fuese del desgobierno, del islam o de ambos, consiguió ganarse con maestría el favor de la opinión pública gracias a los despachos telegráficos que enviaba (al menos hasta que las fuerzas del Mahdi cortaron las líneas). Gladstone, que estaba furioso con Gordon, tenía reservas en cuanto a mandar una costosa fuerza de relevo, pero cuando los sacerdotes de toda Inglaterra empezaron a rezar por Gordon y la prensa no dejaba de hablar de la vergüenza inglesa y de preguntar “¿Gordon o Gladstone?” e incluso la reina Victoria intervino (“El general Gordon está en peligro; tiene usted que intentar salvarlo”, le dijo al secretario de Estado de Guerra), a Gladstone no le quedó más remedio que ceder. Envió una expedición que llegó a su destino dos días después de que Gordon muriera. En 1896 un Gobierno conservador envió una expedición para vengarlo; miles de

sudaneses perdieron la vida en el conflicto que siguió, y Reino Unido acabó cargando con la responsabilidad de Sudán.

Los Gobiernos y sus ejércitos también han aprendido a manipular la opinión pública. En la Primera y Segunda Guerra Mundial todos los bandos controlaban celosamente a los corresponsales de guerra para evitar que una descripción demasiado realista de los combates pudiera minar la moral del público. Pese a que el Ejército de EEUU permitió a los periodistas un acceso extraordinario en Vietnam, llegó a la conclusión de que no debía volver a cometer ese error. En ambas guerras con Irak los medios estuvieron bajo un férreo control. Los estadounidenses tal vez aprendieran de la actuación británica en la guerra de las Malvinas en 1982, cuando el Ministerio de Defensa hizo todo cuanto estuvo en su mano para evitar la publicación de noticias acerca del Atlántico Sur, incluso las más anodinas.

Las exhibiciones de la marina, los desfiles marciales, las bandas militares y las acrobacias de los cazas han entretenido al público desde siempre y lo han hecho sentirse orgulloso de sus fuerzas armadas y dispuesto a pagar por ellas, o al menos eso es lo que se pretende. Si bien la mayor parte de las democracias ha pasado a exhibir mucho menos a sus ejércitos, países como Rusia, China o Irán siguen presumiendo de sus fuerzas militares para conseguir el apoyo del público. Cuando el almirante Tirpitz se propuso construir una gran flota alemana antes de 1914, uno de sus primeros pasos fue establecer una oficina especial de noticias y asuntos parlamentarios. A lo largo de los siguientes decenios, esta oficina se dedicó a presionar a los miembros del Reichstag, organizar decenas de conferencias públicas, distribuir miles de panfletos y asegurarse de que la botadura de cada nuevo barco de guerra se anunciaba a bombo y platillo. Cuando los británicos respondieron al desafío naval alemán construyendo sus propios barcos, la Marina Real hizo mucho por conseguir que el público apoyase la financiación necesaria. En 1909, durante una crisis por el aumento del gasto social y naval, llevaron barcos Támesis arriba hasta Londres para una

exhibición con fuegos artificiales que duró una semana, con naumaquias y actividades especiales para los niños a la que acudieron cuatro millones de personas.

Hoy en día el espectáculo absurdo de los soldados de la India y Pakistán, pavoneándose con sus patadas voladoras y piruetas robóticas cada atardecer al arriar la bandera en la frontera entre sus dos países, atrae a multitudes enfervorizadas cada vez mayores y cosecha mucho éxito en Youtube. Al fin y al cabo, no es más que una diversión inofensiva. Pero ¿estamos seguros de eso? Ambos países poseen armas nucleares y arrastran un historial de conflicto y desconfianza mutua. El militarismo, ya se exprese en la elevación del ejército a la posición más noble y mejor de la sociedad o en la adopción en el mundo civil de valores militares como la disciplina y la obediencia, puede acarrear problemas para las sociedades democráticas. En Pakistán especialmente, se considera al ejército baluarte y protector de la nación y no se le somete a ningún control civil. La tristemente famosa Agencia de Interservicios de Inteligencia ha apoyado y financiado a grupos terroristas en la India, el territorio disputado de Cachemira, Afganistán y Asia Central, en perjuicio de esos países y del propio Pakistán. Se sabe que algunos generales pakistaníes han vendido tecnología nuclear a Corea del Norte. Los líderes civiles que han intentado meter en cintura al ejército se han visto rápidamente desahuciados y, con suerte, en el exilio. Tanto en la India como en Pakistán la política civil está impregnada de un cierto militarismo; algunos partidos políticos patrocinan organizaciones paramilitares cuyos miembros llevan uniforme, marchan en formación con banderas y llevan palos para amenazar a sus rivales. Inversamente, en el caso del Partido Bharatiya Janata (BJP) de la India, parece más bien que es el grupo paramilitar Rashtriya Swayamsevak Sangh (RSS) quien lo patrocina.

La Primera Guerra Mundial tuvo efectos muy profundos en la sociedad europea, y la persistencia de los valores y organización de la guerra mucho

después del final de la misma no fue el menor de ellos. Los antiguos soldados formaban grupos paramilitares y, en algunos casos como el de los *Freikorps* alemanes en los países bálticos o los Black and Tans en Irlanda, siguieron combatiendo en las pequeñas guerras que asolaron Europa hasta mediados de los años veinte. La política de derechas en Alemania estaba imbuida de una nostalgia por el "espíritu de 1914", cuando la nación alemana había olvidado todas sus diferencias para abrazar una causa común, o al menos eso se decía. Los veteranos salían a desfilar de uniforme, y los nuevos movimientos fascistas y comunistas tenían sus propios uniformes y formaciones, obedecían a sus líderes sin cuestionarlos y organizaban incursiones para propinar palizas a sus enemigos. "Para nosotros –dijo un fascista italiano– la guerra nunca terminó. Simplemente hemos sustituido a los enemigos externos por enemigos internos".

Las guerras pueden dejar la impronta del militarismo en una sociedad, pero también puede suceder a la inversa, que sea el militarismo el que conduce a la guerra. La Europa del siglo XIX nos muestra en qué se puede transformar una paz prolongada cuando el ejército llega a pensar que está por encima de la sociedad, que reúne a lo mejor y lo más valiente de ella con una misión especial, divina incluso, de proteger la nación, y cuando los valores militares ocupan el lugar de los civiles. En Alemania, un delincuente de poca monta con iniciativa llamado Wilhelm Voigt consiguió sin pretenderlo mostrar y ridiculizar el impacto que tenía el militarismo en la sociedad alemana. Ataviado con una especie de uniforme compuesto de partes de aquí y de allá, asumió el mando de un grupo de soldados en Berlín y los llevó a la población cercana de Köpenick, donde se lo pasó en grande arrestando a los funcionarios de la ciudad y apropiándose de una gran suma de dinero. Terminaron deteniéndolo y fue enviado a prisión, pero el capitán de Köpenick se convirtió en un héroe popular entre los muchos alemanes antimilitaristas y los enemigos de Alemania, y consiguió ganarse muy bien la vida dando charlas acerca de sus experiencias en los años siguientes.

Su historia nos muestra claramente la situación del Ejército alemán en aquel entonces, que solo respondía ante el káiser y ante sus oficiales, y al que molestaba cualquier tipo de cuestionamiento por parte del Reichstag. Pese a que el Plan Schlieffen elaborado por el ejército comprometía a Alemania a una guerra en dos frentes contra Francia y Rusia y a la invasión de Bélgica (sin importar que Alemania se hubiese comprometido a respetar la neutralidad de este último país), el canciller, Theobald von Bethmann-Hollweg, no tuvo noticia de esto hasta 1912, e incluso entonces su única reacción fue decir que si el ejército estimaba necesaria esa estrategia, él haría cuanto estuviese en sus manos para ayudar desde la diplomacia. Su reverencia por el ejército era tal que la primera vez que fue al Reichstag como canciller, lo hizo vistiendo su uniforme de coronel. Es cierto que las testas coronadas de toda Europa y sus herederos aparecían cada dos por tres en uniforme. El káiser Guillermo se deleitaba con su colección y, curiosamente, estaba especialmente orgulloso de su uniforme de almirante británico. En muchos países los niños llevaban uniformes de estilo militar al colegio, y se les enseñaba a desfilar, mientras que las niñas a menudo iban ataviadas con delantales confeccionados a imagen de los uniformes de los marineros. Al crecer ingresaban en organizaciones como los Boy Scouts británicos, cuya finalidad era preparar a los chicos para servir al rey y a la patria o, en el caso de las niñas, organizaciones como las Girl Guides, que hacían de ellas buenas esposas, madres y enfermeras.

Lógicamente, el ejército entendió que tenía margen para hacer las cosas a su manera. Las fuerzas armadas británicas, pese a estar más sujetas a supervisión y control civiles que la mayoría, estuvieron cerca de comprometerse (y quizá incluso se comprometieran) con los franceses a ayudarles si Francia entraba en guerra con Alemania. En el caso Dreyfus, cuando el único capitán judío del Estado General fue condenado injustamente por vender secretos franceses a Alemania, el ejército se resistió a abrir el caso durante un decenio. Cuando varios soldados

alemanes incumplieron la legislación y se comportaron de manera deplorable con unos civiles en la ciudad alsaciana de Saverne en 1913, el Alto Mando del Ejército, con el pleno apoyo del káiser, se negó a admitir que hubiera sucedido nada indebido. Pese a que sabía cómo estaban realmente las cosas, Bethmann-Hollweg compareció ante el Reichstag para defender al ejército. Aunque a mediados del siglo XIX batirse en duelo estaba completamente pasado de moda en Reino Unido, en el continente, incluso en la Francia republicana, las autoridades militares defendían esta práctica y se negaban a intervenir contra ella alegando que fomentaba el espíritu de lucha entre los oficiales. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, el ministro de Guerra prusiano, el general Von Falkenhayn, se quejó ante el canciller: "El duelo está firmemente enraizado en nuestro código de honor. Ese código de honor es un tesoro valioso y, para el cuerpo de oficiales, irremplazable".

A menudo la guerra se contemplaba como un duelo a enorme escala, y el lenguaje del honor y de la vergüenza se traspuso a la nación. Combatir era honorable, rendirse, un deshonor que solo podía expiarse mediante una nueva guerra. La idea de que la guerra no solo es natural, sino incluso esencial para la sociedad como manera de poner a prueba a los seres humanos y sus Estados es algo viene de muy atrás. Los romanos, por ejemplo, pensaban que un enemigo común era algo beneficioso. Como dijo el historiador Salustiano acerca de la pugna de los romanos con Cartago: "No había desavenencias entre los ciudadanos, ni por la gloria ni por el poder: el miedo al enemigo mantenía la buena moral del Estado". En EEUU, la Roma de nuestros días, todavía podemos encontrar actitudes semejantes: "La guerra es terrible –dijo el presidente George W. Bush en una entrevista en 2006–, pero de alguna manera llega al alma de los americanos que se presentan voluntarios al combate para salvar sus almas". En el siglo XIX, también la ciencia vino a explicar los beneficios de la guerra, especialmente mediante una cierta adaptación de la teoría de la

evolución de Darwin. El darwinismo social, como se dio en llamarla, aseguraba que las sociedades humanas evolucionaban como especies separadas y que la guerra constituía una parte importante, si no esencial, del proceso. Esta era una lectura errónea de Darwin, además de acientífica, pero la idea de que algo llamado "la supervivencia del más fuerte" gobernaba el destino de las sociedades humanas o de que cada una de ellas tenía un depredador natural o enemigo tuvo una enorme influencia en muchos, incluidos Hitler y sus nazis, e incluso hoy tiene sus adeptos radicales.

La cultura popular, desde los cromos con imágenes de los grandes héroes militares que venían en las cajetillas de tabaco hasta las revistas para niños, sirvió para reforzar el aura y la posición especiales de la guerra y de las fuerzas armadas, y la importancia de los valores militares en una sociedad fuerte. En 1913, el editor del *Boy's Journal* británico, una nueva revista para niños, la describía con orgullo como "una publicación para convertir en hombres a los muchachos viriles". El trabajo de sus redactores, dijo, "está naturalmente imbuido de nobles ideales –el amor al hogar y a la patria; un fuerte sentido de la grandeza de nuestro imperio; patriotismo y camaradería; pureza de mente y de cuerpo; valentía moral y física, y desprecio por todo lo que sea falso, mezquino, bajo o brutal". Los deportes de equipo inculcaban los valores de masculinidad y compañerismo adecuados. Robert Baden-Powell, fundador de los Boy Scouts, pensaba que además aportaban la capacidad de dirigir y de tomar decisiones rápidas (quizá hubiera concordado con el entrenador de un instituto estadounidense que le dijo a un estudiante durante la guerra de Vietnam que tenía que tomarse en serio la clase de gimnasia porque "este entrenamiento te dará ventaja sobre los amarillos en Vietnam"). Lo cierto es que los victorianos concebían la guerra como una forma de deporte particularmente elevada. En su poema "Vitaï Lampada" el influyente editor y hombre de letras victoriano sir Henry Newbolt empieza por hablarnos de un partido de críquet en el que se urge al

joven bateador a darlo todo para conquistar la victoria para su equipo y termina en las arenas ensangrentadas del Sudán cuando el muchacho, ahora oficial, arenga a sus hombres diciendo: "¡Jugad mejor! ¡Jugad mejor! ¡Jugad el juego!".

Si antes los soldados, junto con los perros y los mendigos, tenían la entrada prohibida en las tabernas, ahora se les contemplaba con reverencia la mayor parte del tiempo. Rudyard Kipling, que tan bien consiguió plasmar la voz del soldado británico ordinario, se mostraba escéptico acerca de la profundidad de este cambio en Gran Bretaña, que nunca había apreciado muchísimo a su ejército:

> Entré en el pub en busca de una pinta de cerveza.
> El dueño me miró y dijo: 'No servimos a casacas rojas'.
> Las muchachas de la barra se morían de la risa,
> y yo, camino de la calle otra vez, me decía:
> Vaya, dicen Tommy esto, Tommy lo otro, y
> Tommy fuera de aquí,
> pero cuando suena la banda todo es 'Gracias, señor Atkins'.[1]

En Reino Unido era la Marina, el escudo del país, la que acaparaba toda la adoración. Otro poema, uno de los más conocidos de Newbolt, habla del gran capitán de la época isabelina, sir Francis Drake, que volvería, o al menos esa era la creencia popular, para salvar a Inglaterra en tiempo de necesidad, como prometen estos últimos versos:

> Drake está en su hamaca hasta que lleguen
> las grandes armadas,
> (Capitán, ¿está durmiendo ahí abajo?),
> colgando entre las bolas de cañón, escuchando el tambor,
> y soñando con los tiempos de Plymouth Hoe.
> Llamadlo en alta mar, llamadlo en la bahía Sound,
> llamadlo cuando zarpéis para encontrar al enemigo;

donde el viejo oficio todavía se hace y
la vieja bandera aún ondea.
¡Le encontrarán despierto y avizor,
como hace tanto tiempo le encontraron![2]

En medio de todo este golpearse el pecho y exhortar al patriotismo había un miedo, que ya estuvo ahí en otros tiempos, de que si la guerra ponía a prueba a la sociedad, esta quizá no estuviera a la altura. En el siglo XIX los países desarrollados se preocupaban, y algunos siguen haciéndolo ahora, de que el hombre moderno fuese más débil que sus ancestros, tanto moral como físicamente. Cuando los británicos pidieron voluntarios para la segunda guerra bóer, las autoridades y gran parte del público británico quedaron en *shock* ante la baja calidad de quienes se presentaron. Ya fuera por la urbanización, por la excesiva comodidad –o la falta de alimentos decentes o aire fresco– o por una educación insuficiente, la cuestión era: ¿estaban las naciones modernas produciendo los guerreros que necesitaban para defenderlas? William Balck, autor del principal manual alemán sobre táctica, declaró que era bastante obvio que el hombre moderno estaba perdiendo poderes físicos y espirituales: "Los estándares de vida no dejan de mejorar y esto aumenta el instinto de autopreservación y disminuye el de autosacrificio". En 1905, Elliott Evans Mills, un joven conservador, publicó un panfleto alarmista titulado "Declive y caída del Imperio británico". Entre otros temas, trataba "la prevalencia de la vida de ciudad frente a la de campo, y sus desastrosos efectos sobre la fe y la salud del pueblo británico", "impuestos excesivos y extravagancia municipal" e "incapacidad de los británicos para defenderse a sí mismos y a su imperio". En el texto hacía frecuentes referencias al declive y la caída del Imperio romano (los japoneses compraron una versión adaptada del libro de Evans para sus escuelas). Al mariscal de campo Wolseley los cambios en la sociedad británica le desagradaban tanto como las trincheras; le parecía mala señal que de repente se valorase tanto a los bailarines de *ballet* y cantantes de

ópera. Los hombres cada vez parecían menos hombres y las mujeres cada vez menos mujeres. En Francia la preocupación en torno al declive de la fertilidad bastante extendida. Un prominente intelectual alemán dijo sin mucho tacto a un periodista francés que "un pueblo cuyos hombres no quieren ser soldados y cuyas mujeres se niegan a tener hijos es un pueblo cuya vitalidad está entumecida; está destinado a ser dominado por una raza más joven y fresca". Una de las razones por las cuales el ejército planificaba guerras cortas y decisivas antes de 1914 era que tanto ellos como muchos líderes civiles temían que una guerra larga desbarataría a cualquier sociedad moderna.

Lo cierto es que sus temores eran infundados. Uno de los muchos misterios de la Primera Guerra Mundial es el de cómo soldados y civiles consiguieron resistir tanto. Rusia, la potencia más vulnerable, aguantó hasta 1917, y los demás siguieron tambaleándose hasta 1918. Es cierto que no faltaron motines y actos de resistencia individuales, pero los ejércitos y fuerzas navales de Europa se mantuvieron enteros. Una explicación podría ser que la lenta infiltración de los valores militares en la sociedad civil había preparado para la guerra a muchos europeos. Además, estaba la esperanza, trágicamente vana, de que la guerra zanjaría muchos problemas, conduciendo tal vez a días más tranquilos en el futuro. La tormenta –la atmósfera cargada, el relámpago repentino, el estruendo del trueno y una breve y pesada lluvia– tenía que dar paso al aire fresco y los cielos azules.

1 "*I went into a public 'ouse to get a pint o' beer, / The publican 'e up an' sez, 'We serve no red-coats here'. / The girls be'ind the bar they laughed an' giggled fit to die, / I outs into the street again an' to myself sez I: / O it's Tommy this, an' Tommy that, an' 'Tommy, go away'; / But it's 'Thank you, Mister Atkins,' when the band begins to play / The band begins to play, my boys, the band begins to play, / O it's 'Thank you, Mister Atkins', when the band begins to play*".

2 "*Drake he's in his hammock till the great Armadas come, / (Capten, art tha sleepin' there below?), / Slung atween the round shot, listenin' for the drum, / An' dreamin arl the time o' Plymouth Hoe. / Call him on the deep sea, call him up the Sound, / Call him when ye sail to meet the foe; / Where the old trade's plyin' an' the old flag flyin' / They shall find him ware an' wakin', as they found him long ago!*".

V

LA FORJA DEL GUERRERO

> “Pero el hombre al que se puede de veras llamar valiente es el que mejor entiende el significado de lo que es dulce en la vida y lo que es terrible, y aun así sigue adelante para encontrarse con lo que venga”.
>
> PERICLES

Dos batallas distintas. Las separa el espacio –una sucedió en Europa, la otra en América– y el tiempo, unos cuatrocientos años. En la primera hay pocas o ningún arma de fuego, en la segunda los soldados tienen sus propias armas de fuego y también hay artillería de campo. En ambas batallas los soldados llevan espadas y cuchillos, y también hay jinetes armados. Las dos forman parte de guerras civiles, y los resultados de ambas cambiarían la historia. Ambas instituyeron un récord en cuanto a derramamiento de sangre. Nos preguntamos cómo los diferentes bandos llegaron a semejante conflicto abierto. Y también nos preguntamos cómo quienes luchaban –casi siempre hombres– podían hacerlo. Cómo podían estar allí, hora tras hora, plantando cara a la muerte. O decidir la muerte de otros, a veces a distancia, mediante flechas o disparos, pero a menudo en combate cercano, cuerpo a cuerpo.

El 29 de marzo de 1461, Domingo de Ramos, dos ejércitos se encontraron en plena tormenta de nieve a las afueras de la diminuta población de Towton, a unos dieciséis kilómetros al sudeste de la antigua ciudad de York. La batalla fue una de las varias que conformaron esa lucha dinástica y política complicada que fue la guerra de las Dos Rosas. Se disputaba qué casa real, York o Lancaster, reinaría sobre Inglaterra, pero como suele suceder en las guerras, había muchas otras razones, incluyendo el descontento de los ingleses de a pie y las divisiones acerca de qué tipo de Gobierno debía tener el país. Aquel día combatieron unos cincuenta mil

arqueros, soldados de infantería y caballeros hasta que, dicen las crónicas, los ríos se tiñeron de rojo sangre. Al final, con la llegada de refuerzos para los partidarios de York, los de Lancaster se dispersaron y huyeron. Muchos fueron masacrados por sus adversarios triunfantes en lo que se llamaría la Pradera Sangrienta, otros pisotearon a sus propios compañeros de armas al huir presa del pánico, y muchos más se ahogaron en un río cercano.

En una de sus obras históricas, Shakespeare nos muestra al rey perdedor, Enrique VI, comparando la batalla con la suerte cambiante de la naturaleza:

> Esta batalla parece la guerra matutina,
> cuando las nubes moribundas luchan con nueva luz,
> la hora en que el pastor, soplándose las uñas,
> no sabe si es día o noche completa.
> Ora se mueve hacia un lado como un mar poderoso
> forzado por la marea a combatir con el viento,
> ora hacia el otro, como el mismo mar
> que la furia del viento obliga a retirarse.
> A veces gana la corriente, y luego el viento;
> gana uno, luego el otro lo supera;
> ambos pugnan por vencer, pecho contra pecho,
> pero no ganan ni son derrotados.
> Tal es el equilibrio de esta guerra vil.[1]

Enrique huyó a Francia y el victorioso Eduardo IV ocupó el trono hasta que un nuevo cambio en las suertes de la guerra trajo a Enrique de vuelta, temporalmente, en 1470. Si bien en nuestros días la mayoría no tiene muy claros los pormenores de la guerra de las Dos Rosas, Towton destaca en esa confusión como la mayor y más sangrienta batalla nunca librada en Inglaterra. Se estima que hasta 28.000 personas pudieron haber muerto en ella y que muchas más fueron heridas o ejecutadas después de la batalla. Teniendo en cuenta que la población de Inglaterra debía rondar los 2

millones y que ahora es de 56 millones, el número proporcional de muertos hoy sería de 784.000.

Cuatro siglos después, el 17 de septiembre de 1862, en otro continente distinto, otros 50.000 soldados se enfrentaron en un cálido día de otoño cerca del Antietam Creek, un río al oeste de Maryland. Los ejércitos confederados llevaban desde agosto a la ofensiva, habían entrado en Virginia y cosechado una serie de victorias. Las fuerzas de la Unión estaban a la defensiva, sus líderes parecían incapaces de proteger sus territorios. En un movimiento audaz y atrevido como los que le caracterizaban, el general Robert E. Lee llevó a sus fuerzas confederadas en dirección norte y entró en Maryland a principios de septiembre para poder acechar Washington y Pensilvania. A medida que los ejércitos de la Unión avanzaban lentamente para enfrentarse a él en el bello paisaje de Maryland, con sus redondeadas colinas, sus bosques y sus ríos, Lee se vio superado en número, 12.000 frente a 38.000, pero no en talento como general. De hecho, estuvo muy cerca de ganar, gracias a la cautela y los errores de su oponente.

El combate, en un frente alargado de norte a sur, empezó al rayar el día. A diferencia de lo que sucede con la batalla de Towton, en este caso contamos con testimonios de lo que sucedió. Un mayor del de 6.º Regimiento de Infantería Voluntaria Wisconsin describió el primer encontronazo con los Confederados en un campo de maíz: “Saltamos la valla y avanzamos, cargando, disparando y gritando a medida que marchábamos. Había una enorme excitación histérica en los hombres, una avidez por avanzar, y un descuido temerario de la propia vida y de todo lo que no fuera la victoria”. Los rebeldes, como él los llama, huyeron para salvar la vida. “Muchos de ellos fueron derribados mientras escalan las elevadas vallas”. En otro lugar los soldados confederados aguantaron durante cuatro horas en un camino bajo los disparos de los soldados de la Unión. Dicen los supervivientes que cuando terminó aquello el camino, que ahora se conoce como Bloody Lane, estaba alfombrado de muertos y la sangre corría como un río. En el puente

de Burnside un pequeño grupo de francotiradores georgianos consiguieron contener a un contingente mucho mayor hasta que se quedaron sin munición y los soldados de la Unión cargaron contra ellos con sus bayonetas. En general, el ejército unionista optó por la prudencia y administró bien sus fuerzas, de manera que al final del día Lee y sus hombres pudieron retirarse en buen orden.

Dejaron atrás entre 1.500 y 1.700 confederados muertos, y se estima que también tuvieron entre 7.700 y 9.000 heridos. La Unión sufrió unas 2.000 muertes y casi 10.000 heridos. El general de la Unión Joseph Hooker describió la escena después del combate desde un campo de maíz: "En el momento en que escribo, cada tallo de maíz de la parte norte del campo, la más grande, estaba segado tan a ras del suelo como si se hubiera cortado con un cuchillo". Los muertos, continúa, "yacían en hileras de la misma precisa manera en que unos minutos antes habían formado. Nunca tuve la desgracia de presenciar antes un campo de batalla más sangriento e infausto". Antietam fue el día más sangriento de la guerra de Secesión y, de hecho, el más sangriento de todas las guerras que EEUU ha librado en toda su historia. Pese a que la victoria de la Unión no fue nítida, sirvió para poner freno al intento de los sureños de hacerse con Maryland e incluso con el mismo Washington. Después de ella el presidente Lincoln emitió la Proclamación de Emancipación y sus resultados quizá influyeran también en la negativa de Gran Bretaña a reconocer a la Confederación.

Pese a que después de Antietam el Sur estaba desmoralizado –su presidente, Jefferson Davis, dijo que sus "fuerzas máximas habían sido movilizadas mientras que las del enemigo apenas empezaban a mostrarse"– la Confederación siguió luchando durante dos años y medio más. Las guerras de las Rosas durarían otros veinticuatro años más.

¿Qué es lo que atrae a los hombres y, menos frecuentemente, a las mujeres, hacia el conflicto y les hace seguir luchando incluso cuando la batalla o la causa parece perdida? ¿Y por qué el combate puede sacar a la

luz lo más elevado y lo más rastrero de la naturaleza humana? La guerra nos fascina y nos repugna, y lo mismo nos sucede con quienes la libran, los guerreros. Les admiramos y les tememos al mismo tiempo. Y nos preguntamos si seríamos capaces de hacer lo que ellos hacen. Nos preguntamos qué es lo que hace valiente al guerrero. Como dijo un soldado japonés en China durante la Segunda Guerra Mundial: "Incluso cuando miro a los chinos muertos –y me obligo a mirarlos hasta que siento que no puedo aguantarlo más– ninguna revelación [*satori*] sale de ello. Sigo siendo incapaz de saber en qué lugar de nuestro corazón se origina la valentía práctica". Los hombres pueden ser valientes por ignorancia, dijo Pericles en su gran oración funeraria por los atenienses que habían muerto en la guerra del Peloponeso, "y cuando dejan de pensar, empiezan a temer. Pero el hombre al que se puede de veras llamar valiente es el que mejor entiende el significado de lo que es dulce en la vida y lo que es terrible, y aun así sigue adelante para encontrarse con lo que venga". Una de las muchas ironías de la guerra es que las cosas que hacen que merezca la pena vivir también pueden ser dignas de morir por ellas.

Las razones individuales por las que cada persona lucha, con o sin valentía, entran aproximadamente en las mismas categorías que las de los grupos, incluyendo las naciones: por un beneficio, para defenderse o por ideas o sentimientos. Podemos desglosarlas todavía más. Esta no es de ninguna manera una lista exhaustiva, pero aquí van una serie de razones por las que algunas personas dicen haber luchado: por no tener elección, para proteger a sus seres queridos o a su país, por sentido del honor, por miedo a sus oficiales, para conseguir la aprobación de aquellos a quienes respetan, para impresionar, para ponerse a prueba, para violar y saquear, por la gloria, por una causa, por sus camaradas, para salir adelante. Es posible que los voluntarios que se alistan en el ejército en tiempos de paz quizá no piensen en absoluto en combatir, sino más bien en ver mundo o en aprender un oficio útil. En su día el Ejército británico cosechó duras críticas por una

serie de carteles publicitarios para el alistamiento que mostraban playas tropicales, pistas de esquí y aulas, sin una sola alusión al hecho de que quienes se alistaran podían ser llamados a luchar poniendo sus vidas en peligro. Recientemente Canadá recibió a un desertor estadounidense que pedía asilo político porque, decía, no había entendido que estar en el ejército podía significar acabar yendo a la guerra.

Los Estados poderosos –que han conseguido su poder al menos en parte gracias a la fuerza militar– a menudo asumen simplemente que sus ciudadanos les pertenecen y que cualquier intento de esquivar esa obligación equivale a una traición. El padre de Federico el Grande de Prusia, el rey Federico Guillermo I, enviaba bandas de secuestradores a buscar hombres de gran estatura para su amado Regimiento de Gigantes de Potsdam. En muchas sociedades se obligaba a los esclavos o los prisioneros capturados en la guerra a servir (Esparta, donde solo los hombres libres podían servir en el ejército, nunca confió en sus esclavos. Una vez, durante la guerra del Peloponeso, pidieron voluntarios entre sus ilotas para el servicio militar, prometiéndoles la libertad a cambio; todos los que se presentaron fueron rápidamente ejecutados para eliminar una iniciativa tan peligrosa). Las grandes flotas del Imperio otomano en el siglo XVI tenían por remeros a esclavos cristianos, y los niños cristianos arrebatados a sus familias y forzados a abrazar el islam llenaban las filas de los jenízaros otomanos, un cuerpo de élite. Al igual que las legiones de Roma antes que ellos, los jenízaros acabaron siendo quienes decidían quién reinaba y quién caía hasta que fueron destruidos en 1826 por el sultán con la ayuda de un nuevo ejército más moderno.

Antes de la llegada de la guerra moderna, que involucraba a sociedades enteras y necesitaba soldados con una cierta educación, las potencias europeas preferían usar a los miembros más prescindibles de la sociedad para integrar las filas de sus ejércitos. Falstaff, el gran truhan de Shakespeare, recién nombrado capitán por el príncipe Hal, hace desfilar a

sus dispares reclutas para desaliento del príncipe: “Nunca vi chusma más miserable”. Falstaff continúa impenitente: “¡Bah, bah! ¡Excelentes para ser ensartados, carne de cañón, carne de cañón! Llenarán un foso tan bien como los mejores. ¡Eh, caro mío, hombres mortales, hombres mortales!”. A los delincuentes de la Europa del siglo XVIII, incluso a los asesinos, a menudo se les daba a elegir entre ejecución o alistamiento, lo que no parece una verdadera disyuntiva. Las personas pobres y sin amigos simplemente eran emboscadas por las bandas de la leva y acababan sirviendo en el ejército o la marina. Otras veces, como muestra la obra teatral de Farquhar *The recruiting officer* [El oficial de reclutamiento] se emborrachaba a los jóvenes para que se alistaran. Dice la leyenda –que incluso podría ser cierta– que los *pubs* ingleses tenían picheles con el fondo de cristal para que el que bebía pudiera asegurarse de que nadie le había colado una moneda en la bebida: aceptar el “chelín real” equivalía en efecto a firmar un contrato para unirse al ejército.

Los buenos agricultores o los artesanos capaces resultaban mucho más valiosos para sus gobernantes si permanecían en sus casas. Federico el Grande decía que sus soldados de a pie eran la hez de la sociedad, “haraganes, calaveras, libertinos, alborotadores, hijos ingratos y similares…”. El duque de Wellington llamaba a sus soldados, reclutados al estilo tradicional incluso después de la Revolución francesa, “la escoria de la tierra”. Y a la tierra volvían, en tumbas sin lápida. En tiempos de paz, muchos británicos mostraban con orgullo dentaduras postizas fabricadas con “dientes de Waterloo”, arrancados por saqueadores a los muertos en el campo de batalla. En 1822 un periódico londinense publicó un artículo acerca de cómo se habían peinado los campos de batalla de las guerras napoleónicas para sacar huesos, tanto humanos como de animales. Millones de fanegas habían sido enviadas a Hull y después a varios molinos en Yorkshire, donde unas potentes máquinas a vapor los redujeron a polvo. “Y en este estado se venden a los agricultores para abonar sus tierras”.

Incluso la peor de las guerras puede ser, pese a todo, una forma de escapar. La Legión Extranjera Francesa es famosa desde siempre por no inquirir acerca de los verdaderos nombres en el pasado de aquellos que se aprestaban a entrar en ella. Después de la Segunda Guerra Mundial se unieron a ella muchos hombres de nombre francés que hablaban con acento alemán o italiano y parecían entender bastante de cuestiones militares. La pobreza era y sigue siendo un incentivo para alistarse. Hoy en día el Ejército estadounidense recluta a muchas personas en las áreas rurales y urbanas más pobres. No es casualidad que en la Europa de la Edad Moderna tantos mercenarios vinieran de países pobres como Escocia, Suiza o Irlanda. El servicio militar les proporcionaba una paga más o menos regular, alimento y la oportunidad de apropiarse de aquello que pudieran, desde dinero hasta mujeres, a medida que marchaban con el ejército. Para los muy resueltos y afortunados, la guerra proporcionaba una oportunidad de movilidad social. Una de las figuras más notorias de la guerra de los Treinta Años en el siglo XVII fue Ernst von Mansfeld, hijo natural de un conde alemán. Primero se distinguió luchando para los Habsburgo y su Sacro Imperio Romano y para recompensarlo el emperador lo legitimó. Pese a que siguió siendo católico, se pasó a la causa protestante, al parecer en parte porque pensaba que los Habsburgo no le habían tratado bien, pero también porque con los protestantes probablemente le fuera mejor a la hora de obtener dinero y tierras. Un siglo después, Samuel Greig de Fife empezaba su carrera como marinero raso; acabaría siendo uno de los almirantes favoritos de Catalina la Grande gracias a su valentía y a su éxito en las batallas navales. Su elaborada tumba en la catedral de Tallin fue especialmente encargada por la emperatriz.

Las guerras ofrecen un escape de otro tipo, lejos de lo mundano y lo aburrido. En la Europa del Renacimiento los jóvenes de clase alta se ofrecían por diversión a servir a uno u otro ejército. “En todo momento –dijo un joven inglés con orgullo–, he servido como aventurero corriendo

con mis propios gastos…". Nunca había aceptado el mando de una compañía ni tampoco un salario, porque deseaba tener libertad para ir y venir a su antojo. Benjamin Harris, que luchó para los británicos en las guerras napoleónicas como fusilero –un soldado ordinario– acabó sus días como tendero en Londres. "Por mi parte, solo puedo decir que disfruté más de la vida cuando estaba de servicio de lo que lo he hecho nunca después; y aquí sentado en esta tienda de la calle Richmond, Soho, miro a esa parte de mi tiempo pasada en los campos de la península como la única digna de recordarse", escribió en sus memorias.

Antes de la Primera Guerra Mundial, el líder liberal británico George Peabody Gooch escribió: "Una larga inmunidad de las realidades de la guerra ha entumecido nuestras imaginaciones. La agitación no nos gusta ni una pizca menos que a las razas latinas; nuestras vidas son aburridas; una victoria es algo que incluso el más infame de nosotros puede entender". Muchos jóvenes de toda Europa sentían la llamada de esa agitación. Ernest Psichari, un joven francés que ya era considerado un héroe por sus aventuras en el África colonial, odiaba el pacifismo porque pensaba que estaba debilitando a Francia. En un libro llamado *L'Appel des armes* [La llamada de las armas], publicado justo antes de la guerra, cuando las tensiones empezaban a aumentar en Europa, expresaba su ardiente deseo de lo que describió como "la gran cosecha de fuerza, hacia la que una especie de gracia inexpresable nos precipita y nos arrebata…". Lo mataron al agosto siguiente. Rupert Brooke, el joven y prometedor poeta inglés, dijo que añoraba "algún tipo de revuelta". Cuando estalló la guerra corrió a alistarse y en uno de sus últimos poemas antes de morir, decía exultante:

> Ahora, demos gracias a Dios por hacernos vivir esta Su hora,
> y tomar nuestra juventud, y despertarnos del sueño
> con mano segura, mirada clara y poder acerado,
> para dejar atrás, como nadadores que
> se zambullen en la pureza,

contentos, este mundo viejo, frío y cansado,
dejando atrás aquellos corazones enfermos
que el honor no pudo conmover,
y a todos aquellos medio hombres, y
sus canciones sucias y sombrías,
y toda la minúscula vacuidad del amor.[2]

Incluso en tiempos de paz, el ejército ofrece la atractiva perspectiva de un mundo seguro en el que las normas son claras y las decisiones las toman otros; al menos para los soldados de rango más bajo es así. Al igual que un circo itinerante o una *troupe* de teatro, se rige por sus propios valores, que a menudo son deliciosamente distintos de los de la sociedad ordinaria. El gran filósofo renacentista Erasmo condenaba la "malvada vida del soldado" y en sus coloquios imaginaba a un monje que hablaba con un soldado y le reprendía por abandonar a su familia para hacerse soldado y masacrar a otros cristianos. "¿Y además por qué eres tan pobre?", le pregunta el monje. "¿Cómo que por qué? Pues porque todo lo que obtengo de salario, despojos, sacrilegio, robo y pillaje lo gasté en vino, rameras y dados". Para distinguirse de los civiles, los soldados del Renacimiento –y es posible encontrar paralelismos con nuestros tiempos, en las guerras civiles en África, por ejemplo– se dejaban crecer la barba y el pelo, vestían sombreros extravagantes y prendas abigarradas y lucían coquilleras desproporcionadamente grandes. Cuando un hombre se hace soldado, comentaba Maquiavelo, no solamente cambia "sus vestiduras, sino que también adopta actitudes, modales, formas de hablar y comportarse bien distintas a las de la vida civil". Durante la guerra de Independencia de EEUU, los habitantes de Nueva York se quejaron a las autoridades de lo que sucedía cuando los mercenarios hesianos recibían su soldada: "Por tres días se abandonan a la ebriedad, y nos toca presenciar escenas difíciles y agraviantes; camorra, tambores y flautines, y bailes que duran toda la noche, partidas de cartas y de dados y todo tipo de abominaciones bajo

nuestro mismísimo techo".

Hay quien acaba en el ejército por la necesidad de escapar, bien de la pobreza o bien de algún castigo, mientras que en otros casos es la propia cultura la que alienta e incluso apoya el combate. Valores e ideologías, incluidos la religión y el nacionalismo, motivan tanto a individuos como a naciones enteras. Las religiones prometen la inmortalidad o recompensas en el mas allá para aquellos que mueren en combate. Durante la larga guerra que enfrentó a Irán e Irak en los años ochenta, miles de voluntarios iraníes marcharon a través de campos sembrados de minas, creyendo firmemente que irían directamente al cielo cuando muriesen porque los ayatolás así se lo habían prometido. Algunos llevaban incluso unas llaves que les habían dado que aceleraban, teóricamente, el proceso de entrada en el paraíso. Todas las mujeres soviéticas entrevistadas por la gran escritora bielorrusa Svetlana Alexiévich dijeron que no les había quedado más remedio que presentarse voluntarias durante la Segunda Guerra Mundial porque su patria había sido invadida. Sermones, libros, panfletos, obras de teatro y pinturas, y después la radio, el cine y la televisión, pueden influir poderosamente en la gente para ir a la guerra. La Francia revolucionaria estaba inundada de imágenes y desfiles que mostraban el heroísmo guerrero. Entre 1789 y 1799 aparecieron más de tres mil canciones revolucionarias. En la Primera y Segunda Guerra Mundial una serie de carteles producidos en masa –"TU PAÍS TE NECESITA" o "TE QUIERO EN EL EJÉRCITO DE EEUU"– exhortaban a los hombres a alistarse y a los civiles a apoyar indirectamente la guerra.

Para los hombres, la guerra ofrece la oportunidad de medirse con sus iguales y también con sus mayores. Antes de 1914 los jóvenes alemanes escuchaban sin cesar lo mucho que habían sufrido y sacrificado las generaciones anteriores para construir el país durante las guerras de unificación y ansiaban, o al menos eso decían a menudo, su oportunidad de hacer lo mismo. Mientras tanto, en los países enemigos de Alemania, Francia y Reino Unido, los jóvenes soñaban con defender sus patrias

heroicamente y, en el caso de Francia, vengar la derrota de 1870-1871. Los primeros en presentarse voluntarios o ser reclutados para la guerra casi siempre suelen ser los hombres jóvenes. Su forma física es mejor y tienen más resistencia que sus mayores, además de no haber desarrollado aún lazos familiares o comunitarios que les hagan dudar a la hora de arriesgar sus vidas.

La premisa de que son los hombres quienes deben combatir parece algo casi universal a lo largo del tiempo y en diferentes culturas y, si bien hay ejemplos de mujeres guerreras, la abrumadora mayoría de los que han luchado son hombres. Además, cuando en las diferentes sociedades se empezaron a desarrollar las normas para la guerra, las mujeres, junto con los ancianos, los niños y, en ocasiones, los sacerdotes, siempre son clasificadas como no combatientes. Los motivos se debaten tanto como los propios orígenes de la guerra, y también en este caso las explicaciones van de lo biológico a lo cultural. Si se hace una media de las diferencias de género, los hombres puntúan más alto en la escala de fuerza, talla y tal vez agresividad, pero hay muchas mujeres grandes y fuertes que podrían hacerles frente y superarlos. El hecho de que los hombres segreguen más testosterona que las mujeres podría volverlos más proclives a la agresividad –aunque los científicos están lejos de llegar a un consenso sobre este particular–, pero hay muchos hombres que son delicados por naturaleza y no desean luchar. Las sociedades militaristas como Esparta, o el ejército a lo largo de diferentes eras, no hubieran tenido que emplear tanto tiempo en entrenamientos para inculcar a los hombres las actitudes "correctas" si la gran mayoría de hombres fueran asesinos natos. Hay que añadir que, cuando deciden luchar o se ven obligadas a ello, las mujeres pueden ser tan feroces como los hombres.

Los chinos tienen una historia que cuenta cómo Sun Tzu fue a aconsejar al rey de Wu acerca de la guerra. El rey había leído sus textos y le preguntó si sería posible convertir en soldados a las concubinas reales. El sabio le dijo

que sí, y les enseñó a las mujeres los ejercicios. Las dividió en dos compañías, les dio lanzas y las puso a marchar. Cuando les ordenó dar media vuelta, se empezaron a reír. Sun Tzu se mostró paciente y dijo que cuando las órdenes no son claras, la culpa es del general. Repitió varias veces el ejercicio, y de nuevo las mujeres se pusieron en marcha. Sun Tzu ordenó a los tambores dar la señal de media vuelta, y de nuevo las mujeres se rieron sin obedecer. Finalmente, después de varios intentos, Sun Tzu dijo que las órdenes del general habían sido claras y que cuando los soldados desobedecen, la culpa es de sus oficiales. Ordenó que se decapitase a las concubinas que estaban al mando de las compañías, justamente las favoritas del rey, que obviamente protestó. Sun Tzu se mostró implacable: se había propuesto entrenar a las tropas y no iba a acatar la orden de perdonar a las mujeres. Las dos murieron y se nombraron nuevas oficiales. Después de eso, las mujeres acabaron los ejercicios perfectamente y en silencio.

Tal vez la existencia de diosas guerreras en varias culturas –Astarté, Atenea, Kali o las valkirias–, o las leyendas en torno a reinas guerreras como Zenobia de Palmira, son una forma de reconocer el potencial bélico de las mujeres. También son una manera de limitar ese potencial a mujeres divinas o antinaturales. Desde Boudica, la reina británica del siglo I a la que a menudo se representa en su carro de guerra, hasta la raní de Jhansi, que lideró a sus tropas contra los británicos en la rebelión de la India en 1857, muchas culturas tienen historias, en algunos casos leyendas y en otros relatos basados en hechos reales, de mujeres guerreras individuales. Algunas combatieron como mujeres, pero muchas otras lo hicieron haciéndose pasar por hombres, como Deborah Sampson, que estuvo en la guerra de Independencia de EEUU, y Lizzie Compton y Frances Hook en la guerra de Secesión, que se volvían a alistar cada vez que se descubría su identidad femenina. Al igual que a las guerreras de filmes como *Tigre y Dragón*, *Wonder Woman* o *Kill Bill*, aunque es cierto que estas últimas son excepciones, se las contempla como algo fuera del orden normal de las

cosas donde la guerra es una esfera masculina.

Solíamos asumir que las amazonas eran legendarias pese a los relatos de los antiguos griegos que las ubicaban en algún lugar de Asia Menor. Los griegos estaban fascinados y horrorizados por las historias de estas mujeres antinaturales, de las que se contaba que se cortaban un pecho para poder tensar mejor sus arcos y que mutilaban a sus propios hijos varones. Se decía que las amazonas habían conseguido vencer a muchos hombres hasta que por fin las cosas volvieron a su orden natural y fueron derrotadas. Descubrimientos arqueológicos recientes sugieren que las amazonas no eran una fábula de los griegos antiguos. En nuestros días los arqueólogos pueden determinar el sexo de los esqueletos, de forma que muchos que se habían atribuido a guerreros han sido reclasificados últimamente como pertenecientes a mujeres. Entre los pueblos guerreros nómadas que cabalgaban en las estepas y a los que los griegos llamaban escitas las mujeres al parecer estaban en pie de igualdad con los hombres, incluso a la hora de luchar, y se las enterraba con sus armas. Es posible que hasta el 37% de los enterramientos escitas encontrados correspondan a guerreras. También se han encontrado tumbas de guerreras vikingas de un periodo posterior.

La costa occidental de África produjo un equivalente en tiempos modernos de las amazonas en Dahomey, un Estado cuya riqueza y poder provenían del comercio de esclavos y de una sociedad sumamente militarizada. El viajero victoriano Richard Burton, que lo visitó en 1863, lo describió como "esta pequeña Esparta negra" y quedó sorprendido por su cuerpo de guerreras de élite. Se dice que a principios de la década de 1700 un gobernante que andaba escaso de hombres para su ejército vistió a una compañía de mujeres con uniformes para engañar a sus enemigos. Su engaño se volvió realidad ya que las mujeres resultaron ser muy eficaces como guardias de palacio y tropas de combate. Es posible que llegaran a conformar hasta un tercio de las fuerzas armadas del rey. Las mujeres eran

físicamente robustas, disciplinadas y estaban armadas con mosquetes y más tarde con rifles. Tenían reputación de ser feroces e implacables y mucho mejores guerreras que los hombres. En las últimas batallas de Dahomey, durante la segunda mitad del siglo XIX, las guerreras lucharon hasta el final. Eran "extraordinarias por su valentía y su ferocidad", dijo un marinero francés, y se lanzaban contra las bayonetas francesas "con bravura prodigiosa".

Recordamos a estas guerreras porque son algo infrecuente en la historia. Cuando las mujeres han participado activamente en la guerra, normalmente lo han hecho como amantes o esposas que acompañaban a sus hombres, o como enfermeras, cocineras o proveedoras de alimento o sexo. En el siglo XVI, el ejército español llevaba consigo en los Países Bajos a 400 prostitutas a caballo y otras 400 a pie. En la guerra de Secesión, las mujeres que acompañaban al Ejército del Potomac del general unionista Joseph Hooker llegaron a inspirar un nuevo término para referirse a las prostitutas (*hooker*). Los ejércitos anglosajones se mostraban quisquillosos con tener burdeles oficiales, en parte por la presión social, pero el Ejército Indio los regentaba discretamente como actividad secundaria. En el Ejército francés hacía mucho que eran algo corriente. Durante el sitio de Dien Bien Phu en Indochina en 1953, cuando algunas tropas francesas se vieron rodeadas por los nacionalistas vietnamitas –el Viet Minh–, dos burdeles de campo itinerantes compuestos de mujeres de Argelia y Marruecos quedaron atrapados con los asediados, y acabaron ayudando a cuidar a los soldados heridos. A menudo, como sucedía con las "mujeres de consuelo" durante la ocupación japonesa de Corea y China, las mujeres ejercían la prostitución por obligación.

Durante las primeras guerras modernas de Europa, los séquitos de los campamentos, entre los cuales también había hombres, a menudo formaban un apéndice bastante grande para fuerzas relativamente reducidas. Las fuerzas españolas que sitiaban la ciudad holandesa de Bergen op Zoon en

1622 eran, en palabras de un lugareño, “un ejército tan pequeño con tantos carros, caballos de tiro, viejos rocines, proveedores, lacayos, mujeres, niños, una multitud que superaba con creces los números del propio ejército”. Las autoridades trataban de limitar estos números, pero hasta que los ejércitos pudieron aprovisionarse por sí solos estuvieron supeditados a los proveedores privados. Además, era casi imposible impedir a aquellas mujeres desesperadas que siguieran a los ejércitos; si sus hombres las abandonaban a ellas y a sus hijos, probablemente morirían. Y si estos morían en la batalla o por una enfermedad, las mujeres tenían que encontrarse otro marido o protector tan rápido como fuera posible.

Pese a que provenía de una clase social diferente a la de la mayor parte de aquellos que seguían a los campamentos, la española Juana Smith era igual de vulnerable cuando conoció a su marido, Harry, durante las campañas de Wellington en España. Tenía catorce años, ni un céntimo –su familia era de la aristocracia española, pero la invasión francesa y la guerra subsiguiente los había arruinado– y estaba sola en el mundo excepto por una hermana mayor. Él era un oficial británico tan impetuoso en el amor como en la batalla que se enamoró apasionadamente de ella. Al casarse con Harry, Juana consiguió un protector, al menos mientras él viviera, que en el caso de un joven oficial de la época no prometía ser un periodo largo, pero al mismo tiempo se separó de sus compatriotas por haberse unido a un protestante. El matrimonio, contra todo pronóstico, resultó ser largo y muy dichoso. Juana siguió a su marido por toda España, compartiendo las penalidades de la campaña mientras Wellington empujaba hacia el norte a los ejércitos de Napoleón, y peinando los campos de batalla después de Vitoria y Waterloo para encontrarle una vez terminadas las contiendas. Estuvo con él cuando luchó en la India, y también en Sudáfrica, donde la ciudad de Ladysmith recibió ese nombre en su honor.

Si bien es cierto que en el siglo XX las mujeres han conseguido entrar en lo que solían ser esferas masculinas, las fuerzas armadas han tardado mucho

en aceptarlas como iguales y hacer uso de ellas en combate. La reticencia, o quizá sería más preciso hablar de resistencia, se basaba en varios argumentos: que las mujeres son por naturaleza cuidadoras, no guerreras; que su presencia en el campo de batalla podría ser perjudicial para la disciplina si los hombres de sus unidades trataban de protegerlas, o que no reúnen las condiciones físicas ni el temperamento necesarios para soportar los rigores de la guerra. Quizá lo verdaderamente importante es que los hombres temen que admitir mujeres destruya ese club tan cómodo y acogedor al que pertenecen. Los marines estadounidenses, según afirmaba una oficial, sentían que la presencia de mujeres les impediría "tirarse pedos, eructar, contar chistes obscenos, pasearse desnudos, intercambiar historias de sexo, pelearse y simplemente ser hombres jóvenes juntos". Un miembro de una unidad de operaciones especiales de EEUU le preguntó a una colega por qué las mujeres "estaban tratando de destruir la última cosa buena que nos queda [a los hombres]". En las últimas décadas la mayor parte de ejércitos occidentales han ido gradualmente incorporando mujeres a sus tropas regulares, pero los viejos prejuicios tardan en desaparecer. En los años noventa, un oficial de la Marina rusa recibió a la primera cadete admitida en su Academia Naval con un "una sola chica no basta para arruinar la Marina". Las mujeres estadounidenses que entran en los marines, quizá el cuerpo más duro de todos, se han encontrado con mucha hostilidad y misoginia, e incluso con abusos sexuales. Y a menudo la hostilidad viene de la sociedad en general. De manera muy contradictoria, a las mujeres de uniforme se las ha visto o como asexuadas o como objetos sexuales. Durante la Primera Guerra Mundial los británicos eliminaron el bolsillo de la pechera de los uniformes femeninos por miedo a que llamase la atención sobre lo que había debajo. En la Segunda Guerra Mundial, una campaña difamatoria acusó a miembros del Cuerpo de Mujeres Americanas del Ejército (WAC, por sus siglas en inglés) de ser poco menos que prostitutas. Muchas de las guerreras con las que Alexiévich se entrevistó

comentaban que al regresar a casa las mujeres que no habían combatido las acusaban de haber ido al frente en busca de hombres. "¡Sabemos lo que estabais haciendo allí!".

Las soldados a menudo han tenido que enfrentarse a la percepción de que son más débiles que los hombres. Uno de los comentarios que más me llamaron la atención durante mis Reith Lectures sobre la guerra lo hizo una joven oficial en York. Dijo que tenía dos hijos pequeños, pero que cuando la enviaron a Afganistán se obligó a no pensar en ellos. Mientras estuvo allí hubo una falsa alarma de ántrax en su unidad y a todos les pusieron inyecciones, advirtiéndoles de que podían causar infertilidad en las mujeres. Y tampoco en ese momento fue capaz de pensar en ello. El auditorio quedó completamente en silencio.

Las exigencias de la guerra masiva en el siglo XX hicieron que tuviera que permitirse la entrada de mujeres en las fuerzas armadas, pero en general se les asignaban funciones en las que no tuvieran que combatir, como enfermeras, empleadas administrativas o chóferes. Los británicos descubrieron que a las reclutas se les daba bien la tarea insufrible de interpretar fotografías aéreas, quizá, como sugirió un oficial, porque tenían experiencia en labores minuciosas con la aguja. Incluso los nazis, que tanto bombo le habían dado a aquello de que la esfera de la mujer era "*Kinder, Küche, Kirche*" (niños, cocina, iglesia), se vieron obligados a alistarlas en la Segunda Guerra Mundial. Hacia 1945 había medio millón de mujeres en las fuerzas armadas alemanas, en papeles de apoyo. En las fuerzas soviéticas probablemente el número era el doble. En tiempos de paz, las autoridades soviéticas siempre habían hablado de la igualdad entre hombres y mujeres (pese a que la realidad fuera bastante diferente), pero fueron las pérdidas devastadoras de hombres durante la invasión alemana lo que llevó a las mujeres a las fuerzas armadas, muchas de ellas como voluntarias. Las mujeres soviéticas estuvieron en el frente como personal médico, pero también como combatientes, artilleras antiaéreas, partisanas tras las líneas

alemanas, infantería, tanquistas y pilotos. La fuerza aérea soviética tenía tres unidades compuestas exclusivamente por mujeres, la más famosa de las cuales era un regimiento de bombarderas al que los alemanes bautizaron como las "Brujas de la Noche". Al principio, los hombres soviéticos no estaban muy cómodos con su presencia, en parte porque muchas de las mujeres eran muy jóvenes y en parte porque su presencia les recordaba el hogar. Olga, una asistente médica entrevistada por Alexiévich, recuerda "una vez, durante la noche, me senté cerca de un búnker y empecé a cantar bajito. Pensé que todo el mundo estaría durmiendo y que nadie me oiría, pero a la mañana siguiente el comandante me dijo: 'No pudimos dormir. Añorábamos tanto la voz de una mujer…'". El comandante de un regimiento antiaéreo dijo en un primer momento que las mujeres no tenían cabida en él; los asuntos militares "son cosa de los hombres desde tiempo inmemorial". Y eso no era todo: los proyectiles eran demasiado pesados para que las mujeres pudieran cargar con ellos; su presencia en el búnker sería perturbadora para los hombres; todo el mundo sabía que estar sentadas durante horas seguidas en los asientos metálicos de control era malo para las mujeres y, sobre todo, "¿dónde se iban a lavar y secar el pelo?". Las necesidades de la guerra obligaron a adaptarse tanto a las mujeres como a los hombres de la unidad. "Recorrimos un duro camino juntos", dijo una mujer. Los alemanes a menudo eran especialmente brutales con las soldados soviéticas que capturaban, exhibiéndolas para mostrar que eran monstruos o disparándoles sumariamente. Las soldados tenían siempre a mano dos balas, una para matarse antes de que pudieran hacerlo los alemanes, y la segunda en caso de que la primera fallase.

Otras 27.000 mujeres soviéticas combatieron también en las guerrillas contra los alemanes, y en Italia se dice que entre los partisanos de la Segunda Guerra Mundial había 35.000 mujeres y que algunas murieron combatiendo. Las mujeres lucharon y murieron en Yugoslavia, Grecia, Polonia y Dinamarca. La resistencia francesa tendía a ubicar a las mujeres

exclusivamente en posiciones de apoyo, en parte porque los gaullistas de la Francia Libre no aprobaban que las mujeres llevaran armas. O, como le dijo un miembro de la resistencia a los británicos: "Si hay que usar mujeres, mejor que sean mujeres mayores…, así es menos probable que los colegas sientan tentaciones…". El maquis decidió prescindir completamente del sexo femenino a partir de 1943. Desde 1945, las mujeres han seguido luchando en guerras de guerrillas contra ocupantes extranjeros o sus propios Gobiernos, pero una vez que las hostilidades cesan, a menudo se le ha restado importancia a su contribución, cuando no se ha negado completamente. Cuando los sandinistas ganaron en Nicaragua en 1979, la mayor parte de mujeres fueron desmovilizadas o trasladadas a unidades femeninas. Después de la guerra de Independencia de Argelia, las mujeres combatientes no recibieron ninguna pensión.

La biología claramente no constituye una explicación suficiente para estas diferencias prolongadas entre géneros que solo ahora, y de manera muy esporádica e irregular, empiezan a desaparecer. Teniendo en cuenta la profunda influencia que la guerra y la sociedad tienen una sobre la otra, no podemos ignorar las maneras en las que la guerra ha moldeado nuestra comprensión de lo que deben ser los hombres y las mujeres. Sabemos que la cultura, entendiéndola como los valores y las creencias que una sociedad aprecia y que ayudan a mantenerla unida, moldea a los humanos tanto o más que la biología. Estas expectativas se las mostramos a nuestros jóvenes y los educamos según nuestras costumbres.

La guerra y la masculinidad han estado larga e íntimamente relacionadas durante gran parte de la historia humana, y siempre hemos tendido a pensar que la labor de la mujer se centra en el hogar y la familia. En la *Ilíada*, Héctor se despide de su mujer Andrómaca, cuando va a enfrentarse a los griegos, con estas palabras:

> Mas ¡ea, vete a la casa y allí tú atiende a tus obras,
> al huso y a la rueca y telar, y ordena a las servidoras

que hagan la jera avanzar!; que a los hombres guerra les toca
a todos, y a mí al que más, los que son nacidos en Troya.

Mussolini dijo que "la guerra es para los hombres lo que la maternidad para las mujeres". Los fascistas siempre han estado especialmente encantados con los roles tradicionales de género. La Francia de Vichy convirtió el Día de la Madre en un gran festival en el que se concedían medallas a las buenas madres. Goebbels, el ministro nazi de Propaganda, decía que "se debe entrenar al hombre como guerrero y a la mujer como solaz del guerrero", un precepto que puso en práctica en su propia vida, al menos en lo que se refiere a la parte del solaz. También dijo santurronamente: "Si eliminamos a las mujeres de todos los ámbitos de la vida pública, no es para deshonrarlas, sino para que su honor pueda serles devuelto". Este tipo de actitudes no han desaparecido, ni siquiera en sociedades más liberales que la de Goebbels.

Si la opinión de los hombres acerca de las mujeres como guerreras es ambivalente, la de las mujeres no lo es menos. Ola tras ola del feminismo se ha sentido incómoda a la hora de debatir el tema de las mujeres y el combate, prefiriendo considerar la guerra como algo que hacen los hombres. Jean Bethke Elshtain, una filósofa que, entre otras muchas cosas, exploró los roles de género y la guerra, quedó especialmente sorprendida por un número especial de la publicación académica *Women's Studies International Forum* que, como su nombre indica, tiene como misión fomentar la investigación feminista. En su opinión, el mismo tema del número, "Las mujeres y las guerras de los hombres", instaba a las mujeres a alejarse: "La guerra es de los hombres: los hombres son los autores históricos de la violencia organizada. Y sí, las mujeres se han visto involucradas, y se les ha pedido que observen, sufran, asuman, lloren, honren, adoren, testifiquen y trabajen. Pero han sido los hombres quienes han llevado a cabo la *descripción* y *definición* de la guerra, mientras que las mujeres se ven 'afectadas' por ella, 'reaccionan'" principalmente a ella. Si

bien es cierto que se han investigado considerablemente los efectos de la guerra en las mujeres, comparativamente hay mucho menos trabajo sobre las mujeres como guerreras o sobre el tema general del género y la guerra.

No obstante, en muchas sociedades del presente y del pasado, a los niños se les dice que sean hombres, y parte de ese "ser hombres" pasa por mostrar cualidades que asociamos a los guerreros. A medida que crecen, tienen que aguantar rituales, a menudo dolorosos, para iniciarse en la hombría. A los niños se les dan armas de juguete, uniformes o juegos de guerra. En la Europa del siglo XIX se llamaba a la conscripción "la escuela de hombres". Los hombres aprenden a temer la cobardía en mucha mayor medida que las mujeres. Que se les acuse de comportarse como mujeres es algo que tiene connotaciones de sentimentalidad y debilidad. En la formación militar, incluso en las sociedades modernas de hoy en día, los sargentos y oficiales llaman "nenaza" o cosas parecidas a sus nuevos reclutas para avergonzarlos. De este modo, que las mujeres luchen al lado de los hombres amenaza con socavar el concepto de lo que significa ser un hombre. Como lo explica un suboficial del cuerpo de élite US Navy SEALs (cuyo lema es "El único día fácil fue ayer"): "Estos tipos crecieron pensando que las chicas eran más débiles, inferiores, y ponen toda su identidad y su virilidad en lo que hacen. Así que cuando ven a mujeres luchando a su lado, les entra el pánico, porque piensan 'Dios, ¿y entonces yo qué soy?'".

Las mujeres también han desempeñado un papel en este proceso de forja del guerrero. Una mujer estadounidense dijo, al recibir una carta de su novio en la que este admitía haber llorado en lo más crudo del combate durante la Segunda Guerra Mundial, que se había enamorado de un cobarde. "Nunca más volví a escribirle". Al igual que las madres de Esparta en la Grecia clásica o que las mujeres que en la Primera Guerra Mundial entregaban plumas blancas a los hombres en edad de servicio que no vestían uniforme, las mujeres han exhortado a los hombres a combatir y les han avergonzado si se negaban. En varias culturas diferentes las mujeres

mortificaban a los hombres quitándose la ropa o enseñándoles los genitales en señal de burla hacia lo que percibían como cobardía masculina. Durante el gobierno de izquierdas de Salvador Allende en Chile, algunas de sus oponentes conservadoras arrojaban maíz a los militares como si estos fueran "gallinas" que tuvieran miedo de destituir al presidente.

En ocasiones las mujeres se han opuesto a la guerra, a veces alegando que ellas crean vida y no la arrebatan, pero en muchos casos también han animado a ella. "No piensen que lloro porque mis dos hijos mayores han muerto –dijo una madre búlgara a principios del siglo XX–. Lloro porque los dos menores no tienen edad para ir a la guerra y ayudar a expulsar a los turcos". En la Prusia del siglo XIX las patriotas recaudaban fondos para construir barcos de guerra. Después de 1914, las sufragistas militantes que eran Emmeline y Christabel Pankhurst pasaron de pedir el voto para la mujer a apoyar de todo corazón el esfuerzo de guerra, incluyendo la conscripción de hombres. En la Primera Guerra Mundial, una carta de una mujer que se refiere a sí misma como "una pequeña madre" con un "mensaje a los pacifistas" apareció en 1916 en el periódico británico de circulación masiva *The Morning Post* y vendió 70.000 copias en menos de una semana al ser reeditada en forma de panfleto. Las mujeres británicas, decía, como madres de los hombres que estaban luchando para defender el honor y las tradiciones del imperio, no iban a tolerar llamamientos a la paz. "Las mujeres de la raza británica solo tienen una temperatura, y es al rojo vivo". Nosotras las mujeres, continúa, aportamos la munición de "los hijos únicos" para llenar los huecos que dejan los caídos. Las mujeres, "educadas en la delicadeza" y "tímidas", no habían deseado la guerra, pero estaban a la altura de su responsabilidad. "Hemos sacado a nuestros muchachos del colegio, hemos guardado sus gorras de escolares…". Si no regresan, concluye con orgullo, a las mujeres británicas les quedará el glorioso recuerdo de sus hombres.

Como escribió Virginia Woolf en *Una habitación propia*:

> Durante todos estos siglos, las mujeres han servido de espejos dotados del mágico y delicioso poder de reflejar la silueta del hombre al doble de su tamaño natural. Sin este poder, la tierra sin duda seguiría siendo pantano y selva. Las glorias de todas nuestras guerras serían desconocidas. Todavía estaríamos rascando siluetas de ciervos en restos de huesos de cordero y trocando pedernales por pieles de cordero o cualquier adorno sencillo que sedujera nuestro gusto poco sofisticado. Los superhombres y los dedos del Destino nunca habrían existido. El zar y el káiser nunca hubieran llevado coronas ni las hubieran perdido. Sea cual fuere su uso en las sociedades civilizadas, los espejos son imprescindibles para toda acción violenta o heroica. Por eso tanto Napoleón como Mussolini insisten tan marcadamente en la inferioridad de las mujeres, ya que, si no fueran inferiores, ellos dejarían de agrandarse. Así queda en parte explicado que a menudo las mujeres sean imprescindibles a los hombres.

Ese ejemplar occidental del gran guerrero, Aquiles, entrenado desde su infancia para convertirse en una máquina de matar, recurrió a su madre, la nereida Tetis, para que le ayudara con su dolor y su ira cuando Agamenón le humilló. Ella le prometió venganza y le dio una armadura especial. En la vida real ha habido muchos como Aquiles. Julian Grenfell venía de una antigua familia de la aristocracia inglesa. Él, su hermano Billy y sus dos primos Grenfell crecieron antes de la Primera Guerra Mundial en grandes casas a las que acudían primeros ministros, escritores famosos, la realeza y también distinguidos oficiales. A los Grenfell se les daban muy bien la lucha y la caza, en sí una preparación para la guerra, al menos para la tradicional. Su árbol genealógico contaba con almirantes y generales y un mariscal de campo. Los Grenfell ganaban medallas al coraje y morían con valentía en las guerras de Reino Unido por todo el mundo. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, Julian se encontraba en Sudáfrica, desesperado por volver a Europa para unirse a la contienda. “Es horrible estar aquí

arrinconado en un momento como este –le escribió a su madre, Lady Desborough–. ¡Debe de ser maravilloso estar en Inglaterra ahora!". Cuando por fin consiguió llegar a las trincheras del frente occidental, le escribía cartas extraordinariamente francas acerca de la experiencia del soldado, su miedo a ser un cobarde y la excitación de la batalla. Ella las hacía circular con orgullo entre sus amigos y convenció al editor de *The Times* de que las publicase anónimamente.

La cosa más importante para el duque de Wellington no era que sus oficiales supiesen leer un mapa o entendiesen cómo funcionaba un arma, sino su valentía. Antes de 1914, era eso lo que las escuelas públicas inglesas, sus familias y sus amigos enseñaban a los chicos de clase media y alta como Grenfell y sus primos: tenían que aprender a mantener la compostura y controlar sus emociones. Si se enfrentaban a la muerte, que fuera con valentía. En grandes contiendas como la Primera y Segunda Guerra Mundial, era casi impensable no combatir cuando todo el mundo estaba alistándose y los civiles miraban mal a los hombres en edad de servicio que no llevaban uniforme. No había sido la valentía ni la iniciativa propia, dijo un inglés, lo que le había llevado al frente en Francia en la Primera Guerra Mundial: "Al contrario, simplemente me dejé arrastrar por el acontecimiento mundial. Es una debilidad, la incapacidad de resistirse a la marea de los tiempos. No, no es debilidad; es juventud".

Las culturas necesitan héroes y a menudo los que más destacan en nuestra imaginación son los guerreros. Héctor, Aquiles, Gengis Kan, Lancelot, Roberto I de Escocia, Julio César, Babur, Federico el Grande, Napoleón, el barón Von Richthofen, Jerónimo, Ricardo Corazón de León, Saladino. El Antiguo Testamento está lleno de historias de grandes guerreros –Josué, Gedeón, David–. Cada uno tendrá su propia lista, pero los héroes van más allá de las fronteras culturales. Alejandro Magno empezó su invasión de Asia depositando una corona sobre lo que pensaba que era la tumba de Aquiles. Napoleón soñaba con Alejandro cuando invadió Egipto, y el

malogrado Napoleón III, su sobrino, trató de emular a su tío dirigiendo sus propias tropas en la guerra franco-prusiana y las llevó al desastre en Sedán. La Europa del siglo XIX redescubrió la Edad Media y parte de lo que les atrajo fue la imagen del noble caballero vestido de armadura dispuesto a luchar y morir por su honor y el de su dama. Un manual del Ejército austriaco de 1899 decía: "La interpretación estricta del honor militar ennoblece al cuerpo de oficiales por entero y le da el carácter de las gestas caballerescas". Mientras un joven soldado llamado Huntly Gordon se asomaba por la barandilla del barco que le llevaba a Francia en 1914, su compañero citaba unos versos del *Enrique V* de Shakespeare: "Ahora señores, a Francia: esta empresa / les traerá tanta gloria a ustedes como a nosotros".[3] Los jóvenes que fueron a la guerra en 1914, vinieran de las grandes ciudades de Europa o de las partes más remotas de Canadá o Australia, habían sido educados a partir de los mitos y las épicas clásicas, de la gran literatura, las novelas populares como *Los tres mosqueteros* o la sucesión aparentemente infinita de las historias de aventuras para muchachos.

La guerra puede ofrecer aventuras; para muchos también ha sido un negocio, a menudo incluso uno muy lucrativo. Los mercenarios, *free lancers* [lanceros libres] como se los llamaba por las armas que usaban, tienen una historia antigua y a menudo deshonorable. En los siglos XIII y XIV en Italia había bandas de hombres armados que recorrían el país ofreciendo sus servicios a las prósperas ciudades Estado para las guerras con sus vecinos. Algunos eran locales, mientras que otros habían cruzado los Alpes desde el norte, veteranos tal vez de las cruzadas o de las guerras dinásticas que contaban con pocas habilidades más allá del combate. Sus líderes firmaban un contrato, llamado *condotta*, para ofrecer un número determinado de soldados. Los soldados, los *condottieri*, aportaban sus propias armas y armadura y habitualmente combatían mientras se les pagase. Si por alguna razón el pago no llegaba, eran capaces de detenerse

en medio de una campaña, incluso durante una batalla, y extorsionar a quien los había contratado. Cuando terminaban las campañas, que habitualmente tenían lugar durante los secos meses de verano, los *condottieri* a menudo se quedaban rondando por el campo apropiándose de todo cuanto se les ponía a tiro. Un capitán de *condottieri* llevaba en su pectoral la siguiente leyenda "ENEMIGO DE DIOS, ENEMIGO DE LA PIEDAD, ENEMIGO DE LA PAZ", un poco como los líderes pandilleros y sus ostentosos tatuajes hoy en día. Maquiavelo odiaba a los mercenarios, le parecían parásitos peligrosos del cuerpo político e instó a los gobernantes italianos a instituir milicias formadas por civiles que podían ser instruidos con las virtudes necesarias y mostrarse verdaderamente leales a su ciudad e, igualmente muy importante, tener disciplina y estar bien entrenados. El problema, descubriría, era conseguir hacer de los civiles –agricultores, zapateros, profesores– un cuerpo cohesionado de tropas listas para obedecer órdenes y soportar penalidades, además de matar y ser matados.

Al igual que muchos de sus contemporáneos, Maquiavelo consultaba a los clásicos. El admirado Vegecio decía que "la victoria en la guerra no depende enteramente de los números o del simple valor; solo la habilidad y la disciplina pueden garantizarla". Los romanos, continuaba, conquistaron el mundo porque entrenaban constantemente a sus tropas, mantenían una firme disciplina y se tomaban muy en serio el arte de la guerra:

> Sin esto, ¿qué oportunidad habrían tenido los insignificantes ejércitos romanos frente a las muchedumbres de los galos? ¿O con qué éxito podría su pequeño tamaño haberse opuesto a la prodigiosa estatura de los germanos? Los españoles nos superaban no solo en número, sino también en fortaleza física. Siempre fuimos inferiores a los africanos en riqueza y desiguales en engaño y estratagema. Y los griegos, indudablemente, fueron muy superiores a nosotros en las artes y en toda clase de conocimientos.

En sociedades como la romana, la cultura predominante ya preparaba a los hombres jóvenes para convertirse en soldados, al menos en parte. En otros tiempos y lugares, no obstante, era necesario romper el vínculo de los reclutas con la sociedad civil, tanto simbólica como literalmente, antes de poder hacer de ellos buenos soldados. El abandonar las vestiduras de paisano y empezar a vestir uniforme, los cortes de pelo idénticos y la vida en barracones son ritos de pasaje de un mundo al otro. Las antiguas lealtades, a familia, amigos o comunidades, deben ser superadas y remplazadas por otras nuevas hacia el regimiento, el barco o el escuadrón. Los estandartes con águilas de bronce o plata que portaban las legiones romanas, por ejemplo, las banderas, los relatos de triunfos o derrotas pasados, todo ello forma parte de una nueva identidad compartida. Cuando el emperador Augusto recuperó dos águilas romanas que habían sido arrebatadas por los partos, hizo construir un templo para albergarlas y acuñó una moneda en su honor. En el siglo XVI las temibles compañías de mercenarios alemanas, los *Landsknechte*, recibían a sus nuevos miembros con una ceremonia elaborada y pseudorreligiosa: los reclutas pasaban bajo un arco hecho de alabardas y picas para alistarse, inscribían sus nombres en un registro y aceptaban su primera soldada. Después se les leía el severo código de disciplina y juraban cumplirlo. Para refrescarles la memoria, el territorio estaba marcado con patíbulos, reales o dibujados, que podían usarse si rompían sus juramentos.

La disciplina militar siempre ha dependido en gran parte del miedo al castigo, desde el confinamiento en los barracones hasta la ejecución. Desde los antiguos griegos a los iroqueses, varios ejércitos castigaban a sus soldados haciéndoles correr entre sus compañeros mientras estos los golpeaban con sus guanteletes. Los oficiales prusianos golpeaban a sus hombres con la hoja de sus espadas, mientras que los españoles usaban los escobillones de sus arcabuces. Durante siglos, el Ejército y la Marina británicos usaron el látigo de nueve colas, capaz de abrirle la espalda a un

hombre. A los trece años, el futuro almirante Jacky Fisher se desmayó al presenciar su primera flagelación cuando era cadete. Si bien el tipo de delito del que se puede acusar a los soldados ha cambiado con el tiempo (si la blasfemia siguiera siendo punible, reinaría el silencio en la mayor parte de los barracones) algunos se mantienen a lo largo del tiempo y la distancia. No obedecer las órdenes, perder el arma y la deserción son faltas que amenazan el orden y la unidad y eso es algo particularmente peligroso en la batalla. "Un soldado –decía Federico el Grande– debe tener más miedo de su oficial que del enemigo". En tiempos muy diferentes, un hombre muy distinto, el revolucionario ruso León Trotski, vino a decir más o menos lo mismo: "Un soldado tiene que elegir entre una muerte probable si avanza y una muerte segura si retrocede". Al igual que muchos otros antes y después, el Ejército Rojo de Trostski recurría con frecuencia a las ejecuciones sumarias en el campo de batalla, al igual que hicieron los ejércitos soviéticos durante la Segunda Guerra Mundial.

En 1941 William McNeill, un joven estadounidense reclutado igual que otros tantos millones, descubrió otra manera, igualmente ancestral, en la que el ejército convierte a las personas en soldados. En una reseca y polvorienta llanura de Texas tuvo que someterse a ejercicios interminables mientras un "suboficial analfabeto" gritaba órdenes sin parar. "Sería difícil imaginar un ejercicio más inútil". Años más tarde, McNeill, ya convertido en un eminente historiador, se dio cuenta de que recordaba aquellos ejercicios con algo parecido al cariño: "Las palabras no sirven para describir el sentimiento que provoca el movimiento prolongado al unísono que conllevaban aquellos ejercicios". Había tenido, recordaba, una sensación de bienestar y placer por formar parte de un ritual colectivo con sus compañeros. Marchar se convirtió en un fin en sí mismo: "Moverse bruscamente manteniendo el tiempo era suficiente para hacernos sentir bien con nosotros mismos, satisfechos de movernos juntos, y vagamente complacidos con el mundo en general". En nuestras sociedades

contemporáneas, tan individualistas, nos reímos y lamentamos la transformación de seres humanos en autómatas, como en la gimnasia de masas en Pyongyang o los soldados que marchan a paso de ganso en los desfiles militares, pero también admiramos el trabajo de equipo que hace avanzar sobre el agua una canoa de ocho, o el de una compañía de *ballet* sobre el escenario. McNeill terminaría escribiendo un libro acerca de la importancia de lo que él llamaba "el vínculo muscular". Los ejercicios y la disciplina conjuntos crean guerreros que obedecerán órdenes y llevarán a cabo tareas juntos como atletas y bailarines entrenados, incluso en las circunstancias más difíciles. "Es maravilloso –dijo Wellington de su "escoria de la tierra"– que seamos capaces de sacar tanto de ellos".

Quizá nos parezca lamentable la idea misma de un adiestramiento que convierte a seres humanos en partes de una maquinaria, que hace trabajar a sus músculos de manera automática, pero es algo que resulta necesario para que funcionen en combate. Tener una tarea definida, como los marineros en sus barcos, es algo que puede ayudar a mantener el pánico bajo control. El entrenamiento y la disciplina también preparan a los militares para algo tan antinatural como es arriesgar su propia vida y arrebatar las de otros. Cuando la disciplina y el entrenamiento fracasan y las unidades pierden su cohesión, no solo son menos peligrosas para el enemigo, sino que además se vuelven más vulnerables. En la batalla de Antietam, el 16.º Regimiento de Infantería de Connecticut, que se había establecido tan solo un mes antes, fue enviado a combatir sin ningún entrenamiento. Sus hombres apenas sabían disparar, de hecho, aprendieron a cargar las armas el día antes. Los hombres del 16.º Regimiento no sabían marchar ni dar media vuelta como un solo cuerpo, algo que es difícil en las mejores circunstancias y especialmente en el campo de batalla, y sus oficiales carecían aún de la autoridad o el conocimiento para darles órdenes. Cuando los soldados confederados, más duros y experimentados, les atacaron por un flanco entre los maizales, se desató el caos. Los oficiales del 16.º Regimiento, tan poco experimentados

como sus hombres, no sabían qué hacer. Uno le dijo desesperado a su coronel "Díganos lo que quiere que hagamos e intentaremos obedecerle". Los hombres simplemente fueron presa del pánico y huyeron. Un soldado confederado describió a una multitud de soldados unionistas aterrados, al pie de una colina "agazapados en una fila desordenada", incapaces de moverse. "Fuimos a por ellos, descarga tras descarga, sin dudar en la terrible ejecución". El 16.º Regimiento perdió al 25% de sus hombres ese día.

La jerarquía militar, la cohesión y una moral alta pueden entrañar sus propios peligros. En octubre de 1943, un oficial se dirigió a un grupo de sus hombres con estas palabras: "La mayoría de vosotros vais a aprender lo que sucede cuando cien cadáveres yacen juntos, cuando son quinientos y cuando son mil. Y ver esto y –excepto casos excepcionales de debilidad humana– mantenerse decentes nos ha endurecido y es una página de la gloria que nunca se menciona y nunca se debe mencionar". Se trataba de Heinrich Himmler, el devoto lugarteniente de Hitler y líder del ejército propio de los nazis, la Schutzstaffel o SS, responsable de las mayores atrocidades. Los oficiales pertenecían a las SS, y se encontraban en la Polonia ocupada y la página de gloria a la que se refería era el exterminio de los judíos europeos. Si bien hay soldados que llegan a disfrutar el placer sádico de torturar y matar a personas indefensas, otros en cambio lo llevan a cabo como si no fuera más que un simple trabajo.

Un fuerte sentimiento de camaradería y la predisposición a acatar órdenes, que hacen que los hombres luchen y sufran juntos, pueden llevar a una crueldad y maldad sistemática. *Ordinary Men* [Hombres corrientes] es el título del estudio que el historiador Christopher Browning ha dedicado a un batallón de policía alemán que masacraba judíos en Polonia. Algunos eran antisemitas, pero la mayor parte de ellos parecían estar simplemente siguiendo órdenes. A sus miembros se les daba la opción de ser transferidos a otro batallón si la tarea se les antojaba demasiado dura; de quinientos, se

marcharon menos de una docena. En 1944, una compañía de las SS fue a la pequeña ciudad francesa de Oradour-sur-Glane y mataron a todos los habitantes que pudieron encontrar, hombres, mujeres y niños, alegando después que el pueblo estaba muy comprometido con la resistencia. Murieron unas 642 personas, pese a que las SS no tenían pruebas de ninguna actividad de la resistencia. Uno de los SS le dijo después a otro veterano alemán: "De SS a SS, Herr Müller, no fue nada. En Rusia hacíamos cosas así cada día". El pueblo arrasado ha estado vacío desde entonces, como memorial de aquellos tiempos oscuros. No nos sirve de consuelo pensar que los hombres "corrientes" del batallón de policía, o los de las SS, actuaron de esa manera porque eran nazis. También los ejércitos de regímenes democráticos con valores liberales sólidos son capaces de cometer atrocidades. Uno de los retos permanentes a los que se enfrentan incluso aquellas sociedades que están en contra de la violencia arbitraria es el convertir a sus soldados en gente capaz de matar, pero de manera controlada. El delicado equilibrio radica en entrenar soldados para superar las inhibiciones humanas normales ante el acto de matar –de lo contrario serían poco útiles en combate– y mantenerlos controlados para que no se extralimiten.

La guerra tiene sus propias leyes, y una de las más antiguas y persistentes es que no se debe matar, en la medida de lo posible, a los que se han rendido, ni tampoco a los civiles. No obstante, todos conocemos historias o hemos visto fotografías de saqueos de ciudades, ejecuciones de prisioneros de guerra, bombardeos de iglesias llenas de refugiados, o granjas deliberadamente incendiadas, y recordamos nombres como Oradour, Wounded Knee o Nankín. Para cualquier estadunidense que sobreviviese a la guerra de Vietnam el incidente en My Lai, donde un grupo importante de soldados rasos estadounidenses arrasó un pueblo, representa la barbarie de gran parte de esa guerra (las fuerzas vietnamitas cometieron sus propias atrocidades, pero Vietnam no se ha dado mucha prisa en lidiar con ellas).

En 1968, los periodistas estadounidenses que se encontraban en el país empezaron a escuchar hablar del asesinato a sangre fría de unos quinientos aldeanos de todas las edades por parte de una patrulla estadounidense. Un valiente piloto de helicóptero que estaba presente hizo lo que pudo por salvar a los vietnamitas y más tarde presentó un informe a sus superiores, que no tomaron ningún tipo de medida. Los altos oficiales estadounidenses en Vietnam y después en Washington hicieron cuanto estuvo en sus manos para ocultar el incidente. En 1969, uno de los periodistas estadounidenses más respetados, Mike Wallace, entrevistó a Paul Meadlo, uno de los soldados responsables, que admitió que había disparado a quemarropa contra civiles desarmados. "¿Y a cuántos mató?", le preguntó Wallace. Es difícil decirlo, respondió Meadlo, porque con un rifle automático se dispara muchísimo. Entre diez y quince, posiblemente. "¿Hombres, mujeres, niños?". Sí, dijo Meadlo. "¿Bebés también?", preguntó Wallace. "Bebés también". La madre de Meadlo, entrevistada por Seymour Hersh, que había publicado la historia en primicia, dijo de su hijo: "Les envié a un buen muchacho y me han devuelto un asesino".

1 "*This battle fares like to the morning's war, / When dying clouds contend with growing light, / What time the shepherd, blowing of his nails, / Can neither call it perfect day nor night. / Now sways it this way, like a mighty sea / Forced by the tide to combat with the wind; / Now sways it that way, like the selfsame sea / Forced to retire by fury of the wind: / Sometime the flood prevails, and then the wind; / Now one the better, then another best; / Both tugging to be victors, breast to breast, / Yet neither conqueror nor conquered: / So is the equal poise of this fell war*".

2 "*Now, God be thanked Who has matched us with His hour, / And caught our youth, and wakened us from sleeping, / With hand made sure, clear eye, and sharpened power, / To turn, as swimmers into cleanness leaping, / Glad from a world grown old and cold and weary, / Leave the sick hearts that honour could not move, / And half-men, and their dirty songs and dreary, / And all the little emptiness of love!*".

3 “*Now, lords, for France; the enter-prise whereof / Shall be to you, as us, like glorious*”.

VI

EL COMBATE

> "Nadie ha conseguido expresar lo que se siente verdaderamente al combatir. Se han escrito muchos libros, rodado kilómetros de película, pronunciado miles de palabras, y nada de ello ha conseguido hacer justicia a las visiones horrendas, el ruido atronador, la pestilencia y el miedo que lo llevan a uno a levantarse y gritar el horror que se le acumula dentro. Y pese a todo, detrás de todo eso hay algo verdaderamente bello en el combate".
>
> EXTRACTO DEL DIARIO DE UN SOLDADO ESTADOUNIDENSE EN EL PACÍFICO DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La guerra es un misterio tanto para quienes combaten como para los que la observamos desde la barrera. Un misterio preocupante y perturbador. Debería parecernos algo abominable, pero a menudo nos resulta fascinante y, sus valores, seductores. Promete gloria y otorga sufrimiento y muerte. A veces los que no combatimos tememos a los guerreros, aunque al mismo tiempo no dejamos de admirarlos e incluso amarlos. Tampoco podemos hacer como si no perteneciéramos a la misma familia, como si nosotros no fuéramos también combatientes en potencia. Es posible que el escritor australiano Frederic Manning, autor de una de las mejores novelas sobre la Primera Guerra Mundial, *Los favores de la fortuna*, estuviera en lo cierto al afirmar que "la guerra la libran los hombres; no las bestias, ni los dioses. Es una actividad particularmente humana. Tacharla de delito contra la humanidad equivale a perder de vista al menos la mitad de lo que significa; también es el castigo de un delito".

Desde las primeras pinturas rupestres hemos tratado de retratar la guerra y entender su complejidad a través de las artes, por medio de diarios, cartas, memorias, poemas, historias, novelas y películas. ¿Pero en qué medida estos resultan fiables? La memoria falla, y cuanto más complejos e intensos son los acontecimientos, más difícil resulta recordar qué fue lo que sucedió

exactamente. Más allá de eso, toda generación tiene sus propias convenciones acerca de cómo debería narrarse la guerra, y cada una elige concentrarse en unas cosas en detrimento de otras. También depende de quién sea el narrador: un general o almirante probablemente contemplen la batalla como un todo, mientras que el soldado raso o el marinero solo ven su parte en ella. Y vivirla desde el aire o bajo el mar es muy diferente de experimentarla en tierra. Durante mucho tiempo, los registros los llevaba la minoría que sabía leer y escribir, esto también es importante. Sabemos qué pensaba o sentía el caballero, o el capitán de barco, pero desconocemos lo que pasaba por la cabeza del soldado de infantería o del marinero. Una de las muchas novedades de la Primera Guerra Mundial fue precisamente que la mayor parte de los combatientes sabían leer y escribir. Gracias a eso, gran parte de lo que sabemos acerca de la experiencia del combate en general proviene de esos cuatro años de conflicto. Aun así, la mayoría de los escritores publicados de esa guerra eran de clase media y alta, gente educada; ha resultado complicado recuperar las voces de las clases más humildes, aunque puede hacerse y se ha hecho indirectamente, por ejemplo, estudiando los informes de los oficiales acerca de las cartas que escribían sus hombres y que ellos censuraban.

Tenemos que ser cautelosos y no dejar que unos pocos relatos suplanten la enorme variedad de experiencias que proporciona la guerra. Después de la Primera Guerra Mundial, el frente occidental –con sus imágenes de barro, piojos, ratas, muerte, ataques inútiles, generales insensibles e incompetentes– llegó a dominar la memoria, especialmente en Europa occidental. De los cientos de novelas, memorias y poemas publicados por quienes combatieron, son solo un puñado –como las memorias de Robert Graves y Siegfried Sassoon, o la poesía de Wilfred Owen y Sassoon en Reino Unido, Henri Barbusse en Francia o Erich Maria Remarque en Alemania, cuya novela *Sin novedad en el frente* se convirtió en un éxito internacional de ventas– los que han dado origen a la visión potente y muy

concreta de la guerra que tenemos. No obstante, muchos soldados de la Primera Guerra Mundial, y esto es cierto también en el caso de otras muchas guerras, no llegaron siquiera a presenciar los combates, o se encontraron en frentes tranquilos donde la acción no era mucha. Hubo muchos tipos de campos de batalla distintos en aquella guerra; el frente occidental, los Balcanes, Oriente Medio, África, Asia, y también los mares, e igualmente muchas experiencias distintas y muchas formas de contarlas. Así que lo que yo diga aquí no será más que una muestra de lo que se puede contar acerca de la experiencia de la guerra.

Mis ejemplos vienen en su mayoría de los combates en tierra. No es que la guerra aérea o naval sea menos intensa para quienes la viven de cerca, pero para los espectadores resulta más difícil ponerse en el lugar de los pilotos y los marineros; no podemos visitar los campos de batalla de la guerra aérea y, a menos que seamos buceadores, tampoco los lugares en los que tuvieron lugar las grandes batallas navales, ni las tumbas de aquellos que murieron en el mar. En su día, las tripulaciones de las galeras, e incluso de los primeros barcos de vela, se acababan enzarzando entre sí, pero a medida que los barcos se hicieron más fáciles de manejar y con la llegada de la propulsión a vapor, la guerra naval empezó a consistir mayormente en tratar de hundir los barcos del enemigo desde la distancia. Llegado el siglo XX, muchas veces los marineros ni siquiera llegaban a ver los barcos enemigos porque se encontraban más allá de la línea del horizonte. Los ases de la aviación de la Primera Guerra Mundial a menudo se veían las caras mientras combatían, e incluso conocían los nombres de sus adversarios. Para las tropas que se afanaban en la guerra masiva en tierra constituían una especie de equivalente moderno de los caballeros de reluciente armadura que aportaban una dimensión humana a la guerra, y seguramente esa fuese también la imagen que ellos tenían de sí mismos. La guerra aérea ha avanzado con tanta rapidez que los pilotos están quedando obsoletos y los combates aéreos del futuro los librarán máquinas. La mayor parte de

nuestros héroes bélicos y de las historias que conocemos proceden de la guerra terrestre. El éxito de ventas de 2018 del Instituto Smithsoniano *Batallas que cambiaron la historia* enumera 42 batallas entre el comienzo del siglo XVII y Pearl Harbor en 1941, de las que solo 5 son batallas navales.

¿Podemos aspirar a entender o sentir lo que significa combatir con y contra otros seres humanos?, ¿los olores, sonidos y sensaciones de la contienda, el miedo y la muerte omnipresentes, la locura que hace presa de los soldados al ataque, el pánico de los vencidos? Aunque es un objetivo escurridizo, seguimos intentándolo porque la guerra es una parte importante del ser humano, de nuestra historia y evolución. Y tal vez, entre la cacofonía de voces provenientes de lugares y tiempos tan distintos, seamos capaces de seleccionar algunos elementos que puedan servirnos para hablar del combate. La posibilidad omnipresente de la muerte, para empezar, aunque los guerreros de diferentes culturas le hagan frente de maneras diversas. Los antiguos griegos conocían los horrores de la batalla, pero sus escritores los describían desapasionadamente, dejando constancia de las heridas infligidas y recibidas y llorando muy parcamente las vidas perdidas. La muerte era algo que sencillamente les sucedía a los guerreros. En la *Ilíada*, lanzas y flechas traspasan entrañas, ojos y pechos y los hombres mueren en medio de una gran agonía. Como cuenta Homero de uno de ellos "el ánima ya exhalando, quedó espurrido en la tierra / como una lombriz; y al manar negra sangre empapaba la arena…".[1] Ningún cielo los espera como consuelo; parten sin más hacia las tinieblas. En el caso de la cristiandad y el islam, al menos existe la promesa de la vida eterna como recompensa al sufrimiento y el sacrificio en la tierra.

El barro y la confusión forman parte de la guerra desde que existe. Las batallas se cuentan entre las actividades humanas más organizadas y, al mismo tiempo, entre aquellas en las que es más probable que las cosas no vayan como se ha previsto. "Ningún plan –decía Moltke el Viejo, artífice de las victorias prusianas del siglo XIX– sobrevive al primer contacto con el

enemigo". En *Guerra y paz*, Pierre Bezújov vaga, desconcertado, por el campo de batalla de Borodinó. No sabe qué está pasando, si ganan los rusos o los franceses, y tampoco lo saben los oficiales y soldados con los que se encuentra. Tolstói señala que ni siquiera los generales de ambos bandos lo saben. Las memorias que escriben los generales después de los acontecimientos pueden narrar la historia de un grandioso plan estratégico que se va desarrollando según lo previsto, pero la realidad es mucho más caótica. Incluso los grandes comandantes, ya se trate de Napoleón buscando una torre o colina que le permitiese ver el campo de batalla, o del general Norman Schwarzkopf en la primera guerra del Golfo, con sus vigías digitales sobre el terreno, no pueden hacer más que observar la confusión e intentar deducir hacia dónde se encaminan las cosas. En medio de una batalla, las órdenes pueden llegar demasiado tarde, resultar imposibles de ejecutar o no llegar nunca a su destino, además de que siempre existe la posibilidad de que quienes las reciben las entiendan mal o las desobedezcan. La catástrofe de la carga de la Brigada Ligera, cuando la caballería ligera británica cargó tan solo para ir a darse de bruces con los fusiles rusos, fue ocasionada por una orden ambigua y el mando precipitado del earl de Cardigan, deseoso de cubrirse de gloria. En la batalla de Crécy, en 1346, los ingleses tenían muchos menos hombres que los franceses, pero el rey francés no fue capaz de contener a sus caballeros y estos cargaron sobre sus propios arqueros y unos sobre otros. Como cuenta un cronista, "los que estaban detrás no pararon hasta llegar a las líneas frontales. Y cuando los que iban delante los vieron venir, avanzaron también. Así que el orgullo y la vanidad tomaron las riendas de los acontecimientos. Todos querían brillar más que sus compañeros".

Desde el principio de la Edad Moderna hasta la segunda mitad del siglo XIX, la guerra estuvo sumida en una niebla literal para los soldados, y metafóricamente esto sigue siendo así incluso hoy. Julian Grenfell escribió a su madre al llegar a Francia en 1914, antes de que la guerra se asentase en

las trincheras, que su tropa llevaba a cabo marchas y contramarchas mientras en la distancia se oía el estruendo de los disparos y nadie parecía saber qué sucedía. Como escribió el estadounidense Tim O'Brien en su magnífica novela sobre Vietnam *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*, "al soldado común, al menos, la guerra le comunica la sensación –la textura espiritual– de una gran niebla fantasmal, densa y permanente".

Michael Howard, que después se convertiría en un gran historiador bélico, llegó a Salerno, en el sur de Nápoles, como oficial durante el otoño de 1943. En lo que sería su primer encuentro con el enemigo alemán, se le envió a tomar una colina en medio de la noche. Él y su pequeña tropa se perdieron en la oscuridad y llegaron más tarde de lo previsto y con un cierto desorden al punto de salida, en medio del bombardeo que debía cubrirlos. Mientras se guarecían tras un muro de piedra, las balas alemanas les pasaban sobre la cabeza. Recuerda que se sintió como si estuviera en una película de serie B haciendo del comandante de sección galante: "De acuerdo, pensé, si me han escogido para ser David Niven, más vale que me comporte como David Niven, así que dije entre dientes: 'Venga, todos conmigo'". Los británicos avanzaron a trompicones en medio de la oscuridad entre árboles y terrazas. "Todo lo que sucedió después fue tan confuso que es difícil narrarlo de manera coherente", escribió, aunque recuerda haber gritado como un loco, y también los fogonazos y el estruendo de las granadas y los disparos alemanes. La misión tuvo éxito, y los alemanes se retiraron. A la mañana siguiente, los británicos enterraron a los muertos alemanes, "pequeños muñecos patéticos".

Muchos combatientes han tratado de describir las presiones que experimentaron y la intensidad de la experiencia, que se mezcla con el miedo a la muerte, la necesidad de seguir cumpliendo sus órdenes y la extraña euforia que puede sentirse en la batalla. David Thompson, un soldado de Nueva York, trató de esbozar lo que sintió en la batalla de Antietam. "La verdad es que cuando las balas rebotan contra los troncos de

los árboles y los disparos perforan cráneos como si fueran cáscaras de huevo, la principal pasión que consume el pecho del hombre medio es la de quitarse de en medio". Pese a todo, cuando recibió la orden, se levantó y avanzó. "En un segundo, el silbido de las balas y el estruendo de la metralla llenaba el aire. El esfuerzo mental era tal que en aquel momento vi ese efecto singular que creo que se menciona en la vida de Goethe en un momento similar: por un instante, todo el paisaje se tiñó de rojo". Manning, cuya novela se basa en su propia experiencia en el Somme, hablaba de "un punto de acción brillante y duro". "Lo más espantoso, por supuesto, es el primer combate. Simplemente porque aún no sabes nada… El cielo tronaba, la tierra tronaba, el corazón me estallaba, la piel parecía a punto de romperse. No sabía que la tierra pudiera crujir. Todo crujía, todo tronaba".

En ocasiones, en medio de la batalla, una extraña calma puede sobrevenir a quienes participan en ella. En sus excelentes memorias sobre la Primera Guerra Mundial, *Un año en el altiplano*, el italiano Emilio Lussu recuerda haber participado en muchos de los inútiles ataques italianos contra las líneas austriacas. Los italianos estaban bajando de una colina cuando las ametralladoras austriacas empezaron a disparar sobre ellos:

> Por un momento, me vi presa de un entorpecimiento mental y todo el cuerpo se me volvió lento y pesado. 'Tal vez esté herido', pensaba y, sin embargo, no lo estaba. Los cercanos disparos de las ametralladoras y el apremio de las unidades que avanzaban a mis espaldas me despertaron. Recobré de súbito la conciencia de mi estado. No era rabia ni odio, como en una pelea, sino una calma completa, absoluta, una forma de cansancio infinito en torno al pensamiento lúcido. Después también aquel cansancio desapareció y reanudé la carrera, veloz.

Algo que se deduce de muchos de los relatos de combatientes es el miedo. Miedo a ser heridos o a morir, por supuesto, pero también a no superar la prueba de la guerra, a dejarse llevar por el pánico y comportarse

inadecuadamente. Tim O'Brien, que combatió en Vietnam, escribió: "Los hombres mataban, y morían porque se avergonzaban de no hacerlo. Era eso lo que los había llevado a la guerra en primer lugar, nada positivo, ningún sueño de gloria, ni tampoco el honor, tan solo evitar el sonrojo del deshonor". Incluso Julian Grenfell sentía miedo, como le admitió a su madre después de su primera acción en Francia. Quería decir que la había disfrutado, "pero es sangriento. Durante un rato hice como que me gustaba, pero no sirvió de nada; solo me hizo ser más descuidado, estar poco atento y ensimismado. Pero en el momento en que se acepta que es algo sangriento, uno vuelve a sentirse bien y tranquilo".

Aunque en condiciones de paz es difícil predecir quién será valiente y quién no a la hora de la verdad, el adiestramiento y la disciplina, y a veces también el liderazgo, pueden ayudar a los combatientes en los enfrentamientos más peligrosos. En la batalla de Gettysburg, una colina clave, Little Round Top, estuvo a punto de caer en manos de los confederados, pero la Unión consiguió salvar los muebles gracias a una pequeña tropa al mando de un profesor universitario. Contra toda probabilidad, las fuerzas de la Unión cargaron con sus bayonetas y los confederados se dispersaron.

Algunas veces, como recordaba Howard, actuar como un soldado tenía tanto que ver con impresionar a los demás como con combatir. En otro ataque, esta vez diurno, acabó refugiándose en una trinchera con otro joven oficial. "Esto es como una película americana mala", dijo Howard. "Sí, pero menos divertido", le respondió su compañero. En Vietnam, los soldados de O'Brien hablaban con mucha dureza: "Empleaban un vocabulario duro para no parecer blandos. *Quemado*, decían. *Despanzurrado*, *liquidado*, *no tuvo tiempo ni de subirse la cremallera.* No era crueldad, solo sentido escénico". Para poder lidiar con la muerte, a menudo los soldados hacían bromas y les ponían cigarrillos entre los dedos a los cadáveres de sus enemigos en ambas guerras mundiales. Durante la guerra de las Malvinas entre Reino Unido y

Argentina, el destructor británico Antrim fue alcanzado por un avión argentino. Empezó a perder combustible, con el consiguiente peligro de incendio. En el momento de mayor tensión, con todas las alarmas del barco sonando y la tripulación corriendo de un lado para otro, de repente apareció un fogonero. "¡ALTO!", gritó. Todos, oficiales y marineros, quedaron inmóviles. Señaló uno de los corredores, diciendo: "¡Zulúes! ¡Miles de zulúes!", y desapareció (al parecer la película *Zulú*, sobre la guerra anglo-zulú del siglo XIX es una clara favorita del Ejército británico, pese a que los zulúes salen bastante bien parados en ella). Chris Parry, futuro almirante, recordaba aquel incidente por la manera en que consiguió aligerar la tensión reinante.

Durante mucho tiempo, en muchas culturas diferentes, la religión o los ritos han formado parte de las batallas. A lo largo de los siglos, los guerreros se han valido de bailes, rituales y plegarias para prepararse para el combate, y también han usado amuletos o supersticiones para protegerse. Los bóxers que se rebelaron contra la dinastía manchú y atacaron a los extranjeros a finales del siglo XIX pensaban que sus artes marciales los hacían invulnerables ante los disparos. Los ritos también pueden servir para alcanzar una catarsis tras la batalla. Cuando Eneas convence a su padre para que huyan de Troya, le pide al anciano que lleve consigo sus objetos más sagrados: "Toma en tus manos, padre, los objetos sagrados y los penates patrios, a mí, recién salido de tan horrenda lucha y mortandad, no me está permitido poner mi mano en ellos hasta que no me lave en agua viva".

El alcohol y las drogas pueden tener un efecto similar a la hora de ayudar a los guerreros a prepararse para la batalla y asimilar lo sucedido después de ella. El Ejército británico, como muchos otros en el continente europeo, solía repartir *brandy* o ron entre sus tropas; en Vietnam los soldados estadounidenses tomaban drogas para acallar sus miedos. En su libro sobre la Primera Guerra Mundial, Lussu explica cómo en una ocasión los italianos prácticamente se sintieron desfallecer ante las emanaciones de

brandy que emitían sus atacantes austriacos. Sus compañeros, los otros oficiales italianos, también bebían muy resueltamente, lo suficiente para soportar la locura de la guerra. Una vez vio a un oficial italiano tratar de ponerse la pistola en la cabeza y disparar con su casco. Uno de ellos le dijo: "Me defiendo bebiendo. De lo contrario, estaría ya en el manicomio". Aunque ninguno de los dos bandos lograba ver al otro, ambos seguían intentando matarse entre sí. "Es horrible. Por eso estamos todos borrachos todo el tiempo, en los dos bandos". Hoy en día, los ejércitos modernos han desarrollado formas mejores de tratar el estrés, pero sigue siendo algo de lo que resulta imposible escapar.

A veces los soldados pueden incluso buscar la muerte, como el último emperador de Bizancio, que deambulaba en vano por las murallas destruidas de la ciudad en 1453 con la esperanza de que los conquistadores otomanos lo matasen, pero la mayoría tratan muy activamente de evitarla, o al menos esperan que les suceda a los demás y no a ellos. La muerte en el campo de batalla a menudo es repentina y aleatoria. Lussu se encontraba en el altiplano entre Italia y la Eslovenia de hoy, que entonces formaba parte del Imperio austrohúngaro. Mal equipados y dirigidos, los italianos se veían obligados a lanzar ataques reiterados contra las líneas enemigas por los que pagaban un alto precio. Lussu recuerda estar sentado con un amigo de la universidad, esperando la orden para un nuevo ataque. Compartían cigarrillos y una botella de *brandy*, hablando de Homero, preguntándose si, de haber tenido *brandy*, el gran guerrero troyano Héctor hubiera sido capaz de darle su merecido a su némesis griega, Aquiles. "He olvidado muchas cosas de la guerra –escribe Lussu–, pero no olvidaré nunca aquel momento. Miraba a mi amigo, que sonreía, entre una bocanada y otra de humo. De la trinchera enemiga partió un disparo aislado. Él inclinó la cabeza, con el cigarrillo en los labios, y de una mancha roja, que se le había formado en la frente, brotó un hilo de sangre. Lentamente, se dobló sobre sí mismo y cayó a mis pies. Lo recogí muerto".

Aunque los combatientes lloren a sus muertos, tampoco pueden permitirse que eso les detenga mucho tiempo. "Se sufre indirectamente –escribe Frederic Manning–, con la inevitable simpatía del hombre por el hombre". Se olvida rápido, continúa, y también está el alivio de seguir vivo. "Se aparta la mente como se aparta la mirada. La mente se tranquiliza después del primer grito desesperado '¡Es a mí!'… No, no es a mí. A mí no me pasará eso".

El contacto con la muerte ayuda a valorar más la vida. En 1917, después de una batalla en el frente occidental en la que su unidad sufrió pérdidas, Ernst Jünger, autor de *Tempestades de acero*, un clásico del género de las memorias de guerra, contaba que en la aldea en la que se guarecieron los supervivientes se escuchaban los alegres rencuentros.

> Estas ofrendas a Baco, celebradas tras batallas en que el desenlace ha sido favorable, cuentan entre los recuerdos más bellos de los viejos guerreros. Y aunque de doce hayan muerto diez, es seguro que, en la primera noche tranquila, los dos últimos se encontrarán ante una botella, beberán silenciosamente un vaso a la memoria de los camaradas muertos y luego comentarán entre bromas las vivencias comunes.

En Birmania, durante la Segunda Guerra Mundial, George MacDonald Fraser quedó muy sorprendido cuando tras una batalla en la que había muerto uno de los suyos ninguno de los demás soldados dijo gran cosa, ni sobre ello ni acerca del muerto. "No expresaban pena, ni rabia, ni alivio evidente, en realidad, no expresaban ningún sentimiento en absoluto; no revelaban síntomas de *shock* o perturbación, ni tampoco estaban nerviosos o irascibles. Si se mostraban más tranquilos que de costumbre aquella noche, era porque estaban simplemente agotados". Pese a todo, antes de acostarse extendieron una lona sobre el suelo y colocaron encima todas las pertenencias del difunto, y cada uno de ellos se quedó con una. Aquella era, entendió Fraser, su manera de recordarle y rendirle homenaje.

Por supuesto, una guerra no solamente es miedo, muerte o acción; también es esperar, aburrirse y quejarse de la comida, los piojos y las ratas, el mal tiempo o los superiores. Los soldados romanos enviaban a sus casas cartas repletas de quejas y, si tenían la mala suerte de estar destinados a la Muralla de Adriano, en el norte de Inglaterra, también pidiendo que les mandaran ropa de abrigo. Dos milenios después, los soldados japoneses en China suplicaban a sus familias que les enviaran calcetines y ropa interior. Un fragmento de papiro encontrado en Egipto nos transmite otra queja eterna por vía de la pluma de un soldado romano: "Pero nunca me escribes para hablarme de tu salud, de cómo estás. Me preocupo por ti, porque aunque has recibido con frecuencia cartas mías, nunca me escribes de vuelta para que pueda saber cómo estás…". En el Ejército francés, Robert Dorgelès, hojalatero de profesión, decía que se había quedado paralizado y superado al cambiar la vida civil por la militar. "Me pareció que estaba emprendiendo el camino ignoto de un mundo en el que todo funcionaba al revés, y el mismo día de mi partida, me convertí en escritor de guerra". Se vendían plumas y cuadernos especiales para dar cuenta de la vida en el frente, relatos que se publicaban en periódicos de y para soldados. La publicación estadounidense *Stars and Stripes* publicó cien mil versos de soldados estadounidenses durante el breve periodo durante el cual EEUU participó en la guerra.

El hogar queda muy lejos para aquellos que combaten, y no solo geográficamente lejos. La guerra puede alterar, aún más que la vida militar en tiempos de paz, las expectativas normales de la vida y también los conceptos de tiempo y espacio. El mismo invierno que fue enemigo de Napoleón en 1812 o del Ejército alemán en la Segunda Guerra Mundial, resultaba un aliado para los rusos que defendían su patria. El tiempo puede transcurrir de manera insoportablemente lenta antes de una batalla, y acelerarse durante el combate de manera que los segundos parecen minutos. El primer enfrentamiento cara a cara de Fraser con los japoneses, cerca de

un pequeño templo, duró cosa de un minuto, aunque él recordaría vívidamente las diferentes escenas durante el resto de su vida, y también sus sentimientos: "Una excitación nerviosa continua con fogonazos de ira, terror, euforia, alivio y extrañeza". Un soldado británico que combatió en Mons en la Primera Guerra Mundial dijo que "una batalla resultaba algo maravillosamente emocionante mientras sucedía…". Otro soldado alemán que estaba en el bando contrario experimentó, mientras avanzaba "un grito victorioso, un canto salvaje y sobrenatural surgía de mí, motivándome e inspirándome, colmando todos mis sentidos. Había superado el miedo, había conquistado mi propio cuerpo mortal".

La guerra invierte lo que consideramos el orden natural y la moralidad en la sociedad. Destruir edificios, puentes o ferrocarriles, la infraestructura que mantiene vivas a las sociedades, resulta correcto y necesario en tiempos de guerra, y también lo es asesinar y herir a otros seres humanos. Lo que parece grotesco o deplorable en tiempos de paz –el olor a muerte o a cadáveres insepultos, la suciedad, los piojos, el agua estancada o los alimentos pútridos– es simplemente parte de la guerra. Las posesiones –ropa elegante o equipo deportivo– de las que nos rodeamos en tiempos de paz pierden su valor, mientras que otros objetos a los que nunca dimos mayor importancia, como un cortaalambres o polvos para los pies, adquieren una enorme importancia. En *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*, O'Brien nos muestra una serie de listas, que varían de soldado a soldado, pero que siempre incluyen un casco de acero, vendajes de compresión por si los alcanzaban, repelente para mosquitos, raciones y agua. Durante el verano de 1919 el artista canadiense David Milne fue enviado a retratar los campos de batalla del frente occidental en los que habían luchado los canadienses, por fin tranquilos. En una carta a un amigo enumera el contenido de un único cráter de misil: comida enlatada, proyectiles, granadas de mano, botellas de agua, cananas, máscaras de gas, cascos, ropa. Tan solo un año antes, lo que Milne llamó "la gran masa de

basura" había sido el equipo de los soldados.

La guerra modifica y altera los patrones de la vida diaria. En el frente occidental, durante la Primera Guerra Mundial, la noche era segura y el día peligroso. El sol exponía a los soldados a los ojos que los observaban desde el otro lado. Durante el día se descansaba, por la noche se trabajaba, ya fuese cargando suministros, reparando o cavando nuevas trincheras, construyendo túneles u organizando incursiones a la tierra de nadie. La luna llena, lejos de despertar admiración, era un enemigo. Los fuegos artificiales en los cielos no eran festivos, sino señales de muerte y destrucción. También el significado de los paisajes era distinto: los ríos y canales ya no servían para transportar cosas o para regar los campos, ahora eran defensas u obstáculos que atacar. Montañas, bosques, colinas y valles formaban parte de los planes de batalla, eran objetivos tácticos que tomar o defender. La cresta de Vimy, en el norte de Francia, se eleva tan solo 60 metros por encima de la llanura en la que se encuentra, pero a los canadienses les costó 10.000 vidas arrebatársela a los alemanes en 1917. Los campos y las granjas ya no producían vida, sino muerte y cosechas de chatarra, y en el frente occidental sigue siendo así cuando el frío invernal levanta la tierra y aparecen proyectiles no detonados que todavía pueden cobrarse vidas.

Algunos comportamientos que pueden resultar inaceptables en tiempos de paz –jurar o blasfemar, por ejemplo– se convierten en algo normal durante la guerra. Lo mismo sucede con la gorronería, o con lo que en tiempos de paz se llamaría robar. Cuando la sección de Fraser fue designada para ayudar en la descarga de suministros por paracaídas, este se ofendió por la actitud suspicaz del oficial al mando que los recibió, que les advirtió de que no debían llevarse nada. Para su sorpresa, los hombres aceptaron este trato sin rechistar y trabajaron voluntariosamente durante todo un caluroso día. Al terminar, el mismo oficial les felicitó por su diligencia y les regaló unas cuantas cajetillas de tabaco como recompensa. De vuelta al campamento, los hombres extendieron una lona sobre el suelo y Fraser los observó con

una mezcla de sorpresa y admiración mientras vaciaban el azúcar que habían metido en sus cantimploras y bolsillos y sacaban de sus gorras té, cigarrillos, tabaco y latas de comida. “Para cuando acabaron la lona aquella parecía la sección de alimentación de Harrods”.

La guerra cambia también las normas del sexo. Esto nos hace pensar inmediatamente en la violación como acto de dominación y destrucción, pero en medio de una guerra el sexo también puede ser una afirmación de vida. La proximidad de la muerte hace que las prohibiciones y restricciones de los tiempos de paz pierdan por completo su sentido. “Desde el punto de vista de la mayoría de la gente, lo que hacíamos era inmoral –dijo un soldado estadounidense de la Segunda Guerra Mundial–, pero éramos jóvenes y podíamos morir mañana mismo”. El contacto emotivo con otro ser humano es importante, incluso si se produce a través del sexo remunerado. La dueña de un burdel de Nueva Orleans que se llenó de militares estadounidenses durante la Primera Guerra Mundial dijo: “Me he dado cuenta de cómo la idea de la guerra y de la muerte despierta la lubricidad en los hombres”. No era tanto una cuestión de placer, decía, “sino una especie de ataque de nervios que solo podía curarse con una chica y un buen revolcón”. El protagonista de Manning, Bourne, se siente extrañamente conmovido por la joven granjera francesa que le sirve la cena, en parte porque le hace tomar conciencia de su propia mortalidad y soledad: “La revulsión temblorosa que nos produce la muerte nos lleva instintivamente al amor, como acto que parece reafirmar la plenitud del ser”. Cuando está en el frente no piensa en mujeres, apunta. Como sugieren varios expertos, cuanta mayor es la cercanía entre hombres y mujeres en el campo de batalla, menos importancia se le da al sexo, tal vez porque todos están demasiado concentrados en la supervivencia y demasiado ocupados, asustados o simplemente cansados.

La ruptura de tabús de todo tipo, y la destrucción que la guerra trae consigo pueden despertar un entusiasmo curioso. En julio de 1917 Huntly

Gordon, un joven oficial de artillería escocés destinado en el frente occidental, le escribía a su madre acerca de una visita nocturna a la ciudad destruida de Ypres, recién bombardeada una vez más por los alemanes. Encontró, decía, "una extraña belleza en las calles desiertas donde solo quedaban en pie unas pocas casas. Una de ellas, como una especie de casa de muñecas gigantesca, carecía de fachada y se podían ver sus habitaciones, algunas todavía amuebladas y con algún que otro cuadro torcido". Se dirigió a la Puerta de Menin, cruzando la gran plaza en la que se encontraba lo que quedaba de la Lonja de los Paños, una maravilla gótica. "He oído hablar del Taj Mahal bajo la luna, pero para mí nunca podrá ser tan impresionante como esta ruina. Las piedras y la mampostería brillaban con un blanco níveo y la enorme torre proyectaba sus torretas melladas contra el cielo oscuro como si se tratara de un enorme iceberg". Al apresurarse a cruzarla pudo ver junto a una farola el cuerpo sin vida de un soldado.

Para cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, la aparición de los bombarderos de largo alcance supuso que el frente cada vez estuviera más cerca de los ciudadanos, que experimentaron la misma fascinación por la destrucción. Un joven diplomático canadiense, Charles Ritchie, salía de un cine del centro de Londres después de un pesado bombardeo en octubre de 1940. "Parecía –escribió en su diario– que todo Piccadilly estuviese en llamas. Lenguas de fuego lamían las columnas que coronan el London Pavilion. Condujimos hasta el Dorchester a través de bombas y metralla, era como si hubiera fuego en todas partes". Él y sus compañeros estaban "excitados como niños" y extasiados. "Hay una euforia en esta orgía de destrucción, y también en el peligro, pero al día siguiente fue como levantarse después de una juerga. Me despertó el ruido que hacían al recoger los cristales rotos". El 6 de agosto de 1945, Toyofumi Ogura, un profesor de historia japonés, se hallaba cerca de Hiroshima cuando de repente se produjo un enorme fogonazo. Se quedó paralizado observando la nube gigante que se expandía sin dejar de crecer. No tenía, recuerda, forma

de describirla: “Los conceptos y fantasías poco sofisticados de los antiguos eran inútiles para intentar describir aquella hórrida exhibición de nubes y luces en el firmamento”. Siguió caminando hacia la ciudad, llevado por el impulso de presenciar la destrucción, que describiría después como “la mayor de las que el hombre haya vivido nunca”.

No resulta fácil explicar cómo es estar en una guerra. Cuesta encontrar las palabras e imágenes; tampoco lo es cuando quienes están en casa no quieren escuchar las realidades de la vida en el combate. Gordon, el joven oficial escocés, se queja en sus memorias de haber vuelto de permiso a Edimburgo, su casa, y tener que soportar a los incontables visitantes con sus preguntas estúpidas acerca de la vida en el frente. “Bien, gracias, está bien”, es todo lo que atina a contestarles. “¿Qué otra cosa podría decirles? ¿Cómo podrían intentar entender siquiera? Simplemente, estábamos en mundos distintos”. La guerra moderna agudiza el contraste entre esos mundos distintos. Hoy en día se puede sacar a los combatientes del campo de batalla y mandarlos a donde sea en un santiamén, pero ya en la Primera Guerra Mundial era posible para los soldados estar en las trincheras un día y de vuelta a casa en sus países al siguiente.

Algo que puede enfadar a quienes combaten es la idea de que muchos en la retaguardia se aprovechan de la guerra. En la novela de Manning o las memorias de Fraser, los soldados se quejan repetidamente de los altos salarios que reciben los mineros, o los obreros de la industria armamentística; de los beneficios de la industria de guerra o de los fabricantes, o simplemente, de lo mucho que los civiles deben de estar divirtiéndose. Otro joven oficial escocés, John Reith (que más tarde se convertiría en lord y dirigiría la BBC durante mucho tiempo), pasó parte de su primer permiso durante la Primera Guerra Mundial en Londres. Un día salió a cenar con su hermano, pero fue incapaz de disfrutar de la comida y del entorno suntuoso al darse cuenta del número de hombres sin uniforme que le rodeaban. “Fue como una sacudida; estaba desacostumbrado a aquel

tipo de vida y de alguna manera me generaba rencor".

Durante la invasión japonesa de China a finales de la década de 1930, un soldado japonés escribió: "Me pregunto si la gente que está en sus casas, llenos de júbilo al pensar en los siempre victoriosos soldados japoneses, entienden el dolor infinito que esta victoria trae consigo". Aunque *Sin novedad en el frente* de Erich Maria Remarque es un libro de ficción, se inspira en la experiencia del autor como soldado del Ejército alemán, y las escenas en las que su protagonista Paul Bäumer trata de describir cómo es la guerra resuenan en innumerables memorias y cartas de la Primera Guerra Mundial. Cuando Bäumer regresa a casa de permiso se da cuenta de que es incapaz de comunicar nada acerca de la realidad de la guerra a sus conocidos o a su familia. No quiere alterar a su madre moribunda ni a su padre, y lo que los demás desean son historias de actos heroicos o de la victoria cercana que no puede contarles. Se dice para sus adentros, con tristeza, que hubiera hecho mejor no volviendo a casa.

Otra brecha que se abre entre el frente y la retaguardia es el odio de los civiles hacia el enemigo, que a menudo es mayor que el de los que combaten realmente. En la Segunda Guerra Mundial un estudio británico demostró que quienes vivían en áreas rurales que no habían sufrido la guerra relámpago tenían más tendencia a desear que las ciudades alemanas fueran bombardeadas como represalia que los habitantes de las ciudades que se habían visto severamente afectadas. En la misma guerra, una encuesta entre soldados estadounidenses reveló que los que todavía no habían abandonado EEUU tenían más tendencia a estar de acuerdo con la eliminación "total" de los japoneses que aquellos que ya se encontraban en el Pacífico. El caso del combatiente que, como Ernst Jünger, admite que entró en la batalla "presa de una rabia frenética" y deseando matar es menos frecuente que el oficial británico que dijo de su enemigo en la Segunda Guerra Mundial: "De hecho los respetamos porque son soldados valientes, pero es nuestro trabajo vencerles y ganar la guerra". En la *Ilíada*, cuando

Aquiles llama “amigo” a uno de los troyanos que está a punto de matar, lo que hace es reconocer que ambos son guerreros que cumplen con su deber. “No se les puede culpar –dice Gordon de los alemanes en la Primera Guerra Mundial– por defenderse y dispararnos”. No es capaz de odiarlos, descubre; lo cierto es que le inspiran una cierta forma de piedad, ya que probablemente lo estén pasando aún peor que los británicos. Las treguas navideñas que surgían espontáneamente en las líneas del frente occidental hasta que las autoridades les pusieron fin, y los acuerdos oficiosos de vive y deja vivir –dejar al otro bando recoger a sus muertos sin atacarles, por ejemplo– reflejan la intuición de que las privaciones compartidas y la humanidad van más allá de las líneas de combate.

Frank Richards, cuyo libro *Los viejos soldados nunca mueren* es uno de los pocos relatos que narran la Primera Guerra Mundial desde la perspectiva de un soldado raso, participó en una de esas treguas en 1914. Los primeros en salir fueron los soldados, y rápidamente les siguieron los oficiales. “Estuvimos todo el día juntos”. Los alemanes enviaron un barril de cerveza a las trincheras británicas, y los británicos les correspondieron enviándoles *plum pudding*. “Uno de sus hombres hablaba inglés –recuerda Richards–, y mencionó que había trabajado algunos años en Brighton y que estaba hasta las narices de aquella maldita guerra y que se quedaría muy a gusto cuando se terminase. Nosotros le dijimos que no era el único que estaba hasta las narices”.

Lo que aquel hombre sentía lo han sentido muchos otros en otras guerras, lugares y momentos. Un soldado japonés que se encontraba en China a finales de la década de 1930 se entristeció cuando su comandante ordenó que interrogasen a los chinos heridos y después los matasen: “Aunque son nuestros enemigos, son seres humanos con un alma como todas las cosas vivas de este mundo. Usarlos para probar el filo de nuestras espadas es verdaderamente cruel”. Una mujer soviética que trabajó como asistente médica en un regimiento de caballería durante la Segunda Guerra Mundial

recordaba los remordimientos que sintió por haber disparado contra dos soldados alemanes: "Uno era tan joven, tan guapo… Daba pena, aunque fueran nazis… Ese sentimiento tardó en desaparecer: no quería matar, ¿lo comprende? Mi alma se colmó de odio: ¿para qué narices habían tenido que atacar nuestra tierra? Matar con tus propias manos produce miedo. No hay otra palabra… Mucho miedo… Si toca hacerlo…". Un estudio muy citado acerca de los soldados estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial concluyó que solo entre el 15 y el 20% tenían la preparación necesaria para apuntar y disparar al enemigo; el resto no disparaba en absoluto o lo hacía sin apuntar. Estudios similares entre los alemanes y japoneses mostraron los mismos resultados. Naturalmente, estos resultados –que se rebaten desde su publicación– despertaron un interés adicional en cuanto a cómo la psicología podría incorporarse en el adiestramiento militar para convertir a los reclutas en asesinos eficientes que no vacilasen en el campo de batalla.

Un líder puede, en ocasiones aunque no siempre, marcar la diferencia en cuanto a cómo hombres y mujeres se comportan en la batalla. Alejandro, Julio César, el almirante Nelson, el general George Patton y Napoleón, todos ellos parecían poseer una misteriosa capacidad para motivar a sus hombres a matar y enfrentarse a la muerte con valentía. Todos desempeñaban conscientemente su papel de líderes, fomentando la leyenda que los rodeaba y manipulando símbolos y presagios. Alejandro añadía artificialmente auspicios de victoria a los hígados de animales que sus sacerdotes examinaban en búsqueda de augurios. En una ocasión alguien le ofreció un casco lleno de agua en medio de un tórrido desierto, que él derramó con dramatismo para mostrar que prefería sufrir con sus hombres. Un legendario general chino al que le ofrecieron un barril de vino dulce ordenó que lo vertieran en un río para que él y todos sus soldados pudieran beber el vino mezclado con agua. La propaganda de Napoleón sacó un enorme partido a la travesía al galope de los Alpes (cuando en realidad él iba a lomos de una mula bastante lenta) y también a la historia de que, al

descansar en el monasterio del Gran San Bernardo, había encontrado una copia de las obras de Livio y leído el pasaje sobre Aníbal, que había realizado ese mismo viaje antes que él.

Los grandes comandantes poseen también esa cualidad intangible que es el carisma, una presencia que parece sobrehumana y la capacidad de ver el interior del alma humana. El general Dominique-René Vandamme, curtido en mil batallas, dijo de Napoleón: "Sucede que yo, que no tengo miedo ni a Dios ni al diablo, tengo ganas de temblar como un niño cuando me acerco a él". El gran adversario de Napoleón, el duque de Wellington, dijo en una ocasión que la presencia del emperador en el campo de batalla equivalía a la de cuarenta mil hombres. Después de su derrota final, en el barco que lo conducía a su solitario exilio en Santa Elena, Napoleón conquistó inmediatamente a toda la tripulación. Oficiales menos augustos que él pueden tener un efecto similar en el campo de batalla. La valentía física es importante, pero se trata de algo que va más allá. El capitán Malet que aparece en la novela de Manning tenía una enorme presencia: "La impresión que dejaba no era de masa, sino de fuerza y velocidad. Era su expresión, su actitud, algo en su forma de moverse y de hablar, lo que hacía pensar que solo mediante un enorme esfuerzo conseguía dominar la energía destructiva que tenía dentro. Quizá la dejara salir en la batalla, satisfaciendo así sus apetitos indomables". Sus hombres admiraban su desenfado y audacia, como cuando caminaba sobre las trincheras o cuando regresó a la tierra de nadie para recuperar un bastón que se había dejado. Algunos líderes, como el general Patton o el mariscal de campo Montgomery, eran directamente extravagantes, como si actuaran para un público. Otros, como el general Slim, con quien George MacDonald Fraser se encontró en Birmania, resultaban impresionantes de otra manera. Fraser dijo de él que era el único hombre que había visto "del que emanaba una fuerza, una personalidad tan fuerte que me sigue dando que pensar, porque no parecía haber ninguna razón para ella…". No era su apariencia externa; a Fraser,

Slim le recordaba a un capataz que hubiera ascendido a director ejecutivo, o un granjero. Tampoco era su forma de hablar, puesto que se sentaba con sus hombres a charlar sin pretensiones, con sencillez, acerca de la campaña contra los japoneses. Aun así, Fraser sentía que Slim era capaz de entender al soldado raso: "Creo que su principal don era la sensación que transmitía de que estaba cerca de nosotros, como si estuviese dirigiéndose a un sobrino (por algo lo llamaban 'tío Bill')".

Aun así, la mayor parte de soldados y marineros se han limitado a tolerar, cuando no directamente a despreciar, a sus oficiales por sus órdenes imposibles de cumplir, su falta de comprensión de las condiciones sobre el terreno y, especialmente en el caso de los rangos más altos, lo ajena que les resultaba la realidad del combate. Emilio Lussu nos ha dejado una descripción muy vívida de uno de los generales de la Primera Guerra Mundial, empeñado en alcanzar la gloria costara lo que costase a sus tropas. "¿Le gusta la guerra?", le preguntó el general, los ojos girándole en las órbitas. Cuando Lussu le dice que no especialmente, el general estalla, con desprecio: "O sea, ¿que es usted partidario de la paz? ¡De la paz! ¡Como una mujercita cualquiera…!". Pese a que los italianos todavía no cuentan con artillería, el general está decidido a atacar a los austriacos, cosa que hace con resultados predecibles. Cuando su mula trastabilla cerca del borde de un precipicio y trata de descabalgarlo en una ocasión, ninguno de sus hombres se mueve. El soldado que finalmente se apresura a salvarlo acaba siendo golpeado por sus compañeros, que lo acusan de deshonrar a su unidad.

Los ideales abstractos, por muy poderosos que puedan ser, e incluso los grandes líderes, no son ni han sido nunca el elemento más importante que inspira coraje a los soldados. Los hoplitas griegos con sus filas, los suizos con sus cuadros, los marineros, en galeras o en portaviones, los pilotos en sus escuadrones, todos dependían de sus compañeros y por ellos es por quien luchaban. Como dijo Plutarco: "Los hombres llevan cascos y

pectorales para protegerse a sí mismos, pero el escudo lo llevan por sus compañeros de fila". Un caballero del siglo XIV dijo: "Amas tanto a tu compañero que estás dispuesto a morir o vivir con él". Los soldados pueden tratarse con dureza en ocasiones, pero también son capaces de una ternura sorprendente. La palabra *amistad* se queda corta, y *amor* parece demasiado romántica, aunque hay elementos de ambas en lo que los combatientes han tratado de expresar a lo largo de los siglos. La mejor palabra que tenemos quizá sea *camaradería*. Manning hablaba de "una intensidad de sentimiento que la amistad nunca alcanza". Esas personas acaban luchando juntas tan solo por un capricho del destino, y aun así son capaces de desarrollar un vínculo tan fuerte como para estar dispuestos a morir por los demás. Siegfried Sassoon acabó odiando la guerra, esa "jugarreta" a su generación, pero eso no le impidió volver a su unidad por sus compañeros. Cuando en *Sin novedad en el frente*, Bäumer regresa con sus compañeros después de su permiso, dice simplemente: "Este es mi lugar". Jünger recordaba haber vuelto al frente después de que le hirieran: "Fue como regresar con mi familia".

Cuando los franceses estaban sitiados en Dien Bien Phu, en su malhadado intento de conquistar la victoria contra los vietnamitas en Indochina, los puestos avanzados del fuerte cayeron uno a uno, y se envió a sus guarniciones a campos de prisioneros. Entre los prisioneros había algunos alemanes de la Legión Extranjera que decidieron buscarse la vida por su cuenta. Le dijeron al comandante del campo del Viet Minh que habían visto la luz y que ya no apoyaban a los franceses, obteniendo así una mejora drástica de su trato y raciones. Cada mañana se sometían a una charla del comandante, que les hablaba de las victorias del Viet Minh de la víspera. Los legionarios alemanes aplaudían y cantaban *La Internacional*, el himno de la Internacional Comunista. Un día, el comandante anunció que ciertas colinas defendidas por legionarios habían sido tomadas, pero solo después de una lucha muy enconada. Los prisioneros alemanes se quedaron

callados. "¡Venga, cantad! –les dijo el comandante–. ¿A qué esperáis?". Los alemanes se miraron los unos a los otros y empezaron a cantar una canción que se remonta a las guerras napoleónicas: "Yo tuve un camarada / no encontrarás uno mejor…".[2] Les quitaron inmediatamente todos sus privilegios.

Quienes han combatido a veces desean olvidar los horrores de la guerra –o intentarlo–, pero también hay muchos veteranos que recuerdan con nostalgia toda esa camaradería y aquella forma de vida sencilla, con pocas alternativas o decisiones que tomar. Y tampoco falta quien añore la emoción. "Probablemente no volveré a mirar las líneas desde arriba –escribió un piloto británico después de la Primera Guerra Mundial–, […] nunca más escrutaré el cielo buscando alemanes, no dispararé contra un objetivo vivo, ni escucharé ese *staccato* infernal detrás de mí, o veré los rastreadores ascender; todo eso queda atrás, en el pasado. Nunca más la patrulla al amanecer y el huevo duro; nunca más las tremendas juergas y la camaradería sin igual; nunca más la emoción frenética y el miedo terrible; todo eso ha terminado, y la vida no tiene sentido". Hay una escena memorable en la película de Kathryn Bigelow *Tierra hostil* en la que el protagonista, William James, un experto en desactivación de bombas que arriesga una y otra vez su vida en Irak, se encuentra de regreso a su hogar tras una misión. Su mujer le pide que compre cereales para el desayuno en el supermercado, y él se queda mirando confuso las estanterías llenas de diferentes marcas. Poco después de eso, se alista de nuevo.

Años después de la Primera Guerra Mundial, Frank Richards todavía solía quedar con un amigo en un *pub* para intercambiar historias. "Solíamos terminar la noche con la vieja canción, que lleva la música de un himno bastante conocido: 'Los soldados viejos nunca mueren, simplemente se desvanecen'". Cuando el musical antibélico *Oh, What a Lovely War!* [¡Oh, qué guerra tan bonita!] se estrenó en Londres a principios de los sesenta, muchos de quienes habían luchado en la Primera Guerra Mundial seguían

vivos. Un amigo mío estaba presente en una de las funciones, y entre el público había varios autobuses llenos de veteranos. Coreaban todas las canciones, y colapsaron el bar rememorando aquellos tiempos. Probablemente no fuese aquella la reacción que esperaban el elenco y su directora Joan Littlewood, una persona muy de izquierdas.

Esta capacidad de disfrutar la guerra es algo que incomoda a los civiles de las sociedades pacíficas. Un general canadiense al que entrevisté en una ocasión para un programa radiofónico de divulgación me habló de la emoción de la guerra, pero solo después de que hubiese apagado mi grabadora. Era como conducir una motocicleta velocísima, me dijo. La conciencia de que en cualquier momento podías tener un accidente y morir no hacía más que darle más emoción al asunto. Algo más perturbador todavía es darse cuenta de que a muchos combatientes les gusta tener en sus manos el poder de decidir sobre la vida o la muerte de otros seres humanos, y disfrutan con la muerte y la destrucción. Ion Llewellyn Idriess, un francotirador australiano que participó en la Primera Guerra Mundial, dijo que "no sentía más que profundo orgullo por haber quitado la vida a otro hombre en una guerra limpia". En la Segunda Guerra Mundial, un piloto británico descubrió que era incapaz de dormir tras haber derribado dos aviones alemanes: "Durante días fui incapaz de hablar de otra cosa; durante semanas no pude hablar de nada más…, era algo dulce y embriagador". Una de las cosas más inquietantes de las memorias de Jünger es la forma en la que expresa sus sentimientos sin disculparse ni dar explicaciones. En una edición temprana, que después revisaría para dulcificarla un poco, habla de cómo disparó a un inglés: "Se dobló sobre sí mismo como la hoja de una navaja y quedó inmóvil". En otro pasaje, que no censuró, habla de cómo él y sus compañeros abrieron fuego sobre una avanzadilla británica: "Los otros se quedaron desconcertados y, en medio del fuego, empezaron a dar saltos de un lado para otro como liebres, mientras entre ellos se alzaban pequeñas nubes de polvo".

Las cartas de Julian Grenfell a su madre también son muy francas y hacen frecuente mención a lo afortunado que se siente por estar en la guerra y lo mucho que se divierte: “Adoro la guerra. Es como un enorme pícnic sin la futilidad de un pícnic. Nunca me he sentido mejor, ni más feliz. Nadie te riñe por estar sucio”. La emoción del combate “da vitalidad a todo, a cada visión, palabra y acción”. Sintió algo extraño, admite, la primera vez que disparó sobre un hombre, “pero muy pronto se vuelve como dispararle a un cocodrilo, aunque más entretenido, porque te puede disparar de vuelta”. Al igual que Jünger, contempla con una curiosidad moderada la muerte que va infligiendo. “Emitió un gruñido y se desplomó”, dice de un alemán. Espera, le dice a su madre, que la guerra durará bastante, “pero cazar jabalíes será la única actividad tolerable después de esto si no quiero morir de aburrimiento”. En mayo de 1915 le dispararon en la cabeza y murió. También su hermano y dos de sus primos murieron en aquellos primeros meses de la guerra.

Cuando en los años sesenta lord Reith, de la BBC, escribió sus memorias acerca del tiempo que pasó como joven oficial de transporte en la Primera Guerra Mundial, le costó encontrar un editor porque sus memorias no encajaban con la visión predominante de que todo el que tuvo el infortunio de participar en la guerra la detestaba. Él por su parte estaba contento y feliz de estar en Francia. Cuando atravesó Armentières en medio de la noche, su reacción fue: “Qué raro era todo. Qué emocionante. Emocionante ir a caballo; a caballo por las calles de esta extraña ciudad desierta en lugar de prepararme, a esta misma hora, para ir a misa de tarde con mi madre en Glasgow”. Pese a que al ser oficial de transporte se le alojaba de manera relativamente confortable tras las líneas, lo cierto es que se enfrentaba a la posibilidad de morir cada vez que él y sus hombres cruzaban terreno abierto con sus caballos y carros. Le agradó descubrir que no sentía miedo, aunque lo atribuyese más a una casualidad que a cualquier virtud suya. Resultaba interesante, escribe, “caminar a través de un campo de nabos sabiendo que

en cualquier momento uno puede dejar de caminar por la más definitiva de las razones". Se preguntaba si su fe cristiana le era de ayuda: "Sentía que existía un servicio de transporte especial para llevarme desde el campo de batalla arrasado en el que nos encontrábamos hasta los verdes prados y aguas tranquilas más allá". Cuando se le declaró inválido por una grave herida en la cara, escribió a sus padres: "Estoy más disgustado de lo que puedo expresar. Me iba muy bien y hasta estaba disfrutando el trabajo".

En sus memorias también señala la belleza que la guerra es capaz de generar; la luz del día durante el verano, las flores silvestres en tierra de nadie, el cielo azul salpicado por el blanco de las explosiones de los misiles antiaéreos. Los combates nocturnos eran todavía más espectaculares. Lussu describe un ataque de la artillería austriaca: "Todos aquellos fuegos, por encima del bosque de abetos, parecían iluminar las columnas y las naves de una inmensa basílica". La cercanía de la muerte también puede hacer que el mundo parezca más bello. O'Brien escribe:

> Estás clavado en algún hediondo agujero infernal en un arrozal, temiendo perder el pellejo, y de repente durante unos segundos todo queda quieto y alzas los ojos y ves el sol y unas pocas nubes blancas livianas, y la inmensa serenidad ilumina como un relámpago tus pupilas –el mundo entero parece cambiar de forma– y aunque estés clavado por una guerra nunca te has sentido más en paz.

Los libros y las películas no pueden explicarlo, dijo una veterana rusa de la Segunda Guerra Mundial. "No, eso no. Es algo que no te puedes quitar de encima. Yo misma cuando hablo… tampoco es eso. No es ni tan terrible ni tan bello. ¿Sabes lo bella que puede ser una mañana en la guerra? Antes del combate… Miras y sabes que puede ser la última. La tierra es bella… y el aire… y el amado sol…".

Como la propia guerra, la paz que sigue afecta a quienes combaten de muchas maneras diferentes: nostalgia, orgullo, odio de la guerra, estrés

postraumático, ira, pesar. Un veterano estadounidense de Vietnam dijo de aquella guerra –y nunca sabremos si aquello le parecía bien o no– que "había quemado el niño que tenía dentro y dejado un hombre de acero templado". Olga Yákovlevna, que fue técnica sanitaria en una compañía de infantería soviética durante la Segunda Guerra Mundial, le dijo a Alexiévich que "en la guerra, el alma del ser humano envejece". Una sargento de la unidad de artillería antiaérea le confesó: "¿Me atrevería a confesar que me habían herido, que tenía lesiones? Si lo reconoces, después nadie quiere darte trabajo, nadie quiere casarse contigo. Nos lo teníamos callado". En ocasiones los veteranos consiguen hablar con sus nietos, tal vez porque para entonces la guerra queda tan lejos, o quizá porque los niños no son capaces de entender el verdadero significado de lo que les cuentan.

Como dice Alexiévich, "la guerra sigue siendo un gran misterio". Tal vez las últimas palabras de este capítulo deberían ser las del general confederado Robert E. Lee, quien, observando a las tropas de la Unión mientras cargaban una y otra vez inútilmente en Fredericksburg en 1862, dijo: "Está bien que la guerra sea tan terrible, de lo contrario nos gustaría demasiado".

1 "*Gasping out his life as he writhed along the ground / like an earthworm stretched out in death, blood pooling, / soaking the earth dark red…*".
2 "*Ich hatt' einen Kameraden / Einen bessern findst du nicht…*".

VII

CIVILES

"No hay que dejarles más que los ojos para llorar por la guerra".
GENERAL PHILIP SHERIDAN

Abril suele ser un bonito mes en Berlín: el frío invernal y la nieve desaparecen dejando paso a las hojas verdes y las flores primaverales. Los berlineses celebran la nueva estación en los numerosos parques y lagos de la ciudad. En 1945, no obstante, no estaban celebrando nada. Los ejércitos soviéticos se desplegaban hacia el oeste, el régimen nazi estaba al borde del colapso y muchos de sus líderes se escabullían hacia el oeste y el sur para intentar salvar el pellejo. Hacia el día 20 de ese abril, la autora anónima del desgarrador *Una mujer en Berlín* registra en su diario que el retumbar distante de los disparos soviéticos se ha convertido en un redoble constante: "Vivimos en un cerco de cañones que se va estrechando con cada hora que pasa". La gente murmura intranquila en las esquinas, nadie sabe a ciencia cierta qué está pasando, pero todos temen lo peor. Los rumores circulan por toda la ciudad, algunos de ellos falsos –por ejemplo, que los estadounidenses y los británicos se han enemistado con los rusos y han pactado con Alemania– y algunos verdaderos –que las autoridades han liberado las reservas de alimentos que llevaban tiempo acumulando–. Quienes pueden se apresuran a acudir a las tiendas para hacer acopio de todo lo que consiguen cargar, incluso bajo el fuego de artillería que les obliga a buscar refugio. "De pronto se le pasa a una por la mente que es primavera. A través de las ruinas calcinadas del barrio sopla vaporosamente el aroma de las lilas desde jardines sin dueño". Esa noche, mientras los misiles soviéticos no dejan de caer sobre la ciudad, ella y sus vecinos se amontonan en su sótano preguntándose cuándo llegarán las tropas soviéticas y qué harán con las mujeres.

Demasiadas veces nos concentramos en los guerreros, en sus batallas, victorias y derrotas, y no prestamos suficiente atención a los civiles que se ven atrapados en la guerra, lo quieran o no. Sabemos que los civiles pueden animar al combate, obligando a sus Gobiernos o comunidades a declarar una guerra, como hicieron los revolucionarios franceses en la década de 1790, muchos otros en la Primera Guerra Mundial y también quienes esperaban la llegada de los soviéticos a Berlín aquella primavera. Los civiles, como a menudo apuntan los combatientes en sus escritos, muchas veces odian al enemigo incluso más que quienes se encuentran en el frente. Y la guerra no siempre es mala; pueden beneficiarse de ella, ya sea porque les toque parte de los despojos, o porque encuentren en ella oportunidad de hacer dinero, salir adelante o romper algún tabú. Pero a menudo se convierten en víctimas inocentes de los conflictos y pagan un alto precio por la derrota, en forma de hambre, muerte, violaciones, esclavitud, trabajos forzados o deportaciones en masa.

En aquella conversación en un sótano berlinés acerca de lo que podrían hacer las tropas soviéticas, las mujeres tenían miedo de una cosa en particular. A lo largo de la historia, en diferentes momentos y lugares, las mujeres se han convertido en recompensas para los guerreros, que estos pueden llevarse a sus casas o violar allí mismo. “Tienen permiso para violar –les dijo el líder del comando francés en Argelia a sus hombres durante la guerra de Independencia–, pero háganlo con discreción”. Stalin consiguió asustar al joven comunista yugoslavo Milovan Djilas, muy curtido en la batalla, al defender las violaciones por parte de las tropas soviéticas en los territorios que iban liberando de los nazis. “Imagine a un hombre que lleva luchando desde Stalingrado hasta Belgrado –más de mil kilómetros de su propio país hecho añicos, sobre los cadáveres de sus compañeros y sus seres queridos–. ¿Cómo podría reaccionar con normalidad un hombre así? ¿Y qué tiene de malo divertirse con una mujer, después de todos esos horrores?”.

Tan solo en Alemania en 1945 se estima que unos dos millones de mujeres

fueron violadas por las fuerzas soviéticas, algunas de ellas por varios hombres, en un periodo de tiempo muy breve. El diario de aquella mujer anónima berlinesa registra su temor y el de sus vecinas ante la llegada de los soldados soviéticos. El alivio de los berlineses al constatar en un primer momento que los hombres parecen amigables y buenas personas –"hombres sin más", después de todo– se transforma en consternación y terror en cuanto empiezan a beber. En un primer momento las autoridades soviéticas no hicieron grandes esfuerzos para controlar a sus hombres, y permitieron el saqueo de las reservas de alcohol, algo que liberó a los soldados de cualquier inhibición que hubieran podido manifestar. La autora del diario consigue convencer a varios soldados de que dejen en paz a una joven herida, pero ella misma es violada repetidas veces durante esa noche y a lo largo de varios días hasta que encuentra un protector. Incluso da muestras de un cierto humor negro a la hora de describir la situación cuando cuenta que los soldados soviéticos prefieren a las mujeres más gordas, como la mujer del fabricante de licores, que no había tenido problemas para alimentarse durante la guerra.

Hasta que los comunistas alemanes no empezaron a quejarse de que sus mujeres e hijas estaban siendo violadas por sus soldados, las autoridades soviéticas no se dieron cuenta de que maltratar a la población alemana no era la mejor manera de ganarla para la causa comunista, y que aquello estaba dañando la reputación de la Unión Soviética entre sus partidarios de otros países. "Estos actos y comportamientos no autorizados –decía una orden del mariscal Gueorgui Zhúkov, comandante de la zona de ocupación soviética, publicada en agosto de 1945– nos están dejando en mal lugar ante los antifascistas alemanes, especialmente ahora que la guerra ha terminado, y benefician a las campañas fascistas contra el Ejército Rojo y el Gobierno soviético".

Como explica la mujer de Berlín, los soldados soviéticos tenían varias razones para cometer aquellas violaciones: desahogarse sexualmente,

buscar la compañía de una mujer y, simbólicamente, demostrar su poder sobre ella y su sociedad. La violación era un acto violento por parte de los soviéticos que buscaba humillar y deshonrar a las mujeres y la nación alemana. La victoria y la derrota en la guerra a menudo se expresan en términos de género: una prueba de virilidad o la correspondiente pérdida de virginidad o emasculación. En el mundo antiguo, y en ocasiones también en el de hoy, los hombres derrotados podían ser castrados y violados. En Bosnia, durante los años noventa, entre veinte y cincuenta mil mujeres (y también algunos hombres) fueron violadas. Todas las partes del conflicto incurrían en este delito, aunque la mayor parte de las víctimas fueron musulmanas bosnias. La violación de mujeres también conlleva la destrucción de un grupo étnico en particular, puesto que son ellas quienes tienen hijos. Los violadores serbios se recreaban diciéndoles a las mujeres musulmanas a las que violaban que iban a dar a luz a guerreros serbios. Las fuerzas nacionalistas serbias apartaban a las mujeres en "campos de violación" o burdeles, y los combatientes serbios llevaban a cabo violaciones públicas para intimidar y obtener información de los no serbios, a quienes además invitaban a huir por este medio.

Las mujeres que han sido violadas durante una guerra no solo se ven obligadas a vivir con sus heridas, físicas y psicológicas, sino que además deben cargar con el estigma en su propia comunidad. Las mujeres alemanas violadas en 1945 encontraban algún consuelo en hablar de su experiencia compartida, pero a menudo los hombres de sus vidas les ponían las cosas difíciles. El prometido de la mujer de Berlín la acusó de no tener vergüenza por mencionar la violación y la abandonó. Las mujeres lidiaban como podían con la crueldad y la realidad de lo que les había sucedido. Una dijo que simplemente reprimía muchas cosas "para ser capaz, en cierta medida, de vivir".

A menudo se piensa en las mujeres como en las progenitoras de la nación, y por eso las sociedades pueden reaccionar salvajemente ante cualquier

indicio de que estén intimando con el enemigo. En Francia, después de la liberación, a las mujeres que habían tenido relaciones con alemanes se les afeitaba la cabeza en público. En Alemania, los nazis insistían mucho acerca del papel de las mujeres como esposas y madres y durante la guerra reinaba el pánico ante la perspectiva de que la mano de obra esclava polaca, importada a miles para trabajar en las granjas alemanas, pudiera tener relaciones sexuales con las mujeres locales. "No podemos y no debemos quedarnos de brazos cruzados –dijo el jefe de la Oficina de Pureza Racial–, mientras invaden la esencia vital de nuestro pueblo, dejan embarazadas a mujeres de sangre alemana y corrompen a nuestra juventud". La Gestapo no se quedó de brazos cruzados, todo lo contrario: llevó a cabo ahorcamientos públicos en toda Alemania, colgando a los polacos por "contacto prohibido". En ocasiones, también las mujeres alemanas compartían el castigo: en la coqueta ciudad de Eisenach, lugar de nacimiento de Johann Sebastian Bach, una de ellas tuvo que permanecer atada espalda con espalda a su amante polaco, con la cabeza rapada y un cartel que decía: "ME PERMITÍ IR CON UN POLACO". Después de 1945, las mujeres que tenían *affaires* con soldados aliados, muchas veces por pura necesidad, eran objeto de una broma cruel: "Fueron necesarios seis años para derrotar al soldado alemán, pero bastaron cinco minutos para ganarse a la mujer alemana".

A lo largo de los siglos se ha intentado repetidamente encontrar la manera de proteger a los inocentes de los estragos de la guerra. En muchos lugares y momentos se ha incluido a los civiles en una categoría distinta a la de los guerreros, y se han implantado normas acerca del trato reservado a cada una: los civiles, por ejemplo, no deben ser contemplados como combatientes, y sus vidas, personas y a menudo sus propiedades deben ser respetados. No obstante, las normas se incumplen o se ignoran con facilidad en medio de las pasiones que la guerra despierta, y los civiles acaban sufriendo indeciblemente cuando se encuentran cerca del campo de batalla o en medio de un asedio. Cuando en septiembre de 1941 empezó el sitio

alemán de Leningrado, la ciudad tenía una población de unos 7 millones; para cuando terminó en enero de 1944, 1,75 millones habían conseguido escapar y un millón había muerto. Con frecuencia son los más débiles los primeros en morir: los niños, los ancianos, los pobres. A veces los civiles son, como dicen con frialdad los estrategas militares, "daños colaterales", pero a menudo se les ataca deliberadamente para debilitar al enemigo. Las guerras totales del siglo XX pasaron enormes facturas a la humanidad. En la Segunda Guerra Mundial se baraja que pudieron haber muerto entre 50 y 80 millones de civiles, nunca sabremos la cifra exacta. La horquilla es tan amplia en parte porque, como tantas veces ha sucedido, los registros no existían o fueron destruidos, y también a causa de la diferencia de criterio en cuanto a qué tipos de muerte cuentan, si solamente las muertes por arma o también las debidas al hambre y la enfermedad.

Tucídides señala, sin más comentarios, que cuando los habitantes de la isla de Melos se rindieron incondicionalmente a Atenas en el decimosexto año de la guerra del Peloponeso, los atenienses "mataron a todos los hombres en edad de servicio que capturaron, y vendieron a las mujeres y los niños como esclavos". En el saqueo de Nankín en 1937, los japoneses mataron hasta a 300.000, violaron a 20.000 e incendiaron un tercio de los edificios de la ciudad. En la Segunda Guerra Mundial en Europa, Alemania no solo utilizaba a los prisioneros de guerra como mano de obra esclava –violando convenios que había ratificado–, sino que además obligó a entre 4 y 5 millones de civiles –principalmente de la Unión Soviética ocupada, pero también de Polonia, Francia y, a partir de un cierto momento, Italia– a trabajar para su esfuerzo de guerra. Los trabajadores esclavos recibían raciones de hambre y se les trataba pésimamente. Aquellos incapaces de trabajar –"bocas inútiles"– eran asesinados. Se esterilizaba a las mujeres, o se las forzaba a abortar. Stalin deportó a varias minorías no rusas, entre ellas 1,2 millones de alemanes del Volga, cuyos ancestros habían llegado a Rusia varias generaciones antes, y 180.000 tártaros de Crimea, con el pretexto de

que colaboraban con el enemigo. La guerra o la amenaza de la guerra también se ha usado para conseguir que los civiles huyeran, como hicieron las milicias sionistas en Palestina en 1948, o las serbias en Bosnia en los años noventa del siglo XX.

Beirut, donde di una de mis Reith Lectures, me hizo reflexionar de nuevo acerca de lo que la guerra significa para los civiles. La ciudad se ha recuperado, aparentemente, de la guerra civil que arrasó el Líbano entre 1975 y 1990, pero basta con fijarse detenidamente para detectar sus vestigios en los orificios de bala que cubren los edificios, o en las ruinas del Holiday Inn del centro de la ciudad. En el Museo Nacional se puede ver el agujero abierto a través de un mosaico romano que permitía a un francotirador apuntar su arma sobre la línea Verde que separaba a las diferentes facciones y que transcurría justo por delante del museo. Conocí a gente que había vivido la guerra. Me contaron que habían aprendido a distinguir los sonidos de las diferentes armas y la artillería, a dormir como podían en los refugios y a continuar con sus vidas cotidianas entre las ruinas de su amada ciudad. "*Sihtak bil dinya*" [Tu salud es lo más importante del mundo] era lo que le decían a sus conocidos cuando perdían su casa o su negocio por una explosión.

Beirut es un puerto marítimo de enorme importancia en el Mediterráneo oriental, y como tal ha vivido la guerra en múltiples ocasiones a lo largo de sus cinco mil años de historia. Sus habitantes creen que ha sido destruida y reconstruida al menos en siete ocasiones. Hititas, fenicios, griegos, romanos, bizantinos, mamelucos, otomanos y, más recientemente, franceses y sirios, todos la han codiciado. En 1110, al final de la primera cruzada, la ciudad y sus habitantes fueron atacados con torres de asedio y espadas, nada de misiles ni Kalashnikovs, pero aun así los sufrimientos de los civiles, como tantas veces antes y después, fueron enormes. Los cruzados, liderados por el rey Balduino de Jerusalén, rodearon la ciudad por mar y por tierra, impidiendo a cualquier flota amiga dar apoyo a la población,

mayoritariamente musulmana. Durante dos meses, según un cronista, las fuerzas sitiadoras mantuvieron su ataque de manera tan continua que "ni por la noche ni por el día consiguieron los sitiados descanso, ni por una hora. Así, trabajando por turnos y sucediéndose los unos a los otros, los cristianos agotaron las fuerzas de sus enemigos con un trabajo insoportable". Cuando al fin cayó la ciudad, los ciudadanos desesperados huyeron hacia el mar, solo para encontrarse con un embate de las tropas cristianas que saltaban de sus barcos en pos de ellos. "Los infortunados pobladores, entre dos bandos hostiles, acorralados entre uno y otro, murieron por la espada entre ambos". Se dice que murieron varios miles hasta que el propio Balduino se cansó de la matanza y ordenó ponerle fin.

El saqueo de ciudades y la violación y matanza de sus habitantes tienen una historia larga y poco honorable. En ocasiones, los comandantes tratan de controlar a sus soldados, pero la mayoría de las veces son ellos mismos quienes les ordenan cometer atrocidades o simplemente les incitan a comportarse a su antojo con los civiles. Cuando el ejército japonés tomó la ciudad china de Nankín en 1937, sus oficiales ordenaron torturar, matar y violar a los civiles. Los nuevos reclutas en un primer momento quedaron horrorizados al presenciar lo que estaba sucediendo, contaba un oficial, "pero pronto estarán haciendo lo mismo". Cuanto más prolongado y costoso es el asedio de una ciudad, más probablemente funesto será el destino de sus habitantes cuando se rindan, ya que los atacantes consideran que la resistencia ha servido para prolongar sus penalidades. Cuando los soldados españoles le arrebataron Maastricht a los rebeldes holandeses en 1579, un tercio de sus habitantes fue masacrado. El destino de Magdeburgo en la guerra de los Treinta Años se recordaría durante siglos como ejemplo de las crueldades que la guerra depara a los civiles. La ciudad, mayoritariamente protestante, tenía unos 25.000 habitantes cuando las tropas imperiales de los Habsburgo y la Liga Católica empezaron su asedio en marzo de 1631. Cuando cayó finalmente en mayo de ese año, las tropas imperiales la

incendiaron; 1.700 de sus 1.900 edificios fueron destruidos. Los soldados, desbocados, violaron a las mujeres y las niñas. Murieron unos 20.000 civiles, y un censo realizado al año siguiente mostraba que para entonces tan solo 449 personas seguían viviendo en la ciudad.

En el *Enrique V* de Shakespeare, el soberano británico insta a sus tropas a atacar la ciudad francesa de Harfleur en un discurso que se ha convertido en una referencia de la literatura británica: "Otra vez a la brecha, queridos amigos, otra vez, o tapen la muralla con nuestros muertos ingleses". Este sentimiento heroico en un admirado rey guerrero goza de una enorme popularidad entre comentaristas deportivos, analistas de bolsa y políticos de Reino Unido. No obstante, deberían leer el siguiente discurso de Enrique, que se produce dos escenas después tras un interludio cómico. En él, les dice al gobernador y ciudadanos de Harfleur que sus soldados no tendrán piedad si se ven obligados a combatir para tomar la ciudad. Rendíos, les dice a los hombres de Harfleur que le miran desde sus murallas, mientras aún podáis:

> Si no: bien, en un momento esperen ver al soldado
> ciego y ensangrentado deshacer con turbia mano
> los rizos de sus hijas entre agudos chillidos;
> a vuestros padres agarrados por la plateada barba
> y sus venerables cabezas machacadas contra los muros;
> a sus niños desnudos ensartados en picas,
> mientras las madres enloquecidas rasgan las nubes
> con sus alaridos, como las mujeres de Judea
> ante los asesinos cazadores de sangre de Herodes.
> ¿Qué dicen? ¿Cederán y evitarán esto?
> ¿O, culpables en la defensa, serán así destruidos?[1]

La guerra no suele tener la deferencia de dar a los civiles la posibilidad de elegir entre verse involucrados o no. Los generales a veces deciden seguir

una política de tierra quemada a medida que se retiran con sus ejércitos, como en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial en Europa. Al Alto Mando alemán le traían tan sin cuidado sus propios ciudadanos que ordenó la defensa de "cada bloque de apartamentos, casa, valla, cráter, hasta el último hombre y la última bala". La orden fue dada en marzo de 1945, cuando el colapso final de Alemania era claramente cuestión de semanas. La autora de *Una mujer en Berlín* observa a las tropas alemanas mientras marchan a través de su vecindario. "¿Qué sucede? –les pregunta–. ¿Hacia dónde os dirigís?". Uno de ellos farfulla que siguen al Führer, hasta sus propias muertes. "Los que obviamente no les preocupamos mucho somos nosotros", escribe ella en su diario.

En guerra los ejércitos marchan a través de la pacífica campiña arramblando a su paso con todo alimento disponible. Las granjas acaban incendiadas y el ganado dispersado. Las fuerzas navales hunden barcos mercantes o bloquean puertos. Los bombarderos arrojan sus bombas sobre objetivos que podrían tener algún uso militar, pero que a menudo son viviendas, escuelas y hospitales. Los civiles tienen que sobrevivir como buenamente pueden, pero el hambre y la enfermedad se unen en su contra a sus enemigos. En el primer cuarto del siglo XVI, los niños de la ciudad italiana de Pavía lloraban de hambre en las calles repletas de magníficos edificios renacentistas. La población de la ciudad pasó de 16.000 en 1500 a menos de 7.000 en 1529. Un siglo después, durante la guerra de los Treinta Años, la población de varios Estados alemanes disminuyó entre el 25 y el 40%. Algunas de aquellas muertes eran deliberadas, pero muchas eran el resultado colateral de importantes movimientos de tropas que llevaban consigo enfermedades que se cebaban con aquellas poblaciones ya debilitadas por la escasez de alimentos. La mortífera epidemia de gripe que golpeó al mundo justo al final de la Primera Guerra Mundial, acabando con las vidas de hasta cincuenta millones de personas, probablemente se propagase con tanta rapidez por todo el planeta a causa de los movimientos

masivos de tropas hacia los frentes.

Atacar deliberadamente a los civiles ha sido desde hace mucho una táctica más en la guerra, ya sea para obtener recursos de ellos, obligar al enemigo a luchar o debilitar su voluntad de seguir adelante. Durante siglos los ejércitos sitiadores de Europa exigían dinero a las ciudades y monasterios a cambio de no destruirlos ni asesinar a sus habitantes. La anarquía que la guerra trae a menudo consigo también facilita que algunos emprendedores puedan aprovecharse de los civiles. En el siglo XIV, durante la guerra de los Cien Años entre ingleses y franceses, una serie de bandas que usaban nombres como "Brazo de acero" vagaban por Francia extorsionando, maltratando y asesinando, de manera parecida a las bandas armadas de la guerra civil libanesa o las de Libia o el Congo de nuestros días. Entre 1356 y 1364, más de cuatrocientas cincuenta localidades francesas se vieron obligadas a pagar un rescate. En ocasiones, ejércitos y bandas privadas como la mafia o la Cosa Nostra exigían pagos regulares a cambio de protección. En el siglo XVI en Alemania y los Países Bajos, los propietarios de casas podían obtener un certificado (en alemán *Brandschatzung* o impuesto de fuego) para mostrar que habían pagado. Las autoridades militares incluso tenían formularios impresos con espacios para rellenar las cantidades y fechas. Si se dejaban de pagar estos impuestos a tiempo, se producía lo que llamaban "ejecución", a menudo en forma de incendios en los pueblos o de ejecuciones de los locales. Incluso si los ejércitos invasores obedecen sus propias normas, se sigue considerando a los civiles como algo explotable, sus provisiones y ahorros pueden serles arrebatados para usarlos y sus casas expropiadas para alojar soldados. A veces los ejércitos tratan de pagar, pero sus notas y pagarés a menudo resultan no ser más que papel mojado.

En su *Historia de la guerra del Peloponeso*, Tucídides describe cómo la devastación del Ática por los espartanos durante el primer año de la guerra estaba planificada para obligar a los atenienses a salir de tras sus murallas y

luchar para defender a sus agricultores. Una disputa territorial entre el reino de Polonia y su aliado, el Gran Ducado de Lituania, por un lado, y los caballeros de la Orden Teutónica por otro, llevó a la guerra del Hambre en el verano de 1414, cuando ambas partes usaron tácticas de tierra quemada para someter al enemigo por hambre. En la Europa de la Edad Media, los caballeros, cuyo código de honor tanto hemos admirado, usaban la *chevauchée*, una palabra inocente para una táctica brutal. Es cierto que cabalgaban, tal y como la palabra sugiere, pero el propósito de su cabalgar era rapiñar, quemar o arrasar todo lo que encontraban a su paso –animales, cultivos, edificios o personas–. En algunas partes de Francia todavía se pueden ver las granjas fortificadas e iglesias en las que los pobres se refugiaban. No siempre les salvaba, ya que los edificios podían ser tomados o incendiados. "La guerra sin fuego –decía el verdadero Enrique V– es tan inútil como una salchicha sin mostaza". En 1360, durante la guerra de los Cien Años, cien campesinos fueron masacrados cuando los ingleses irrumpieron en la iglesia de Orly. Los nobles guerreros se valían de la destrucción, también de campesinos y siervos a quienes consideraban inferiores, para obligar a sus enemigos a salir de sus fortalezas para defender su propiedad (además de que el saqueo y el pillaje ayudaban a tener contentos a los soldados). Hacia el comienzo de la guerra de los Cien Años, los británicos llevaron a cabo una *chevauchée* de 43 kilómetros de envergadura que dejó tras de sí una enorme devastación en aquellos campos. Un poeta italiano que pasó por allí veinticinco años después del inicio de la guerra dijo: "Tuve que obligarme a creer que era el mismo país que había visto antes".

El discurso del duque de Borgoña, el mariscal de Francia, en el *Enrique V* es un contrapunto revelador a la gloria bélica de la que hablan los personajes de Shakespeare en otras partes de la obra. El duque insta a los reyes de Francia e Inglaterra a poner fin a la guerra:

> Si pregunto ante su real presencia

qué obstáculo o qué impedimento hay
para que la paz desnuda, pobre y mutilada, amada nodriza
de las artes, la abundancia y los alegres nacimientos,
pueda alzar su amable rostro en este jardín,
el mejor del mundo, nuestra fértil Francia.[2]

Y trata de hablarles de los costes humanos:

Y todas nuestras viñas, barbechos, prados y setos,
defectuosos en su naturaleza, vuelven a ser páramos.
También nuestras familias, nuestros hijos y nosotros mismos
hemos perdido, o no aprendemos por falta de tiempo,
las ciencias que convendrían a nuestro país;
en cambio crecemos como salvajes (como los soldados
que no meditan en otra cosa que la sangre).[3]

La brutalidad contra los civiles también busca volverlos sumisos y demostrarles que la resistencia no sale a cuenta. Durante la guerra de los Nueve Años irlandesa, que empezó en la década de 1590 cuando los irlandeses se levantaron contra la conquista inglesa de los Tudor, los ingleses reaccionaron con extrema severidad. Sir Arthur Chichester, el despiadado gobernador de Carrickfergus, se jactaba en una carta a su superior de una incursión en Lough Neagh, al oeste de Belfast (hoy día es un pacífico lago conocido por sus anguilas y por ser un paraíso para los ornitólogos): "Hemos matado, quemado y arruinado toda la orilla del lago a cuatro millas de Dungannon". Había contado, decía, al menos cien muertos, y también habían ardido al menos otros tantos. "No tenemos piedad de nadie, sea cual fuere su Estado o sexo, y esto ha provocado un gran terror en la gente…". La humanidad nunca ha dejado de valerse de este tipo de medidas. En 1942, durante la guerra contra China, los japoneses adoptaron algo similar, su Política de los Tres Todos: "matar todo, quemar todo, saquear todo". Las fuerzas gubernamentales de la Siria de nuestros días

también arrasan las ciudades y aldeas rebeldes de manera parecida.

En la guerra de Secesión estadounidense el general Sherman no solo tomó represalias masivas contra los civiles para disuadir a los confederados de sus ataques, por ejemplo, contra los barcos de la Unión. Al igual que harían más tarde los estadounidenses en Vietnam, estaba convencido de que la clave de la victoria residía en interrumpir la ayuda (desde información hasta alimentos) que los civiles del Sur pudieran prestar a sus fuerzas en su propio territorio. Como decía en una carta dirigida al secretario del Tesoro: "El Gobierno de EEUU puede proceder ahora según la norma de que todos los del Sur son enemigos de todos los del Norte; y no solo son hostiles, sino que todo aquel que puede procurarse armas las empuña ahora en regimientos organizados o en guerrillas". Sherman contaba a cada civil sureño, joven, viejo, mujer u hombre, como enemigo. En pos de la victoria, daba un "trato especial" a los civiles de los Estados confederados clave, como Misisipi, Georgia, y Carolina del Sur: expulsaba a los habitantes de ciertas ciudades e incendiaba sus edificios, se apropiaba de caballos y ganado y destruía los cultivos. La Marcha hacia el Mar, que atravesó Georgia en 1864, dejó una estela de desolación de unos noventa y cinco kilómetros de ancho a través del Estado, y al año siguiente fue Carolina del Sur quien sufrió la misma suerte.

Los europeos pensaban en la guerra de Secesión con una cierta lástima, viendo en ella la prueba de que los estadounidenses no eran tan civilizados como ellos. En los decenios que precedieron a la Primera Guerra Mundial, los europeos estaban cada vez más convencidos de que la guerra era algo que solo sucedía en las partes menos avanzadas y civilizadas del mundo. Después de la guerra franco-prusiana de 1870-1871, los únicos conflictos en Europa se daban en los Balcanes, y era fácil explicarlo teniendo en cuenta que los países como Serbia, Bulgaria, Rumanía y Grecia acababan de emerger del yugo del Imperio otomano y por lo tanto aún tenían algunas asignaturas pendientes. El recién creado Fondo Carnegie para la Paz

Internacional publicó un informe sobre la primera y segunda guerra de los Balcanes de 1912 y 1913 en el que comentaba las atrocidades cometidas por todas las partes contra los civiles. "En las civilizaciones más antiguas –decía, tomando como punto de referencia reconfortante al resto de Europa– hay una síntesis de fuerzas morales y sociales encarnadas en leyes e instituciones que dan estabilidad de carácter, forman una opinión pública y crean seguridad". El informe apareció a principios del verano de 1914, justo cuando Europa estaba a punto de embarcarse en una guerra que mostraría sus propias capacidades en lo que a crueldades contra los civiles se refiere.

La llegada de la guerra total en el siglo XX difuminó la línea que separaba el frente de la retaguardia. Después de todo, la mujer que producía balas en una fábrica formaba parte del esfuerzo de guerra en la misma medida que el soldado que las disparaba. El aumento del nacionalismo y la participación masiva de los ciudadanos en sus propias sociedades dio pábulo y sirvió de justificación a un odio total hacia el enemigo, combatientes y civiles por igual, y los grandes avances de la industria, ciencia y tecnología aportaron más medios para dar rienda suelta a ese odio, aunque no dejaron de emplearse las tácticas de siempre –bloqueos navales, alojamiento forzado de soldados, incautación de activos, tierra quemada– contra los civiles.

Durante mucho tiempo después de la Primera Guerra Mundial se asumió que los relatos acerca de las atrocidades alemanas en Bélgica eran fruto de una hábil propaganda. Lo cierto es que, tal y como algunos historiadores han demostrado recientemente, muchas de estas historias eran ciertas. Las tropas alemanas dispararon sin más contra civiles inocentes, y también los usaron como escudos humanos, e incendiaron edificios de forma deliberada. Alemania arrebató a Bélgica gran parte de su riqueza, en forma de oro o de ganado. Y unos ciento veinte mil civiles belgas fueron obligados a trabajar, habitualmente en condiciones terroríficas y con raciones insuficientes, en Alemania y en el norte de Francia, que estaba bajo ocupación alemana. Los alemanes no fueron los únicos en maltratar civiles. El bloqueo británico a

Alemania, que restringía incluso el paso de alimentos, sigue siendo muy controvertido hoy en día. La labor reciente de una joven historiadora británica, Mary Cox, muestra que los niños pobres en Alemania, aquellos cuyos padres no podían permitirse adquirir alimentos que cada vez eran más caros, acabaron subalimentados y su crecimiento se vio afectado durante y después de la guerra, cuando los británicos perseveraron en su bloqueo para obligar a los alemanes a aceptar sus condiciones para la paz. Cuando sus ejércitos se retiraron frente a los avances alemanes en 1915, los rusos no solo emplearon tácticas de tierra quemada, sino que obligaron a marcharse a las minorías no rusas. Unos 300.000 lituanos, 350.000 judíos y 750.000 polacos fueron enviados hacia el este. Los judíos recibían un trato aun peor que los demás y los pogromos contra ellos continuaron durante toda la guerra en el territorio bajo control ruso. Cuando Austria invadió Serbia en 1914 y, de nuevo y con mayor éxito, en 1915, sus tropas se comportaron de manera brutal con la población local. Más de mil civiles, mujeres y niños inclusive, fueron asesinados "en circunstancias de la más repulsiva crueldad", en palabras de un observador extranjero, porque se sospechaba que habían ayudado al Ejército serbio. En el Imperio otomano el partido en el poder, el Comité de Unión y Progreso (conocido también como los Jóvenes Turcos), usó la guerra como pretexto para llevar a cabo un genocidio sistemático contra la minoría armenia en el país. Entre un millón y un millón y medio de armenios murieron como resultado de ejecuciones directas o de las penalidades en las marchas forzadas que los conducían desde sus hogares en el noreste del país cruzando el desierto hasta Siria.

Entre guerras, las mejoras tecnológicas –bombas mejores y más letales, aviones más potentes y de mayor alcance, submarinos, gas venenoso y la bomba atómica– permitieron matar a mayor escala y desde una distancia mayor. Pese a la repugnancia que después de la Primera Guerra Mundial inspiraron sus enormes tasas de mortalidad, los Gobiernos occidentales veían en los bombardeos por aire una forma económica y sencilla de

controlar a los civiles recalcitrantes, especialmente de aquellos que consideraban, como a menudo era el caso, pueblos menos civilizados. Los británicos usaron bombarderos contra los pueblos de Irak y Afganistán a principios de los años veinte, al igual que harían los italianos en su invasión de Etiopía en 1935. (Al yerno de Mussolini, el conde Galeazzo Ciano, le parecía que desde el aire las bombas parecían flores al explotar). El bombardeo aéreo contra civiles acabaría llegando a Europa en 1937 durante la guerra civil española, cuando pilotos nazis y fascistas que combatían con las fuerzas del general Franco destruyeron la localidad vasca de Guernica, matando a varios cientos de personas.

Al inicio de la Segunda Guerra Mundial todavía había dudas, al menos del lado de los aliados, en cuanto a qué constituía un objetivo legítimo (se cuenta que un ministro británico protestó en 1939 con un "¡Pero eso es propiedad privada!" cuando se mencionó la posibilidad de bombardear la industria alemana de la cuenca del Ruhr). La naturaleza total de la guerra despejó estas dudas, aunque hay que decir que no desaparecieron del todo, de nuevo en el caso de los aliados. Todos los beligerantes hacían uso del bombardeo sobre civiles para perturbar el esfuerzo de guerra enemigo y debilitar su voluntad de seguir combatiendo. Puertos, fábricas, ferrocarriles, depósitos de petróleo, presas y puentes, todo eran objetivos, pero también las viviendas y los centros urbanos. Hermann Göring le prometió a Hitler en el verano de 1940 que obligaría a Reino Unido a rendirse mediante un bombardeo constante a sus aeródromos y ciudades clave, especialmente a Londres. Sir Arthur Harris, jefe del Comando de Bombarderos británico, estaba convencido, y consiguió persuadir a sus superiores, Winston Churchill incluido, de que la guerra contra Alemania podía ganarse a base de bombardeos, y que el objetivo clave era la moral del pueblo alemán. La meta era, decía Harris en un memorándum secreto de octubre de 1943:

> La destrucción de las ciudades alemanas, la muerte de los trabajadores alemanes, y la interrupción de la vida comunitaria civilizada en toda

> Alemania […], la destrucción de viviendas, servicios públicos, transporte y vidas; la creación de un problema de refugiados a una escala sin precedentes; y la destrucción de la moral tanto en la retaguardia como en el frente por miedo a un bombardeo prolongado y más intenso, son objetivos aceptados e intencionales de nuestra política de bombardeo, no son efectos colaterales de nuestros intentos de destruir fábricas.

En 1943, murieron en Hamburgo 40.000 personas, muchas de ellas en la tormenta de fuego que arrasó la ciudad como resultado de las bombas aliadas, y en 1945 otros 35.000 perdieron la vida en Dresde (esta última cifra, al igual que el propio ataque, sigue siendo hoy tremendamente controvertida). El bombardeo estadounidense de Tokio ese mismo año con bombas incendiarias (un arma deliberadamente escogida porque gran parte de las estructuras de la ciudad estaban construidas en madera) destruyó 40 kilómetros cuadrados y dejó entre 80.000 y 100.000 muertos y a un millón de personas sin techo. El mayor general Curtis LeMay, responsable del ataque, dijo que los japoneses habían sido "abrasados, hervidos y horneados hasta la muerte". Claramente no se debió a un descuido que los bombardeos masivos no se incluyesen en las acusaciones de los aliados contra los líderes nazis en los juicios de Núremberg.

La guerra total también difuminó las distinciones que se habían establecido en los siglos precedentes entre los papeles respectivos de combatientes y no combatientes. Uniformes, jerarquía, disciplina y reglas tenían la función de separar a los militares de los civiles. Los primeros tenían derecho a usar la fuerza, mientras que los últimos no. ¿Pero qué sucedía cuando los civiles se armaban o resistían a los invasores armados?, ¿se les aplicaban entonces las reglas de la guerra?, ¿podían o debían los civiles ser castigados –como hizo el general Sherman en el Sur, por ejemplo–? Este tipo de preguntas formaban parte de intentos continuados de controlar y regular la guerra, pero también señalan la progresiva

importancia que los civiles iban adquiriendo en ella.

Antes de la época moderna, el apoyo civil a la guerra no era algo que a los gobernantes les importase mucho, pero con la aparición del nacionalismo y la complejidad y exigencias crecientes de los conflictos los civiles –su aprobación y su trabajo– fueron adquiriendo importancia en el esfuerzo de guerra. Los voluntarios civiles, como las asociaciones de mujeres patriotas en Prusia durante las guerras napoleónicas o la Cruz Roja Internacional, fundada a mediados del siglo XIX, eran capaces de cuidar de los militares o de las víctimas de la guerra, recaudar fondos para las familias de los soldados, proporcionar hospitales y personal para cuidar de los heridos, o comprar bonos para financiar el esfuerzo de guerra. Las mujeres, jóvenes y mayores, podían trabajar para ocupar el lugar de los hombres que iban al frente o ayudar a las autoridades como voluntarias en el control de apagones o detección de incendios. A la inversa, cuando el público, o una parte suficiente de él, retira su apoyo a una guerra, como sucedió en Rusia en 1917, en Alemania en 1918 y en los sesenta y setenta en EEUU durante la guerra de Vietnam, resulta difícil, por no decir imposible, para los Gobiernos seguir luchando. Incluso si la guerra continúa, los civiles pueden sabotear y debilitar el esfuerzo de guerra de su país de muchas maneras. Un extremo es la resistencia directa, ya venga esta de pacifistas que se tumban sobre las vías del tren o bloquean los centros de alistamiento o de una resistencia que se arma contra su propio Gobierno o las fuerzas de ocupación. En el otro extremo se encuentra la reticencia a cooperar; no comprar bonos de guerra, por ejemplo, o negarse a trabajar horas extra. Cuando la Unión Soviética y Alemania firmaron el Tratado de no Agresión (también conocido como Pacto Ribbentrop-Mólotov, por los ministros de Asuntos Exteriores de ambos países) justo antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, los partidos comunistas de todo el mundo recibieron órdenes de Moscú y cambiaron diametralmente sus posturas respecto de la Alemania nazi, pasando a atacar a las democracias (esto inspiró en parte el

1984 de George Orwell). En Francia, el poderoso Partido Comunista pasó, de la noche a la mañana, de llamar a la guerra contra Alemania a abogar por la paz. Cuando el Gobierno decretó la movilización, los comunistas gritaban: "¡No vayáis!" y "¡Paz, paz!" en las estaciones de tren, y se decía, aunque era difícil probarlo, que los trabajadores comunistas saboteaban la producción de municiones.

Durante la Segunda Guerra Mundial, enormes territorios con millones de civiles se vieron ocupados por fuerzas enemigas. En Europa, 180 millones de personas acabaron en manos de las potencias del eje, Alemania e Italia, y sus socios menores, mientras que en Asia los japoneses dominaban a 460 millones. Algunos civiles colaboraban, incluso con entusiasmo, con los conquistadores. En China, el nacionalista Wang Jingwei aceptó liderar un régimen marioneta para los japoneses, en parte porque pensaba que una asociación entre su país y Japón conseguiría expulsar al nacionalismo occidental y construir una nueva Asia. Para el intelectual belga Henri de Man la ocupación nazi supuso la "salvación" de las garras de la democracia liberal. Las élites gobernantes y sus partidarios en el Estado marioneta que era la Francia de Vichy quisieron ver una oportunidad de dar la vuelta a lo que ellos consideraban los eternos valores franceses, el catolicismo y el conservadurismo. Cuando los alemanes exigieron que les entregaran a los judíos alemanes para enviarlos a los campos de exterminio, Vichy se prestó de buen grado.

Cegados por sus propias teorías raciales y obligados a extraer cuanto pudieran de los territorios ocupados por las exigencias crecientes de la guerra, las potencias del eje condujeron a los civiles a una oposición muy activa tanto en Europa como en Asia. El trabajo forzado, los impuestos punitivos, las matanzas indiscriminadas y el genocidio deliberado pusieron a muchas personas en la difícil tesitura de decidir entre la resistencia o una muerte probable. A medida que la resistencia armada fue creciendo en Asia, de Filipinas a China, y en toda Europa, las potencias del eje tomaron

medidas cada vez más severas, los japoneses con políticas como los Tres Todos en China y los nazis con castigos colectivos a toda localidad en la que se manifestaran actividades de resistencia. Como dijo un diplomático alemán en la Grecia ocupada después de que las fuerzas alemanas masacraran a los habitantes de un pueblo: "El maravilloso resultado de este hecho heroico es que tenemos bebés muertos, pero los partisanos siguen vivos". Los ucranianos, que habían recibido a las tropas nazis con la tradicional ofrenda de pan y sal creyendo que los liberarían del yugo soviético, acabaron formando grupos de partisanos cuando los nazis empezaron sus matanzas y deportaciones en masa de mano de obra esclava hacia el oeste.

Durante la Segunda Guerra Mundial la resistencia consistía en empuñar una pistola o hacer volar trenes por los aires, pero también en escuchar las noticias nocturnas de la BBC, como hacían miles de personas en toda Europa pese a que se castigaba con la muerte. La resistencia también era imprimir y distribuir información acerca de la ocupación y el estado de la guerra. En Bélgica, alrededor de 12.000 personas trabajaban imprimiendo y distribuyendo unos 300 periódicos clandestinos. En la Francia ocupada, el público aplaudía a los soldados británicos cuando aparecían en los noticieros de los cines, y se cambiaban de sitio si se les sentaba al lado un alemán. En Polonia, un oficial alemán se quejó de que los niños polacos eran siempre muy maleducados con él. En la Dinamarca ocupada los ciudadanos se reunían al aire libre para cantar canciones tradicionales danesas. Los holandeses sembraban parterres de flores con los colores nacionales. Las calles de Praga quedaban desiertas durante los aniversarios de los Acuerdos de Múnich, que habían destrozado Checoslovaquia. Estos gestos pueden parecer fútiles, pero ayudaban a mantener viva la esperanza.

Los individuos hacían lo posible para conservar la memoria de sus pueblos y registrar los horrores del presente. Un librero musulmán de Sarajevo sacó clandestinamente un manuscrito judío del siglo XIV del Zemaljski Musej de

Bosnia y Herzegovina poniendo su vida en peligro para salvarlo de los nazis. En Vilna, un grupo de estudiosos judíos obligados por los nazis a catalogar un enorme lote de documentos judíos incautados sacaban todos los que podían y los escondían bajo los tablones del suelo y en las paredes. Algunos fotógrafos desafiaban las reglas de los nazis para tomar y conservar fotografías de los guetos y campos de concentración. Cuando los nazis llegaron al poder en Alemania en 1933, Victor Klemperer, catedrático de lenguas románicas en Dresde, decidió que continuaría escribiendo su diario. En él hace referencias frecuentes a su estado de salud, prediciendo repetidamente que no le quedaba mucho en el mundo (moriría en 1960 a los setenta y nueve años). Klemperer decía de sí mismo que no era ningún héroe, pero llevar un registro del creciente control de los nazis sobre la sociedad alemana y los numerosos delitos del régimen, incluyendo la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, constituía un acto de enorme valentía. "Seguiré escribiendo –anotó en 1942–. Ese es mi heroísmo. Daré testimonio, testimonio preciso". Pese a que los nazis lo consideraban judío, aunque su familia se había convertido al cristianismo, se le permitía vivir porque estaba casado con una mujer aria. A medida que las restricciones lo asfixiaban cada vez más, ella todavía tenía libertad para viajar y con enorme valentía fue sacando las páginas del diario de la vivienda especial para matrimonios mixtos donde se les obligaba a vivir. Una amiga médica, igualmente muy valiente, escondió el material hasta que terminó la guerra.

Siempre que podían, los aliados alentaban y apoyaban la resistencia armada. El objetivo de la Dirección de Operaciones Especiales británica, fundada en 1940, era animar a los resistentes del continente a "prender fuego a Europa". Una vez que Alemania hubo invadido la Unión Soviética, los partidos comunistas europeos volvieron a cambiar de idea y se sumaron a ello. Pese a que los nazis habían suprimido el Partido Comunista, gran parte de su actividad simplemente había pasado a la clandestinidad, y la organización comunista, con su firme jerarquía y células autónomas,

demostró una gran capacidad de adaptación para las actividades de resistencia. Las redes de resistencia crecientes, comunistas y no comunistas por igual, ayudaban a escapar a los aviadores y soldados aliados, proporcionaban información valiosísima, como los planos de algunas secciones de la Muralla Atlántica erigida por los alemanes para disuadir los desembarcos aliados o información detallada acerca de números, organización y movimientos de las fuerzas del eje, además de llevar a cabo sabotajes en las fábricas, ferrocarriles y líneas de telégrafo y teléfono. Aquellos que eran descubiertos por el ocupante lo pagaban muy caro, y a menudo también los espectadores inocentes.

Lo que más nos sorprende a quienes vivimos en sociedades pacíficas es la resiliencia y capacidad de adaptación extraordinaria de civiles y la sociedad civil ante el mundo extraño y terrorífico de la guerra en el que de repente se encuentran sumergidos. La gente es capaz de soportar privaciones que antes de la guerra les hubieran parecido insoportables. Prosiguen sus vidas entre las ruinas, adaptan sus horarios a los momentos en los que resulta más seguro salir y duermen en refugios, amontonados junto a completos extraños. Aprenden a vivir sin electricidad o agua y se deleitan con alimentos –cortes extraños de carne, latas de pescado aceitoso, patatas insípidas, café hecho de bellotas– que no hubieran tocado en tiempos de paz. Nella Last pasó la Segunda Guerra Mundial en Barrow-in-Furness, a unos sesenta y cinco kilómetros al norte de Liverpool en una región de astilleros que los alemanes bombardeaban con frecuencia. Su querida casa sufrió graves daños, pero ella siguió adelante, trabajando para el Servicio Voluntario de Mujeres durante todo el día y cuidando de su hogar en las pocas horas que le quedaban. Tenía gallinas y plantó verduras, y se enorgullecía de hacer durar sus raciones tanto como era posible. A menudo escribía en su diario que se sentía deprimida, pero seguía mostrándose risueña por su familia y quienes la rodeaban. Se obligaba a sí misma a acordarse del niño holandés que había metido su dedo en el agujerito de un

dique para evitar que el agua entrase por él. “Tengo que mantener mis diques fuertes, porque si no a veces podría ahogarme”.

Las mujeres se convierten en maestras de la improvisación, llegando a confeccionar vestidos a partir de cortinas, como Escarlata O’Hara en *Lo que el viento se llevó*. En la Segunda Guerra Mundial, las mujeres en Reino Unido hacían frente a la escasez de medias de seda y nailon pintándose costuras en la parte de atrás de sus piernas para que pareciera que las llevaban. Y también hacían cosas que nunca hubieran pensado que eran capaces de hacer. La autora de *Una mujer en Berlín* pensaba que las mujeres encontraban fuerzas porque se concentraban en los pequeños detalles de la vida cotidiana, tales como hacer cola para obtener alimentos. “En estos momentos, el embutido tiene prioridad en esos cerebros y les quita perspectiva y rango a los grandes pero lejanos asuntos”. Ella misma siente un gran placer al lavar sus sábanas cuando los soviéticos se marchan; como escribe con sorna “un cambio muy necesario después de todos aquellos visitantes con botas”.

Libussa Fritz-Krockow provenía de una antigua familia de terratenientes del este de Alemania y se casó en 1944 con un oficial del Ejército que se fue a la guerra –ella no sabía adónde– dejándola al cuidado de su padrastro con su madre, algunas sirvientas y un bebé en camino. Las familias como la suya tenían tradiciones robustas, y los valores por los que se regían eran eminentemente masculinos y militares. En su mundo los hombres creían en el orden, la disciplina y la obediencia, cualidades útiles en una batalla pero no en el caos que los envolvió cuando las tropas soviéticas avanzaron y el frente alemán se hundía. En sus memorias *Die Stunde der Frauen* [La hora de las mujeres], Fritz-Krockow describe cómo ella, su madre y la doncella ocuparon el lugar de su padrastro y los demás hombres de alta cuna del distrito. Tuvieron que lidiar con los soviéticos, sobornar funcionarios, buscar alimento y robar para sobrevivir, porque los hombres eran incapaces de hacerlo: “Cuando se trataba de agachar la cabeza y arrastrarse a cuatro

patas para arrancar las espinacas que podían salvarnos de morir de hambre –sin cabida para el honor o el deber–, ahí es cuando fallaban. Este tipo de tareas nos las dejaban a nosotras". Ella consiguió sacar adelante a su pequeño grupo de mujeres y a su bebé y llevarlos a la zona aliada en el oeste, y después regresó para llevarse a su padrastro que se encontraba en un campo de prisioneros improvisado en la zona soviética. Logró localizarlo y le dijo a través de la alambrada que tenía un cortafríos y billetes de tren hacia el oeste. En un principio, él se negó a marcharse, alegando que había dado su palabra de oficial y caballero de que no trataría de escapar. Para que aceptara acompañarla, tuvo que decirle que no sabía cómo viajar sola. No resulta sorprendente que, una vez a salvo y restablecidos en el oeste, ella se diera cuenta de que le resultaba imposible regresar a su antigua relación de dependencia y sumisión respecto de los hombres de su familia, a quienes ahora veía como el sexo débil, miserable e impotente: "En el fondo, las mujeres estamos experimentando una especie de decepción colectiva. El mundo nazi, gobernado por hombres, la exaltación del hombre fuerte está empezando a derrumbarse, y con él el mito del 'Hombre'". Para ella, la derrota de la guerra es la derrota del sexo masculino.

La guerra consigue dar la vuelta a los papeles y expectativas tradicionales. En la Europa del Renacimiento se esperaba que las mujeres de las ciudades sitiadas ayudaran a defenderlas. Durante el asedio de dieciocho meses a la ciudad italiana de Siena entre 1552 y 1553, a todas las mujeres, pobres y ricas, de entre doce y cincuenta años, se les entregaron cestas y lanzas o picas. Cuando se gritaba la orden en las calles, las mujeres tenían que abandonar sus hogares e ir a trabajar a las murallas de la ciudad. Cuanto más total es la guerra, mayores son sus exigencias en cuanto a trabajo y pericia femeninas; al final de la Primera Guerra Mundial, la contribución que las mujeres habían realizado a la guerra supuso un argumento muy convincente para darles el derecho al voto en países como Reino Unido,

Canadá, Dinamarca, Alemania, Polonia y EEUU.

En la Primera Guerra Mundial la proporción de mujeres que trabajaban fuera de casa aumentó significativamente en la mayoría de los países combatientes. Al inicio de la guerra, las mujeres constituían el 23% de la mano de obra en la industria y transporte británicos, mientras que en 1918 eran el 34%. La supervisora de bienestar de una fábrica de municiones británica dijo que "el káiser había dado a las mujeres británicas una oportunidad que sus propios padres, hermanos e incluso madres les habían negado hasta entonces". Las mujeres ya trabajaban en oficinas y fábricas antes de la guerra, pero ahora tenían acceso a lo que hasta entonces se habían considerado empleos masculinos. Por todas partes, abandonaban las faldas largas por los pantalones y se cortaban el pelo porque era más seguro y cómodo.

Las mujeres sustituyeron a los hombres como conductoras de autobús o trabajadoras agrícolas (en Reino Unido las llamaban *land girls*). Las *munitionettes* remplazaron a los hombres en el peligroso trabajo de las fábricas de armas. Muchas de ellas, las "chicas canario", como las llamaron los británicos, adquirieron una tonalidad amarillo brillante a causa de los productos químicos que manejaban, e incluso daban a luz a bebés de ese color. En 1915, el Ministerio de Munición contrató a supervisoras de bienestar, mujeres para vigilar la salud y condiciones laborales de sus empleadas, que, quizá porque era inevitable, se encontraron muchas veces lidiando con empleadores y sindicalistas, que no entendían por qué las mujeres deberían cobrar igual que los hombres por el mismo trabajo.

En ambas guerras mundiales las mujeres trabajadoras se enfrentaron a numerosos retos en su lugar de trabajo, especialmente aquellas que desempeñaban trabajos tradicionalmente contemplados como masculinos, principalmente debido a que sus compañeros temían que si a las mujeres se les pagaba menos esto podría servir de pretexto a los patrones para congelar o bajar los salarios de ellos, dejando muy claro que no las querían allí. En

una fábrica de Birmingham, por ejemplo, los hombres soltaban las tuercas de los tornos para ralentizar el trabajo de las mujeres que los relevaban en el turno siguiente. Una mujer británica que dejó su trabajo como peluquera para convertirse en remachadora en la Segunda Guerra Mundial se quedó esperando en vano a que se le asignara una tarea cuando se presentó en su trabajo el primer día junto a un grupo de hombres. Cuando le preguntó al capataz qué tenía que hacer, él le respondió: "¡Ay sí, nos hemos olvidado de ti, cielito!". Le dio una escoba y le dijo: "Toma esto, y haz como que trabajas". Tampoco resultaban útiles ciertas reacciones, como el prohibir el maquillaje en horas de trabajo, de los responsables en estos momentos y otros peores de flagrante discriminación sexual. Boeing provocó un escándalo al enviar a 53 mujeres a sus casas por llevar jerséis demasiado ajustados. Después trataría de alegar en su defensa que los jerséis ajustados podían causar un problema de seguridad al quedarse atrapados en la maquinaria. Las profesiones de clase media tampoco acogían de mucho mejor grado a las mujeres. Cuando la Institución de Ingenieros Mecánicos británica admitió a su primera miembro de pleno derecho en 1944, los demás miembros protestaron. Las mujeres, decía uno, eran demasiado delicadas para las "asperezas" y el lenguaje soez con el que iban a encontrarse inevitablemente. Y, además, añadía quizá más pertinentemente, "los ingenieros profesionales ya tienen suficiente competencia, y después de la guerra, bueno, nunca se sabe".

Para muchas mujeres el trabajo remunerado simplemente se añadía a sus labores como madres y esposas, y los Gobiernos tardaron mucho en reconocerlo. En Londres, las mujeres salían a protestar a las calles con sus hijos pequeños llevando pancartas que decían: "¡Guarderías para los niños! ¡Trabajo de guerra para las madres!". Muchas mujeres encontraban insoportable la carga de encontrar quien cuidase a sus hijos, hacer la compra y cuidar sus casas. El absentismo entre las mujeres trabajadoras británicas era el doble que entre los hombres, y los empleadores tendían a

atribuirlo a que las mujeres tenían que llegar a las tiendas antes de que estas cerrasen si no querían quedarse sin nada. Un funcionario del Ministerio de Alimentación, imagino que un hombre, dio el siguiente utilísimo consejo: "No debería estar por encima de las capacidades de las trabajadoras de guerra casadas conseguir que una vecina o amiga haga la compra por ellas". Cuando EEUU entró en la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno estadounidense exhortaba a las mujeres a no ser vagas y asumir su parte del trabajo de guerra: "En los últimos años, y principalmente en EEUU, las mujeres se han permitido hábitos de una ociosidad extraordinaria".

Josephine von Miklos, que venía de un contexto aristócrata y tenía un doctorado por la Universidad de Viena, se quejaba de la suciedad y el aburrimiento de su trabajo en una fábrica de municiones de Nueva Inglaterra, pero también se recordaba a sí misma que "tampoco a los hombres de Bataán les gustaba la mugre ni la suciedad. Los soldados chinos, rusos y australianos no se divierten combatiendo, ni tampoco los marineros". Otras mujeres en cambio pudieron disfrutar la experiencia de ganar por primera vez en sus vidas un buen salario. Una mujer escocesa que trabajó durante la Segunda Guerra Mundial en la planta de motores aéreos de Rolls-Royce en Hillington, cerca de Glasgow (donde las mujeres llegaron a ir a la huelga por los bajos salarios), recuerda que hacia el final de la guerra estaba ganando unas cinco libras por semana: "Me hacía bastante ilusión aparecer en casa con un billete de cinco libras. Nunca antes había visto uno". No todos los cambios que vivieron las mujeres serían permanentes. A medida que los hombres fueron regresando de las guerras mundiales, retomaron sus antiguos empleos; de hecho, muchos empleadores compartían el punto de vista de los veteranos de que las mujeres no habían sido más que sustitutas temporales. Y tampoco todas las disposiciones instauradas para las madres trabajadoras, como las guarderías y los centros de día, siguieron funcionando en los años de la posguerra.

La prensa de países como EEUU o Reino Unido vaticinaba sombríamente

que sacar a las mujeres de sus hogares conduciría a la inmoralidad y, peor aún, las volvería poco femeninas y demasiado asertivas. Para muchas mujeres, no obstante, trabajar se convirtió en una forma de liberación. Disfrutaban la libertad que les daba tener su propio dinero, y también el compañerismo en el trabajo. "Yo disfruto muchísimo mis cuatro horas de turno de tarde –dijo una mujer que trabajó a media jornada en una empresa británica durante la Segunda Guerra Mundial–. Estoy encantada de llegar allí. Después de todo, para un ama de casa que ha sido un repollo durante quince años, es como salir de la jaula y estar libre". Además, proseguía, "muchas de las que trabajan a media jornada piensan lo mismo: salir y ver caras nuevas es tan, tan diferente de limpiar el polvo". Nella Last confesó en su diario que para ella había sido un enorme alivio alejarse de su aburrido marido y sentir que estaba haciendo algo útil. Cuando este se quejaba de que no le tenía el té preparado y de que ella ya no era tan "dulce", ella le respondía: "Bueno, ¿y quién quiere que una mujer de cincuenta años sea dulce? Además, a mí me va mucho mejor así". En el desfile triunfal que Reino Unido organizó después de la guerra, las autoridades trataron de colocar al Women's Land Army [las mujeres que se habían dedicado a cultivar los campos durante la guerra] detrás de los Boy Scouts, y las mujeres se pusieron en huelga. "El ejército estaba devastado. No sabían qué hacer ante aquella insubordinación, pero nosotras lo teníamos claro. Si no nos colocaban en otro lugar, nos iríamos a casa". El ejército reculó y las mujeres del Land Army desfilaron detrás de las del Servicio Territorial Auxiliar del Ejército.

La medida en la que la guerra afecta a los civiles depende tanto de dónde se encuentran como de quiénes son. Los ricos y poderosos pueden usar sus recursos y contactos para librarse del servicio militar o adquirir lujos que escasean como vino y alimentos. En el París ocupado, Coco Chanel pasó la guerra de lo más cómodamente en el Ritz con un apuesto amante alemán. Los habitantes de Leningrado, donde los alimentos escaseaban hasta el

punto de que se dieron casos de canibalismo, vivieron una guerra muy diferente, y muchos no pudieron contarla. Es cierto que los soldados estadounidenses lucharon y murieron en las calles de Berlín, Roma y Tokio, pero mientras tanto en EEUU la economía no dejaba de prosperar.

El gasto de guerra hizo en EEUU y otros países aliados como Canadá lo que John Maynard Keynes había preconizado después de la Gran Depresión. Mediante el gasto desenfrenado y el sacrificio de la vaca sagrada de los presupuestos equilibrados, los Gobiernos consiguieron poner de nuevo en marcha la economía. El apetito insaciable de la guerra por los recursos y el material bélico generó nuevas industrias y estimuló las ya existentes. El corresponsal de *The Guardian* en Washington, Alistair Cooke, que más tarde se haría famoso por su célebre serie de la BBC *Letter from America* [Carta de América], consiguió convencer a sus editores para que le enviasen de viaje por EEUU en 1941, justo después de Pearl Harbor. Visitó ciudades famosas como Nueva Orleans, donde las nuevas fábricas de Andrew Higgins y la mano de obra que acudía incesantemente producían miles de barcazas de desembarco, y también una pequeña población anodina en Indiana llamada Charlestown. Antes de la guerra su población ascendía a 939 habitantes, y contaba con dos iglesias, un puñado de tiendas y una churrasquería. En 1940, el Gobierno federal decidió construir allí una planta de explosivos. Para cuando Cooke la visitó, a los habitantes originales se habían sumado 15.000 personas de todo el país, que vivían como podían en habitaciones alquiladas y remolques, y Charlestown contaba con nuevas carreteras, puentes y agentes de policía. En países como Reino Unido, EEUU y Canadá, los trabajadores pudieron aprovechar su recién adquirida importancia para exigir salarios más altos y mejores condiciones. En la Unión Soviética, donde la economía se organizaba en pie de guerra incluso en tiempos de paz, los trabajadores eran igual de esenciales, pero tenían mucho menos poder. Además, el avance alemán había obligado a reubicar apresuradamente las industrias soviéticas hacia el

interior, y muchos operarios se veían obligados a vivir en tiendas de campaña y cumplir jornadas muy largas en fábricas sin calefacción durante los largos y fríos inviernos. El final de la guerra permitió una reconstrucción gradual de los enormes daños sufridos por las infraestructuras soviéticas, pero las nuevas exigencias de la Guerra Fría supusieron que la producción del país siguiera orientada a los preparativos de guerra. No se planteaba la mejora de las condiciones de los trabajadores ni su libertad de circulación o la producción de bienes de consumo variados.

Cuando llega la paz y los dolorosos recuerdos de la guerra empiezan a ocupar un segundo plano, también los civiles pueden experimentar la nostalgia que sienten los combatientes por la intensidad de la camaradería en la guerra. Vera Brittain se opuso a la guerra durante toda su vida, y escribió de manera muy conmovedora acerca de las pérdidas que experimentó durante la Primera Guerra Mundial. Aun así, también escribió que "cada vez que recuerdo la guerra hoy, no pienso nunca en el verano, solo en el invierno; algo frío, oscuro e incómodo, y una calidez intermitente de excitación que nos hacía disfrutar irracionalmente aquello. Su símbolo definitivo, para mí, es una vela encajada en el cuello de una botella, la diminuta llama…".

1 "*If not, why, in a moment look to see / The blind and bloody soldier with foul hand / Defile the locks of your shrill-shrieking daughters; / Your fathers taken by the silver beards, / And their most reverend heads dash'd to the walls, / Your naked infants spitted upon pikes, / Whiles the mad mothers with their howls confused / Do break the clouds, as did the wives of Jewry / At Herod's bloody-hunting slaughtermen. / What say you? will you yield, and this avoid, / Or, guilty in defence, be thus destroy'd?*".

2 "*If I demand, before this royal view, / What rub or what impediment there is, / Why that the naked, poor and mangled Peace, / Dear nurse of arts, plenties and joyful births, / Should not in this best garden of the world / Our fertile France, put up her lovely visage?*".

3 “*And as our vineyards, fallows, meads and hedges, / Defective in their natures, grow to wildness, / Even so our houses and ourselves and children / Have lost, or do not learn for want of time, / The sciences that should become our country; / But grow like savages, – as soldiers will / That nothing do but meditate on blood…* ”.

VIII

CONTROLAR LO INCONTROLABLE

> "Me parece una cosa graciosa hacer reglas sobre la guerra. No se trata de un juego. ¿Cuál es la diferencia entre una guerra civilizada y cualquier otra clase de guerra?".
>
> PANCHO VILLA

En 1827, un joven alemán emigró a EEUU, dejando tras de sí una trayectoria turbulenta que incluía el paso por el Ejército prusiano en sus guerras contra Napoleón y un par de temporadas en la cárcel por sus opiniones liberales, entre ellas una hostilidad firme y poco tácita a la Corona prusiana. Franz Lieber era un idealista, polímata, poeta, filósofo y entusiasta del ejercicio físico en cuyo círculo de amigos y conocidos se contaban Jeremy Bentham, Alexis de Tocqueville, John Stuart Mill y Daniel Webster. En su nuevo país se convirtió en un célebre intelectual y pedagogo, y entre otras muchas cosas editó la primera versión de la *Encyclopedia Americana*. Terminó en la Universidad de Columbia como el primer catedrático estadounidense de ciencia política (un término y disciplina que él mismo había ayudado a crear).

Cuando estalló la guerra de Secesión, Lieber apoyaba acérrimamente a la Unión, pero su familia, como la de tantos otros, se hallaba dividida. Uno de sus hijos murió luchando por la Confederación, mientras que al otro lo hirieron gravemente cuando estaba con las fuerzas de la Unión. Lieber se convirtió en presidente de la Loyal Publication Society, pero continuó escribiendo por su cuenta, concentrándose cada vez más en el tema de cómo ambos bandos debían tratarse entre sí. Alegaba con valentía que los prisioneros confederados debían ser tratados como combatientes y no como traidores, y por lo tanto debía aplicárseles el derecho consuetudinario de la guerra. Era lo más razonable y también lo único moralmente aceptable,

argumentaba. “Si un salteador de caminos me pide la bolsa y yo, desarmado, considero oportuno entregársela, estoy reconociendo al ladrón como tal, no se trata más que de reconocer un hecho”. En 1862, Lieber escribió a Henry Halleck, general en jefe de los ejércitos de la Unión, ofreciéndose a redactar un código de conducta para los soldados unionistas. El resultado, sancionado por el presidente Lincoln como Orden General número 100, fue un documento clave para la codificación de las leyes modernas de la guerra, y mucho de lo que se ha llevado a cabo en ese campo desde entonces, como los Convenios de Ginebra, se ha construido a partir de ello.

Diez años después, en Viena, Bertha von Suttner, una joven mujer pobre pero muy bella de familia noble empezó a trabajar como institutriz en una familia con recursos. Como a veces pasa, el hijo de la familia se enamoró perdidamente de ella, y es posible que ella también se enamorara de él. Como era de esperar, los padres se opusieron al matrimonio, así que los jóvenes se escaparon juntos, y acabaron en el Cáucaso, que Rusia acababa de adquirir. El marido de Von Suttner hizo varios intentos de ganarse la vida, montó un negocio maderero, que fracasó, y también llegó a diseñar papel pintado, y conseguía salir adelante como instructor de equitación y profesor de francés. Ambos escribían artículos para la prensa europea, pero fue ella quien se hizo más conocida. En 1877, cuando estalló un conflicto entre Rusia y el Imperio otomano, se dio cuenta de lo que la guerra podía llegar a significar, y empezó a dedicar cada vez más energía a intentar acabar con ella. Von Suttner, acompañada de su marido, regresó a Occidente y se hizo bastante famosa, dedicando su tiempo y su pluma a la causa de la paz. En 1889 publicó su novela más famosa, *¡Abajo las armas!* (“Convicciones profundas pero carente de talento”, dijo Tolstói de ella). Aunque recargada y excesiva, con una trama improbable, su mensaje antibélico tuvo una enorme resonancia en una Europa cada vez más consciente de las enormes capacidades destructivas desatadas por la

Revolución Industrial y el alza del nacionalismo. Von Suttner se reunió con varios estadistas, entre ellos Theodore Roosevelt, para suplicarles que pusieran fin a la guerra, y también estableció una alianza muy sólida con el industrial sueco Alfred Nobel.

Nobel era ingeniero e inventor, y había creado nuevos explosivos muy potentes, destinados en un principio a la minería. Las fuerzas armadas de todo el mundo habían visto rápidamente el potencial de su invento para crear armas mejores y más mortíferas y la mala conciencia de Nobel había ido aumentando a la par que su fortuna. Deseaba, decía, desarrollar un arma de tal capacidad destructiva que la guerra se convirtiese en algo impensable. Von Suttner logró convencerle de que en vez de eso aportase una dotación para un premio de la paz, que después ella trataría sin ningún pudor de conseguir para sufragar sus gastos extravagantes. Su objetivo y el de Nobel y sus muchos aliados era acabar completamente con la guerra.

Lieber y Von Suttner representan dos corrientes en la lucha de la humanidad por limitar, controlar o eliminar definitivamente la guerra. Una cosa no quitaba la otra; incluso los pacifistas como Von Suttner estaban dispuestos a trabajar en la formulación de normas para la guerra con la esperanza de que algún día los seres humanos se dieran cuenta de que la guerra era algo que ya no tenía cabida en el mundo. Immanuel Kant, que reflexionaba mucho acerca de este mismo tema en su pacífica ciudad de Königsberg, a orillas del Báltico, afirmaba que el desarrollo de leyes para la guerra aceptadas internacionalmente era un paso en el largo y difícil camino hacia su desaparición total, y que solo los errores de la humanidad podían impedirle alcanzar un día ese estado ideal.

En 1913, John Reed, un joven licenciado de Harvard que empezaba a darse a conocer como periodista, pasó cuatro meses con el líder rebelde mexicano Pancho Villa. Reed le enseñó a Villa un folleto que contenía las últimas reglas para la guerra que se habían acordado en la Conferencia de La Haya en 1907. Este se pasó horas examinándolo. Le interesó y le divirtió

enormemente. Villa quiso saber más acerca de la conferencia, y preguntó si había estado presente algún representante mexicano. Pero principalmente, le pareció que todo aquello era absurdo: "Me parece una cosa graciosa hacer reglas sobre la guerra. No se trata de un juego. ¿Cuál es la diferencia entre una guerra civilizada y cualquier otra clase de guerra?", preguntó.

Villa señalaba una de las muchas paradojas a las que nos enfrentamos al pensar en la guerra. ¿Cómo es posible hablar de controlar y gestionar algo en lo que la violencia es el medio y la dominación, cuando no la destrucción total del enemigo, el fin? Aun así, eso no nos ha impedido intentarlo reiteradamente a lo largo de milenios. Al igual que las hormigas con sus hormigueros, nosotros construimos laboriosamente una estructura más o menos acordada tan solo para verla derrumbarse cada vez bajo la pesada bota de la guerra. Seguimos adelante y tratamos de reconstruir lo que hemos dado en llamar las leyes de la guerra, un conjunto de convenios y normas que gozan de una aceptación suficiente en un momento y lugar determinados como para tener un efecto restrictivo. Las ciudades Estado griegas luchaban en unos días y no en otros, usando patrones siempre parecidos y en las llanuras, pese a que las montañas que los rodeaban ofrecían posibilidades distintas en cuanto a la guerra. Generalmente los combates se detenían cuando caía la noche y se declaraba vencedor a uno de los bandos. Los aztecas celebraban sus estilizadas guerras floridas, al igual que los habitantes de las tierras altas de Nueva Guinea o los yanomamis de la jungla brasileña en nuestros días. Las barreras psicológicas, la sensación de que algunas cosas son tabú o "no se hacen", pueden ser poderosas, especialmente cuando los enemigos se encuentran cara a cara.

Lo desolador de la guerra es que cualquier intento de controlarla o justificarla es fútil y carece de sentido. Como dijo Maquiavelo, "la guerra es justa cuando es necesaria". Aun así, incluso los poderosos y sin escrúpulos han intentado siempre encontrar razones o pretextos para justificar sus

guerras. En 1122 a. C., el duque de Zhou, en el norte de China, conquistó el Estado vecino, Shang, alegando que su gobernante era un borracho que oprimía a sus súbditos; el cielo (y esto le venía muy bien a Zhou) había retirado su mandato al gobernante de Shang y se lo había entregado a él. El Antiguo Testamento está lleno de referencias a las muy legítimas guerras de los israelitas contra sus enemigos. Dios le dice a Saúl que debe matar a los amalequitas "hombres y mujeres, niños y lactantes". El propio Dios, dice el Éxodo, es un "hombre de la guerra". Los generales griegos y romanos solían tener asesores religiosos que examinaban los auspicios antes de ir a la guerra para ver si los dioses prometían o no la victoria. Julio César, que no se arredraba ni ante los dioses, dijo en una ocasión que "los auspicios serán tan favorables como yo quiera que sean". Los agresores a menudo han usado la religión como excusa, pero el hecho de que recurran a ella indica tanto que les inspira un respeto incómodo como que necesitan una justificación para sus acciones.

Desde sus inicios, la Iglesia cristiana aceptó que existía una distinción entre guerras justas e injustas y que desaprobaba ambas. Su clero tenía prohibido combatir y los legos que participaban en una guerra tenían que hacer penitencia antes de poder regresar del todo a la Iglesia. En 1095, el papa Urbano II declaró la guerra contra los infieles algo justo y bueno para las almas de quienes participaran en ella. Durante un concilio de la Iglesia en Clermont pronunció un sermón que despertaría pasiones en el que instaba a los caballeros feudales de Europa a recuperar la ciudad santa de Jerusalén. Era la voluntad de Dios, decía, y la muchedumbre gritaba, de acuerdo con él. Prometió la salvación de las almas de quienes siguieran su llamamiento, siempre y cuando sus motivos fueran puros. "El que por pura devoción, no por obtener honor o fortuna, vaya a Jerusalén a liberar la Iglesia de Dios puede remplazar con dicho viaje toda penitencia". En la primera cruzada y las que siguieron, los cruzados tomaban votos y se les entregaban cruces bendecidas en una ceremonia. Se les prometían tanto

recompensas espirituales y el perdón de sus pecados como otras más terrenales: la protección de la Iglesia para sus familias y propiedades, inmunidad legal y la exención del pago de intereses sobre sus deudas. Esta no sería la primera ni la última vez que una causa trascendente desatase las peores crueldades, como iban a descubrir los desdichados judíos de Europa que se cruzaban en el camino de los cruzados. A medida que la primera cruzada iba avanzando lentamente en dirección a Oriente, sus miembros cayeron sobre las comunidades judías indefensas, plenamente convencidos de que estaban combatiendo a los enemigos de Dios. En Maguncia, a orillas del Rin, informaba un cronista, los cruzados acabaron con unos setecientos judíos, hombres, mujeres y niños. "De esta cruel matanza de judíos, algunos escaparon, y por miedo, más que por amor a la fe cristiana, se hicieron bautizar".

La religión nunca resultó enteramente satisfactoria como justificación para la guerra, ya que las directrices de los dioses no siempre son claras: los oráculos resultaban muy ambiguos y las señales eran difíciles de interpretar. Los pensadores del mundo clásico en torno al Mediterráneo empezaron el proceso, que avanzaría a trompicones, de desvincular la ley, la ética y la moralidad de la religión a la hora de pensar en la guerra. Para los griegos y los romanos, una guerra justa era aquella que se libraba para reparar una ofensa o un daño. El gran orador y escritor Cicerón afirmaba que la guerra solo era admisible cuando todas las demás formas de mantener la paz hubieran quedado agotadas: "Hay dos clases de enfrentamiento –uno mediante discusión, el otro usando la violencia– y puesto que el primero es propio del hombre y el segundo de las bestias, hay que acogerse al último si no es posible usar el primero". La conducta en la guerra tenía que conllevar la mínima crueldad posible, y tener la paz por objetivo. Platón, que creció durante la guerra del Peloponeso, afirmaba que la guerra debería llevarse a cabo sabiendo que en algún momento ambas partes se verían obligadas a reconciliarse. Su discípulo Aristóteles introdujo la idea de derecho natural,

algo que los seres humanos podían resolver por sí solos mediante el uso de la razón, y con ello abrió la puerta al debate acerca de llevar la guerra de la esfera religiosa al mundo secular.

Aunque el influentísimo san Agustín no dedicó a la guerra demasiados de sus escritos durante los siglos IV y V, sí admitía con reticencia que esta formaba parte de la condición humana. Aceptaba el punto de vista griego y romano de que la guerra es justa cuando busca reparar un daño o se emplea como defensa contra un enemigo que se apresta a usar la fuerza para imponer exigencias injustas. Tanto él como el igualmente influyente santo Tomás de Aquino algunos siglos después encontraban algo positivo y redentor en una guerra que sirviese para imponer la moralidad (otro cantar es quién decide qué constituye una falta de moralidad, o una amenaza. En la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, todos los bandos afirmaban estar defendiéndose frente a un enemigo inmoral). San Agustín también introdujo la premisa importante de que solo las autoridades con legitimidad para ello podían hacer la guerra. El problema de qué o quién constituye una autoridad legítima tampoco ha conseguido resolverse. ¿Es una dictadura o una organización como el Dáesh una autoridad con legitimidad para declarar la guerra? "Supone una gran diferencia por qué causas y bajo qué autoridad los hombres emprenden las guerras que se deben librar", escribió. Al igual que sus predecesores clásicos, Agustín también sopesaba los objetivos de la guerra a la hora de decidir si esta era justa o no. "La paz, como se ha dicho a menudo, es la finalidad de la guerra".

En la guerra moderna la sombra de Clausewitz, con su insistencia en que la finalidad de la guerra tendría que ser acabar con el enemigo, y la capacidad cada vez mayor de las sociedades para librar guerras totales han llevado con demasiada frecuencia a los países a seguir luchando tan solo porque pueden hacerlo. Sadam Huseín renunció a sus armas de destrucción masiva después de la primera guerra del Golfo y con ello dejó de constituir una amenaza para sus vecinos. ¿Era realmente necesario entonces para la

paz en Oriente Medio invadir Irak y derrocar su régimen en 2003? Michael Walzer, cuyo libro *Guerras justas e injustas* es un texto clave en el debate actual en torno al tema, dice que "muchos objetivos de guerra pueden alcanzarse mucho antes de la destrucción y el derrocamiento. Tenemos que buscar las finalidades legítimas de la guerra, las metas a las que se puede aspirar. Estas constituirán también los límites de una guerra justa. Una vez que se han obtenido, o que están políticamente a nuestro alcance, los combates deberían cesar. Los soldados que mueren después de ese momento lo hacen en vano, y obligarlos a combatir y posiblemente a morir es un delito semejante al de la propia agresión". La regla de oro es que los medios que se emplean deberían ser proporcionados respecto a los fines. En otras palabras, si el objetivo –por ejemplo, una porción de territorio en disputa o una disculpa– se ha obtenido, no es necesario proseguir para aniquilar al enemigo, aunque sea tentador.

Si bien las diferentes culturas han ido desarrollando sus propios puntos de vista acerca de cuándo y cómo luchar, Occidente ha desempeñado un papel importante en la fijación de normas internacionales para lo que sus académicos llaman *jus ad bellum* (las leyes que rigen el inicio y la justificación de la guerra) y *jus in bello* (las que rigen cómo esta se lleva a cabo), lo cual es bastante normal si tenemos en cuenta su carácter pionero en varios aspectos de la guerra moderna. Otras partes del mundo han adoptado y adaptado sus normas, basándose en sus propias tradiciones. Mientras los caballeros feudales todavía estaban matando a los campesinos de sus vecinos y pasando por la espada a los habitantes de las ciudades que sitiaban, por ejemplo, los eruditos islámicos ya llevaban mucho tiempo desarrollando normas acerca de cómo se debía tratar a las mujeres y los niños en una guerra.

Las problemáticas que se planean no son sencillas, llevan siglos debatiéndose y aún hoy son polémicas. ¿Qué es lo que hace justa una guerra, y quién tiene derecho a librarla? ¿Y qué principios, si es que hay

alguno, deberían orientar la forma en que se libran y terminan las guerras? Cuando se trata de llevar a cabo una guerra, surgen multitud de preguntas: ¿Cuándo resulta admisible atacar a civiles?, ¿y cómo, y a cuáles? ¿Qué trato deberían recibir los prisioneros de guerra?, ¿y los pueblos conquistados?

Incluso cuando nos parece ver algún progreso, seguimos inmersos en un laberinto de contradicciones. ¿Por qué tratamos de prohibir algunas armas mientras seguimos pensando en otras como legales aunque la función de todas es matar y herir? Se considera aceptable matar con bombas incendiarias y lanzallamas, pero desde la Primera Guerra Mundial se ha dado en considerar el gas venenoso o las armas biológicas como algo excesivo, incluso por parte de aquellos que las usan. Sadam Huseín, por ejemplo, gaseó a su propio pueblo en Irak, pero siempre lo negó o trató de echarle la culpa a Irán. Desde que existe la guerra, los seres humanos han debatido qué resulta permisible y qué no. Y cada vez que parece que nos acercamos a una respuesta, lo que parecían certezas se desvanecen al ser examinadas con mayor rigor o arrojan nuevos interrogantes a su vez.

Un principio que generalmente goza de aceptación por parte de la sociedad internacional es que las guerras que se empiezan en pos del lucro o la dominación sin que medie provocación son ilegítimas. La autodefensa, en cambio, no lo es. No obstante, de acuerdo con el mundo clásico y los pensadores medievales como san Agustín y santo Tomás de Aquino, queremos creer que la guerra tendría que ser el último recurso después de haber agotado todas las demás alternativas. “El milagro de Holanda”, como llamaba Enrique IV de Francia al extraordinariamente erudito y productivo estudioso holandés Hugo Grotius, consiguió introducir la noción de que la guerra solo podía ser justa si se libraba entre Estados que buscaban protegerse a sí mismos, y no entre fuerzas privadas. En la práctica, lo que esto quería decir es que ambos Estados enemigos podían afirmar estar librando una guerra justa. Más allá de esto, se asume que los Gobiernos que recurren a la guerra deberían tener motivos razonables para creer que

pueden ganarla, de lo contrario estarían desperdiciando las vidas de sus ciudadanos para nada. Algunos expertos añadirían que el Estado vencedor no debería humillar en exceso al derrotado.

Todos estos principios suenan muy bien, pero si se examinan más de cerca suscitan una retahíla de preguntas para filósofos y moralistas, y también para el resto de nosotros. ¿Es justa una guerra en la que un Estado, pensando que puede verse amenazado en el futuro, decide declarar una guerra preventiva sin que medie una amenaza inmediata? Ese fue el razonamiento del Alto Mando alemán en 1914, cuando se adelantaron a un problema que podría haber surgido tres años después, o no haber surgido en absoluto. Y si la respuesta a un daño hace justa una guerra, ¿quién puede decidir si realmente ha habido una ofensa, cuál es su magnitud y si la guerra es la única reparación posible? Austria buscaba una excusa para destruir a su problemática vecina Serbia mucho antes de que el heredero Habsburgo, el archiduque Francisco Fernando, fuera asesinado en Bosnia. Pese a que Austria envió una comisión de investigación a Bosnia, esta fue incapaz de relacionar claramente sus asesinos con el Gobierno serbio. Pese a todo, decidió ir a la guerra, para vengar (como se decía entonces) la afrenta contra su honor, y envió a Serbia un ultimátum ideado para resultar inaceptable. Pese a ello, Serbia aceptó la mayor parte de las condiciones que contenía, y hubiera sido posible llegar a un acuerdo si las grandes potencias se hubieran unido para imponer uno, como ya habían hecho con anterioridad en otras crisis en los Balcanes. En vez de eso, Europa y el mundo entero tuvieron que hacer frente a la Gran Guerra.

El significado de "guerra justa" fue expandiéndose progresivamente después de los tiempos de Grotius. Si bien la Paz de Westfalia al final de la guerra de los Treinta Años en el siglo XVII estableció el principio de que los Estados no debían interferir en los asuntos internos de otros Estados, la globalización –la propagación de ideas liberales y el crecimiento, gracias a las comunicaciones modernas, de una opinión pública internacional– ha

estimulado y justificado la idea de la intervención armada humanitaria para proteger a indefensos y minorías frente a sus propios Gobiernos. En la década de 1850, el zar Nicolás I de Rusia provocó deliberadamente una guerra con el Imperio otomano para proteger a los cristianos que vivían en él, decía, de un trato injusto y brutal. Hay que añadir que la perspectiva de hacerse con territorio que pertenecía a un Imperio otomano en franca decadencia y granjear a Rusia un acceso al Mediterráneo desde el mar Negro a través de los estrechos que controlaban los otomanos también era un factor de peso. En nuestros tiempos, la invasión de Irak por la coalición angloestadounidense se justificó con razones humanitarias, al igual que la más reciente y fracasada intervención estadounidense en la guerra civil siria. Las intervenciones humanitarias y nuevas doctrinas como la "responsabilidad de proteger" suscitan preguntas acerca de quién puede decidir qué es justo, y también suspicacias acerca de las motivaciones y objetivos de las potencias que intervienen. Sus detractores, la mayoría originarios de Estados no occidentales, han argumentado que las potencias occidentales simplemente disfrazan sus actitudes imperialistas profundamente enraizadas con estos nuevos términos sofisticados para defenderlas ante el resto del mundo. "La hipocresía –como decía el duque de La Rochefoucauld– es un tributo que el vicio le rinde a la virtud".

De hecho, Occidente tiene un largo y vergonzoso historial de aplicarse una serie de normas a sí mismo y emplear otras distintas para aquellos a quienes considera menos "civilizados". A medida que el derecho de la guerra fue formalizándose en una serie de acuerdos, aquellos pueblos (sobre todo no europeos), que no los conocían o a quienes no se había pedido que los suscribiesen, no quedaban bajo su protección. Los Estados "civilizados" que firmaron los Convenios de Ginebra referentes a los prisioneros de guerra, o los acuerdos de La Haya acerca de las limitaciones en el uso de armas antes de la Primera Guerra Mundial, tenían bastante claro que estos solo se les aplicaban a ellos. Cuando Japón se modernizó y se convirtió en

una potencia del Pacífico, fue admitido en el círculo de los "civilizados". "Hemos demostrado ser sus iguales al menos en lo que a carnicería científica se refiere, y al instante se nos ha admitido a las mesas de sus consejos como hombres civilizados". "Carnicería científica", con rifles de repetición, ametralladoras y, después de la Primera Guerra Mundial, los nuevos aeroplanos, es una buena manera de definir lo que se les vino encima a los "menos civilizados" en África, Asia, Filipinas, el oeste americano u Oriente Medio. Los juristas, políticos y militares occidentales afirmaban que los pueblos que se encontraban en una fase de desarrollo más primitiva que los afortunados europeos o americanos solo entendían el trato "firme". El derecho de la guerra, decía el *Manual of Military Law* [Manual de derecho militar] británico de 1914, solamente se aplica a un conflicto entre dos Estados civilizados. "No se aplica –continuaba– a las guerras entre civilizados e incivilizados, y queda remplazado por el criterio del comandante civilizado y las normas de justicia y humanidad que resulten recomendables en las circunstancias particulares del caso". El siglo XX trajo consigo la aceptación gradual –y todavía no total hoy en día– de que todo ser humano tiene el mismo derecho a la vida y a la dignidad y que la legislación internacional no puede hacer distinciones como esa.

Las leyes que regulan la guerra no son un código jurídico al uso. Más bien forman un compendio, como dice Walzer, de "códigos profesionales, preceptos jurídicos, principios religiosos y filosóficos, y acuerdos recíprocos que moldean nuestro criterio respecto a la conducta militar". En siglos recientes, los acuerdos internacionales oficiales acerca de temas como el trato reservado a los Estados neutrales, por ejemplo, han quedado entretejidos con los códigos de honor de los soldados profesionales u otras costumbres más antiguas y no escritas acerca del trato a los prisioneros de guerra, así como enfoques compartidos acerca del carácter sagrado y la dignidad de la vida humana, para formar una red de acuerdos relativos a la guerra que puede parecer sólida, al menos hasta que llega la guerra, como

hemos visto una y otra vez.

Los convenios acerca de temas como el intercambio o rescate de prisioneros de guerra pueden tener algo parecido a fuerza de ley, especialmente cuando las partes beligerantes comparten una misma cultura. Durante siglos, en la guerra europea casi nunca se confinó a los oficiales; bastaba con pedirles su palabra de caballeros de que no tratarían de escapar. Tras la victoria de Wellington sobre los franceses en la batalla de Vitoria en 1813, los oficiales británicos invitaron a sus adversarios derrotados a su misa (aunque los oficiales de sus aliados españoles, a quienes los británicos despreciaban, no recibieran tan buen trato). La noción del honor del oficial se mantuvo en el siglo XX, como muestra la maravillosa película de 1937 de Jean Renoir *La grande illusion* [La gran ilusión], en la que el oficial francés da al comandante alemán de una prisión de la Primera Guerra Mundial su palabra de que no tratará de escapar (pero de hecho acaba haciéndolo). En el siglo XIX aquello que había sido consuetudinario o parte de acuerdos bilaterales entre dos Estados –como el acuerdo de 1675 entre Francia y España que establecía las cuantías para rescatar a diferentes categorías de oficiales– fue elaborado en diferentes Convenios de Ginebra sucesivos, y pasó a formar parte de este corpus jurídico internacional creciente. El Comité Internacional de la Cruz Roja asumió la responsabilidad de supervisar el trato recibido por los prisioneros de guerra, asegurándose de que obtenían las raciones de alimentos y el cuidado médico acordados, y ocupándose de transmitir cartas y paquetes.

La tregua de Navidad de 1914, cuando los disparos se detuvieron en parte de las trincheras y ambos bandos se encontraron en la tierra de nadie para brindar, cantar villancicos o jugar al fútbol, nos remonta a la tradición medieval de interrumpir la guerra en los días sagrados. Los antiguos griegos no combatían durante los Juegos Olímpicos, e incluso los más belicosos de entre ellos, los espartanos, tenían también días en los que no se luchaba. También había tradiciones muy establecidas acerca de cómo declarar la

guerra o solicitar una tregua. “Infamia” y “traición” fueron algunos de los titulares de periódicos cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor en 1941, en gran parte porque Japón no había mandado una declaración de guerra antes de hacerlo (cuando en 1904 Japón había establecido un precedente al atacar puertos rusos en el Lejano Oriente sin aviso previo, los periódicos occidentales alabaron su audacia. Pero en aquel entonces Japón era aliado de Reino Unido, y su rápida modernización suscitaba una enorme admiración). Japón capituló en 1945, y lo hizo mediante un mensaje radiofónico del emperador, pero en toda Asia las fuerzas japonesas indicaron su rendición a los aliados mediante la bandera blanca, un símbolo antiguo que todavía hoy se usa ocasionalmente. Las declaraciones de guerra, por otro lado, han ido cayendo en desuso, en uno de esos giros inexplicables de las modas.

Los intentos de regular tácticas y armas probablemente sean tan antiguos como la propia guerra. Los griegos trataban de limitar las armas “aceptables” a aquellas que eran adecuadas para el combate de cerca. El historiador Polibio, en el siglo II a. C., afirmaba que los griegos habían llegado al acuerdo de “no usar entre ellos ni proyectiles secretos ni aquellos que se disparan a distancia, y consideraban que solo la batalla cuerpo a cuerpo en un espacio reducido podía ser realmente decisiva”. En la Edad Media, Inocencio II trató de prohibir la ballesta, y Roger Bacon, de ocultar la fórmula para fabricar la pólvora.

El periodo más productivo en el desarrollo de un derecho de la guerra aplicable a todos los Estados fueron los decenios previos a 1914, lo cual no deja de resultar paradójico si pensamos en lo que sucedería después. Esto reflejaba el estado de ánimo optimista del siglo XIX, cuando se pensaba que la humanidad estaba mejorando y que su lado oscuro, guerra incluida, podía controlarse. Si bien los cimientos de este derecho se habían ido implantando durante siglos en las religiones del mundo o en el trabajo de varios filósofos, en poco tiempo se desarrollaron dos conjuntos de normas

principales. El primero era un nuevo intento de regular la guerra. En 1856, la Declaración de París fijó una serie de normas acerca de cuándo podían emplearse bloqueos navales y requisarse mercancías que pudieran ser usadas para la guerra a bordo de barcos enemigos o neutrales (aunque no estipuló lo que quería decir con "contrabando") y en 1868 la Declaración de San Petersburgo prohibió el uso de balas explosivas. Ambos supusieron una innovación en las relaciones internacionales, ya que no eran acuerdos bilaterales o multilaterales entre Estados, y tampoco habían sido negociados por las grandes potencias para imponerlos después a Estados más pequeños, como había sucedido en el Congreso de Viena en 1815. En vez de eso, se invitaba a los Estados a expresar su apoyo a un conjunto de propuestas. Las declaraciones y la celebración de varios acuerdos internacionales en torno a la guerra hicieron asumir, optimistamente, que quedaba establecido un conjunto de valores comunes y un objetivo compartido entre varios pueblos.

En 1898, el nuevo zar, Nicolás II, invitó a las potencias mundiales a cooperar para limitar la carrera armamentística, cada vez más desatada. Unos veintiséis Estados se reunieron en La Haya al año siguiente para trabajar en una ulterior regulación de la guerra. Pese a que los acuerdos armamentísticos que se alcanzaron fueron algo decepcionantes –se limitaron a ilegalizar el gas asfixiante, las balas expansivas (que producían enormes orificios de salida) y el lanzamiento de proyectiles desde globos– hubo otras señales esperanzadoras, como algunos acuerdos acerca del trato humano a los prisioneros de guerra y la creación de una Corte Permanente de Arbitraje. Los pacifistas seguían teniendo la esperanza de que al menos las partes civilizadas del mundo estaban alejándose de la guerra. En 1907 una segunda conferencia de La Haya, con 44 países representados esta vez, realizó una serie de cambios menores a los acuerdos anteriores y trató de regular la guerra en el mar, prohibiendo, por ejemplo, algunos tipos de minas de contacto submarinas que suponían una amenaza cada vez mayor tanto para los buques militares como para los mercantes. En 1910 la

Declaración de Londres finalmente aportó una definición satisfactoria de contrabando. Los británicos se echaron atrás y se negaron a aceptar la declaración que ellos mismos habían ayudado a redactar, así que no llegó a entrar en vigor. Aun así, la iniciativa de La Haya nunca ha desaparecido del todo. A medida que iban apareciendo nuevas armas –bombarderos, armas químicas y biológicas, minas más mortíferas, armas nucleares– el mundo se proponía (y se sigue proponiendo) prohibir su uso. Y algunas potencias individuales siguen prefiriendo ignorar o rehúsan ratificar las disposiciones que no son de su agrado, tal y como hicieron los británicos, entre otros, en aquella ocasión.

La Haya prestó su nombre a una serie de convenios que se han convertido en sinónimo de las normas de la guerra, de la misma forma que sucede con Ginebra y el otro conjunto de acuerdos del que nos ocuparemos. Este se desarrolló también en el siglo XIX, pero en este caso el objetivo era proteger a las víctimas de la guerra, tanto combatientes como civiles. En 1859, Henri Dunant, un joven empresario suizo vestido con un veraniego traje blanco, se encontró en el campo de batalla de Solferino, en el norte de Italia, donde los franceses y sus aliados sardos acababan de derrotar a los austriacos en una batalla que sería decisiva para las guerras de unificación italiana. Es posible que la causa que los enfrentaba fuese gloriosa, lo que es seguro en cualquier caso es que los resultados eran horrendos: las nuevas armas habían producido unas treinta mil bajas. Ninguno de los ejércitos beligerantes había hecho el menor preparativo para ocuparse de los heridos, que yacían en el suelo entre los muertos, como escribiría más tarde Dunant, "impotentes sobre el mismo suelo rodeados de su propia sangre". Horrorizado, se sumó a los voluntarios locales que intentaban llevarles agua, vendar sus heridas y sacarlos de allí en parihuelas improvisadas.

Dunant llegó a la conclusión de que había sido la mano de Dios la que lo había llevado al campo de batalla aquel día. En su libro posterior, *Un recuerdo de Solferino*, describiría la miseria de la guerra y haría un

llamamiento a las sociedades de voluntarios y a los Gobiernos de todo el mundo para que prestasen ayuda médica a todos los soldados en la guerra, independientemente de su bando. Su trabajo tuvo un enorme efecto en la opinión pública de toda Europa en un momento en el que gracias a las comunicaciones modernas muchos iban cobrando conciencia del pésimo trato que se les daba a los soldados. Dunant también obtuvo apoyo dentro de Suiza, que, como país neutral, estaba muy bien situada para arbitrar imparcialmente entre bandos opuestos. En 1863, con la ayuda de algunos partidarios bien relacionados, estableció el Comité Internacional para el Auxilio a los Soldados Heridos, que muy pronto invitó a las potencias europeas a enviar representantes a una conferencia en Ginebra. Un año después, en una segunda conferencia, doce representantes de diferentes Estados firmaron el Primer Convenio de Ginebra, para Aliviar la Suerte de la Condición de los Heridos de los Ejércitos en Campaña. Los voluntarios, en el campo de batalla o cerca de él, quedaban protegidos por un símbolo, la cruz roja, la inversión de los colores de la bandera Suiza (entretanto se le sumaron la media luna roja y el diamante rojo en aquellos países donde el símbolo pudiera parecer una cruz cristiana). El Comité Internacional de la Cruz Roja se ha convertido en una colosal organización no gubernamental. A partir de ese momento, los sucesivos Convenios de Ginebra, suscritos por un número cada vez mayor de países, han ido amplificando y expandiendo su misión original para incluir también a los civiles.

La idea de que se debe distinguir entre combatientes y civiles y que estos últimos deben ser protegidos en la medida de lo posible se remonta a muy atrás en la historia. Un antiguo texto indio contenía la siguiente lista: “Aquellos que observan sin tomar parte, los que sienten pena, […] los que están durmiendo, sedientos o cansados o aquellos que pasan por el mismo camino, o los que tienen una tarea entre manos que no han finalizado o aquellos que sean profesionales de las artes”. En el siglo XII, el gran erudito judío Maimónides estableció una serie de reglas que prohibían la

destrucción innecesaria de árboles frutales, por ejemplo, o que estipulaban que una ciudad solo podía ser sitiada por tres lados para permitir escapar a quienes lo desearan. Si bien las mujeres muchas veces han sido contempladas como trofeos de guerra, también en ocasiones se les ha dispensado un trato especial entre los civiles. El Deuteronomio nos dice que está bien, como hombre victorioso, llevarse a una mujer y hacer de ella tu esposa. Pero continúa "y si no te agradare, la dejarás en libertad; no la venderás por dinero, ni la tratarás como esclava".

Cuando Lieber escribió su famoso código durante la guerra de Secesión, se inspiró tanto en la moral judeocristiana como en prácticas bélicas plenamente aceptadas en Europa. "Aquellos hombres que se alzan en armas en público no dejan de ser seres morales, responsables ante el otro y ante Dios", decía. Por lo tanto, no era legítimo infligir sufrimientos innecesarios en la guerra, ni vengarse, herir o mutilar a los indefensos o usar la tortura para obtener una confesión. También prohibió la violación, aunque –y esto es interesante– no estableció ninguna distinción entre sexos en lo que se refería al castigo de delitos "relacionados con el espionaje, la traición y la rebeldía".

Lieber también reconocía que en la guerra moderna los medios de destrucción eran mucho mayores que en el pasado, y que la distinción entre civiles y combatientes era bastante difusa. A su pesar, él mismo iba a contribuir a emborronarla aún más: "La necesidad militar, tal y como la entienden los Estados civilizados modernos –decía en la cláusula 14–, consiste en la necesidad de aquellas medidas que son indispensables para alcanzar los objetivos de la guerra, y que son legales de acuerdo con las leyes y usos modernos de la guerra". A continuación, enumera todo aquello, desde personas hasta bienes, que puede destruirse de forma legítima. La necesidad, aduce, "permite toda destrucción de bienes, y la obstrucción de vías y canales de tráfico, viaje, o comunicación, y también toda retención de sustento o medios de vida del enemigo". Lo cierto es que, haciéndose eco

de Clausewitz, venía a afirmar que la guerra debía librarse hasta el límite (la parte positiva, señalaba, es que de esta manera era posible que terminase antes). Los civiles no siempre pueden ser protegidos: "No hay que olvidar nunca que todo el país está en guerra con el enemigo…".

El Código Lieber distinguía entre unidades del ejército enemigo que permanecen en territorio ocupado y lo que él llama "merodeadores armados" y "rebeldes de guerra", que se organizan para atacar a las fuerzas ocupadas. Los primeros están contemplados en el derecho de guerra, y si se les capturaba debían ser tratados como cualquier otro prisionero de guerra. Los últimos no eran más que delincuentes comunes y debían ser ajusticiados. Pese a que su código fue muy imitado, no zanjaba la cuestión de los civiles que se armaban para defenderse a sí mismos y su territorio frente a una fuerza invasora. Según el derecho de guerra, ¿eran combatientes, u otra cosa? La cuestión ha ido cobrando importancia en los dos últimos siglos con la expansión del nacionalismo y la guerra total. Si en el siglo XVIII los Gobiernos y élites europeos veían la guerra como el oficio de los soldados profesionales, a principios del siglo XIX empezaban ya a contemplar a los civiles como parte de la guerra y como recurso. En 1807 las fuerzas de Napoleón vencieron sin dificultades al ejército regular español, tan solo para acabar debilitándose en una molesta y prolongada serie de combates contra los rebeldes españoles. Esta "pequeña guerra" –guerrilla– ayudó a que España se convirtiera en lo que Napoleón llamaba "su úlcera". En Prusia, los patriotas hablaban de un "Estado nacional de emergencia" cuando su incompetente monarca condujo al supuestamente invencible ejército prusiano a la derrota a manos de Napoleón, así que se organizaron para resistir a los franceses. Cuando Napoleón invadió Rusia en 1812, tuvo que enfrentarse a la resistencia espontánea de la población, y los terratenientes destruían sus propias tierras antes de huir. Frente a una resistencia civil de este calibre, los militares solían reaccionar con dureza, aduciendo, como tantas veces después, que a los civiles no les correspondía

hacer de soldados y que los actos de resistencia en territorios ocupados son ilegales. En España, los franceses se negaban a llamar soldados a los miembros de las guerrillas; los llamaban "forajidos y bandoleros".

Más tarde, en ese mismo siglo, los prusianos, cuyos antepasados habían resistido a la ocupación napoleónica, reaccionaron con furia cuando los franceses hicieron lo mismo durante la guerra franco-prusiana en 1870-1871. En partes de las provincias ocupadas de Alsacia y Lorena, que pronto le serían arrebatas a Francia, los carteles alemanes eran arrancados, y se atacaba a los soldados alemanes que no iban en grupo. Cuando los prisioneros de guerra franceses desfilaban, las multitudes rompían a cantar *La Marsellesa*. Los ocupantes alemanes trataban a los *franc-tireurs*, aquellos franceses que se organizaban en milicias armadas, como si no tuvieran ningún tipo de derecho, y a menudo los ejecutaban sumariamente. Como anticipo de lo que sucedería en las dos guerras mundiales, se tomaban tremendas represalias contra cualquier comunidad en la que se sospechase que se les había dado apoyo. Una famosa novela alemana retrataría posteriormente a los *franc-tireurs* como cobardes, traicioneros y, quizá lo más condenable, indisciplinados. A resultas de su experiencia en Francia, el Ejército alemán mantuvo medidas muy severas contra la resistencia civil; el manual de táctica del ejército aconsejaba "colgar sin más dilación a los *franc-tireurs* del primer árbol que se preste".

Las dos conferencias internacionales de La Haya suscitaron una serie de cuestiones que se siguen debatiendo hoy en día. ¿Cuándo es legítimo que los civiles ataquen a las fuerzas ocupantes e invasoras?, ¿qué pueden hacer estas en respuesta?, ¿quién cuenta como soldado y por lo tanto tiene que ser tratado como estipulan los Convenios de Ginebra y otros, y quién es un mero delincuente o traidor? En La Haya, los alemanes abogaron por la definición más restrictiva posible de combatiente civil, insistiendo en que las únicas fuerzas legítimas eran las que vestían uniformes claramente identificables y que la resistencia solo podía permitirse durante una

invasión y no cuando la ocupación ya estuviese establecida. En cuanto al significado de esto último, los alemanes de repente empezaron a defender la definición más amplia posible, arguyendo que bastaba con que las tropas regulares del ejército invasor estuvieran en las inmediaciones, aunque no necesariamente visibles. Los británicos, tal vez teniendo presente el éxito de la guerrilla en España durante las guerras napoleónicas, y los franceses, con su tradición revolucionaria de la *levée en masse*, junto algunos de los Estados más pequeños, querían dejar margen para los levantamientos espontáneos de ciudadanos frente a una invasión. La Conferencia de La Haya de 1899 consiguió una solución intermedia: se prohibieron las penas colectivas contra las poblaciones civiles, pero los individuos que cometieran "actos ilegítimos de guerra" podrían ser castigados. La conferencia de 1907 aportó más claridad en cuanto a qué se consideraba una fuerza de resistencia: sus miembros debían estar organizados, vestir uniformes o distintivos reconocibles, mostrar sus armas abiertamente y luchar con arreglo al derecho de la guerra.

Debían de haberse realizado suficientes progresos en la protección de civiles para que en 1905 Andrew Carnegie, el filántropo estadounidense que dedicó una gran parte de su fortuna a la causa de la paz, reconociera en un discurso que en la guerra se protegía a los no combatientes y se trataba bien a los prisioneros de guerra: "Aunque el hombre no ha estado golpeando el corazón del monstruo de la guerra, al menos sí se ha ocupado de recortar sus garras ponzoñosas". Además, esperaba que gracias a "la bendita ley de la evolución", las cosas no dejarían de mejorar.

Como muchos otros antes de 1914, Carnegie pecaba de exceso de optimismo. Al igual que en ocasiones anteriores, las exigencias de la guerra abrían agujeros en la red de leyes y convenios que trataban de contenerla. Ya se tratara de los alemanes en Bélgica, los austriacos en Serbia o los rusos en Galitzia, durante la Primera Guerra Mundial los ocupantes aterrorizaban y maltrataban a la población local. Las acciones de los británicos en Irak al

comienzo de los años veinte, donde se usó la aviación para bombardear a los distritos rebeldes hasta someterlos, de las fuerzas italianas y alemanes en España durante la guerra civil en los años treinta, o de los japoneses en China después de 1937, demostraban que, por mucho que la comunidad internacional condenase los ataques a civiles en general, y a diferentes resistencias en particular, cuando les convenía las potencias eran muy capaces de ignorar los acuerdos internacionales.

En la Segunda Guerra Mundial las salvajes represalias de alemanes, italianos y japoneses contra los civiles ayudaron a recordar el asunto, gracias a lo cual pudieron lograrse verdaderos avances del derecho durante y después de la guerra. En su Carta de Londres de 1942, los aliados tipificaron la toma de rehenes o la ejecución de civiles por fuerzas ocupantes como delito de guerra. Después de 1945 apareció en el panorama internacional una nueva categoría de guerra y combatientes: las guerras de liberación nacional. Los miembros del Frente de Liberación Nacional (FLN) argelino, ¿eran criminales, como decían los franceses, o soldados? Las antiguas disposiciones sobre el tema de los partisanos especificaban que debían vestir algún tipo de uniforme o distintivo visible, pero las guerras de liberación nacional también empleaban guerrillas que, como dijo Mao Tse-Tung, nadaban entre la gente como peces en el agua. Los combatientes que trataban de hacerse pasar por civiles ordinarios, ¿quedaban protegidos por el derecho de la guerra? El punto de vista del Ejército francés durante su larga lucha en Indochina estaba brutalmente claro. "NO HAY QUE OLVIDAR NUNCA QUE EL ENEMIGO NO LIBRA ESTA GUERRA DE ACUERDO CON LAS NORMAS DEL EJÉRCITO FRANCÉS", decía un cartel en su escuela de formación en contrainsurgencia. Entonces, y en nombre de cierto bien común, ¿estaba bien torturar a los prisioneros enemigos en aquellas guerras de contrainsurgencia, o se trataba de un delito de guerra y de lesa humanidad? La llamada "guerra contra el terrorismo" ha suscitado preguntas semejantes últimamente. ¿Se aplican los Convenios de Ginebra a

los prisioneros que los estadounidenses retenían en Abu Ghraib en Irak?, ¿y a los de Guantánamo? ¿Y qué hay de las llamadas "técnicas de interrogatorio mejoradas" (un eufemismo digno del *1984* de Orwell)?, ¿constituyen una violación de los derechos humanos de los prisioneros? Varios memorandos del Departamento de Justicia de EEUU de 2003 afirmaban que los interrogadores estadounidenses estaban autorizados a hacer lo que hicieron; los tribunales estadounidenses y la mayor parte de la opinión pública están en desacuerdo. El debate continuará.

Elaborar leyes es una cosa; ponerlas en práctica, otra muy distinta. Los Estados cuentan con fuerzas policiales, tribunales y prisiones. Quienes incumplen la ley pueden ser juzgados y castigados. El orden internacional hasta el momento no ha conseguido más que instaurar la fase inicial de este sistema, y la historia reciente está repleta de ejemplos de países que incumplen las leyes de la guerra cuando les conviene y piensan que pueden salirse con la suya. Antes de 1939, Alemania había suscrito los distintos protocolos acerca del trato a los prisioneros de guerra, y los nazis los observaban en el frente occidental con aquellos pueblos a quienes consideraban sus iguales raciales, como los británicos o los franceses. En el frente oriental, donde los alemanes se las veían con polacos o rusos, razas inferiores según la ideología nazi, se permitían enormes libertades y maltrataban y asesinaban a sus prisioneros. Incluso los regímenes democráticos se han dado cuenta de que cuando la derrota es inminente o la victoria parece inalcanzable, se hace muy tentador e incluso necesario incumplir las normas. Al fin y al cabo, puede resultar peligroso luchar con una mano atada a la espalda. Los británicos y estadounidenses superaron su reticencia inicial y emplearon los bombardeos masivos de civiles para intentar precipitar el final de la Segunda Guerra Mundial y salvar vidas de sus propios ciudadanos. ¿Tenían razón? La cuestión sigue provocando desacuerdos enconados aún hoy.

Determinar quién es culpable de librar una guerra injusta y cómo lidiar con

estas personas es una cuestión difícil y que no deja de evolucionar. En 1815 las grandes potencias no pensaban que su manera de tratar a Napoleón fuera una violación del derecho internacional; lo que querían era quitarlo de en medio y evitar que pudiera escaparse, como ya hiciera en Elba, para volver a poner Europa patas arriba. Los prusianos sugirieron que lo más simple era asesinarlo, pero los británicos mostraron reservas; quizá los franceses decidieran juzgar a su antiguo gobernante ellos mismos, ya que, al regresar a Francia, Napoleón había desafiado al nuevo y legítimo rey Borbón, pero el Gobierno francés no mostró un gran entusiasmo por esta idea, para sorpresa de nadie. Los británicos salieron por la tangente declarando que Napoleón era un prisionero de guerra al que se podía retener de forma indefinida porque estaba claro que nunca iba a dejar de intentar hacer la guerra. Para reforzar este argumento jurídico bastante endeble, el Parlamento aprobó una ley que afirmaba que su encarcelamiento era "necesario para la preservación de la tranquilidad de Europa". Para alivio de todos –menos del propio Napoleón y quienes aún le eran leales– los británicos se lo acabaron llevando a la remotísima isla de Santa Elena en medio del Atlántico Sur, donde viviría hasta el fin de sus días.

Cien años después, las grandes potencias volverían a enfrentarse a la cuestión de cómo tratar a aquellos a quienes hacían responsables por la guerra, aunque esta vez con un conjunto de certezas más desarrollado en mano. La codificación de varias leyes internacionales acerca de cómo debían librarse las guerras, así como de varios tratados sobre armas, había generado la idea –y quizá no era más que eso, una idea– de que existía una comunidad internacional que debía reaccionar con brío en nombre de toda la humanidad ante cualquier guerra o comportamiento injustos en una guerra. En 1915, por ejemplo, Reino Unido y Francia que declararon que el Gobierno otomano sería responsabilizado de "delitos de lesa humanidad y contra la civilización" por sus masacres de armenios. Cuando terminó la Gran Guerra, el público y muchos de los líderes del bando aliado exigieron

que alguien fuera castigado por la catástrofe que había asolado Europa. Los estadistas que participaron en la Conferencia de Paz de París invirtieron un tiempo considerable en debatir qué líderes o ejércitos derrotados debían ser juzgados por haber iniciado la guerra y por los delitos cometidos en ella. La figura más evidente era el káiser Guillermo II de Alemania, y tal vez alguno de sus asesores (entretanto, el Imperio austriaco había dejado de existir y su antiguo emperador, Francisco José, hacía mucho que se había reunido con sus ancestros en la Cripta Imperial en Viena). Antes de que empezara la conferencia, Francia, Italia y Reino Unido acordaron formar un tribunal internacional. Su acuerdo rezaba: "La justicia requiere que el káiser y sus cómplices primordiales, que diseñaron y causaron la guerra con propósitos maliciosos, o que fueron responsables por los sufrimientos incalculables infligidos a la raza humana durante la guerra, sean juzgados y castigados por esos crímenes". EEUU se opuso a un tribunal internacional de la misma manera que hoy en día sigue oponiéndose al Tribunal Penal Internacional, pese a que su presidente, Woodrow Wilson, se sumara a las especulaciones acerca de dónde debería ser exiliado Guillermo en caso de ser declarado culpable. Las Bermudas estaban demasiado cerca de EEUU para resultar cómodas, pensaron los estadounidenses, así que Lloyd George ofreció las Malvinas. Al final, Guillermo se quedó en Holanda, donde se había refugiado al final de la guerra, porque los holandeses se negaron a entregarlo. Las exigencias altisonantes de los aliados en cuanto a juicios y castigos para los culpables de delitos de guerra y su lista de más de mil de estos delitos atribuidos a Alemania se agotaron tras unos cuantos juicios a oficiales alemanes que el Gobierno alemán se vio obligado a celebrar en Leipzig.

Como tantas veces antes, en el periodo de entreguerras lo aprendido sirvió para inspirar nuevos intentos de controlar e incluso abolir la guerra. Un Convenio de Ginebra de 1925 prohibió el comercio de armas químicas y biológicas, y otro de 1929, su uso en la guerra. Otro más, firmado en 1928,

desarrollaba ulteriormente las normas relativas a los prisioneros de guerra. La Conferencia Naval de Washington de 1921-1922 consiguió, durante un tiempo, enfriar la carrera naval en el Pacífico y establecer ciertas garantías de seguridad allí. La Conferencia de Londres de 1930 prorrogó los Acuerdos de Washington hasta 1936, hasta que Japón e Italia se negaron a firmar otra extensión. La nueva Sociedad de las Naciones trabajó durante los años veinte en una conferencia de desarme que se celebraría finalmente en Ginebra en 1932, tan solo para ver sus esfuerzos destruidos cuando el nuevo canciller alemán, Adolf Hitler, sacó a su país tanto de la conferencia como de la Sociedad de las Naciones.

La escala y el nivel de destrucción de la Segunda Guerra Mundial provocaron nuevos intentos de reforzar el régimen internacional de control de la guerra. La Carta del Atlántico, firmada por Churchill y Roosevelt frente a la costa de Terranova en 1941, hablaba de una paz duradera en la que todas las naciones estarían libres de la amenaza de una agresión. En los años siguientes, los aliados, incluida la Unión Soviética, firmaron la Declaración de las Naciones Unidas en la que prometían luchar juntos hasta derrotar a sus enemigos, y respaldaron los principios de la Carta del Atlántico.

Mientras los Aliados miraban hacia el futuro, también se dedicaban a pensar en cómo castigar a los responsables de la guerra. Alemania, Japón e Italia, se acordó entonces y para siempre, habían iniciado la guerra y, a diferencia de la Primera Guerra Mundial, ahora existía una base jurídica para juzgar a sus líderes gracias a los varios convenios y acuerdos anteriores a la guerra. Los Aliados también tenían pruebas de las atrocidades cometidas por sus enemigos durante el conflicto, aunque la magnitud del horror de lo que había estado sucediendo en los campos de la muerte o con los civiles de los territorios ocupados y prisioneros de guerra no se hizo del todo patente hasta el final de los combates. Por otra parte, la Unión Soviética, que ahora se encontraba del lado de los justos, se había

confabulado con Alemania en algún momento de la guerra para repartirse el centro de Europa. Se podía alegar, y se hizo, que los aliados también habían incumplido la ley y cometido delitos, con su guerra submarina y sus bombardeos a civiles. Pese a todo, los juicios a los líderes alemanes y japoneses en tribunales especiales en Núremberg y Tokio supusieron un intento, si bien sesgado, de hacer justicia con los autores de crímenes de guerra. Se les acusaba de quebrantar acuerdos internacionales y violar el derecho de la guerra y, en el caso de los alemanes, también de delitos de lesa humanidad. Los procesos establecieron también un precedente importante, el de que la alegación de que los acusados se limitaban a seguir órdenes pasó a ser insuficiente como defensa.

Una comisión de las flamantes Naciones Unidas (ONU) elaboraría después los Principios de Núremberg, que abarcaban los delitos contra la paz, los delitos de guerra y los delitos de lesa humanidad. Avalados por una resolución de la Asamblea General de 1950, estos principios han constituido la base de la expansión ulterior del derecho internacional. Los nuevos textos y acuerdos sobre derechos humanos también sirvieron para recalcar que la guerra no puede constituir un pretexto para que las fuerzas armadas priven a otros seres humanos de derechos fundamentales tales como el derecho a no ser retenidos ilegalmente o torturados. El reto, por supuesto y como siempre, residía en la ejecución. Desde 1945 se han empleado sanciones o fuerzas de la ONU o de la OTAN para el mantenimiento de la paz, y se ha intentado desarrollar un derecho y unos tribunales internacionales para juzgar a infractores como Slobodan Milosevic, pero estas medidas solo resultan eficaces cuando las potencias así lo desean. Y cuando el país más poderoso del mundo retiene a prisioneros de manera ilegal en varias cárceles por todo el mundo y se niega a aceptar la jurisdicción del Tribunal Penal Internacional, que fue fundado para castigar las guerras injustas entre otros delitos de lesa humanidad, es muy posible que otros sigan su ejemplo.

Aun así, seguimos manteniendo la esperanza, como siempre ha sido a lo largo de los siglos, de poder ir más allá de controlar la guerra y mitigar sus efectos. Esperamos poder abolirla del todo. Durante la Edad Media en Europa, la Iglesia intentó repetidas veces instaurar la Paz de Dios e ilegalizar la guerra, excepto por la santa causa de las cruzadas. A partir del siglo X y hasta el XII, los obispos organizaban concilios en los que los nobles hacían votos de no saquear las iglesias y monasterios locales, dañar a los sacerdotes no armados o robar a los campesinos. La lista de promesas fue creciendo con el tiempo, y pasó a incluir delitos como atacar a los mercaderes o a quienes se dirigieran o regresaran de una iglesia, o arrancar viñas. En el siglo XI la Iglesia intentó también prohibir que se combatiese en determinados días: por ejemplo, desde el final de las oraciones vespertinas, las Vísperas, del miércoles al amanecer del lunes siguiente, o durante periodos sagrados del calendario cristiano tales como la Pascua o la Navidad. Aunque el entusiasmo popular en torno a estas medidas eclesiásticas, como cabía esperar, fue mucho, los nobles y sus caballeros siguieron haciendo de las suyas incluso a riesgo de ser excomulgados. El obispo de Le Puy, en el sur de Francia, emprendió acciones más eficaces en el año 990. Pidió a los nobles locales que jurasen mantener la paz y restituir lo que hubiesen arrebatado a los pobres y a la Iglesia. Cuando estos se negaron, llamó a las tropas que tenía ocultas y, dice el cronista, “con la ayuda de Dios”, al final los nobles se decidieron a prestar juramento. La Iglesia también intentó, con cierto éxito, dirigir la violencia de los nobles hacia el exterior, mediante las cruzadas. Las religiones, como la Iglesia medieval, tienen una trayectoria dispar en lo que a la guerra se refiere, pero algunas sectas han dado al mundo una cantidad desproporcionada de pacifistas. Después de las guerras napoleónicas, los disidentes y evangélicos británicos establecieron la Sociedad para la Promoción de la Paz Permanente y Universal y los cuáqueros y menonitas han estado muy presentes en el movimiento antibelicista hasta nuestros días.

Otros prefirieron depositar sus esperanzas en la razón, en vez de en la religión. Christine de Pizan, una destacada poeta y pensadora del siglo XV, escribió que si un príncipe se sentía vejado, debía reunir a "un gran consejo de hombres sabios […] y no solo de su propio reino, sino que, para evitar toda posibilidad de error, también convocará a los de países extranjeros conocidos por no tomar partido, ancianos estadistas así como asesores jurídicos y otros". Kant, en su *Sobre la paz perpetua*, esperaba que "las ramas torcidas de la humanidad" pudieran crecer más rectas en la paz. El siglo XIX, con sus indicios evidentes de progreso material, especialmente en Europa y las Américas, dio alas a la esperanza de que la naturaleza moral de la humanidad se transformaría de forma análoga. "La paz es una condición que el progreso de la civilización tiene que traer consigo por necesidad […], es una certeza matemática que a lo largo de los siglos la propensión a la guerra sufrirá un declive progresivo", escribió la infatigable Bertha von Suttner (un siglo después, Steven Pinker expresa esa misma esperanza en su libro *Los ángeles que llevamos dentro*). El progreso evidente en lo armamentístico y el crecimiento del ejército también supusieron un incentivo a pensar en formas de ir más allá de la guerra. Sir Henry Maine, el gran jurista británico del siglo XIX, observó que "la guerra parece ser tan antigua como la humanidad, pero la paz es un invento moderno". Es cierto que seguía habiendo guerras, incluso en Europa, pero cada vez más las potencias recurrían a la mediación para resolver sus litigios. Entre 1794 y 1914 hubo unas trescientas mediaciones y más de la mitad de ellas se produjeron entre 1890 y 1914, lo cual parece indicar una tendencia clara. Además, la propagación de los Gobiernos representativos y la expansión del sufragio parecían cumplir el sueño de Kant de que los Gobiernos basados en el consentimiento del pueblo y que operasen por consenso seguirían esos mismos principios a la hora de lidiar con otras naciones (lo que se dio en llamar la teoría de la paz democrática en el siglo XX, que asumía que las democracias no combatirían entre sí, sigue cautivando nuestra imaginación

a día de hoy, pese a que la historia ofrece suficientes ejemplos de países con un grado de democracia aceptable que se hicieron la guerra entre sí, como Alemania y Reino Unido en la Primera Guerra Mundial). Hacia 1914 muchos europeos pensaban que la guerra era algo obsoleto, cosa de sociedades menos civilizadas. Rememorando su infancia, el escritor austriaco Stefan Zweig recordaba: "La gente no creía en la posibilidad de recaídas en el barbarismo, tales como guerras entre los países de Europa, más de lo que creía en fantasmas y brujas".

También parecía haber argumentos económicos de peso contra la guerra. Como señala el periodista británico Normal Angell en su enormemente popular *The Great Illusion* [La gran ilusión], desde el punto de vista económico la guerra ya no tenía sentido. En el pasado, los Estados se enfrentaban para poder saquearse entre sí, mientras que en el mundo moderno podían obtener lo que deseaban con un coste mucho menor a través del comercio y la inversión. La interdependencia económica de los Estados de principios del siglo XX era tal que una guerra hubiera sido dañina hasta para el más poderoso de ellos. Y eso debía fomentarse; el libre comercio no solo era beneficioso para todos, sino que también hacía el bien. Como decía el radical británico de principios del siglo XIX Richard Cobden, el libre comercio tenía la misma función que la gravedad a la hora de mantener la estabilidad del planeta, al "acercar a los hombres, haciendo a un lado antagonismos de raza, credo e idioma, y unirnos en vínculos de paz eterna". Fue algo similar lo que motivó la creación de las instituciones de Bretton Woods al final de la Segunda Guerra Mundial, y también la pugna de EEUU por eliminar barreras al comercio y la inversión internacionales tras la Guerra Fría.

Antes de 1914 el mundo estaba entretejiéndose también de otras maneras, a través de los viajes (en la segunda mitad del siglo XIX aparecieron tanto el turismo como los movimientos migratorios de masas) y por el crecimiento de las organizaciones internacionales, desde el Comité Internacional de la

Cruz Roja hasta la Unión Interparlamentaria. A inicios del siglo XX había una Oficina Internacional por la Paz en Berna, y también cruzadas y peticiones pacíficas. Las dos conferencias de desarme de La Haya atrajeron a hordas de observadores, entre ellos Von Suttner, cuyo hotel hizo ondear una bandera blanca en su honor, y a un financiero ruso, Ivan Bloch, que se dedicó a distribuir copias de su voluminoso estudio en el que mostraba hasta qué punto era una locura que las potencias avanzadas hicieran la guerra. "No habrá guerras en el futuro –le dijo a su editor británico–, porque se ha vuelto imposible, ahora que está claro que la guerra equivale al suicidio".

Pese a que pocos países les habían otorgado ya el sufragio, las mujeres se mostraban cada vez más activas en el movimiento pacifista, y volverían a estarlo después de la Primera Guerra Mundial. En Reino Unido, durante las décadas de 1920 y 1930, el Gremio Cooperativo de las Mujeres, con sus 72.000 asociadas, era un apoyo firme para la Liga Internacional de las Mujeres para la Paz y la Libertad (LIMPAL), y las mujeres participaban también en la Peace Pledge Union. La LIMPAL llegó a tener sucursales en cincuenta países distintos. Después de la Segunda Guerra Mundial, las pacifistas se involucraron en la Campaña para el Desarme Nuclear en los años cincuenta y sesenta, y en los ochenta organizaban sus propias manifestaciones de mujeres para protestar contra los misiles de crucero estadounidenses en Reino Unido; la de Greenham Common en Berkshire fue el ejemplo más notable de aquellas protestas. En Irlanda del Norte, Betty Williams y Mairead Maguire (Corrigan de soltera) fundaron la Community of Peace People en los setenta después de ser testigos de la violencia sectaria. En 1976 ganarían el Premio Nobel de la Paz. No debemos olvidar, no obstante, que otras muchas mujeres se dedicaron a promover la guerra.

Aunque no siempre les haya gustado, los estadistas y –cada vez más– las estadistas se han visto en la obligación de lidiar con la opinión pública

internacional y, a medida que el sufragio se expandió en muchos países, con cada vez más votantes en sus países. Cuando el zar Nicolás II propuso la primera conferencia de desarme de La Haya, otros jefes de Estado y sus ministros se mostraron muy poco entusiastas. "Comedia de conferencia", gruñó el káiser, mientras que Eduardo VII dijo de la idea que era "el sinsentido y la sandez más grande que haya llegado a mis oídos". El público lo veía de otra forma; una petición a favor del desarme en Alemania, por ejemplo, reunió más de un millón de firmas, así que las potencias accedieron a enviar delegaciones a los Países Bajos. La delegación alemana, que contaba entre sus filas con un catedrático que acababa de escribir un panfleto condenando la totalidad del movimiento pacifista, tenía órdenes de oponerse a cualquier medida que pudiera menoscabar la capacidad de Alemania para librar una guerra. Los británicos, cuya delegación contaba con el almirante Jackie Fisher, en pleno proceso de potenciar y fortalecer su Marina, se negaron a contemplar cualquier tipo de medida que afectase su capacidad para el bloqueo por mar en una guerra. Los estadounidenses expresaron su apoyo a la paz, pero argumentaron que sus fuerzas eran tan reducidas que no veían la utilidad de limitarlas aún más.

Es posible que Tolstói no se equivocase al criticar la limitación armamentística como una distracción peligrosa respecto de la causa real, que debía ser acabar con la guerra de una vez por todas. En *Guerra y paz*, en vísperas de la batalla de Borodinó en la que recibirá heridas mortales, su protagonista el príncipe Andrei reflexiona acerca de las tentativas de hacer la guerra menos cruel:

> Hemos jugado a la guerra, a hacernos los magnánimos y cosas así. Y toda esa magnanimidad se reduce a que no queremos ver cómo matan al ternero, pero después nos lo comemos con salsa. Nos hablan de derechos, de caballerosidad, de parlamentarismo, de compadecerse del que está sufriendo, etcétera. ¡Todo eso es absurdo!

O, como decía el lema de la Peace Pledge Union de entreguerras: “Las guerras terminarán cuando los hombres se nieguen a combatir”.

El recuerdo de la Primera Guerra Mundial y el miedo creciente a que se repitiese llevaron a redoblar sus esfuerzos a aquellos que querían acabar con la guerra. La Sociedad de las Naciones, decía el presidente Wilson, y muchos en todo el mundo concordaban con él, era “la única esperanza de la humanidad”. Como declaró ante el Senado en julio de 1919 al presentar el Tratado de Versalles que contenía el pacto de la sociedad, una organización de Estados libres “haría que las guerras de agresión y expolio como la que acaba de terminar fueran imposibles para siempre”. La Sociedad de las Naciones proporcionaría a sus miembros una seguridad colectiva suficiente para disuadir ataques de terceros y resolver de manera pacífica los litigios entre sus miembros. Si los miembros se negaban a debatir o aceptar el arbitraje, la solución pasaría por sanciones económicas, pensaba Wilson. “No, guerra no, algo mucho más tremendo que la guerra. Si aplicamos esta solución económica, pacífica, silenciosa y mortal ya no habrá necesidad de usar la fuerza”. Wilson también esperaba que la opinión pública internacional sirviese para aislar y señalar a los Estados agresivos.

Pese a que EEUU no se unió a la sociedad, sus representantes trabajaban en estrecha colaboración con los órganos de esta en Ginebra y durante los años de entreguerras la opinión pública siguió apoyando el fin de la guerra. En Reino Unido la Sociedad de las Naciones contaba con unos 400.000 miembros a principios de los años treinta. Unos 11,5 millones de británicos, cerca del 40% de la población adulta, votaron en los comicios celebrados entre 1934 y 1935, con enormes mayorías en favor de la Sociedad de las Naciones y del desarme. En 1928 el ministro francés de Exteriores, Aristide Briand, y el secretario de Estado estadounidense, Frank Kellogg, crearon lo que muchos pensaron que sería un paso de gigante hacia la paz para la humanidad. Los Estados firmantes del Pacto de París prometían renunciar a la guerra como medio para resolver litigios entre ellas. Acabaron

firmándolo 71 Estados, entre ellos Alemania, Italia y Japón. Como ya señalaron los más escépticos en su momento, no había manera de aplicar el pacto, y la guerra que estalló en 1939 demostró que no se equivocaban.

Bajo presión del presidente Roosevelt, los aliados empezaron a planificar ya durante la guerra un nuevo organismo que desbancaría a la sociedad y nuevas organizaciones económicas que se esperaba ayudarían a unificar los Estados y minimizarían el riesgo de guerras en el futuro. En abril de 1945, justo después de la rendición de Alemania, pero mientras todavía proseguían los combates en el Pacífico, 46 Estados se reunieron en San Francisco para crear las Naciones Unidas. Estas no han conseguido cumplir su promesa de acabar con la guerra de una vez y para siempre –una expectativa que siempre resultó excesiva–, pero sí negociar una serie de acuerdos de limitación armamentística y ayudar a través de su labor de mantenimiento y consolidación de la paz y de las actividades de varios de sus órganos, como la Organización Mundial de la Salud, a mitigar y paliar algunos de los efectos de la guerra.

La Guerra Fría entre EEUU y la Unión Soviética que siguió a la Segunda Guerra Mundial volvió a orientar la mirada de la humanidad hacia los peligros de la guerra que, durante los años sesenta, amenazaba con poner punto final a la larga historia de la humanidad. Novelas, filmes y programas de televisión como *La hora final*, *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú* y *El día después* pintaban un retrato terrorífico de los efectos de la guerra nuclear y la facilidad con la que se podía llegar a ella. En cierto modo, y eso tiene que ver con el equilibrio nuclear entre las dos superpotencias durante la Guerra Fría, la posibilidad de una destrucción mutua asegurada, con su adecuadísimo acrónimo Mad,[1] significaba que EEUU y la Unión Soviética evitaban entablar una guerra, aunque a veces estuvieran muy cerca de hacerlo. Eso no quiere decir que el mundo se haya visto libre de guerras desde 1945: las superpotencias y otras potencias menores libraban guerras indirectas y daban pábulo, y siguen haciéndolo, a las guerras civiles. Para

ejercer la violencia no son necesarias armas de última tecnología; las armas pasadas de moda y baratas pueden hacer muchísimo daño. En Ruanda, antes de que las milicias hutu empezaran a masacrar a los tutsis, el país importó suficientes machetes para equipar a uno de cada tres hombres ruandeses con uno que no se usaba para la agricultura. Cuando examinamos el mundo en el que vivimos, es necesario que recordemos aquella guerra y todas las que se libraron después de 1945. La guerra y la amenaza de guerra siguen muy presentes entre nosotros.

1 N. de la T.: ‘loco’ en inglés.

IX

LA GUERRA EN NUESTRO IMAGINARIO Y EN NUESTRA MEMORIA

Perdónennos, dice el coro, al inicio del cuarto acto del *Enrique V* de Shakespeare:

> Donde, oh, dolor, poco honraremos el nombre de Agincourt
> con cuatro o cinco trozos de hojalata mellados y viles,
> mal manejados en refriegas ridículas.
> Sin embargo quédense sentados y vean,
> imaginando cosas reales donde hay caricaturas…[1]

En las escenas sucesivas, Shakespeare transmite a su público tanto la dimensión trágica de la guerra como su aspecto glorioso. La noche antes de la batalla, un pensativo rey Enrique deambula de incógnito entre sus tropas. Williams, un soldado ordinario, habla con sus amigos y dice sencillamente que no espera que sobrevivan al día siguiente. Enrique lo sondea: ¿acaso no están satisfechos de estar con su rey, cuando la causa de este es tan justa?, pregunta. Bueno, dice Williams, puede ser, pero los que mueran lo harán maldiciendo, pidiendo auxilio a gritos, o preocupados por las esposas e hijos que dejan atrás. "Me temo que pocos de los que mueren en batalla mueren bien…". Enrique le responde con un discurso largo, razonado y no particularmente reconfortante acerca de la responsabilidad en la guerra y cómo cada soldado debe preparar su conciencia para poder morir bien y alcanzar la salvación. A la mañana siguiente, no obstante, pronuncia un discurso bien diferente. La batalla inminente, les dice a sus hombres, es su oportunidad de alcanzar la gloria. Les recuerda que es el día de los santos gemelos, Crispín y Crispiniano:

> Al día de hoy le llaman de san Crispín.

> El que lo sobreviva y vuelva a casa sano y salvo
> se alzará en puntas de pie cuando nombren este día
> y ante el nombre de san Crispín se hinchará de orgullo.
> […]
> El día de san Crispín y Crispiniano nunca pasará
> sin que en esa historia seamos recordados nosotros,
> estos pocos, felices pocos, nuestra banda de hermanos.[2]

Un comandante de compañía del Regimiento de Yorkshire Oriental les leía extractos de los emocionantes discursos de Enrique a sus hombres a través del altavoz de la lancha de desembarco a medida que se acercaban a la playa de Sword en el día D, en 1944, y mientras la Primera Brigada de Servicio Especial desembarcaba, su imponente comandante, lord Lovat, puso en cabeza a su gaitero personal, Bill Millin, para que los dirigiera hacia la playa con el agua hasta la cintura tocando "Highland Laddie" y "Road to the Isles". Los grandes comandantes, Alejandro, Julio César, Napoleón, MacArthur, Montgomery, todos tenían la capacidad de hacer sentir a sus hombres que los conocían, que se preocupaban por ellos y les hablaban directamente. Entendían, al igual que Shakespeare, que la guerra es en cierto modo teatro, y que los gestos teatrales tienen en ella un papel importante. El cañón gigante que los otomanos fabricaron en el siglo xv para defender el estrecho de los Dardanelos, los elefantes que Aníbal llevó a Italia, o los que los mogoles usaron en la India, las bombas nucleares desarrolladas por ambos bandos en la Guerra Fría: todos fueron concebidos para aterrorizar e intimidar al enemigo además de para combatir. "Shock y Pavor" es como la coalición bautizó la invasión de Irak en 2003. Usamos las artes en la guerra, y a su vez, la forma en la que pensamos en la guerra y la libramos se ve afectada por las representaciones artísticas que hacemos de ella.

Teatro, poemas, novelas, pinturas, esculturas, fotografías, música y películas moldean nuestra manera –la de guerreros y civiles por igual– de

imaginar la guerra y pensar en ella. Las artes pueden transmitirnos muchos de sus aspectos: del heroico y glorioso al cruel y horrendo. Pueden comunicarnos parte de su excitación y sus pasiones, al igual que su locura, tedio y futilidad. Nos recuerdan el poder y la complejidad de la guerra y también nuestros sentimientos ambiguos al respecto. Las artes pueden empujarnos a la guerra, como sucedió antes de la Primera Guerra Mundial, o ayudar a ponernos en su contra, como hicieron después. Nos ayudan a asimilarla, recordarla y conmemorarla.

La corriente entre las artes y la guerra es bidireccional: la guerra cambia a aquellos que crean sus imágenes y relatos. Los escritores se esfuerzan por encontrar un lenguaje nuevo, y los pintores experimentan con diferentes estilos. Goya abandonó el color para pintar "Los desastres de la guerra", junto con la prolongada tradición de celebrar su faceta victoriosa o heroica para mostrar su bajeza, los momentos de crueldad gratuita, los cuerpos destrozados, mutilados. La Primera Guerra Mundial, según una reseña cultural de 1916, no podía plasmarse en imágenes: "Ningún artista puede darnos una impresión total de las cosas que suceden en la noche y la niebla, bajo la tierra y sobre las nubes… Los hombres que, desafiando a la muerte, avanzan y se arrojan sobre el enemigo en los lienzos de batalla de la escuela antigua han desaparecido; las trincheras comunicantes se los han tragado". El pintor suizo Félix Vallotton, que combatió con el Ejército francés, dijo: "Desde hoy, ya no creo en bocetos empapados en sangre, en la pintura realista, en las cosas vistas o incluso vividas. Solo la meditación puede hacer emerger la síntesis esencial de ese tipo de evocación". Su visión de *Verdún*, aquella terrible guerra de desgaste entre franceses y alemanes, es un estampado de llamas, nubes blancas y negras de gas y humo, rayos de luz, paisajes hechos añicos y lluvia, sin un solo ser humano a la vista. Tal vez fuese una coincidencia que en diferentes ciudades de toda Europa y el Nuevo Mundo los artistas estuvieran experimentando ya antes de 1914 con formas que se adecuarían a los campos de batalla que estaban por llegar.

Los cubistas desarrollaron un nuevo idioma para plasmar la fragmentación del mundo que los rodeaba, mientras que los futuristas intentaban encontrar la manera de pintar el movimiento. En Inglaterra, los vorticistas querían hacer pedazos el orden existente y para ellos, eso pasaba por un nuevo estilo geométrico que reflejara la áspera naturaleza del mundo moderno. Paul Nash, el artista británico en el que tanto influyeron los vorticistas, pronto se vio esbozando y pintando campos de batalla arrasados. ¿Intuían todos ellos la catástrofe que se cernía sobre la sociedad europea? Su experimentación se adaptaba tristemente bien a los paisajes devastados de los campos de batalla y el juego de luz, explosiones y vaharadas de gas.

Cuando tratamos de imaginar la guerra o recurrimos a la imaginación de otros, nos damos de bruces con la cuestión eterna: ¿puede aprehenderse la realidad de la guerra, limitando su experiencia a las páginas de un libro, a un lienzo o a un rollo de película? En *El dolor de la guerra*, de Bao Ninh, que combatió con las fuerzas norvietnamitas en la guerra de Vietnam, el protagonista es un veterano que trata de manera obsesiva y porfiada de escribir su historia de amor y guerra: "Estas frágiles páginas representan el pasado de Kien; sus líneas contaban historias que a veces eran claras, pero la mayoría eran oscuras en el mejor de los casos, y tan vagas y pálidas como el crepúsculo. Hablaban de la delgada frontera que separa la vida de la muerte, emborronando esa línea y borrándola finalmente. Edades y tiempos se mezclaban confusamente, igual que la paz y la guerra". Las autoridades comunistas condenaron el libro cuando se publicó, y desde entonces Ninh ha publicado muy poco. El escritor estadounidense Tim O'Brien, que luchó en el otro bando, dice en *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*: "Generalizar sobre la guerra es como generalizar sobre la paz. Casi todo es cierto. Casi nada es cierto". También se pregunta si es posible entender el significado de la guerra. "En una auténtica historia de guerra, si hay alguna moraleja, es como el hilo que forma la tela. No puedes tirar de él. No puedes extraer el sentido sin deshacer el tejido de su

significado más profundo. Y, después de todo, francamente, poco hay que decir acerca de una auténtica historia de guerra, salvo, tal vez, '¡Oh!'". Aun así, como tantos otros antes y después de él, tiene que seguir intentándolo. Wilfred Owen le escribió a su madre acerca de la "extraña mirada" que había visto en los ojos de los soldados en 1917 en la enorme base británica de Étaples: "Una mirada incomprensible, imposible de encontrar en Inglaterra… No de desesperación o terror, era más terrible que el terror, era una mirada ciega, carente de expresión, como la de un conejo muerto. Nunca nadie la pintará, ni ningún actor tratará de reproducirla. Y para describirla, creo que debería volver y estar con ellos". En la guerra de Corea, el fotógrafo estadounidense David Douglas Duncan hablaba de intentar plasmar esa mirada de los soldados que él llamaba "la mirada de mil yardas".

Pese a que gran parte del arte producido por la guerra y en torno a ella se concentra en una sola versión, la del artista, a menudo la guerra provoca respuestas idénticas más allá de las fronteras. *Sin novedad en el frente*, del escritor alemán Erich Maria Remarque, dice las mismas cosas acerca de la futilidad de la guerra de trincheras, la camaradería entre los soldados y la brecha que se abría entre ellos y la retaguardia que las novelas antibélicas en lengua inglesa como *Los favores de la fortuna* de Frederic Manning o *Adiós a todo eso* de Robert Graves. O'Brien y Ninh se encontraban en bandos distintos en Vietnam, pero la jungla, el calor, el miedo y los fantasmas están presentes en la obra de ambos. Lo que Ninh dice de su protagonista, cuya vida tanto se parece a la de su autor, podría haberlo dicho fácilmente el narrador de O'Brien: "Y en los relatos entraba también la atmósfera de la oscura jungla con sus efluvios dañinos, y los mitos y leyendas sobre las vidas de los soldados ordinarios, cuyas muertes proporcionaban cadencia a su escritura".

Ciertas guerras estimulan más y mejor el arte que otras. La Primera Guerra Mundial generó grandes novelas y poemas en varios idiomas, así como

pinturas y música. Es difícil pensar en algo parecido en la Segunda Guerra Mundial. *Vida y destino* de Vasili Grossman es la gran novela de esa guerra, pero ¿dónde está el resto? ¿Y por qué Vietnam tuvo un efecto tan estimulante en las artes en EEUU, pero no así las dos guerras mundiales o la de Corea? Para la música popular, aquella fue una edad dorada; Creedence Clearwater Revival, Bruce Springsteen, Country Joe and the Fish, Bob Dylan y The Doors, todos escribían canciones acerca de la guerra. Además de la obra de O'Brien, también tenemos *Un rumor de guerra*, de Philip Caputo, *Despachos de guerra*, de Michael Herr y *Matterhorn. Una novela sobre la guerra de Vietnam*, de Karl Marlantes, o la extraordinaria serie de películas como *Platoon* [Pelotón], *Nacido el cuatro de julio* y *Apocalypse Now* [Apocalipsis ahora]. No es ninguna coincidencia que casi todas ellas, al igual que las grandes obras de arte de la Primera Guerra Mundial, manifiesten una postura crítica hacia la guerra. Vietnam tuvo en los estadounidenses el mismo efecto que la Primera Guerra Mundial sobre los europeos; fue una sacudida a su confianza en sí mismos y su civilización. Quizá la necesidad de abordar el terrorífico misterio de cómo nosotros, personas buenas y morales, pudimos vernos involucrados en una guerra semejante y cometer tamañas atrocidades explique el efecto de ambas guerras sobre los artistas.

Resulta demasiado fácil decir que el arte florece solo en el horror y la futilidad de la guerra. Al *Réquiem de guerra* de Britten, *Guerra y paz* de Tolstói y *Sin novedad en el frente* de Remarque, podemos contraponer *La Victoria de Samotracia*, la *Ilíada* o *Tempestades de acero* de Ernst Jünger. John Ruskin, el crítico de arte más influyente de Inglaterra y un intelectual eminente, probablemente sorprendiera a un grupo de jóvenes cadetes en Woolwich en una conferencia sobre la guerra en 1865 al decirles: "El arte elevado no nace en la tierra más que en las naciones de soldados". La paz, explicaba, traía consigo la prosperidad y la alegría, pero también un marchitarse de las artes, ya que en ella los hombres no alcanzaban su estado

más elevado, algo a lo que solo la guerra conseguía llevarles: "Pues es una verdad comprobada que, cuando el hombre alcanza la plenitud de sus facultades, *deben* expresarse a través del arte". Y por eso, concluía, "cuando digo que la guerra es la base de todas las cosas, quiero decir también que es la base de todas las más altas virtudes y facultades en el hombre".

Como han sabido ver algunos combatientes, puede haber mucha belleza en una guerra. Hacia el final de la Primera Guerra Mundial, el pintor canadiense A. Y. Jackson escribía: "Una noche fui con Augustus John a contemplar un ataque de gas que habíamos lanzado contra las líneas alemanas. Era como un maravilloso castillo de fuegos artificiales, con nuestras nubes de gas, las bengalas alemanas y cohetes de todos los colores". Poco después pintaría *Ataque de gas, Liévin*, una de las pinturas canadienses más famosas del periodo, y realmente bella, con un oscuro paisaje de tierra destrozada en primer plano y una serie de nubes gris azulado en las que brillan destellos de luz verde y rosa a lo lejos. Bella como la secuencia de apertura de *Apocalypse Now*, con sus gráciles palmeras verdes cimbreándose en la jungla y el sonido de los helicópteros que pasan junto a ellas. Se ven columnas de humo, cada vez más, y de repente toda la escena arde en llamas (la realización de la película fue algo tan sumamente enloquecido que la selva ardió de verdad al rodarla). Por encima de todo aquello, escuchamos a The Doors cantando "The End". Es impresionante, quizá una de las mejores primeras secuencias jamás filmadas. Su director, Francis Ford Coppola, se propuso hacer una película antibelicista –se basaba en la condena al imperialismo occidental de *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad–, pero consigue hacer que algunas partes de la guerra parezcan estimulantes y bellas.

En ocasiones los artistas pueden dedicarse a glorificar deliberadamente la guerra, quizá porque les pagan por hacerlo, o porque creen en lo que hacen, o ambas cosas a la vez. El arte como representación y celebración de la guerra es algo que se remonta muy atrás en la historia humana. Mucho de lo

que ha llegado desde el mundo antiguo hasta nuestros días –esculturas, arcos y columnas de triunfo, mosaicos, vasijas decoradas, tumbas– tiene que ver con la guerra. Los mármoles de Elgin muestran un combate entre hombres y centauros. Uno de los tesoros del Pergamonmuseum de Berlín es el maravilloso altar de la ciudad del mismo nombre, que muestra la legendaria batalla entre titanes y dioses olímpicos. El tapiz de Bayeux registra la conquista normanda de Francia. Los palacios y edificios gubernamentales del Renacimiento estaban cubiertos de murales gigantes y estilizados que representaban antiguas victorias en tierra y mar, y las orquestas de los gobernantes interpretaban piezas festivas como la *Música para los reales fuegos de artificio* de Händel, compuesta en 1749 para conmemorar un triunfo inglés, en este caso el Tratado de Aquisgrán en 1948 al final de la guerra de Sucesión austriaca. La crucial batalla de Lepanto, en 1571, en la que los Estados católicos de la Liga Santa derrotaron a los otomanos, inspiró obras de Veronese, Tintoretto, Tiziano y toda una serie de otros artistas menos conocidos, así como poemas y música. La batalla de San Romano entre Florencia y Siena en el siglo XV se recuerda hoy día principalmente gracias al tríptico de Paolo Uccello. Vemos caballos encabritados, hombres que se asestan golpes de espada, lanzas quebradas, cascos abandonados y el suelo cubierto de cuerpos, pero por ninguna parte se encuentra sangre, cráneos aplastados o miembros seccionados.

Este tipo de representación puede quitarle a la guerra su parte terrorífica, caótica, y hacernos olvidar su coste humano. Las pinturas que encargaban algunos gobernantes mogoles como Akbar nos muestran asedios, batallas, armas, soldados y caballería, todo ello, incluso los cadáveres, en bellísimos colores y muy decorativo. La famosa fotografía que Joe Rosenthal tomó en 1945, *Alzando la bandera en Iwo Jima*, refleja un instante de triunfo, pero no vemos en ella ningún indicio de las 26.000 bajas estadounidenses que se cobró aquella batalla. En la Europa del siglo XVIII, que se enorgullecía de

atravesar la edad de la razón, los artistas, con pocas excepciones, mostraban las batallas como ordenadas partidas de ajedrez jugadas con piezas humanas. En 1745, durante la larga guerra de Sucesión austriaca, las fuerzas británicas y sus aliados atacaron a los franceses en Fontenoy, hoy día parte de Bélgica. La batalla, que ganaron los franceses, dejó unos 5.000 muertos y 10.000 heridos. Luis XIV le encargó una pintura conmemorativa a Pierre L'Enfant (cuyo hijo diseñaría la ciudad Washington). En ella los soldados atacan erguidos en filas ordenadas. De las pistolas sale humo, los jinetes galopan de un lado a otro y un puñado de cadáveres decora el suelo. La muerte en combate de ciertos héroes, como Wolfe en Quebec o Nelson en su buque insignia, también se nos muestra como algo sereno, que llega decorosamente mientras el moribundo yace grácilmente rodeado de sus deudos. Las artes consiguen embellecer incluso los instrumentos de la guerra. Armaduras, espadas, cimitarras, picas, las primeras pistolas y cañones eran a menudo objetos bellos, decorados con metales preciosos y joyas que demostraban la pericia y visión de los artesanos que las diseñaban y fabricaban. Esta es una moda que se ha perdido, al menos en el caso de las armas militares; es difícil imaginar metralletas con decoraciones de taracea y sonidos musicales.

Al igual que hace con otros recursos de la sociedad, humanos, materiales o espirituales, la guerra secuestra las artes para sus propios fines, y también los artistas pueden dejarse secuestrar en ocasiones. Jacques-Louis David, un gran pintor con un fuerte instinto de supervivencia, empezó su carrera y prosperó bajo el Antiguo Régimen en Francia, se adaptó rápidamente a la Revolución francesa y acabó convirtiéndose en el pintor favorito de Napoleón. En su famoso cuadro *Napoleón cruzando los Alpes*, David muestra una figura heroica sobre un semental encabritado que asciende por una ladera camino de sus victorias en Italia. En unas rocas a los pies del caballo se pueden descifrar con esfuerzo los nombres de Aníbal y Carlomagno, pero el único nombre que se lee con claridad es el de

Bonaparte. Durante la Primera Guerra Mundial, artistas e intelectuales se apresuraron a condenar a sus homólogos del otro bando. La guerra, dijo el destacado filósofo Henri Bergson en un discurso pronunciado el 8 de agosto de 1914, era entre la civilización francesa y la barbarie alemana. El escritor alemán Thomas Mann también veía la guerra como un choque entre diferentes sistemas de valores, pero en su caso se trataba más de la *Kultur* alemana, vibrante, vital, profundamente humana, frente a la "civilización", suave, educada, y basada en la razón en lugar de en la emoción. "La totalidad de la virtud y belleza alemanas se muestra tan solo en la guerra. La paz no siempre le sienta bien. En tiempos de paz uno podría olvidar en ocasiones lo bella que es Alemania". En la Segunda Guerra Mundial, Noël Coward escribió, dirigió y protagonizó el filme *Sangre, sudor y lágrimas*, que rinde homenaje al callado heroísmo de la Marina Real británica. El Gobierno británico financió en parte la conmovedora *Enrique V* de Laurence Olivier, con él como protagonista también. Se estrenó en 1944, poco antes de la invasión de Normandía, y nos muestra a un Enrique valiente y noble que lucha por una causa justa –el guion prescinde de escenas como el amenazador discurso de Enrique ante los ciudadanos de Harfleur–. John Wayne costeó *Los boinas verdes* de su propio bolsillo para apoyar la guerra de Vietnam. En su última escena un niño vietnamita, huérfano de guerra a cargo de uno de los equipos de las Fuerzas Especiales –los boinas verdes– llora al descubrir que han matado a su amigo. "¿Qué pasará conmigo ahora?", le pregunta al coronel, el propio John Wayne. Wayne le entrega la boina del soldado muerto. "Ya me preocuparé yo de eso, boina verde –le dice–. Todo esto lo hacemos por ti". Los dos caminan hacia el horizonte al atardecer con la "Balada de los boinas verdes" sonando de fondo.

El filme de John Wayne destaca porque fue uno de los pocos en presentar una perspectiva favorable de aquella guerra cada vez más impopular. En la Primera Guerra Mundial, por contraste, los artistas de todos los bandos

apoyaron de forma abrumadora los esfuerzos de guerra de sus países, al menos durante los primeros años del conflicto. Edward Elgar escribía música patriótica como la partitura para *Los flecos de la flota*, un folleto escrito por Kipling en 1915 con poemas y ensayos acerca de los momentos heroicos menos conocidos de las fuerzas navales británicas, aunque llegaría a detestar la forma en la que sus *Marchas de pompa y circunstancia*, compuestas antes de la guerra, acabaron teniendo letras mucho más pomposas que las originales. La mayoría de las novelas y los poemas producidos en todos los países beligerantes eran de corte patriótico; algunos, como *Men Who March Away* [Hombres que marchando parten] (que promete que "la Victoria corona a los justos") de Thomas Hardy, escritos por poetas consolidados, otros por desconocidos entusiastas. En agosto de 1914 un solo periódico de Berlín recibía diariamente quinientos poemas patrióticos "Amamos como un solo hombre / odiamos como un solo hombre. / Tenemos un solo enemigo, uno solo– / ¡INGLATERRA!", rezaba el "Himno del odio" de Ernst Lissauer, enormemente popular.[3]

Ante las dimensiones y exigencias crecientes de la guerra moderna, los Gobiernos acabaron dándose cuenta de que podían usar las artes, como ya hacían con la ciencia y la industria, para movilizar a sus sociedades. Durante la Primera Guerra Mundial, el Gobierno británico encargó el camuflaje de sus buques de mercancías a una serie de artistas conocidos. Los buques se cubrían de diseños muy disparatados, "camuflaje disruptivo" lo llamaban, que dificultaban que los submarinos alemanes pudieran estimar su velocidad y dirección. El nuevo Departamento de Información desarrolló una serie de proyectos que empleaban a artistas para registrar la guerra y crear propaganda destinada a la retaguardia. En la nueva industria cinematográfica, los estudios británicos y franceses rodaban películas acerca de un amplio abanico de temas, desde el cómo mantener la calma y la rutina hasta las iniquidades de los alemanes. Estas últimas se enviaban a los países neutrales con la esperanza de ganar adeptos para la causa aliada,

a menudo con éxito. La industria cinematográfica alemana, bajo el férreo control del Gobierno, tardó en percibir el poder de este nuevo medio y los filmes que exportaban no tenían mucho efecto. En las películas alemanas que mostraban el frente aparecían soldados bastante satisfechos leyendo su correspondencia y comiendo, algunos con heridas leves recuperándose en hospitales, o las tropas alemanas reconstruyendo iglesias que el enemigo había destruido. No había escenas de batalla, que hubieran sido difíciles de rodar, ni tampoco muertos. Cuando se proyectaban ante las tropas alemanas en el frente, estas reían a carcajadas (durante la Segunda Guerra Mundial la propaganda alemana fue mucho más eficaz; su jefe, Joseph Goebbels, decía que había aprendido mucho de los británicos). Aun así, otro frente se abrió cuando se empezó a atacar el arte producido por el enemigo como si de un caballo de Troya se tratase. En Francia, de nuevo durante la Primera Guerra Mundial, Camille de Saint-Saëns y otros artistas fundaron la Liga Nacional para la Defensa de la Música Francesa con el fin de hacer campaña contra la representación de música alemana contemporánea. "Tras las masacres de mujeres y niños –preguntaba Saint-Saëns–, ¿cómo pueden los franceses escuchar a Wagner? Es necesario hacer este sacrificio de no leer o escuchar las obras de Wagner, porque él pensaba que Alemania podía usar su trabajo para conquistar almas". En Reino Unido, la prensa señalaba a las orquestras que tocaban obras de Beethoven, Brahms o Bach.

Lord Lovat había entendido perfectamente que la música desempeña un papel muy concreto en el campo de batalla. En *Los tambores de proa y popa*, una de sus historias acerca de los soldados británicos en las fronteras del imperio, Kipling quizá se inspirase en un incidente de la segunda guerra anglo-afgana en el que las fuerzas británicas se replegaron en un principio ante un ataque afgano. En su historia, un par de tamborileros disolutos, rufianes beodos ya a los catorce años, quedan rezagados durante la retirada. Cuando se terminan el ron robado que les quedaba, toman su tambor y flautín y se dirigen a las líneas afganas tocando "The British Grenadiers".

Avergonzados ante el valor de los muchachos, su regimiento vuelve a la batalla, matando y apuñalando con frialdad y eficiencia hasta hacerse con la victoria. A los chicos los entierran junto al resto de caídos británicos.

Según Tucídides, los espartanos entraban en batalla cantando sus canciones de guerra. Los describe avanzando con lentitud hacia los argivos y sus aliados en el año 418 a. C. durante la batalla de Mantinea al son de la música de los flautistas entre sus filas: "Esta costumbre suya no tiene nada de religioso; está pensada para hacerles mantener el paso y avanzar con constancia sin romper sus filas, como hacen los grandes ejércitos cuando están a punto de entrar en combate".

En la guerra como en el baile, la música ayuda a entrenar a los soldados para que se mantengan unidos y sus movimientos se automaticen incluso en combate. El gran soldado del siglo XVIII, Mauricio de Sajonia, cuyos ejercicios militares se hicieron famosos, decía: "Hay que hacerlos marchar en cadencia. Ahí reside el secreto, ahí está el paso militar de los romanos… Todos hemos visto a gente capaz de bailar toda una noche. Pero si intentamos hacer bailar a un hombre durante un cuarto de hora sin música veremos que no lo puede soportar… El movimiento al son de la música es natural y automático. A menudo me he dado cuenta de que mientras sonaban los tambores, todos los soldados marchaban al ritmo sin ni siquiera darse cuenta de ello. La naturaleza y el instinto eran responsables, no ellos". Sun Tzu aconsejaba a los comandantes que usasen gongs y tambores, y también estandartes, para mantener a las tropas unidas mientras marchaban, maniobraban y cargaban, y para ayudarles a concentrar su atención en un punto concreto. En los campos de batalla de otros tiempos, antes de los teléfonos de campo, las radios o las comunicaciones electrónicas, la música era uno de los pocos medios que tenían los comandantes para transmitir sus órdenes. Como descubrirían los ejércitos europeos, los instrumentos agudos de viento-madera y metal conseguían superponerse al estruendo de las batallas. En las guerras napoleónicas, los reglamentos de la infantería del

Ejército británico enumeraban una serie de mensajes que podían enviarse mediante música: avance, retirada, incluso advertencias acerca de la proximidad de la caballería o infantería enemigas. Además de que la música podía tener un efecto psicológico tanto sobre los atacantes como sobre los defensores; un veterano británico de la guerra de la Independencia española contra los franceses afirmaba que cuando los tamborileros franceses tocaron el *pas de charge* en la batalla de Waterloo para ordenar un paso más ligero al principio de un ataque, el sonido era algo que "pocos hombres, por muy valientes que sean, pueden escuchar sin desazón".

En tiempos de paz como los que vivió Europa durante los decenios que precedieron a la Primera Guerra Mundial, el arte puede preparar psicológicamente al público para la guerra. Las bandas militares que tocaban en las pérgolas de los parques europeos, las exhibiciones de la marina en días de verano, los guardias montados tintineando por las avenidas en sus uniformes de gala, todo esto era entretenimiento para las masas, pero también una poderosa propaganda para la guerra. En los poemas, jóvenes heroicos reunían a sus tropas en lugares remotos contra enemigos salvajes y morían guardando bellos recuerdos de su patria. Barbarroja dormía en su montaña y Drake en su hamaca, esperando a ser llamados a salvar sus países. Los jóvenes de clase media y alta, especialmente en Reino Unido, soñaban con combates gloriosos como los que habían leído en Homero, Livio o Julio César. En toda Europa se estaba redescubriendo la Edad Media, o más bien una parte de ella: la caballería y los caballeros de armadura y sus cruzadas. La ficción popular y las revistas para jóvenes escribían principalmente acerca de las heroicidades del pasado. En Alemania, el tema más popular eran los grandes triunfos de la nación, ya se tratase de la gran batalla del bosque de Teutoburgo en el siglo I, cuando las tribus germánicas derrotaron a un ejército romano, o la victoria sobre los franceses en Sedán en 1870. G. A. Henty, el popular novelista británico, escribió más de ochenta libros cuyos héroes eran casi siempre

muchachos británicos que se enfrentaban a la adversidad y se labraban un nombre en la guerra. “Inculcar patriotismo en mis libros ha sido uno de mis principales objetivos, y hasta donde es posible saberlo, creo que lo he conseguido”, dijo una vez.

Los jóvenes de Europa fueron a la guerra en 1914 esperando tener la oportunidad de medirse con sus héroes.

Los miembros de aquella generación –novelistas, poetas y escritores de memorias como Robert Graves, Siegfried Sassoon y Wilfred Owen en Reino Unido, Frederic Manning en Australia o Henri Barbusse en Francia– estaban, gracias a su educación y familiaridad con la literatura, historia y mitos, especialmente bien preparados para expresar su sorpresa y desilusión. Los intentos que hacían los escritores civiles de describir el frente les molestaban. Tenemos que recordar también que los escritores antibelicistas eran mucho menos populares, al menos inmediatamente después de la guerra, que aquellos que como Jünger hablaban del lado heroico de la cuestión. A finales de la década de 1920, *Sin novedad en el frente* vendió 1,2 millones de copias en alemán (antes de que los nazis lo prohibieran), pero las memorias del as de la aviación Manfred von Richthofen, el Barón Rojo, vendieron otras tantas. Un estudioso estima que tan solo el 5% de los libros publicados acerca de la guerra en el periodo de entreguerras eran de corte pacifista.

Durante la guerra, las autoridades entendieron y trataron de utilizar el poder de las artes, a la par que controlaban la representación que se hacía del frente para que la verdadera naturaleza de la guerra industrializada no suscitase el horror de la opinión pública. A los artistas británicos se les indicó que no mostrasen a los muertos en sus pinturas. Cuando Christopher Nevinson mostró un par de cadáveres yaciendo boca abajo en el suelo en su obra de 1917 *Sendero de gloria*, los censores no lo admitieron. Nevinson colocó un cartel que decía “CENSURADO” sobre el cuadro, dejando visibles tan solo la suela de una bota y un casco para que la imaginación del

espectador hiciera el resto. El artista alemán George Grosz realizó un grabado terrible en el que aparecía Cristo con una máscara de gas diciendo: "Cierra la boca y cumple con tu deber". Su compatriota Otto Dix produjo una serie de horribles grabados después de la guerra que mostraban a los muertos y mutilados, y también una pintura, *La trinchera*, en la que se podían ver cuerpos destrozados por un ataque de artillería. El recién creado Partido Nacionalsocialista lo denunció por ello y, al llegar al poder, dio a esta obra y otras suyas un lugar prominente en la exposición de "arte degenerado" que se celebró en Múnich en 1937.

La pugna entre aquellos que quieren mostrar una visión aséptica de la guerra y los que desean mostrar su brutalidad es antiquísima y el arte tiene tendencia a escapar o eludir cualquier control. El pintor británico Paul Nash fue artista de guerra oficial en la Primera Guerra Mundial, pero sus pinturas del frente, como *El camino de Menin* y la irónicamente bautizada *Estamos creando un mundo nuevo*, dan un perturbador testimonio de las pérdidas y la destrucción. Se acabaron los preciosos paisajes ingleses que había pintado antes de la guerra; ahora representaba su opuesto, con árboles destrozados, barro y charcos de agua putrefacta. Nada de excursionistas o alegres campesinos, tan solo las figuras solitarias de los soldados en su avance. "Ya no soy un artista interesado y curioso –le escribió a su esposa en noviembre de 1917–. Soy un emisario que traerá el mensaje de los hombres que luchan para aquellos que quieren que la guerra continúe para siempre. Mi mensaje será débil y poco articulado, pero contendrá una verdad amarga, y ojalá que esta les queme sus sucias almas".

Francisco de Goya realizó su magnífica serie de grabados "Los desastres de la guerra" entre 1810 y 1820, cuando España se encontraba afligida por un Gobierno débil, la invasión francesa, una revolución, una guerra civil y una guerra entre franceses y británicos. Mientras seguía trabajando para la corte y pintando retratos de oficiales franceses y británicos, fue llevando a cabo discretamente sus grabados. Estos se publicaron mucho después de su

muerte, y constituyen una condena mordaz y poderosa a todas las partes de todas las guerras que muestra la crueldad de la que son capaces los seres humanos. En *Y son fieras* muestra a mujeres españolas, una de ellas con un niño en brazos, matando soldados franceses, mientras que *¡Bárbaros!* muestra a soldados franceses disparando sobre un fraile atado a un árbol mientras otros contemplan la escena con indiferencia. Las leyendas escritas por Goya son sucintas pero reveladoras. *No se puede mirar*, *Esto es malo*, *Esto es peor*, *Esto es lo peor*. E insiste *Yo lo vi*, *Así sucedió*. El trabajo de Goya se alejaba enormemente de las ordenadas representaciones de la guerra del siglo XVIII, y su influencia sobre artistas posteriores como Otto Dix y Salvador Dalí sería considerable. El fotógrafo de guerra Don McCullin dijo: "Cuando tomaba fotografías en la guerra, no podía evitar pensar en Goya".

También Picasso pensaba en Goya, al que adoraba, y en 1937 creó una de las más grandes pinturas antibelicistas del siglo XX. El Gobierno republicano español, que luchaba por su supervivencia contra los rebeldes nacionalistas del general Franco, le encargó a Picasso un mural para el pabellón de España en la Exposición Universal de París. Encontraría el tema de su obra cuando la aviación alemana bombardeó Guernica en abril. La pintura que Picasso realizó inspirándose en el suceso marcaría un cambio significativo en las pinturas sobre la guerra, ya que no se concentraba en las víctimas militares, sino en las civiles. Trabajó a toda velocidad para cubrir un enorme lienzo con escenas de caos y horror. Gente que grita y un caballo que sale volando por los aires. Una mujer que lleva en brazos a su hijo muerto. Mientras pintaba, hizo la siguiente declaración: "En el mural en el que estoy trabajando, que llamaré *Guernica*, y en todas mis obras recientes, expreso claramente mi aborrecimiento de la casta militar que ha sumido a España en un océano de dolor y muerte". Se cuenta, y es posible que sea verdad, que un oficial de la Gestapo visitó a Picasso en el París ocupado durante la Segunda Guerra Mundial y vio una fotografía

del *Guernica*. "¿Fue usted quien hizo esto?", le preguntó. "No –respondió Picasso–, a decir verdad, esto lo hicieron ustedes". Picasso no permitiría que la obra regresase a España hasta que la democracia se hubiera restaurado allí. Desde 1981 está en Madrid, donde se contempla como un tesoro nacional.

No todo el mundo comparte esta admiración. Entre la izquierda, los comunistas, bajo las órdenes de la Unión Soviética, lo acogieron con tibios elogios y lamentaron que no fuese lo suficientemente realista. La guía que los nazis publicaron para la Exposición Universal decía de la obra que era "un revoltijo de miembros que podría haber pintado cualquier niño de cuatro años", y cuando la pintura estuvo de gira en EEUU antes de la Segunda Guerra Mundial, un conservador estadounidense dijo que era "arte bolchevique controlado por la mano de Moscú". ¿Somos capaces de apreciar una obra de arte si estamos en desacuerdo con el punto de vista y el objetivo de la persona que la creó? Richard Wagner era un antisemita que componía música magnífica, y Leni Riefenstahl, una nazi entusiasta que realizaba películas innovadoras y potentes. Este tipo de cuestiones son peliagudas, especialmente en Israel. La forma en la que reaccionamos ante una obra de arte depende de quiénes somos, de la posición en la que nos encontramos, y el momento en que nos cruzamos con ella. Robert Graves se sorprendió mucho de que su *Adiós a todo eso* se entendiese como un manifiesto antibelicista cuando él había intentado tan solo describir la guerra –estaba orgulloso de haber servido en ella– y quizá ganar algo de dinero que necesitaba urgentemente. No obstante, su libro se publicó a finales de la década de 1920, cuando la desilusión de la Primera Guerra Mundial y el escepticismo hacia la paz que siguió no dejaban de aumentar y el futuro parecía cada vez más sombrío. Si sabemos poco o nada acerca del creador, estas cuestiones importan menos, y el paso del tiempo consigue borrar los sentimientos y las ideas que rodeaban a las obras de arte cuando fueron creadas. Homero –si existió– podría haber sido admirable o terrible,

un amante de la paz o de la guerra. Nunca lo sabremos, y podemos leer su *Ilíada* y su *Odisea* sin tener que posicionarnos respecto de su creador. En España el *Guernica* es hoy un tesoro nacional, pero si Picasso hubiera accedido a la petición de Franco y lo hubiera enviado de vuelta después de la Segunda Guerra Mundial, su recepción podría haber sido bien distinta.

A partir de mediados del siglo XIX la fotografía y el cine han ido progresivamente ocupando un lugar junto a la pintura en la representación de la guerra. Que lo que nos muestran estos nuevos medios sea más o menos auténtico es harina de otro costal. Una cámara puede ser tan selectiva o distorsionadora como el ojo del artista, y de nuevo es importante quién es y desde dónde observa las cosas. Pese a que las primeras cámaras no podían mostrar la acción en movimiento, sí podían enseñarnos los rostros y consecuencias de la guerra. El fotógrafo Mathew Brady decidió compilar un registro de la guerra de Secesión tan completo como fuera posible. En 1862 Alexander Gardner tomó una serie de fotografías en el campo de batalla de Antietam que llegaría a ser la más famosa de aquella colección. En una de ellas, los cuerpos de soldados sin vida yacen a lo largo de un camino que se pierde en el horizonte. ¿Resultan menos conmovedoras sus fotografías al saber que a menudo manipulaba estas escenas, cambiando los cadáveres de sitio? En 1916, el Gobierno británico abandonó su costumbre de realizar películas de propaganda más bien anodinas y aburridas para filmar los primeros días de la batalla del Somme. Las autoridades militares esperaban que los primeros ataques consiguieran atravesar las líneas alemanas, y por esa razón dieron acceso a los cámaras, algo sin precedentes. Se nos muestra cómo los soldados preparan sus trincheras, ajustan las bayonetas de sus rifles y desaparecen por encima de las trincheras adentrándose en la tierra de nadie. La filmación termina aquí: las primeras cámaras eran demasiado pesadas para cargar con ellas, y era peligroso para los cámaras ponerse de pie como resultaba necesario para filmar el campo de batalla, así que los productores a continuación montaron

escenas de entrenamientos en el lugar del verdadero ataque, para continuar después con metraje real del regreso de los heridos. Pese a la triquiñuela, la película conmovió y perturbó enormemente al público británico que por primera vez veía lo que estaba sucediendo aproximadamente en el frente occidental. Prácticamente una cuarta parte de la población había visto la película después de sus primeras seis semanas de proyección durante el verano 1916, mientras los combates en Francia continuaban. Al verla, la gente lloraba, y había quien se desmayaba.

La segunda innovación significativa en la manera de filmar la guerra vino de la mano de la cámara fotográfica económica, que hizo de cada combatiente un artista potencial. A mediados de la Primera Guerra Mundial, una Kodak pequeña costaba un dólar y podía llevarse en un bolsillo del uniforme. Las autoridades trataron de censurar las fotografías, al igual que hacían con las cartas de los soldados, y los canadienses trataron de prohibirles llevar cámaras. Ambos intentos fracasaron. A medida que la tecnología iba mejorando y el equipo fotográfico se hacía más ligero, los fotógrafos pudieron moverse libremente por los frentes de batalla y captar instantes fugaces, como la famosa fotografía de Robert Capa que muestra a un miliciano en el momento de recibir un disparo durante la guerra civil española. Hoy en día, los soldados desplazados en Irak o Afganistán utilizan sus teléfonos móviles.

Tras la guerra de Vietnam, el Ejército estadounidense llegó a la conclusión de que el apoyo de la opinión pública a la guerra se había desvanecido por el efecto que causaban las imágenes y relatos de los periodistas, fotógrafos y escritores que habían dispuesto de bastante libertad para moverse por las zonas de guerra. Imágenes como las de la niña vietnamita abrasada por el napalm que corre por un camino, los soldados enemigos haciéndose con el perímetro de la embajada estadounidense en Saigón durante la ofensiva del Tet o el jefe de la policía de Saigón disparando en la cabeza a un soldado norvietnamita capturado lograron convencer a un número significativo de

estadounidenses de que aquella guerra estaba mal y que era imposible ganarla. Al ejército no le faltaba razón, pero es discutible que el periodismo fuera el principal factor que puso a la opinión pública contra la guerra. El conflicto era ya impopular de por sí, al igual que el reclutamiento, y muchos estadounidenses jamás entendieron por qué su país libraba aquella lucha prolongada en un pequeño país del otro extremo del mundo.

Es posible que Tim O'Brien esté en lo cierto cuando dice que es imposible entender la verdad sobre la guerra, pero que el arte nos ayuda a lidiar con ella y a intentar comprender lo que en última instancia podría resultar inexplicable. Esto es así tanto para quienes han conocido el combate como para los que no. Los griegos veían en Homero a un "médico del alma". Philip Caputo recibe cartas de veteranos de Vietnam que al leer *Un rumor de guerra* sintieron liberarse en ellos toda una serie de recuerdos y sensaciones reprimidos. Recientemente se condujo en Francia un estudio acerca de lo que los soldados de la Primera Guerra Mundial leían en sus trincheras. Aunque muchos no tenían más que una educación elemental, encargaban a sus familias y a librerías obras como *Guerra y paz*. Quizá no solo encontraran en ellas la manera de entender mejor su situación, sino también algún consuelo porque hubiera algo bello o importante que pudiese ir más allá de la miseria de su presente situación. En el año 1937, la escritora británica Rebecca West se encontraba enzarzada en una desagradable discusión con un nacionalista alemán en un restaurante en Serbia cuando alguien encendió la radio y de ella salió una sinfonía de Mozart. "¿Cómo podíamos esperar que el arte trajese orden y belleza a aquel tejido vasto e intricado, aquella vela ondeando en los vientos contrarios del universo? –se preguntaba–. Aun así, la música nos prometía, al salir de aquella caja mágica sobre nuestras cabezas, que todo iría bien, que algún día nuestra vida sería tan bella como aquella misma música".

La creación y el consumo de obras de arte puede representar tanto un acto de desafío como de esperanza. En las dos guerras mundiales, los prisioneros

de guerra representaban obras de teatro y organizaban conciertos. El compositor francés Olivier Messiaen, apresado por los alemanes en 1940, descubrió que en su campo había otros tres músicos profesionales; un clarinetista, un violinista y un chelista. Un guardia compasivo le consiguió algo de papel y un pequeño lápiz, también algunos instrumentos maltrechos, entre ellos un piano. El 15 de enero de 1941, a la intemperie bajo la lluvia, el cuarteto estrenó su *Quatuor pour la fin du temps* [Cuarteto para el fin del tiempo]. Más tarde recordaría: "Nunca se me ha escuchado con mayor atención y comprensión". Su trabajo se basa en el Libro de las Revelaciones del Nuevo Testamento y habla del fin de los tiempos y el advenimiento del ángel del Apocalipsis. Termina con *Alabanza a la eternidad de Jesús*. "Es puro amor –dijo Messiaen–. Su lento ascenso a lo agudamente extremo es la ascensión del hombre hacia su dios, del hijo de Dios hacia su Padre, del ser hecho divinidad hacia el paraíso". Esa promesa y ese desafío a lo presente también los encontramos en una de las fotografías más memorables de la Segunda Guerra Mundial, la de la catedral de San Pablo de Londres que sigue en pie entre los incendios y la destrucción de la guerra relámpago.

El arte consigue transmitirnos a veces las voces de individuos que vivieron hace siglos. Uno de los primeros poemas de los que se tiene noticia, proveniente de los sumerios en el tercer milenio a. C., llora las consecuencias de la derrota:

> ¡El enemigo pisoteó con sus botas mis aposentos!
> ¡Que el enemigo extendiese sus sucias manos hacia mí!
> […] Que el enemigo me quitase la túnica, y
> vistiese con ella a su mujer,
> que el enemigo cortase mis collares de piedras preciosas,
> los colgase del cuello de su hijo,
> Yo hollaría los senderos de su morada.[4]

En la *Ilíada*, cuando Andrómaca, esposa del gran guerrero troyano Héctor, se entera de su muerte a manos de Aquiles, grita:

> Y ahora tú en casa de Aides, allá en el hondón de la tierra,
> andas, y a mí en un aborrido duelo me dejas
> viuda en las salas de casa; y el niño, aún que ni piensa,
> ese en mal hora hicimos tú y yo…[5]

Käthe Kollwitz era una artista de izquierdas que, junto a su esposo médico, llevaba una clínica en un barrio pobre de Berlín antes de la Primera Guerra Mundial. Cuando su hijo Peter, de dieciocho años, quiso alistarse en el Ejército alemán en agosto de 1914, no trató de impedírselo. El muchacho se marchó al frente el 12 de octubre y diez días más tarde estaba muerto. Ella nunca dejó de llorar su muerte, y mantuvo su dormitorio en el mismo estado en que él lo había dejado. Peter era, decía, "semilla para plantar que no debía haberse molido". Con el tiempo esculpiría un monumento en granito para el cementerio alemán de Roggevelde, en Bélgica, donde él estaba enterrado. En su instalación original, *Padres dolientes* mostraba a ambos progenitores alejados entre sí, aislados por el dolor. La madre tiene la cabeza inclinada y rodea su propio cuerpo con sus brazos. El padre está erguido, pero también hace el mismo gesto. En 1955 el cementerio fue trasladado a un terreno mayor no lejano y ahora las figuras de la escultura están más cerca la una de la otra.

En la Primera Guerra Mundial el duelo se basaba en rituales antiguos –las columnas griegas, o las estatuas semejantes a las de antiguos guerreros, el luto o las oraciones por los muertos–, pero por la dimensión y por la manera en la que la guerra había afectado a tantas personas parecía faltarle algo más. Fabian Ware, el visionario que creó la Comisión Imperial de Tumbas de Guerra británica, insistía en tres principios clave: los hombres tenían que ser enterrados en los países en los que habían caído; no debía hacerse ninguna distinción de rango, contrariamente a la costumbre de guerras

anteriores, y por cada hombre debía levantarse la misma lápida sencilla. Pese a que en privado los ciudadanos siempre habían rememorado a sus muertos a su modo, ahora tomaron la iniciativa para crear rituales y monumentos locales y modular los homenajes oficiales. Las ciudades y pueblos de toda Europa y parte del imperio recaudaban fondos localmente para una serie de memoriales: monumentos, parques, bibliotecas, fuentes, salones comunales y hospitales. En San Juan, Terranova, se construyó una universidad en homenaje a los caídos. En Cambridge, cerca de la estación, se levantó la estatua de un soldado marchando cuyo torso resulta curiosamente corto para sus piernas porque no se pudieron recaudar suficientes fondos y hubo que reducir el coste de alguna manera. Los obeliscos se hicieron muy populares para los memoriales porque eran baratos y fáciles de hacer. Con el tiempo, tan solo en Reino Unido y Francia el número de monumentos llegaría a los sesenta mil.

En 1919 las autoridades británicas le pidieron al destacado arquitecto sir Edwin Lutyens, que había colaborado en el diseño de los cementerios para los caídos ingleses, que diseñara un cenotafio transitorio para el desfile de la victoria que pasaría por Whitehall aquel mes de julio. El símbolo de una tumba vacía resultaba especialmente pertinente para la Primera Guerra Mundial, ya que no habían podido encontrarse ni identificarse los restos mortales de muchos de los muertos por ataques de artillería. El cenotafio de Lutyens, construido en madera y yeso, atrajo muchísima atención, y el Gobierno tuvo que dejarlo en pie mucho más tiempo de lo que originalmente planeaba para permitir que lo visitaran los cientos de miles de personas deseosas de dejar allí flores y coronas. Los dos minutos de silencio, que se observaron por primera vez el 11 de noviembre de 1919, Día del Armisticio, y después cada año durante la década de 1920 y 1930, también fueron adoptados por el público en general; el tráfico se detenía espontáneamente, y los telefonistas desconectaban las clavijas de sus centralitas.

Ante la demanda popular, el Gobierno le pidió a Lutyens que diseñase un cenotafio definitivo en piedra, que se descubrió en noviembre de 1920, el mismo día en que el cuerpo del Soldado Desconocido llegó desde el frente occidental y se transportó ceremoniosamente a través de las calles de Londres hacia su destino final, la abadía de Westminster. Igual que el cenotafio, esta era una forma brillante y simple de lidiar con la ausencia de cuerpos que velar. Todos aquellos cuyos muertos estaban en fosas anónimas tenían ahora hacia a donde dirigir su duelo. Una vez más las autoridades tuvieron que modificar sus planes originales para permitir una participación pública mucho mayor de la que habían previsto. La tumba de la abadía de Westminster permaneció abierta al público durante dos semanas, y 1,25 millones de personas desfilaron ante ella, en medio de un silencio roto solo ocasionalmente por gritos y sollozos. En la década de 1920, París, Roma, Washington Bruselas, Praga, Belgrado, Bucarest y Viena siguieron este ejemplo, no así Berlín y Moscú. La Segunda Guerra Mundial produjo sus propios memoriales, pero en muchos casos simplemente se adaptaron los de la anterior guerra añadiendo los nombres de la siguiente generación de muertos. Hoy, en la mayoría de los países que participaron en las guerras mundiales, la conmemoración de los muertos incluye a todos aquellos que cayeron en las guerras de los siglos XX y XXI. El público sigue adaptando a su manera las conmemoraciones oficiales; los veteranos y sus familias acuden al Memorial de la Guerra de Vietnam en Washington y dejan tributos –botellines de cerveza, flores, osos de peluche– al pie del muro. Cuando en 2014 se expusieron las más de ochocientas mil amapolas que conmemoraban a cada uno de los muertos británicos e imperiales de la Primera Guerra Mundial, las barandillas de la Torre de Londres estaban festoneadas de notas y fotografías.

La forma en que recordamos y conmemoramos la guerra refleja tanto la naturaleza de la misma como la de las sociedades que participan en ella, y también a quien la conmemora. Los veteranos recuerdan a sus camaradas

muertos; las mujeres a los seres queridos que perdieron. Los hijos de quienes lucharon los recuerdan de forma distinta a como los recuerdan sus nietos, si es que estos recuerdan algo. Aunque no todos los veteranos desean rememorar, muchos forman asociaciones y se reúnen o peregrinan a antiguos campos de batalla como las playas de Normandía o Vietnam. No lo hacen necesariamente para glorificar la guerra o mostrar su apoyo a guerras futuras; después de la Primera Guerra Mundial, los veteranos franceses fueron los primeros en criticar lo que ellos consideraban programas escolares militaristas, y antiguos enemigos como lo habían sido veteranos franceses, alemanes y británicos se reunían en la Conférence Internationale des Associations de Mutilés et Anciens Combattants [Conferencia Internacional de las Asociaciones de Mutilados y Ex-combatientes] para trabajar por unas mejores condiciones y a favor de la paz. Por otra parte, las asociaciones de veteranos de derechas de Francia y Alemania hicieron todo cuanto estuvo en sus manos para mantener vivos los odios de la guerra y dirigirlos contra aquellos a quienes consideraban traidores, entre ellos la izquierda, los liberales y los judíos.

Nuestras actitudes respecto de las guerras pasadas se ven influidas también por lo que sucede después de ellas. La Segunda Guerra Mundial, que a menudo se presenta como una clara pugna entre el bien y el mal (pasando por alto el hecho de que las potencias occidentales se aliaron con la Unión Soviética, una de las mayores tiranías del mundo) ha moldeado la opinión que hoy tenemos acerca de la Primera Guerra Mundial, que ahora parece moralmente ambigua, absurda e innecesaria. Los hombres que lucharon y murieron entre 1914 y 1918 son ahora objeto de piedad más que de admiración. “Leones dirigidos por burros”, como sostenía –en falso– Alan Clark que un general alemán había dicho de los soldados británicos. Hoy en día la creencia popular, no solamente entre los británicos, es que quienes lucharon en la Primera Guerra Mundial eran unos ingenuos, y fueron atraídos a los campos de batalla por unas élites irresponsables que agitaban

ante ellos lemas sobre la lucha por la civilización, el rey o la cotidianeidad de sus hogares. Deberíamos ser cautelosos a la hora de tratar con condescendencia a quienes vivieron en el pasado. Los muertos tenían ideas y creencias de la misma forma que los tenemos nosotros. Podemos no estar de acuerdo con ellas, pero deberíamos respetarlas. Quienes lucharon en la Primera Guerra Mundial pensaban que lo hacían por algo que merecía la pena, más frecuentemente sus seres queridos que abstracciones como la democracia o el imperio.

En la década de 1920 quienes rememoraban la Primera Guerra Mundial, al menos en el bando aliado, tendían a verla como un sacrificio necesario. Los alemanes no cuestionaban tanto la pertinencia de la guerra como la injusticia, tal y como ellos lo veían, de la paz. "¿Cómo murieron los héroes?", preguntaba una placa en un cementerio de Tubinga. "Sin miedo y lealmente" era la respuesta. En toda Alemania las comunidades plantaban bosquecillos en honor a los héroes. En Reino Unido las inscripciones de los memoriales, inclusive la del cenotafio de Londres, hacían referencia a los "muertos gloriosos" y en los servicios anuales de conmemoración se recordaba a las congregaciones que "no habían muerto en vano". El memorial de guerra de Canadá en la cresta de Vimy conmemoraba a los muertos canadienses, pero también mostraba por qué habían muerto: una serie de figuras de piedra representaban la fe, la justicia, la paz, el honor, la caridad, la verdad, el conocimiento y la esperanza. Cuando se descubrió, quienes intervinieron en la ceremonia se refirieron al lugar como "tierra sagrada". Hoy se considera al mariscal de campo sir Douglas Haig un carnicero sin sentimientos, pero en 1920 era un héroe, y a su funeral, en 1928, acudieron hordas de veteranos.

Hasta la década de 1930, cuando la posibilidad de una nueva guerra parecía cada vez más cercana, los pueblos francés y británico no empezaron a preguntarse si realmente la Primera Guerra Mundial había merecido la pena, y entonces las obras de Sassoon, Graves y otros antibelicistas

empezaron a encontrar adeptos. Antes de 1945 tan solo un pequeño círculo estaba familiarizado con la poesía de Wilfred Owen, hoy considerado el principal poeta de la guerra. La mayor parte de las obras publicadas durante el periodo de entreguerras trataba la guerra como algo justo, e incluso después de la Segunda Guerra Mundial había distintas opiniones acerca de su significado. Hasta los años setenta hubo suficientes veteranos para proporcionar puntos de vista variados acerca de la guerra, tanto acerca de su futilidad como de su validez. A medida que fueron desapareciendo, Reino Unido pasó a contemplar la Primera Guerra Mundial como un espantoso error que parecía absurdo seguir conmemorando. Algunos programas de televisión populares como *La víbora negra* en 1989 sirvieron para reforzar la tendencia a considerar la guerra una locura monumental.

En muchos países que participaron en aquella guerra se hablaba de poner fin a las ceremonias conmemorativas. En Australia, la izquierda criticaba el Día ANZAC porque glorificaba la guerra y al imperio, y también por ser un pretexto para emborracharse. Tan solo unas dos mil personas aparecían en la ceremonia que se celebraba al amanecer en el Memorial de Guerra de Canberra. En Canadá se prestaba muy poca atención a los aniversarios de la toma de la cresta de Vimy, y el memorial en Francia, levantado en los años treinta, estaba descolorido y amenazaba con derrumbarse. En Reino Unido se llegó a barajar, en los ochenta, abandonar los servicios del Día del Recuerdo y poner fin a las ceremonias del 11 de noviembre. Aun así, entre 2014 y 2018, al cumplirse una serie de aniversarios de la guerra, el interés y la participación del público en Reino Unido fueron altos. Cientos de miles acudieron a contemplar las amapolas de cerámica en la Torre de Londres, y muchos más las visitaron cuando estuvieron de gira por el país. En 2015 la demanda de plazas para las conmemoraciones de Galípoli en Turquía fue tal que los Gobiernos australiano y neozelandés tuvieron que celebrar un sorteo. En 2019, más de 35.000 personas acudieron a la ceremonia del amanecer en el Memorial de Guerra de Canberra. ¿Qué había sucedido

entre los años setenta y nuestros días?

Parte de la respuesta a esa pregunta podría ser que, al menos en ciertos países, una serie de lobistas bien organizados han presionado a los Gobiernos para que apoyen las conmemoraciones y tengan gestos simbólicos, como que los presentadores de televisión tengan obligatoriamente que llevar una amapola en la solapa durante el mes de noviembre. En 1997, las Spice Girls lanzaron un llamamiento en nombre de la Legión Británica para recaudar fondos, pero también para que se volvieran a observar los dos minutos de silencio del 11 de noviembre y alentar a los jóvenes a llevar amapolas. "Millones de personas murieron para que nosotros podamos ser libres", dijo la Spice deportista. El grupo fue muy criticado porque aprovechó para lanzar un álbum (y enormes cantidades de *merchandising* destinado a sus fans) justo la semana después.

Los ecos de la Primera Guerra Mundial resuenan también hoy, en un mundo en el que experimentamos un cambio vertiginoso, como sucedía en Europa en 1914, donde la globalización ha generado ganadores y perdedores, y donde el escenario internacional cada vez parece más inestable y revuelto. Es posible que los líderes europeos iniciaran la Primera Guerra Mundial por accidente, sin saber adónde podía llevar y cuáles serían sus costes. ¿Corremos nosotros el peligro de hacer lo mismo hoy en día? Como comenta el historiador Dan Todman, debemos hacer frente a una serie de interrogantes suscitados por esa guerra: "¿Cuál era la relación de los individuos con las organizaciones inmensas e impersonales de las que formaban parte? ¿Podían los individuos controlar su destino, o no eran más que engranajes en aquella maquinaria? Con la llegada de una mayor democracia, ¿cuál era la relación del ciudadano con el Gobierno?".

De la misma manera que tenemos tendencia a pintar el pasado con pinceladas bastante gruesas, también solemos concentrarnos en ciertos episodios que acaban representando el todo. En conmemoraciones recientes de la Primera Guerra Mundial, los británicos se han concentrado

principalmente en el primer día de la batalla del Somme, que ha acabado por simbolizar los enormes costes de la guerra para Reino Unido y el principio del fin del Imperio británico como principal potencia mundial. Por su parte, los australianos recuerdan Galípoli, donde se perdieron muchas vidas australianas en un ataque mal planificado, mientras que para los canadienses el acontecimiento clave es la toma de la cresta de Vimy, cuando las tropas canadienses consiguieron tomar un punto fuerte alemán que había resistido todos los ataques anteriores. La conmemoración francesa de la Primera Guerra Mundial se centra en Verdún, donde tuvo lugar aquella larga batalla de desgaste que acabó con una parte importante del ejército francés. Estos recuerdos a menudo son muy selectivos: los neozelandeses pasan por alto que estuvieron en la bahía de Anzac como parte de los cuerpos del Ejército australiano y neozelandés, mientras que los canadienses omiten que lucharon en Vimy junto a tropas inglesas.

No todos los países implicados en el conflicto sintieron la necesidad de orquestar conmemoraciones a gran escala. Las de EEUU tardaron lo suyo en empezar, y siempre fueron de perfil bajo, conducidas principalmente por voluntarios. Para EEUU la que realmente cuenta es la Segunda Guerra Mundial, cuando su país emprendió una lucha titánica en todo el mundo y de la que emergió convertido en potencia mundial. Los rusos han prestado relativamente poca atención a la Primera Guerra Mundial porque para ellos su legado es confuso; el colapso del Antiguo Régimen durante la guerra llevó al poder a los bolcheviques, que entretanto han desaparecido, así que la cuestión de cómo y qué recordar exactamente no deja de ser problemática. Para ellos es mucho más importante conmemorar la Gran Guerra Patriótica, como llaman los rusos a la Segunda Guerra Mundial, especialmente la batalla de Stalingrado. Por su parte, los alemanes y los japoneses cargan con una pesada culpa por la Segunda Guerra Mundial y no parecen muy interesados en conmemorar la Primera. La India envió millones de tropas a ambas guerras, pero su lucha por la independencia

desempeña un papel mucho más importante en la memoria pública y oficial. Para Polonia, en cambio, la Primera Guerra Mundial es el momento de su renacer, cuando sus tres enemigos, Alemania, el Imperio austrohúngaro y Rusia fueron derrotados.

Mientras que los británicos, estadounidenses y rusos recuerdan la Segunda Guerra Mundial con orgullo, los franceses han dado muestras contradictorias al respecto. Durante décadas los académicos y escritores franceses se abstuvieron de analizar las razones del colapso de Francia en 1940, o el colaboracionismo subsiguiente de tantos franceses, incluido el Gobierno de Vichy, con los nazis. Las obras clave sobre este tema fueron escritas por historiadores británicos o estadounidenses. La resistencia en cambio sí recibió mucha atención francesa. Cuando el general Charles de Gaulle, líder de la Francia Libre, llegó a París justo después de su liberación en 1944, habló en el ayuntamiento para decir que París se había "liberado por sí solo, lo había liberado su gente… con el apoyo y la ayuda de toda Francia". Esto era una distorsión fabulosa de la realidad, pero también un intento de obviar las divisiones que escindían a la sociedad francesa y construir una narrativa común que pudiese contribuir a la unidad de la nación. En 1969 Marcel Ophüls presentó su impactante documental *Le chagrin et la pitié* [La tristeza y la piedad] en el que explora tanto la colaboración como la resistencia y la contribución del pueblo francés a la persecución e internamiento de los judíos franceses en los campos de exterminio. No se permitió a la televisión francesa que lo emitiera, y cuando el director general de la cadena apeló a De Gaulle, parece que el general respondió: "Francia no necesita verdades, necesita esperanza". La película se emitiría finalmente en 1981, tras la muerte de De Gaulle.

A menudo, el recuerdo de guerras pasadas se entremezcla con los debates sociales y políticos de la actualidad. Gran parte de la izquierda preferiría que no se hablase acerca de la guerra salvo para mostrar la locura y maldad del pasado. Los conservadores suelen desacreditar la enseñanza de la

historia, ya que a su entender esta se concentra demasiado en los errores pasados de su país y no lo suficiente en sus grandes triunfos. Como dijo Michael Gove cuando era secretario de Estado de Educación en Reino Unido, las escuelas británicas mostraban demasiado el lado "víbora negra" de la Primera Guerra Mundial y no hacían suficiente hincapié en que había sido una lucha buena y necesaria. Los museos suelen atraer bastantes críticas; aunque se creen como centros de educación e investigación, el público tiende a percibirlos como memoriales. Australia ha solucionado el problema mediante la fundación de un memorial de guerra que es a la vez un museo. En Washington, en los años noventa, el Instituto Smithsoniano se metió en problemas cuando presentó una exposición en la que se mostraba el Enola Gay, el avión que había lanzado la bomba atómica sobre Hiroshima. En ella los comisarios trataban de llamar la atención acerca de los costes humanos y los problemas morales que rodeaban el uso de la bomba. La muestra provocó un enorme escándalo en el que intervinieron conservadores, veteranos y fuerzas armadas y el Smithsoniano terminó cancelándola.

En los debates continuos entre los británicos acerca de si quedarse o marcharse de la Unión Europea, los partidarios del Brexit han usado muchas veces el ejemplo de Dunquerque. Nigel Farage, acérrimo partidario del Brexit, ha llegado incluso a decir que todo el mundo debería ver la película recientemente estrenada que lleva ese nombre. Según él y otros muchos, los británicos lucharon solos y resistieron para acabar triunfando. Esta versión del pasado ignora a su conveniencia que Reino Unido gozaba del apoyo de su imperio, que había muchas tropas de ultramar combatiendo tanto en Francia como en Oriente Medio, y que la Real Fuerza Aérea británica estaba llena de pilotos extranjeros. Más allá de eso, pasa por alto el papel crucial de la Unión Soviética y EEUU en la derrota de los alemanes. Los rusos hacen un uso parecido de Stalingrado, convirtiéndolo en un símbolo del carácter indoblegable de la nación rusa. Por su parte, el

presidente Trump trató de demostrar su compromiso y el de los republicanos para con las fuerzas armadas estadounidenses en las celebraciones del 4 de julio de 2019 mediante varias referencias a la guerra de Independencia, aunque el efecto quedó algo desvirtuado cuando se equivocó en cuanto a varios detalles clave.

Trump no es más que el último de una larga línea de líderes que recurren a guerras pasadas para conseguir apoyo político y promover una determinada imagen de su país. En los años previos a la Primera Guerra Mundial, una época floreciente para el nacionalismo, varios Gobiernos europeos conmemoraron triunfos pasados con motivo de sus aniversarios respectivos –Trafalgar en el caso de los británicos en 1905, Borodinó en el de los rusos en 1912, y Leipzig, en 1913, en el de los alemanes– con una serie de celebraciones, incluida una exhibición de unos 275.000 gimnastas. Hoy en día se está edificando una catedral a las afueras de Moscú cuya escalinata principal se construirá con equipo militar incautado por el Ejército Rojo a los alemanes en la Segunda Guerra Mundial. El ministro de Defensa, Serguéi Shoigú, ha declarado que la catedral tenía que servir a Dios y a la patria y que quería que "cada metro cuadrado" de ella estuviese lleno de simbolismo.

La guerra puede ser también, pese a todo, un vehículo de reconciliación. En Kobarid, Eslovenia, que antaño se llamó Caporetto y fue el lugar donde Italia sufrió su derrota más devastadora en la Primera Guerra Mundial, un museo sirve para conmemorar a todos los hombres que murieron allí. El Historial de la Grande Guerre de Péronne, en Francia, cerca del frente occidental, conmemora la batalla del Somme como una experiencia que compartieron británicos, franceses y alemanes. Como dice el estadounidense Jay Winter, uno de los tres expertos historiadores involucrados en el plan, "fue un proyecto transnacional desde el principio". Los objetos expuestos buscan expresar los puntos en común, no las diferencias, entre soldados y civiles de todos los bandos, y mostrar que, con

indiferencia de la trinchera en la que se encontrasen, los sufrimientos de todos eran similares.

A medida que la guerra viva otra revolución más durante el siglo XXI, seguiremos sondeando sus misterios. Nuestros artistas seguirán lidiando con su horror y su belleza, su bajeza y su esplendor, su aburrimiento y su emoción, su devastación y su creatividad. Y todos nos preguntaremos cuál es la mejor manera de conmemorar y recordar la guerra.

1 "*Where –O for pity!– we shall much disgrace / With four or five most vile and ragged foils, / Right ill-disposed in brawl ridiculous, / The name of Agincourt. Yet sit and see, / Minding true things by what their mockeries be…*".

2 "*He that outlives this day, and comes safe home, / Will stand a tip-toe when the day is named, / And rouse him at the name of Crispian. / … And Crispin Crispian shall ne'er go by, / From this day to the ending of the world, / But we in it shall be remember'd; / We few, we happy few, we band of brothers…*".

3 "*We love as one, we hate as one / We have one foe and one alone – / ENGLAND!*".

4 "*The foe trampled with his booted feet into my chamber! / That foe reached out his dirty hands towards me!… / That foe stripped me of my robe, clothed his wife in it, / That foe cut my string of gems, hung it on his child, / I was to tread the walks of his abode*".

5 "*Now you go down / To the House of Death, the dark depths of the earth, / and leave me here to waste away in grief, a widow / lost in the royal halls – and the boy only a baby, / the son we bore together, you and I so doomed*".

CONCLUSIÓN

> Aquellos que sabían de qué iba aquí la cosa tendrán que dejar su lugar a los que saben poco. Y menos que poco. E incluso prácticamente nada. En la hierba que cubra causas y consecuencias seguro que habrá alguien tumbado, con una espiga entre los dientes, mirando las nubes.[1]
>
> WISŁAWA SZYMBORSKA, "EL FIN Y EL PRINCIPIO"

Hace unos años, visité una pequeña localidad del sur de Francia, cerca de la frontera española. En el cementerio de la iglesia se inclinaban lápidas en muy mal estado sobre unos montículos cubiertos de maleza. Eran las tumbas de algunos soldados británicos que habían muerto cerca, en una de las batallas en las que Wellington perseguía a las fuerzas napoleónicas hacia el norte. Se trataba de un lugar muy tranquilo y resultaba fácil imaginar que en unos cuantos años las lápidas se acabarían hundiendo en la tierra y apenas quedaría rastro de las tumbas. Tal vez sea eso lo que deberíamos hacer con las guerras pasadas, dejarlas deslizarse en el olvido y permitir descansar por fin a las sombras de todos los que murieron en ellas. Tal vez sea un error conmemorar los aniversarios de las guerras, construir museos, recrear batallas o cuidar primorosamente de los cementerios y memoriales de guerra. ¿Nos arriesgamos a convertir la guerra en un lugar común, algo que forma parte de la naturaleza humana y una fuerza omnipresente en nuestras historias y sociedades?, ¿una herramienta que los Estados pueden y deben usar?, ¿algo de lo que estar orgullosos, incluso? Y, sobre todo, nuestro afán por estudiar o pensar en la guerra, ¿la hace más probable?

Las sociedades occidentales de nuestros días tienen una actitud curiosamente ambigua hacia la guerra. La conmemoramos y nos encantan los relatos, películas y juegos bélicos. No obstante, la mayoría de nosotros no querría participar en una. El alto precio de las dos guerras mundiales nos

hace recelar la posibilidad de volver a experimentar pérdidas semejantes nunca más. Lloramos a nuestros soldados caídos en conflictos en Afganistán o Irak, y hoy incluso unos cuantos cientos de muertos nos parecen demasiados, aunque antes aceptásemos muchos miles. El ejército y quienes lo dominan son muy conscientes de esto, e invierten en armas y otras medidas defensivas que minimizan en la medida de lo posible el peligro que corren nuestros combatientes. Alemania y Japón, países en los que el ejército llegó a ser muy dominante y a contagiar sus valores a la sociedad, ahora son apacibles y pacifistas. A excepción de un pequeño grupo de familias militares, apenas nadie considera que hacer carrera en el ejército sea algo deseable. Los estudiantes de las mejores universidades sueñan con trabajar en Wall Street, en la City de Londres o en los medios de comunicación, no con servir en ejércitos, marinas ni aviación. Es posible que no debamos preocuparnos por el peso del pasado, quizá hayamos superado la guerra. Nuestros líderes políticos podrían no sentirse en absoluto tentados de iniciar hostilidades de cualquier tipo al saber que no estaremos dispuestos a combatir o a apoyar una guerra.

Y aun así, Occidente no es más que parte, una menguante, del mundo, y sus premisas y valores no son necesariamente universales. Las posibles pérdidas no incomodaron a los líderes comunistas chinos cuando ordenaron ataques masivos de infantería en la guerra de Corea, ni a los norvietnamitas en su largo pulso contra los franceses y después los estadounidenses, ni tampoco a los ayatolás en la guerra entre Irán e Irak, cuando enviaron a sus tropas a cruzar los campos de minas iraquíes. Organizaciones como Al Qaeda o el ISIS, con sus redes internacionales de voluntarios fanáticos, no reparan en bajas, ni propias ni de civiles inocentes. Y mientras que Occidente ha disfrutado de una cierta paz, en el mundo se han dado entre ciento cincuenta y trescientos conflictos armados desde 1945. Algunos, como la guerra de Corea o la guerra entre Irán e Irak, se produjeron entre Estados, pero la mayoría de ellos se desarrollaron dentro de los propios

Estados, bien en forma de luchas por la independencia contra los gobernantes imperiales, como en Argelia e Indonesia, o bien de guerras civiles. A menudo se ha sumado alguna potencia externa, invocando los más altos principios y actuando más bien en su propio interés. A medida que las estructuras políticas, a menudo frágiles de por sí, se resquebrajan, la guerra se convierte en un juego cambiante en el que lo que se decide es la vida o la muerte y donde los jugadores son entes relativamente sofisticados como Estados o movimientos religiosos, o bandas criminales y mercenarios. Acabar con este tipo de guerras, como demostró la guerra de los Treinta Años en Europa en el siglo XVII y Afganistán y Somalia demuestran hoy en día, es una tarea larga e ingente. Los factores que producen la guerra –avaricia, miedo, ideología– seguirán existiendo entre nosotros como siempre. Los efectos del cambio climático, tales como la competencia por unos recursos cada vez más escasos y los movimientos de personas a gran escala, la polarización cada vez mayor de la sociedad y entre sociedades, el ascenso de los populismos nacionalistas intolerantes y la predisposición de algunos líderes mesiánicos y carismáticos a sacarles partido serán, como lo fueron en el pasado, leña para los conflictos.

Tratar de predecir las formas que la guerra adoptará en el futuro es como apostar en las carreras de caballos o adivinar el devenir de las nuevas tecnologías. Se pueden ponderar todos los factores aparentes, pero cualquier obstáculo o cambio repentino de dirección, cualquier error del jinete o de un director ejecutivo, fallo inesperado o reacción imprevista por parte del público o de los mercados puede producir resultados sorprendentes. Las predicciones de guerra del pasado ofrecen una rica y variada historia de errores humanos. Los estrategas militares pensaron que la Primera Guerra Mundial sería una guerra de movimiento y ofensivas, y que la Segunda Guerra Mundial sería más bien defensiva. En ambas guerras los expertos navales pensaron en grandes batallas decisivas que enfrentarían a las marinas, subestimando el papel de submarinos, torpedos y de las humildes

minas. “La empresa menos próspera de Washington DC” es como llamó recientemente el mayor general Bon Scales, excomandante del US Army War College a los intentos de determinar la naturaleza y carácter de las guerras del futuro. Y no por eso hemos dejado de intentarlo, ni deberíamos.

En el peor de los casos, resulta posible al menos identificar tendencias. En el futuro, al igual que en el presente, existirán guerras a dos niveles: uno en el que se emplearán fuerzas profesionales y alta tecnología, respaldadas por todo el poder de las economías avanzadas y las sociedades organizadas, y otro en el que se emplearán fuerzas vagamente organizadas y armas de bajo coste. Otra cosa segura es que estos dos niveles de guerra se solaparán. El presidente de EEUU, la mayor potencia militar del mundo con diferencia, puede amenazar con bombardear Afganistán hasta que no quede nadie con quien combatir en el país, o dar caza a los miembros del ISIS, y ni por esas podrá acabar con las amenazas que pesan sobre los ciudadanos estadounidenses. De la misma forma que los campos de batalla se expandieron en el siglo xx para incluir la retaguardia, hoy las distinciones entre frentes, al igual que la línea que separa la guerra y la paz, están desapareciendo. Los estadounidenses, al igual que gran parte del resto de nosotros, no tienen forma de saber si estarán seguros cuando viajan al extranjero. Los terroristas o Estados fallidos son capaces de abatir aviones, hacer saltar por los aires discotecas o pacíficas playas, o acribillar con metralletas autobuses repletos de turistas. Sus armas a menudo son sencillas; un terrorista suicida con un chaleco explosivo o un camión con el depósito lleno de combustible. Tampoco en casa estamos muy seguros de estar a salvo. El peligro puede venir, como en las guerras de antes, en forma de bomba, misil o bloqueo, pero hoy y en el futuro también vendrá de redes internacionales amorfas y cambiantes de guerreros autoproclamados. Contra un enemigo sin uniformes ni bases, cuyos miembros a menudo se reclutan por internet, de nada sirven los carísimos cazas, tanques ni portaviones.

Otro factor que compromete la seguridad y no deja de crecer ni de poner a prueba las capacidades del ejército es la guerra urbana. En el pasado, los ejércitos trataban de tomar las ciudades enemigas por su importancia estratégica, política y económica; hoy el enemigo muchas veces se encuentra ya dentro, en forma de bandas urbanas armadas que controlan barrios enteros. La población urbana irá aumentando cada vez más –según una estimativa, hacia 2050 dos tercios de la población mundial vivirá en ciudades– y el reto para la gobernanza y la ley y el orden elementales será enorme. En ciudades como Río de Janeiro, Ciudad de Guatemala, Daca y Kinsasa, los Gobiernos se ven ya obligados a usar fuerzas armadas para tratar, no siempre con éxito, de restablecer su autoridad, y los ejércitos de muchos países están invirtiendo enormes cantidades de tiempo y dinero en contrainsurgencia y guerra urbana.

Aun así, no deberíamos asumir que hayan dejado de ser posibles las guerras masivas entre Estados. Una de las muchas predicciones erróneas de los noventa fue que la era del Estado nación, con su identidad definida y un Gobierno central fuerte, estaba desapareciendo en un mundo progresivamente más internacionalizado en el que las fronteras tenían cada vez menos importancia. EEUU, China, India y Rusia no han desaparecido en lo que Trotski llamaba “el basurero de la historia”, y siguen gastando auténticas fortunas para mantener su capacidad bélica frente a enemigos igualmente preparados y armados. Sus presupuestos de defensa no dejan de aumentar: el gasto de China se ha multiplicado por ocho en los últimos dos decenios; EEUU asigna casi dos tercios de su presupuesto discrecional (esos fondos que no destina a pagar los intereses de la deuda nacional y derechos como la seguridad social) a la defensa. Su inversión es igual al de los otros ocho que más gastan juntos, pese a que con seis de ellos tiene una buena relación –Arabia Saudí, Francia, Reino Unido, Alemania, India y Japón– y solo China y Rusia, por el momento, podrían contemplarse como enemigos potenciales serios.

También estamos viviendo una época de cambio tecnológico muy rápido, algo que podría desestabilizar el orden internacional. Si bien a lo largo de la historia siempre ha resultado difícil distinguir entre lo verdaderamente nuevo y lo que solo lo es en apariencia, la guerra está haciéndose con nuevas herramientas y llegando a dimensiones inéditas, como ya sucedió en el pasado cuando invadió el cielo y el espacio submarino. Al igual que con la aparición de las armas de metal, el caballo o la pólvora, las potencias tendrán que adaptar su organización, estrategia y táctica, si no quieren quedar a la zaga. El consenso internacional en cuanto a que el espacio exterior no debería militarizarse va derrumbándose a medida que las potencias empiezan a estudiar armas espaciales o medidas contra los satélites de comunicación de las otras.

También se nos ha abierto la puerta hacia una dimensión completamente nueva y diferente para la guerra, el ciberespacio. A medida que el mundo, sus pueblos y sus objetos, desde frigoríficos hasta misiles balísticos intercontinentales, se va interconectando a través de internet, cada vez ofrece más posibilidades de invasión; en 2007 las páginas web de Estonia, incluidas la del Parlamento, los bancos y los ministerios del Gobierno se vieron invadidas por oleadas de mensajes falsos y un nuevo término, “denegación de servicio”, hizo su aparición en nuestro vocabulario. En 2010, el virus informático Stuxnet, proveniente de alguna fuente desconocida, inhabilitó gran parte del programa nuclear de Irán. En 2017, Corea del Norte sufrió una serie de errores al intentar probar sus misiles. Nadie se hizo responsable, pero al igual que con el virus Stuxnet, se sospecha que EEUU pudo tener algo que ver con ello. Y si la guerra consiste en parte en socavar la fe del pueblo enemigo en sus instituciones y líderes o en interferir en su política interna, entonces el ciberespacio también es un campo de batalla en activo.

Entretanto, en los campos de batalla de siempre aparecen armas nuevas y mejoradas que deben asimilarse y contrarrestarse. En un extremo se

encuentran los misiles hipersónicos, que vuelan a la misma velocidad que los misiles balísticos intercontinentales pero poseen un grado de precisión mucho mayor. En el otro, los dispositivos diminutos autopropulsados. El Ejército estadounidense ha adquirido drones Black Hornet, que pesan unos treinta y dos gramos, más o menos como una carta ordinaria, para que sus soldados puedan explorar y vigilar el terreno que los rodea. Y EEUU, China, Israel, Corea del Sur, Rusia y Reino Unido están desarrollando robots asesinos, o como el ejército prefiere llamarlos, armas autónomas letales. Estos podrán dirigirse por sí solos, como los coches sin conductor, y programarse para aprender y hacer nuevos ajustes sobre la marcha. Al igual que sucede con todos los sistemas informatizados nuevos, cabe esperar fallos. Los coches sin conductor sufren accidentes e incluso atropellan a gente; imaginemos lo que podría hacer un misil balístico intercontinental o un caza. Y los sistemas, como sabemos, pueden hackearse. ¿Y qué pasaría si, por un simple error humano, alguien suministrara un código o instrucciones erróneas? En teoría, los robots asesinos deberían responder al control humano, pero siempre cabe dudar de que realmente vayan a hacerlo. Además, y al igual que otras nuevas armas del pasado, esta tecnología plantea una serie de cuestiones morales. ¿Qué significa tener operadores sentados en una oficina en un extremo del mundo dirigiendo robots que matan o destruyen objetivos en el otro? ¿Estamos quienes vivimos en países en posesión de tecnologías tan avanzadas peligrosamente desconectados de la realidad de la guerra y demasiado inclinados a tratarla como un juego, sin consecuencias en carne y hueso? ¿Y qué sucedería si los seres humanos se vieran apartados completamente de la cadena de mando? Human Rights Watch y otros grupos ya están orquestando una campaña para detener los robots asesinos, pero el poco éxito de otras campañas semejantes para lograr sus objetivos no resulta alentador.

Además del gasto y el desarrollo de nuevas tecnologías y tácticas, está la planificación. Sí, el ejército debe planificar cualquier contingencia posible,

pero el peligro reside en que estos planes, concentrados en uno o más enemigos, pueden acabar condicionando el gasto y la reflexión futuros. En la época de la Primera Guerra Mundial, la Marina japonesa se concentraba en EEUU como su principal futuro enemigo, y la totalidad de sus políticas, incluida la de obligar a su Gobierno a hacerse con las islas alemanas del Pacífico, se dirigía a preparar esa eventualidad. Las acciones de Japón provocaron una respuesta por parte de EEUU, donde algunos estrategas ya identificaban a Japón como futuro enemigo, y los estadounidenses empezaron también a actuar a partir de suposiciones. La guerra se hizo más probable porque se contemplaba como una seria posibilidad. Hoy en día, tanto en Pekín como en Washington se planifica la posibilidad de una guerra con la otra potencia. Es posible que ninguna de las dos partes desee la guerra, pero no se excluye dicha posibilidad. Y, como sabemos por guerras anteriores, las carreras armamentísticas pueden elevar las tensiones a niveles peligrosos, o pueden ocasionar accidentes que obliguen a la gente a cruzar líneas que no era su intención cruzar.

De vuelta a nuestro pacífico cementerio en Francia, no podemos dejar que todo recuerdo de la guerra se desvanezca. Debemos prestarle atención porque es algo que sigue entre nosotros. Tenemos que conocer sus causas, sus efectos, saber cómo ponerle fin y cómo evitarla. Al entender la guerra entenderemos algo de la condición humana, nuestra capacidad de organizarnos, nuestros sentimientos e ideas, y nuestra capacidad para la crueldad y para el bien. Luchamos porque tenemos necesidades, porque queremos proteger lo que amamos o porque podemos imaginarnos creando mundos diferentes. Luchamos porque podemos. La prolongada imbricación de la guerra y la sociedad podría estar llegando a su fin, o debería estarlo, no porque nosotros hayamos cambiado, sino porque la tecnología ha cambiado. Con armas nuevas y terroríficas, la importancia cada vez mayor de la inteligencia artificial, las máquinas de matar automatizadas y la ciberguerra, nos enfrentamos a la posibilidad del fin mismo de la

humanidad. No es el momento de apartar la mirada de algo que puede parecernos abominable. Hoy, más que nunca, tenemos que pensar en la guerra.

1 "*Those who knew / what was going on here / must make way for / those who know little. / And less than little. / And finally as little as nothing. / In the grass that has overgrown / causes and effects, / someone must be stretched out / blade of grass in his mouth / gazing at the clouds*".

AGRADECIMIENTOS

He tenido este libro en mente durante muchos años. Cuando se enseña y se escribe historia moderna y relaciones internacionales, como es mi caso, resulta imposible escapar al profundo efecto que tiene la guerra en las vicisitudes humanas, y viceversa. Me acabé decidiendo a ponerme manos a la obra después de una reunión en julio de 2017 con Gwyneth Williams, que trabajaba en la Radio 4 de la BBC. Me había pedido que me pasara por los estudios para charlar y, para mi enorme sorpresa, me encontré con una invitación para impartir las Reith Lectures de 2018. Era un enorme honor, aunque también abrumador. En esas conferencias, y ahora también en este libro que continúa su labor, empiezo por plantear una pregunta: ¿están la guerra y la humanidad inextricablemente entrelazadas? Al tratar de darle respuesta y entender cómo y por qué luchamos los humanos, he acumulado muchas deudas. Tengo el gran privilegio de formar parte de dos universidades, la de Oxford y la de Toronto, donde he podido beneficiarme de las enseñanzas y la conversación de su profesorado y estudiantes, y que me han permitido usar sus extraordinarias bibliotecas.

Nunca podré agradecer lo suficiente a los expertos que saben mucho más de la guerra y la condición humana de lo que yo llegaré a saber, ni al público y los amigos que me hicieron sugerencias excelentes. Los historiadores de guerra han sido invariablemente generosos al acogerme en su campo. Max Hastings, Peter Wilson, Adrian Gregory, Hew Strachan y Roger Sarty me proporcionaron modelos de escritura histórica y consejos valiosísimos. También les debo mucho varios colegas de Oxford, entre ellos Paul Betts e Ivor Roberts. Hermione Lee me ayudó a dar forma al libro cuando me encontraba bloqueada. Anthony Bicknell tuvo la amabilidad de dejarme ver su tesis sobre las mujeres, y Chris Parry me ayudó a entender la

guerra naval. Peter Snow, antiguo corresponsal de guerra de la BBC, y afectísimo cuñado, y Dan Snow me dieron ideas y sugirieron lecturas. Stephen Sedley compartió conmigo su maravillosa colección de canciones de soldados de la Primera Guerra Mundial. Margaret Bruce, Margaret Bent y Katherine Lochnan me ayudaron a entender la relación entre la guerra y las artes. David Thomson tuvo la generosidad de darme acceso a su colección de fotografías de guerra en el Archive of Modern Conflict, y Ed Jones, Timothy Prus y Lizzie Powell fueron muy útiles allí. Tengo una particular deuda de gratitud con el gran historiador de guerra Michael Howard. Conocía y admiraba su trabajo antes de conocerle a él, y llegué a apreciar profundamente su sabiduría, amabilidad y amistad. Su muerte, a finales de 2019, supuso una gran pérdida. En la BBC tuve la suerte de contar con los excelentes consejos y ayuda de Gwyneth Williams, Jim Frank, Hugh Levinson y sus colegas. Tengo también la fortuna de que mis editores sean Andrew Franklin de Profile Books y sus maravillosos compañeros, Penny Daniel, Lesley Levene y Valentina Zanca, y, en Norteamérica, Kate Medina de Random House y Diane Turbide de Penguin y sus equipos impresionantes. Caroline Dawnay sigue siendo una agente y amiga sin igual, y ha sido un placer trabajar con sus colegas Sophie Card y Katherine Aitken. Tengo el privilegio de contar con una familia grande, generosa y amable. Se aseguraron de que siempre hubiera algunos de ellos en cada Reith Lecture y, como siempre han hecho, me dieron ánimos cuando me puse a investigar y escribir este libro. Quiero agradecer especialmente a mi hermana Ann MacMillan, mis hermanos Tom y David, mi cuñada Marie-Josée Larocque y mi sobrina Margot Finlay por leer partes del manuscrito y hacer comentarios muy constructivos. Quiero darles las gracias a todos muy sinceramente por ayudarme a producir las conferencias y el libro. Por supuesto, cualquier error o carencia es exclusivamente mío.

BIBLIOGRAFÍA

Se ha escrito mucho acerca de la guerra, y aquí solamente he consignado los libros y artículos que me parecieron especialmente útiles y que el lector podría disfrutar si desea profundizar en el tema. También he indicado los libros que utilicé en cada capítulo.

NO FICCIÓN

ARMITAGE, David (2017): *Civil Wars: A History in Ideas*, New Haven, Yale University Press.

– (2015): "Civil Wars, from Beginning… to End?", *American Historical Review*, vol. 120, n.º 5, diciembre, pp. 1.829-1.837.

BEARD, Mary (2015): *S.P.Q.R.: A History of Ancient Rome*, Londres, Profile Books.

BEEVOR, Antony (2013): *Berlin: The Downfall, 1945*, Londres, Penguin.

BELL, David A. (2007): *The First Total War: Napoleon's Europe and the Birth of Modern Warfare*, Londres, Bloomsbury.

BESSEL, Richard (2015): *On Violence: A Modern Obsession*, Londres, Simon & Schuster.

BEST, Geoffrey (1994): *War and Law since 1945*, Oxford, Clarendon Press.

BLANNING, Tim (2007): *The Pursuit of Glory: Europe, 1648-1815*, Londres, Allen Lane.

BOND, Brian (2014): *Britain's Two World Wars against Germany: Myth, Memory and the Distortions of Hindsight*, Cambridge, Cambridge University Press.

– (1984): *War and Society in Europe, 1870-1970*, Londres, Fontana Press.

– (1972): *The Victorian Army and the Staff College, 1854-1914*, Londres, Eyre Methuen.

BOURKE, Joanna (2000): *An Intimate History of Killing: Face-to-face Killing in Twentieth Century Warfare*, Londres, Granta Books.

BRAYBON, Gail y SUMMERFIELD, Penny (2013): *Out of the Cage: Women's Experiences in Two World Wars*, Londres, Routledge.

BREWER, John (1989): *The Sinews of Power: War, Money and the English State, 1688-1783*, Nueva York, Alfred A. Knopf.

BRODIE, Bernard y FAWN, M. (1973): *From Crossbow to H-Bomb*, Bloomington, Indiana University Press.

BROWNING, Peter (2002): *The Changing Nature of Warfare: The Development of Land Warfare from 1792 to 1945*, Cambridge, Cambridge University Press.

CAPUTO, Philip (2017): "Putting the Sword to Pen", en *South Central Review*, vol. 34, n.º 2, pp. 15-25.

CATTON, Bruce y MCPHERSON, James M. (2016): *American Heritage History of the Civil War*, Rockville, Maryland, American Heritage Publishing.

CHICKERING, Roger, SHOWALTER, Dennis y VAN DE VEN, Hans (eds.) (2012): *The Cambridge History of War. Volume IV: War and the Modern World, 1850-2005*, Cambridge, Cambridge

University Press.
COATES, A. J. (2007): *The Ethics of War*, Mánchester y Nueva York York, Manchester University Press.
COLLINGHAM, Lizzie (2011): *The Taste of War: World War II and the Battle for Food*, Londres, Penguin.
COSTELLO, John (1985): *Love, Sex and War: Changing Values, 1939-45*, Londres, Collins [Edición estadounidense: (1985): *Virtue Under Fire: How World War II Changed Our Social and Sexual Attitudes*, Boston, Little Brown].
COX, Mary Elisabeth (2019): *Hunger in War & Peace: Women & Children in Germany, 1914-1924*, Oxford, Oxford University Press.
DANCHEV, Alex (2011): *On Art and War and Terror*, Edimburgo, Edinburgh University Press.
DASH, Mike (2011): "Dahomey's Women Warriors", en *Smithsonianmag.com*, 23 de septiembre. Disponible en https://www.smithsonianmag.com/history/dahomeys-women-warriors-88286072/ [consultado el 20/04/21].
DIAMOND, Jared (1977): *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*, Nueva York, W. W. Norton & Company.
ECHEVARRIA II, Antulio J. (2007): *Imagining Future War: The West's Technological Revolution and Visions of Wars to Come, 1880-1914*, Westport, Praeger Security International.
EDGERTON, David (2012): *Britain's War Machine: Weapons, Resources and Experts in the Second World War*, Londres, Penguin.
ELSHTAIN, Jean Bethke (1995): *Women and War*, Chicago, University of Chicago Press.
Emerging Technology from the arXiv (2019): "Data Mining Adds Evidence That War is Baked into the Structure of Society", *MIT Technology Review*, 4 de enero.
ENGLISH, Richard (2013): *Modern War: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press.
FALL, Bernard B. (1967): *Hell in a Very Small Place: The Siege of Dien Bien Phu*, Londres, Pall Mall Press.
FERGUSON, Niall (2001): *The Cash Nexus: Money and Power in the Modern World, 1700-2000*, Nueva York, Basic Books.
FINKELMAN, Paul (2013): "Francis Lieber and the Law of War", en *The New York Times*, 2 de marzo. Disponible en https://opinionator.blogs.nytimes.com/2013/03/02/francis-lieber-and-the-law-of-war/ [consultado el 20/04/21].
FREEDMAN, Lawrence (2017): *The Future of War: A History*, Nueva York, Public Affairs.
– (ed.) (1994): *War*, Oxford, Oxford University Press.
FREVERT, Ute (2011): *Emotions in History: Lost and Found*, Nueva York, Central European University Press.
GABRIEL, Richard (2016): *Between Flesh and Steel: A History of Military Medicine from the Middle Ages to the War in Afghanistan*, Washington DC, Potomac Books.
GAT, Azar (2006): *War in Human Civilization*, Oxford, Oxford University Press.
GOLDSTEIN, Andrea N. (2018): "'Why are you trying to destroy the last good thing men have?'. Understanding Resistance to Women in Combat Jobs", en *International Feminist Journal of*

Politics, vol. 20, n.º 3, abril, pp. 385-404.
GOLDSTEIN, Joshua S. (2001): *War and Gender: How Gender Shapes the War System and Vice Versa*, Cambridge, Cambridge University Press.
GOLDSWORTHY, Adrian (2016): *Pax Romana: War, Peace and Conquest in the Roman World*, New Haven y Londres, Yale University Press.
HALE, John Rigby (1990): *Artists and Warfare in the Renaissance*, New Haven, Yale University Press.
– (1985): *War and Society in Renaissance Europe, 1450-1620*, Londres, Fontana Press.
HASTINGS, Max (2018):"Wrath of the Centurions", en *London Review of Books*, vol. 40, n.º 2, 25 de enero.
– (2005): *Warriors: Extraordinary Tales from the Battlefield*, Londres, HarperCollins.
– (1999): *Overlord: D-Day and the Battle for Normandy, 1944*, Londres, Pan.
HERWIG, Holger, *et al.* (2003): *Cassell's World History of Warfare*, Londres, Cassell Military.
HERZOG, Dagmar (ed.) (2009): *Brutality and Desire: War and Sexuality in Europe's Twentieth Century*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
HEUSER, Beatrice (2010): *The Evolution of Strategy: Thinking War from Antiquity to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press.
HOBBES, Thomas (2012): *Leviathan*, Oxford, Oxford University Press.
HORNE, John y KRAMER, Alan (2001): *German Atrocities, 1914: A History of Denial*, New Haven, Yale University Press.
HOWARD, Michael (2009): *War in European History*, Oxford, Oxford University Press.
– (2002): *The Invention of Peace and the Reinvention of War*, Londres, Profile Books.
– (1984): *The Causes of War and Other Essays*, Londres, Unwin Paperbacks.
– (1981): *The Franco-Prussian War: The German Invasion of France, 1870-1871*, Londres, Methuen.
– (ed.) (1979): *Restraints on War*, Oxford, Oxford University Press.
– (ed.) (1965): *The Theory and Practice of War: Essays Presented to Captain B. H. Liddell Hart*, Londres, Cassell.
HULL, Isabel V. (2014): *A Scrap of Paper: Breaking and Making International Law during the Great War*, Ithaca, Cornell University Press.
HYNES, Samuel (1997): *The Soldiers' Tale: Bearing Witness to Modern War*, Londres, Allen Lane.
JACKSON, Julian (2001): *France: The Dark Years, 1940-1944*, Oxford, Oxford University Press.
JORDAN, David, *et al.* (2016): *Understanding Modern Warfare*, Cambridge, Cambridge University Press.
KAGAN, Donald (2003): *The Peloponnesian War*, Nueva York, Viking.
– (1995): *On the Origins of War and the Preservation of Peace*, Nueva York, Doubleday.
KEEGAN, John (2013): *El rostro de la batalla*, Madrid, Turner.
KELLO, Lucas (2017): *The Virtual Weapon and International Order*, New Haven y Londres, Yale University Press.
KENNEDY, David (2006): *Of War and Law*, Princeton, Princeton University Press.
KIERMAN Jr., Frank A. y FAIRBANK, John K. (eds.) (1974): *Chinese Ways in Warfare*, Cambridge

y Massachusetts, Harvard University Press.
KNOX, MacGregor y MURRAY, Williamson (eds.) (2001): *The Dynamics of Military Revolution, 1300-2050*, Cambridge, Cambridge University Press.
KRAMER, Alan (2007): *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, Oxford University Press.
LEBLANC, Steven (2003): *Constant Battles: The Myth of the Peaceful Noble Savage*, Nueva York, St Martin's Press.
LEE, Steven P. (2012): *Ethics and War: An Introduction*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.
LEE, Wayne (2016): *Waging War: Conflict, Culture, and Innovation in World History*, Oxford, Oxford University Press.
LEONHARD, Jörg (2018): *Pandora's Box: A History of the First World War*, Patrick Camiller (trad.), Cambridge y Massachusetts, The Belknap Press of Harvard University Press.
LEVY, Jack S. y THOMPSON, William R. (2011): *The Arc of War: Origins, Escalation, and Transformation*, Chicago, University of Chicago Press.
LOWE, Keith (2017): *The Fear and the Freedom: How the Second World War Changed Us*, Londres, Viking.
LYNN, John A. (2008): *Battle: A History of Combat and Culture*, Nueva York, Basic Books.
MAALOUF, Amin (1984): *The Crusades Through Arab Eyes*, Nueva York, Schocken Books.
MCNEILL, William H. (1995): *Keeping Together in Time: Dance and Drill in Human History*, Cambridge y Massachusetts, Harvard University Press.
MCPHERSON, James M. (2002): *Crossroads of Freedom: Antietam*, Oxford, Oxford University Press.
MALEŠEVIĆ, Siniša (2010): *The Sociology of War and Violence*, Cambridge, Cambridge University Press.
MATTHEWS, Jessica T. (2019): "America's Indefensible Defense Budget", en *The New York Review of Books*, vol. 66, n.º 12, 18 de julio.
MAYOR, Adrienne (2014): *The Amazons: Lives & Legends of Warrior Women across the Ancient World*, Princeton, Princeton University Press.
MAZOWER, Mark (2013): *Governing the World: The History of an Idea, 1815 to the Present*, Londres, Penguin.
MOORE, Aaron William (2013): *Writing War: Soldiers Record the Japanese Empire*, Cambridge y Massachusetts, Harvard University Press.
MORRIS, Ian (2014): *War! What is It Good For? Conflict and the Progress of Civilization from Primates to Robots*, Londres, Profile Books.
MURRAY, Williamson; KNOX, MacGregor y BERNSTEIN, Alvin (eds.) (1994): *The Making of Strategy: Rulers, States, and War*, Cambridge, Cambridge University Press.
NOLAN, Cathal J. (2017): *The Allure of Battle: A History of How Wars Have Been Won and Lost*, Oxford, Oxford University Press.
PARET, Peter (ed.) (1986): *Makers of Modern Strategy: From Machiavelli to the Nuclear Age*, Princeton, Princeton University Press.

PARKER, Geoffrey (ed.) (2005): *The Cambridge History of Warfare*, Cambridge, Cambridge University Press.

PIKETTY, Thomas (2014): *Capital in the Twenty-First Century*, Arthur Goldhammer (trad.), Cambridge y Massachusetts, The Belknap Press of Harvard University Press.

PINKER, Steven (2020): *The Better Angels of Our Nature: The Decline of Violence in History and Its Causes*, Londres, Allen Lane.

RABB, Theodore K. (2011): *The Artist and the Warrior: Military History through the Eyes of the Masters*, New Haven, Yale University Press.

RHEA, Harry M. (2014): "The Commission on the Responsibility of the Authors of the War and on Enforcement of Penalties and Its Contribution to International Criminal Justice after World War II", en *Criminal Law Forum*, vol. 25, n.º 1-2, junio, pp. 147-169.

RICKS, Thomas E. (2006): *Fiasco: The American Military Adventure in Iraq*, Nueva York, Penguin.

RING, Jim (2018): *How the Navy Won the War: The Real Instrument of Victory, 1914-1918*, Barnsley, Seaforth Publishing.

ROLAND, Alex (2016): *War and Technology: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press.

ROSHWALD, Aviel y STITES, Richard (eds.) (2002): *European Culture in the Great War: The Arts, Entertainment, and Propaganda, 1914-1918*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.

ROTHENBERG, Gunther (1980): *The Art of Warfare in the Age of Napoleon*, Bloomington, Indiana University Press.

ROUSSEAU, Jean-Jacques (2012): *The Major Political Writings of Jean-Jacques Rousseau: The Two Discourses and The Social Contract*, John T. Scott (trad. y ed.), Chicago y Londres, University of Chicago Press.

SCHEIDEL, Walter (2017): *The Great Leveler: Violence and the History of Inequality from the Stone Age to the Twenty-First Century*, Princeton, Princeton University Press.

SHEFFIELD, G. D. (ed.) (2010): *War Studies Reader: From the Seventeenth Century to the Present Day and Beyond*, Londres, Bloomsbury.

SHEEHAN, James J. (2008): *Where Have All the Soldiers Gone? The Transformation of Modern Europe*, Boston, Houghton Mifflin.

SIDEBOTTOM, Harry (2004): *Ancient Warfare: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press.

SORABJI, Richard (ed.) (2006): *The Ethics of War: Shared Problems in Different Traditions*, Aldershot, Ashgate.

SPIERS, Edward M. (1980): *The Army and Society, 1815-1914*, Londres, Longman.

STARGARDT, Nicholas (2015): *The German War: A Nation Under Arms, 1939-1945*, Londres, The Bodley Head.

STEVENSON, David (2011): *With Our Backs to the Wall: Victory and Defeat in 1918*, Cambridge, Massachusetts, The Belknap Press of Harvard University Press.

STRACHAN, Hew (1983): *European Armies and the Conduct of War*, Londres, George Allen & Unwin.

STRACHAN, Hew y Scheipers, Sibylle (eds.) (2011): *The Changing Character of War*, Oxford, Oxford University Press.
SUMMERS, Harry (1981): *On Strategy: The Vietnam War in Context*, Carlisle Barracks, Strategic Studies Institute, US Army War College.
TIERNEY, Dominic (2014): "Mastering the Endgame of War", en *Survival*, vol. 56, n.º 5, octubre-noviembre, pp. 69-94.
TILLY, Charles (ed.) (1975): *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press.
TODMAN, Dan (2005): *The Great War: Myth and Memory*, Londres, Continuum.
TOWNSHEND, Charles (ed.) (2005): *The Oxford History of Modern War*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press.
TUCÍDIDES (1990): *Historia de la guerra del Peloponeso*, Juan José Torres (trad.), Madrid, Gredos.
TYERMAN, Christopher (2006): *The Crusades: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press.
VAN CREVELD, Martin (2004): *Supplying War: Logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge, Cambridge University Press [2.ª edición].
VERHEY, Jeffrey (2000): *The Spirit of 1914*, Cambridge, Cambridge University Press.
WALZER, Michael (2015): *Just and Unjust Wars: A Moral Argument with Historical Illustrations*, Nueva York, Basic Books.
WEINBERG, Gerhard (2005): *A World at Arms: A Global History of World War II*, Nueva York, Cambridge University Press.
WILSON, Peter (2009): *Europe's Tragedy: A History of the Thirty Years War*, Londres, Allen Lane.
WINTER, Jay (ed.) (2017): *War Beyond Words: Languages of Remembrance from the Great War to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press.
– (2016): *The Cambridge History of the First World War*, 3 volúmenes, Cambridge, Cambridge University Press.
WINTRINGHAM, Tom y BLASHFORD-SNELL, John (1973): *Weapons and Tactics*, Londres, Penguin.
WRANGHAM, Richard (2019): *The Goodness Paradox: The Strange Relationship Between Virtue and Violence in Human Evolution*, Nueva York, Pantheon Books.

MEMORIAS Y DIARIOS

ALEXIÉVICH, Svetlana (2005): *La guerra no tiene rostro de mujer*, Yulia Dobrovolskaia y Zahara García González (trads.), Barcelona, Debate.
ANÓNIMA (2006): *Una mujer en Berlín*, Jorge Seca (trad.), Barcelona, Anagrama.
BRITTAIN, Vera (2014): *Testament of Youth: An Autobiographical Study of the Years 1900-1925*, Londres, Virago.
CAPUTO, Philip (1978): *A Rumor of War*, Nueva York, Ballantine Books.
DOUGLAS, Keith (1966): *Alamein to Zem Zem*, Londres, Faber & Faber.
FRASER, George MacDonald (1993): *Quartered Safe Out Here: A Recollection of the War in*

Burma, Londres, Harvill.
GOODALL, Jane (1999): *Reason for Hope: A Spiritual Journey*, Nueva York, Warner Books.
GORDON, Huntly (2015): *The Unreturning Army: A Field Gunner in Flanders, 1917-1918*, Londres, Bantam.
GRAVES, Robert (1960): *Goodbye to All That*, Harmondsworth, Penguin.
GRENFELL, Julian (2004): *Soldier & Poet: Letters and Diaries, 1910-1915*, Kate Thompson (ed.), Hertford, Hertfordshire Record Society.
HERR, Michael (1978): *Dispatches*, Nueva York, Avon.
HOWARD, Michael (2006): *Captain Professor: The Memoirs of Sir Michael Howard*, Londres y Nueva York, Continuum.
JÜNGER, Ernst (1998): *Tempestades de acero*, Andrés Sánchez Pascual (trad.), Barcelona, Tusquets Editores.
KLEMPERER, Victor (2001): *I Will Bear Witness, 1942-1945: A Diary of the Nazi Years*, Martin Chalmers (trad.), Nueva York, The Modern Library.
– (1999): *I Will Bear Witness: A Diary of the Nazi Years, 1933-1941*, Martin Chalmers (trad.), Nueva York, The Modern Library.
LAST, Nella (2006): *Nella Last's War: The Second World War Diaries of Housewife, 49*, Londres, Profile Books.
LUSSU, Emilio (2010): *Un año en el altiplano*, Carlos Manzano (trad.), Barcelona, Libros del Asteroide.
MAKDISI, Jean Said (1990): *Beirut Fragments: A War Memoir*, Nueva York, Persea Books.
PARRY, Chris (2012): *Down South: A Falklands War Diary*, Londres, Viking.
REITH, John (2016): *Wearing Spurs*, Londres, Hutchinson.
RICHARDS, Frank (1964): *Old Soldiers Never Die*, Londres, Faber & Faber.
RITCHIE, Charles (1974): *Siren Years: Undiplomatic Diaries, 1937-1945*, Londres, Macmillan.
SASSOON, Siegfried (1965): *Memoirs of an Infantry Officer*, Londres, Faber & Faber.
TWAIN, Mark (2007): "The Private History of a Campaign That Failed", en David RACHELS (ed.), *Mark Twain's Civil War*, Lexington, University Press of Kentucky.
VON KROCKOW, Christian (1993): *Hour of the Women*, Krishna Winston (trad.), Boston, Faber & Faber.
YEATES, V. M. (1985): *Winged Victory*, Londres, Buchan & Enright.

FICCIÓN

GILLOUX, Louis (2017): *Blood Dark*, Laura Morris (trad.), Nueva York, The New York Review of Books.
GROSSMAN, Vasily (2006): *Life and Fate*, Robert Chandler (trad.), Londres, Vintage Books.
HELLER, Joseph (2011): *Catch-22*, Nueva York, Simon & Schuster Paperbacks.
KIPLING, Rudyard (1896): *Soldier Stories*, Nueva York, The Macmillan Company.
MANNING, Frederic (2014): *The Middle Parts of Fortune: Somme and Ancre, 1916*, Londres, Penguin Classics.

MARCH, William (2017): *Company K*, Londres, Apollo.
NINH, Bao (1994): *The Sorrow of War: A Novel*, Phan Thanh Hao (trad.), Londres, Minerva.
O'BRIEN, Tim (1993): *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*, Elvio E. Gandolfo (trad.), Barcelona, Anagrama.
REMARQUE, Erich Maria (1995): *All Quiet on the Western Front*, A. W. Wheen (trad.), Londres y Nueva York, Little Brown & Company.
TOLSTÓI, León (2015): *Guerra y paz*, Gala Arias Rubio (trad.), Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial España.

OTROS

CICERÓN (2014): *Los deberes*, Ignacio J. García Pinilla (trad.), Madrid, Gredos.
HOMERO (2003): *Ilíada*, Agustín García Calvo (trad.), Zamora, Editorial Lucina.
STALLWORTHY, Jon (ed.) (2015): *The New Oxford Book of War Poetry*, Oxford, Oxford University Press.
SHAKESPEARE, William (2016): *Dramas históricos (Obra completa Shakespeare 3)*, Elvio E. Gandolfo (trad.), Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial España.
– (2001): *Enrique VI. Tercera parte*, Roberto Apratto (trad.), Buenos Aires, Grupo Norma Editorial.
– (1918): *Enrique IV*, Miguel Cané (trad.), Buenos Aires, Casa Vaccaro.
SZYMBORSKA, Wisława (1997): *El gran número. Fin y principio y otros poemas*, Abel Murcia (trad.), Madrid, Ediciones Hiperión.
VIRGILIO (2014): *Eneida*, Javier de Echave-Sustaeta (trad.), Barcelona, Gredos.

PÁGINAS WEB

Uppsala Conflict Data Program. Disponible en https://www.pcr.uu.se/research/ucdp/ [consultado el 26/04/21].
War on the Rocks. Disponible en https://warontherocks.com/ [consultado el 26/04/21].

I

HUMANIDAD, SOCIEDAD Y GUERRA

Beard, *S.P.Q.R.*
Bell, *The First Total War*.
Brewer, *The Sinews of Power*.
Emerging Technology from the arXiv, "Data Mining Adds Evidence That War is Baked into the Structure of Society".
Ferguson, *The Cash Nexus*.
Gabriel, *Between Flesh and Steel*.
Goldstein, J., *War and Gender*.
Goldsworthy, *Pax Romana*.
Goodall, *Reason for Hope*.

Hobbes, *Leviathan*, cap. 13.
Kagan, *On the Origins of War and the Preservation of Peace*.
Kierman y Fairbank (eds.), *Chinese Ways in Warfare*.
LeBlanc, *Constant Battles*.
Morris, *War!*
Nolan, *The Allure of Battle*.
Parker (ed.), *The Cambridge History of Warfare*.
Piketty, *Capital in the Twenty-First Century*.
Pinker, *The Better Angels of Our Nature*.
Rousseau, *The Major Political Writings of Jean-Jacques Rousseau*.
Scheidel, *The Great Leveler*.
Sidebottom, *Ancient Warfare*.
Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso.*
Uppsala Conflict Date Program.
Virgilio, *Eneida*.
Wrangham, *The Goodness Paradox.*

II

RAZONES PARA LA GUERRA

Armitage, *Civil Wars*.
– "Civil Wars, From Beginning… to End?".
Bell, *The First Total War*.
Bernstein, "The Strategy of a Warrior-State: Rome and the Wars against Carthage, 264-201 B. C.", en Murray, Knox y Bernstein, *The Making of Strategy*.
Costello, *Virtue Under Fire*.
Frevert, *Emotions in History*.
Goldstein, J., *War and Gender*.
Kagan, *On the Origins of War and the Preservation of Peace*.
– "Athenian Strategy in the Peloponnesian War", en Murray, Knox y Bernstein, *The Making of Strategy*.
Lee, W., *Waging War*.
Lynn, "A Quest for Glory: The Formation of Strategy under Louis XIV, 1661-1715", en Murray, Knox y Bernstein, *The Making of Strategy*.
Parker (ed.), *The Cambridge History of Warfare*.
Ricks, *Fiasco*.
Roland, *War and Technology*.
Tierney, "Mastering the Endgame of War".
Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*.
Tyerman, *The Crusades*.
Wintringham y Blashford-Snell, *Weapons and Tactics*.

Brodie, *From Crossbow to H-Bomb*.
Diamond, *Guns, Germs, and Steel*.
Heuser, *The Evolution of Strategy*.
Howard, *War in European History*.
Kagan, *On the Origins of War and the Preservation of Peace*.
Lee, W., *Waging War*.
Lynn, *Battle*.
— "Forging the Western Army in Seventeenth-Century France", en Knox y Murray (eds.), *The Dynamics of Military Revolution*.
Morris, *War!*
Murray, "On Strategy", en Murray, Knox y Bernstein (eds.), *The Making of Strategy*.
Parker (ed.), *The Cambridge History of Warfare*.
Ranft, "Restraints on War at Sea before 1945", en Howard (ed.), *Restraints on War*.
Roland, *War and Technology*.
Sidebottom, *Ancient Warfare*.
Wintringham y Blashford-Snell, *Weapons and Tactics*.

IV

GUERRA MODERNA

Bell, *The First Total War*.
Bessel, *On Violence*.
Bond, *The Victorian Army and the Staff College*.
Browning, *The Changing Nature of Warfare*.
Collingham, *The Taste of War*.
Elshtain, *Women and War*.
Goldstein, J., *War and Gender*.
Howard, *War in European History*.
– *The Franco-Prussian War*.
– (ed.), *The Theory and Practice of War*.
Lynn, "Forging the Western Army in Seventeenth-Century France", en Knox y Murray (eds.), *The Dynamics of Military Revolution*.
Knox y Murray (eds.), *The Dynamics of Military Revolution*.
Pinker, *The Better Angels of Our Nature*.
Scheidel, *The Great Leveler*.
Sheehan, *Where Have All the Soldiers Gone?*
Spiers, *The Army and Society.*
Summers, *On Strategy.*
Townshend (ed.), *The Oxford History of Modern War.*
Van Creveld, *Supplying War.*
Verhey, *The Spirit of 1914.*

V

LA FORJA DEL GUERRERO

Alexiévich, *La guerra no tiene rostro de mujer*.
Dash, "Dahomey's Women Warriors".
Elshtain, *Women and War*.
Goldstein, A., '"Why are you trying to destroy the last good thing men have?"'.
Goldstein, J., *War and Gender*.
Gordon, *The Unreturning Army*.
Hale, *War and Society in Renaissance Europe*.
Hastings, "Wrath of the Centurions".
Homero, *Ilíada.*
Hynes, *The Soldiers' Tale*.
Jackson, *France*.
McNeill, *Keeping Together in Time*.

McPherson, *Crossroads of Freedom*.
Mayor, *The Amazons*.
Moore, *Writing War*.
Shakespeare, *Enrique VI. Tercera parte*.
– *Enrique IV.*
Sidebottom, *Ancient Warfare*.

VI

EL COMBATE

Alexiévich, *La guerra no tiene rostro de mujer*.
Anónima, *Una mujer en Berlín*.
Beaupré, Nicholas, "Soldier-writers and Poets", en Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War*, Vol. III, Civil Society.
Bourke, *An Intimate History of Killing*.
Costello, *Love, Sex and War*.
Fall, *Hell in a Very Small Place*.
Fraser, *Quartered Safe Out Here.*
Grenfell, *Soldier & Poet.*
Homero, *Ilíada.*
Jünger, *Tempestades de acero*.
Lowe, *The Fear and the Freedom*.
Lussu, *Un año en el altiplano*.
Manning, *The Middle Parts of Fortune.*
Moore, *Writing War*.
O'Brien, *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*.
Parry, *Down South.*
Reith, *Wearing Spurs.*
Richards, *Old Soldiers Never Die.*
Ritchie, *Siren Years.*
Shakespeare, *Dramas históricos (Obra completa Shakespeare 3)*.
Virgilio, *Eneida.*
Yeates, *Winged Victory.*

VII

CIVILES

Anónima, *Una mujer en Berlín*.
Beevor, *Berlin*.
Bessel, *On Violence*.
Bond, *Britain's Two World Wars against Germany*.
Braybon y Summerfield, *Out of the Cage*.
Cox, *Hunger in War and Peace*.
Downs, Laura Lee, "War Work", en Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War*, Vol. III, Civil Society.
Horne y Kramer, *German Atrocities, 1914*.
Iacobelli, "The 'Sum of Such Actions': Investigating Mass Rape in Bosnia-Herzegovina through a Case Study of Foca", en Herzog (ed.), *Brutality and Desire*.
Klemperer, *I Will Bear Witness.*
Last, *Nella Last's War.*
Makdisi, *Beirut Fragments.*
Stargardt, *The German War.*
Von Krockow, *Hour of the Women*.
Walters, "General William T. Sherman and Total War", en Sheffield (ed.), *War Studies Reader.*

VIII

CONTROLAR LO INCONTROLABLE

Best, *War and Law Since 1945*.
— "Restraints on War by Land before 1945", en Howard (ed.), *Restraints on War*.
Cicerón, *Los deberes*.
Coates, *The Ethics of War*.
Finkelman, "Francis Lieber and the Law of War".
Howard (ed.), *Restraints on War*.
Kennedy, *Of War and Law*.
Lee, S., *Ethics and War*.
Mazower, *Governing the World*.
Quataert, "War-Making and the Restraint by Law: The Formative Years, 1864-1914", en Chickering, Showalter and Van de Ven (eds.), *The Cambridge History of War*.
Ranft, "Restraints on War at Sea before 1945", en Howard (ed.), *Restraints on War*.
Rhea, "The Commission on the Responsibility of the Authors of the War and on Enforcement of Penalties and Its Contribution to International Criminal Justice after World War II".
Roberts, Adam, "Against War", en Townshend (ed.), *The Oxford History of Modern War.*
Sorabji (ed.), *The Ethics of War.*

Tolstoi, *Guerra y paz*.
Tyerman, *The Crusades.*
Walzer, *Just and Unjust Wars.*

IX

LA GUERRA EN NUESTRO IMAGINARIO Y EN NUESTRA MEMORIA

Beaupré, "Soldier-writers and Poets", en Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War*, Vol. III, Civil Society.
Becker, "Art", en ibíd.
Caputo, "Putting the Sword to Pen".
Danchev, *On Art and War and Terror*.
Jelavich, "German Culture in the Great War", en Roshwald y Stites (eds.), *European Culture in the Great War*.
Leonhard, *Pandora's Box*.
McNeill, *Keeping Together in Time*.
Ninh, *The Sorrow of War.*
O'Brien, *Las cosas que llevaban los hombres que lucharon*.
Scates y Wheatley, "War memorials", en Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War*, Vol. III, Civil Society.
Winter, *War Beyond Words.*

CONCLUSIÓN

Echevarria II, *Imagining Future War*.
Freedman, *The Future of War*.
Jordan *et al.*, *Understanding Modern Warfare*.
Kello, *The Virtual Weapon and International Order*.
Matthews, "America's Indefensible Defense Budget".
Szymborska, *El gran número*.

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

1. Vladímir Ilich Lenin llega a la Estación Helsinki en San Petersburgo, en abril de 1917. Imagen © Universal History Archive/UIG/Bridgeman Images
2. Líneas de suministro en el lago Ladoga durante el asedio de Leningrado, invierno de 1942. Imagen © Mary Evans Picture Library/ALEXANDER MELEDIN
3. La batalla de Antietam en 1862, por Alexander Gardner. Imagen © Granger/Bridgeman Images
4. y 5. Luchas de una casa a otra en el Madrid de 1936, por Gerda Taro. Imágenes © Gerda Taro © International Center of Photography/Magnum Photos
6. Una trabajadora en Gran Bretaña rellenando un proyectil durante la Primera Guerra Mundial. Imagen © Museum of New Zealand Te Papa Tongarewa/cortesía del Imperial War Museum
7. Mujeres soviéticas, pilotos del 588.º Regimiento de Bombardeo Nocturno. Imagen © akg-images/UIG/Sovfoto
8. Un Vickers Vernon, de la Real Fuerza Armada Británica. Imagen © Imperial War Museum
9. Mujeres atravesando un barrio destrozado por los ataques aéreos en Idlib, Siria. Imagen © Felipe Dana/AP/Shutterstock
10. La primera explosión satisfactoria de una bomba atómica en Alamogordo, Nuevo México, julio de 1945. Imagen © J. T. Vintage/Bridgeman Images
11. La protesta de las mujeres, Greenham Common, Reino Unido, 1982. Imagen © Mirrorpix vía Getty Images
12. Soldados norvietnamitas caminando entre el equipo militar americano abandonado. Imagen © Archive of Modern Conflict
13. Un soldado austriaco en el frente italiano durante la Primera Guerra Mundial. Imagen © Archive of Modern Conflict
14. Marines americanos luchando en 1950, en los comienzos de la guerra de Corea. Imagen © David Douglas Duncan, Harry Ransom Center, Universidad de Texas
15. Una escena de *Apocalypse Now* que muestra helicóperos Huey blindados atacando objetivos terrestres. Imagen © CBS Photo Archive vía Getty Images
16. La policía militar del Ejército estadounidense escolta a un prisionero talibán hasta la base naval de Camp X-Ray en Guantánamo, Cuba, 2002. Imagen © Shane Mccoy/Mai/The LIFE Images Collection vía Getty Images
17. El desfile militar del Día Nacional en China. Imagen © Sovfoto/Universal Images Group vía Getty Images
18. Arte romano: un sarcófago Ludovisi con la escena de una batalla del siglo III d. C. Imagen © Luisa Ricciarini/Bridgeman Images
19. Una página de la historia de la vida de Nurhaci (siglo XVIII), fundador de la dinastía Qing. Imagen © British Library Board. Todos los derechos reservados/Bridgeman Images
20. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de Alberto Durero, 1498 (grabado sobre madera). Imagen ©

Bridgeman Images

21. *Napoleón atravesando los Alpes*, por Jacques Louis David. Imagen © Bridgeman Images
22. *La batalla de San Romano*, por Paolo Uccello. Imagen © Luisa Ricciarini/Bridgeman Images
23. *Y son fieras*, de "Los desastres de la guerra" de Francisco Goya (1810-1814). Imagen © Index Fototeca/Bridgeman Images
24. *Verdún*, por Félix Vallotton (1917). Imagen © Photo Josse/Bridgeman Images
25. *Ataque de gas, Liévin*, por A. Y. Jackson (1918). Imagen © SOCAN, Montreal and DACS, Londres 2020/cortesía de Bridgeman Images
26. *Padres dolientes*, por Käthe Kollwitz. Imagen © David Crossland/Alamy Stock Photo
27. *Los sinnombre*, por Albin Egger-Lienz (1916). Imagen © Fine Art Images/Heritage Images vía Getty Images
28. *Figuras en un refugio*, por Henry Moore (1941). Image © The Henry Moore Foundation. Todos los derechos reservados, DACS/www.henrymoore.org. Cortesía de Lefevre Fine Art Ltd., Londres/Bridgeman Images.
29. *Cristo con máscara de gas*, por Georg Grosz. Imagen © Estate of George Grosz, Princeton, N.J./DACS 2020. Cortesía de Topfoto
30. *Devastación, 1941: una calle de East End*, por Graham Sutherland. Imagen © Tate
31. *Spitfires en Sawbridgeworth, Hertfordshire*, por Eric Ravilious (*ca.* 1942). Imagen © Eric Ravilious/Imperial War Museums vía Getty Images

Se ha hecho todo lo posible para localizar o contactar a los titulares de derechos de autor. Los editores rectificarán a la mayor brevedad cualquier omisión o error del que tengan conocimiento.

1. Vladímir Ilich Lenin llega a la Estación Helsinki en San Petersburgo en abril de 1917. Sin el efecto de la Primera Guerra Mundial, él y su pequeña facción radical (los bolcheviques) jamás habrían tenido la oportunidad de alcanzar el poder en Rusia. Entre las muchas consecuencias inintencionadas de una guerra, están los grandes cambios políticos que surgen a medida que los regímenes flaquean y los civiles pierden la paciencia

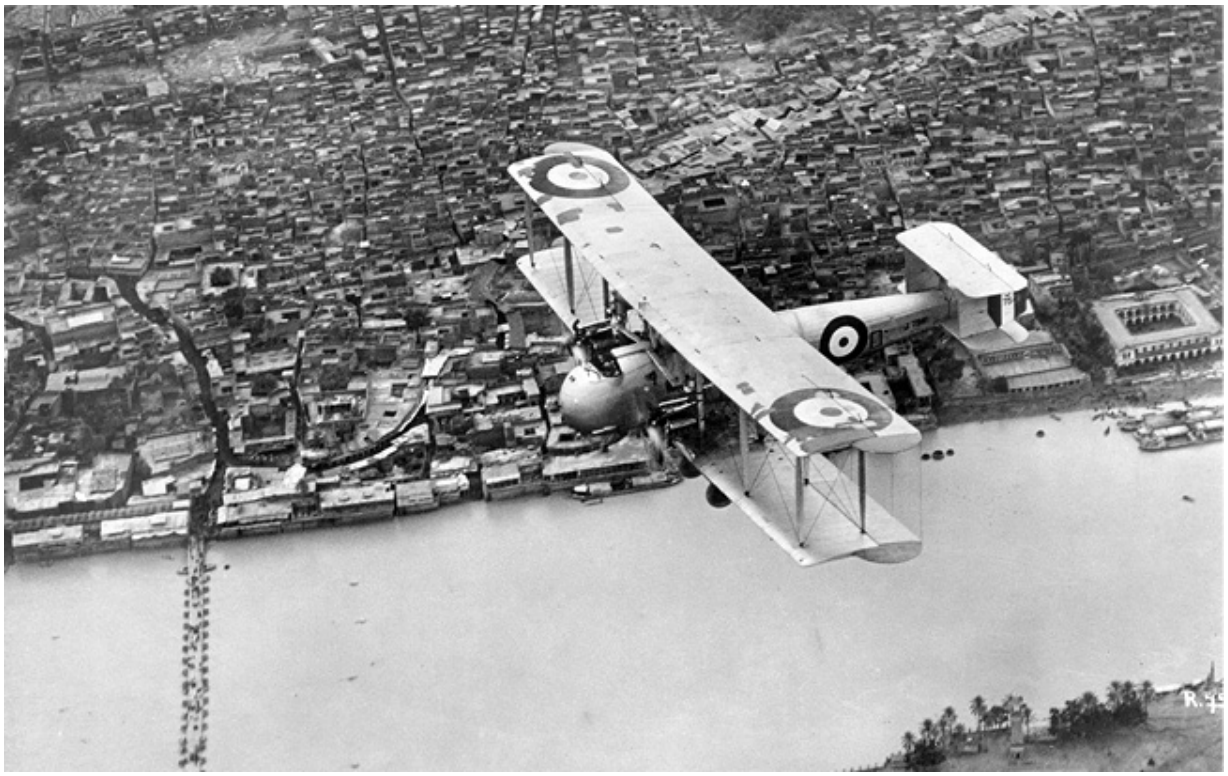
2. Líneas de suministro de invierno en el lago Ladoga durante el asedio de Leningrado (nombre que recibía San Petersburgo entonces). Los asedios han sido parte de la guerra, concebidos como un modo de debilitar la voluntad del enemigo de seguir luchando. En la Segunda Guerra Mundial, las fuerzas alemanas asediaron Leningrado durante novecientos días. La ciudad se las apañó para resistir, pero
un número incalculable de civiles (quizá más de un millón) murieron

3. Los confederados muertos en la sangrienta batalla de Antietam en 1862, durante la guerra de Secesión, fotografiados por el célebre Alexander Gardner. Se le conocía por recolocar los cadáveres para sus fotos y quizá eso hizo en este caso. Las guerras civiles son a menudo largas y costosas por todas las pasiones que levantan. Murieron más americanos en la guerra de Secesión que en todos los otros conflictos en los que participó Estados Unidos juntos

4. y 5. La primera gran ofensiva republicana durante la guerra civil española. Aquí, la fotógrafa pionera Gerda Tardo captura una lucha casa por casa cerca de Madrid, en 1936, cuando los republicanos que defendían al Gobierno legítimo intentaban hacer retroceder a los insurgentes de derecha, liderados por el general Franco

6. Una trabajadora en Gran Bretaña rellenando un proyectil durante la Primera Guerra Mundial. Las mujeres se encargaron de lo que hasta entonces se había considerado trabajo masculino cuando los hombres marcharon al campo de batalla. Los químicos que se usaban en las fábricas de municiones hicieron que muchas mujeres adquirieran un tono amarillo, y las llamadas “chicas canario” dieron a luz a bebés del mismo color. La contribución de las mujeres a la guerra ayudó a derribar los obstáculos sociales y legales para que las mujeres trabajaran fuera de casa

7. Mujeres soviéticas, pilotos del 588.º Regimiento de Bombardeo Nocturno, apodadas por los alemanes las “Brujas de la Noche”. Si bien la mayoría de los combatientes en la guerra a lo largo de la historia han sido varones, hay bastantes ejemplos de mujeres guerreras, desde las antiguas amazonas hasta nuestros días. En la Segunda Guerra Mundial, las mujeres soviéticas fueron, además de pilotos, francotiradoras, artilleras y guerrilleras partisanas



8. Un Vickers Vernon de la Real Fuerza Aérea británica, con capacidad para transportar tropas y bombas, sobrevuela Bagdad y el río Tigris en la década de 1920. En un ejemplo pionero del uso de la nueva tecnología al servicio del poder aéreo en la guerra, los británicos usaron aviones como este para intimidar a los rebeldes iraquíes que se encontraban bajo el dominio británico tras la Primera Guerra Mundial

9. Mujeres atravesando un barrio destrozado por los ataques aéreos en Idlib, Siria. Tomada en marzo de 2020, en el décimo aniversario de la guerra civil siria, esta fotografía testimonia el coste que la guerra supone para los civiles. Si bien no ha habido una guerra entre naciones tan importante desde el conflicto entre Irán e Irak en la década de 1980, las guerras civiles de larga duración continúan matando en todo el mundo a cientos de miles de civiles y convirtiendo a otros tantos más en refugiados

10. La primera explosión satisfactoria de una bomba atómica en Alamogordo, Nuevo México, en julio de 1945. El Proyecto Manhattan, que ejecutó los cálculos que habían realizado físicos como Albert Einstein, le dio a Estados Unidos un arma nueva y poderosamente destructiva. Su uso en las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki aceleró el final de la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico, pero sigue considerándose controvertido. En 2020 nueve potencias mundiales poseen armas

nucleares, en principio y hasta el momento solo con efecto disuasorio

11. Greenham Common, protesta de mujeres contra el despliegue de misiles de crucero estadounidenses en Reino Unido en 1982. Desde 1981 diferentes grupos de mujeres, utilizando medios no violentos, intentaron evitar el lanzamiento de los misiles. En la foto, algunas de las treinta mil manifestantes forman una barrera humana alrededor de la base militar. Los intentos de limitar o prohibir la guerra por completo tienen un historial tan extenso como la guerra misma

12. Soldados norvietnamitas caminando entre los equipos militares estadounidenses abandonados. La guerra de Vietnam, de la década de 1960, librada principalmente entre Estados Unidos y los norvietnamitas y sus partidarios en Vietnam del Sur, terminó con una tregua en 1972. Los estadounidenses nunca fueron derrotados militarmente, pero perdieron la batalla política en casa y en el extranjero. En 1975, Vietnam del Norte se apoderó del Sur

13. Un soldado austriaco en el frente italiano durante la Primera Guerra Mundial. Aunque tendemos a pensar en los campos de batalla como espacios abiertos, la guerra tiene lugar en muchos tipos de terrenos, desde selvas frondosas hasta montañas heladas. Los combates entre Italia y Austria (1915-1918) se libraron a gran altura, lo que hizo que el traslado de hombres y equipamiento supusiera un particular desafío

14. Marines estadounidenses luchando en 1950, en los comienzos de la guerra de Corea. Aunque los

militares modernos han ido dependiendo más y más de la tecnología, las guerras a menudo todavía implican meter las botas en el barro. Cuando Corea del Norte invadió el Sur en 1950, Estados Unidos (auspiciado por las Naciones Unidas) mandó tropas terrestres que lograron detener la invasión. Esta imagen es una captura del famoso fotógrafo estadounidense David Douglas Duncan

15. Una escena de *Apocalypse Now* que muestra helicóperos Huey blindados atacando objetivos terrestres. En la guerra de Vietnam Estados Unidos poseía una indiscutible ventaja tecnológica y los Hueys fueron clave para su dominio del aire. La película de Francis Ford Coppola, rodada en Filipinas, es un testimonio de la locura y la crueldad de la guerra, pero también refleja su alta dosis de emotividad

16. La policía militar del ejército estadounidense escolta a un prisionero talibán hasta la base naval de Camp X-Ray en Guantánamo, Cuba, 2002. Las normas para tratar a los prisioneros de guerra han existido en muchas culturas, pero tomaron forma y solidez en las sucesivas Convenciones de Ginebra durante el siglo XIX y en adelante. Estados Unidos ha sido muy criticado por tener prisioneros capturados durante la guerra contra el terrorismo y por no tratarlos siguiendo las pautas de las Convenciones de Ginebra

17. Desfile militar del Día Nacional de China. Los misiles transportados avanzan entre la multitud y frente al líder comunista chino en la Puerta de Tiananmén (Paz Celestial) en el centro de Pekín en 2001. Aunque hay participación civil, el desfile se ha convertido en un escaparate del ejército chino

18. Un sarcófago romano del siglo III d. C. que muestra a los soldados romanos triunfando sobre los bárbaros, que iban menos armados. El término (*bárbaro*) se aplicaba a todos aquellos pueblos que no

formaban parte de la civilización romana. El escultor plasma una visión común entre los romanos: su éxito provenía de su disciplina y de su espíritu guerrero. Era común que los civiles de clase acomodada fueran enterrados en sarcófagos como este, ya que Roma, como tantas otras sociedades, admiraba las virtudes y los triunfos militares

19. Una página (siglo XVIII) de la historia de la vida de Nurhaci, fundador de la dinastía Qing, que expulsó a los Ming y gobernó China de 1644 a 1911. La caballería jugó un papel importante en la guerra a lo largo de la historia y hasta el siglo XX. Los guerreros montados a caballo, como los caballeros feudales europeos o los mongoles, poseen una gran movilidad y –como refleja esta ilustración– pueden atacar y dispersar a los soldados de infantería

20. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de Alberto Durero, 1948. Uno de los grabados en madera más famosos del artista fue concebido como parte de una serie para ilustrar el Libro de las Revelaciones. Muestra la llegada –de izquierda a derecha– de la Muerte, la Hambruna, la Guerra y la Peste. En la imagen, como sucede en el caso de la guerra, los cuatro están íntimamente vinculados y pisotean sin piedad a los civiles indefensos

21. *Napoleón atravesando los Alpes*, por Jacques Louis David. Esta es una de las cinco versiones de David para celebrar la gloria y el heroísmo de Napoleón en su camino a derrotar a los austriacos en el norte de Italia. Es una visión muy idealizada del personaje: Napoleón, como tantos líderes de guerra, comprendió enseguida el poder de la propaganda y solicitó los servicios de artistas y escritores varios. Como David, muchos estuvieron dispuestos a ofrecer su talento

22. *La batalla de San Romano*, por Paolo Ucello, *ca.* 1438. Muestra las fuerzas de la ciudad Estado de Florencia derrotando a las fuerzas rivales de Siena. Vemos cómo el comandante florentino Niccolò Mauruzi da Tolentino, que tenía fama de osado, encabeza una carga de caballería

23. *Y son fieras*, de Francisco de Goya, de la serie “Los desastres de la guerra”. El pintor español realizó una serie de grabados entre 1810 y 1820 que mostraba los horrores y las crueldades que sufrió España durante la revolución contra los Borbones, la invasión francesa de 1808 y la posterior guerra peninsular. Los civiles resistieron a los invasores, y aquí vemos cómo las mujeres españolas (una con un bebé a la cintura) atacan a los soldados franceses

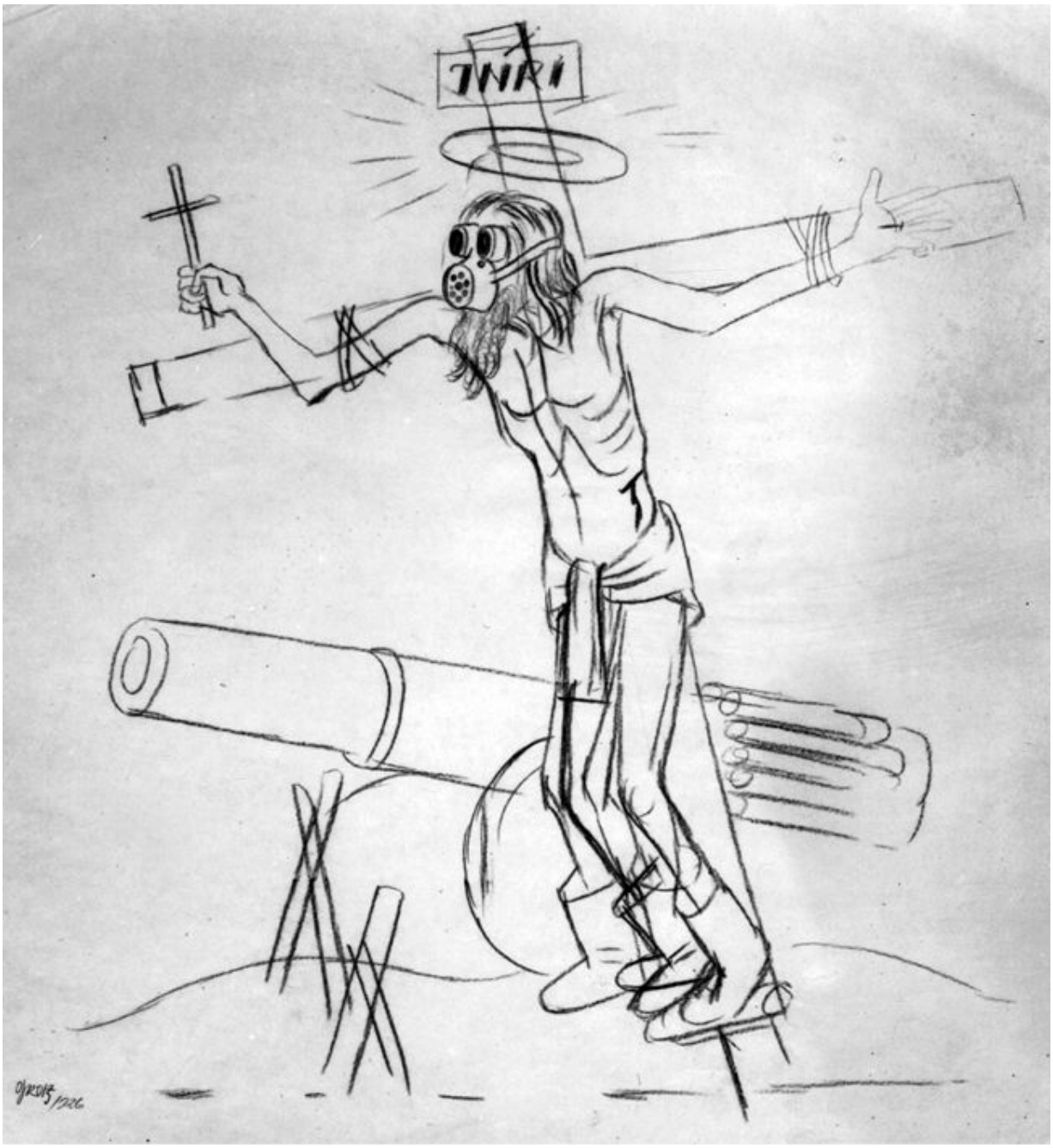
24. Félix Vallotton, naturalizado ciudadano francés, se ofreció voluntario para luchar por Francia al comienzo de la Primera Guerra Mundial, pero lo rechazaron por culpa de su edad. *Verdún* forma parte de la serie que hizo en 1917 de los frentes de batalla y muestra la lucha en torno a la gran fortaleza francesa, donde murieron más de seiscientos mil soldados durante un prolongado ataque de las fuerzas alemanas

25. *Ataque de gas, Liévin*, de A. Y. Jackson. El pintor canadiense le reconoció a un amigo que encontraba una extraña belleza en los campos de batalla del frente occidental durante la noche: “El cielo está iluminado por las bengalas mientras se elevan nubes de gas venenoso”. Durante la Primera Guerra Mundial, varios Gobiernos contrataron artistas de guerra oficiales, aunque no siempre aprobaron sus representaciones gráficas del frente

26. *Padres dolientes*, de Käthe Kollwitz. La artista alemana, de izquierdas, perdió a su hijo en octubre de 1914, y ella y su esposo lo lloraron hasta su propia muerte. En su trabajo volvió repetidamente a los temas de la pérdida y el duelo, como muestran estas esculturas para la tumba de su hijo en Bélgica. Aunque en un principio se colocaron separadas, las figuras se han aproximado y, aun así, cada una permanece inmersa en su propio dolor

27. *Los sinnombre*, de Albin Egger-Lienz. Este ejemplo austriaco de arte bélico de la Primera Guerra Mundial es una representación de la guerra moderna e industrializada, en la que poco queda de la glorificación y la épica de las guerras premodernas. Egger-Lienz, que no era un artista de guerra oficial, se las arregló aun así para pintar en el frente. Aquí vemos a los soldados como figuras anónimas y deshumanizadas caminando hacia el fuego enemigo como a través de una tormenta

28. *Figuras en un refugio*, Henry Moore. Principalmente conocido por su escultura, Moore realizó una serie de bocetos de civiles que sufrían la Segunda Guerra Mundial. Utilizando tonos grises y colores apagados, captura la monotonía, pero también el peligro de la vida cotidiana en 1941, cuando Londres todavía estaba siendo bombardeada. En la imagen la gente duerme hacinada en un refugio subterráneo



29. *Cristo con máscara de gas*, de Georg Grosz. Como ya había hecho Goya, este artista alemán utilizó su arte para criticar la guerra. Este boceto de 1926 (uno de varios sobre el mismo tema) usa la imagen de Cristo en la cruz para atacar a quienes se beneficiaron de la guerra. Fue juzgado por blasfemia y, más tarde, condenado por los nazis como un artista degenerado

30. *Devastación, 1941: una calle en East End*, de Graham Sutherland. Utilizada por el Gobierno británico para registrar el impacto de la Segunda Guerra Mundial en las islas británicas, la serie "Devastación" de Sutherland refleja el resultado de los bombardeos aéreos en distintas ciudades y pueblos, mientras la Alemania nazi intentaba debilitar la capacidad y la voluntad de la gente. La imagen muestra una hilera de casas normales, ahora en ruinas, en el East End de Londres, una zona que fue particularmente golpeada

31. *Spitfires en Sawbridgeworth, Hertfordshire*, de Eric Ravilious. Este artista de guerra británico pinto las defensas de la costa y los aviones en los que Gran Bretaña confiaba para frenar un ataque alemán. Los aviones de combate que se muestran aquí, los Spitfire, desempeñaron un papel fundamental en la batalla de Inglaterra de 1940 y evitaron que Alemania se hiciera con el dominio del aire